

I. A. ASIMOV
EDMOND HAMILTON
DAMON KNIGHT

del mas
ALLA



GALAXIA
Ciencia Ficción

Lectulandia

Con *Tres del más allá* presentamos una obra escrita por «tres ases» de la ciencia ficción.

Lectulandia

AA. VV. & Isaac Asimov & Edmond Hamilton & Damon Knight

3 del más allá

Galaxia - 38

ePub r1.0

Titivillus 05.06.16

Título original: *3 from Out There*

AA. VV. & Isaac Asimov & Edmond Hamilton & Damon Knight, 1959

Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MADRE TIERRA

Isaac Asimov

I

—Pero ¿está completamente seguro? ¿Está seguro de que, aunque uno sea historiador profesional, puede distinguir siempre entre victoria y derrota?

Gustav Stein, que se había desahogado con esa burlona pregunta, formulada con una amplia sonrisa debajo de un mostacho gris del que acababa de apartar un vaso vacío, no era historiador.

Pero su compañero sí lo era, y aceptó la cariñosa embestida sonriendo a su vez.

II

Para la Tierra, el apartamento de Stein era realmente de lujo. Claro que le faltaba la vacía intimidad de los Mundos Exteriores, puesto que delante de su ventana se extendía hacia lo lejos un fenómeno que sólo se daba en el planeta donde él nació: una ciudad. Una gran ciudad, llena de gente cuyos hombros rozaban unos con otros, cuyos sudores se mezclaban...

El apartamento tampoco estaba equipado con su propia central de energía y su propio suministro de cosas necesarias. Carecía incluso del cupo más elemental de robots positrónicos. En resumen, le faltaba la dignidad de bastarse a sí mismo, y, como la mayoría de las cosas de la Tierra, era simplemente parte de una comunidad, una unidad pendiente de un grupo, una porción de una turba.

Pero Stein era terrícola de nacimiento y estaba acostumbrado a ello. Además, al fin y al cabo, según los niveles de la Tierra, el apartamento seguía siendo de lujo.

Pero mirando al exterior por las mismas ventanas ante las cuales se extendía la ciudad, uno podía ver las estrellas y, entre ellas, los Mundos Exteriores, en los que no había ciudades, sino únicamente jardines; donde los céspedes eran fajas de esmeralda, donde todos los seres humanos eran reyes y adonde esperaban, muy en serio y muy en vano, ir todos los terrícolas buenos algún día.

Exceptuando a unos cuantos que estaban mejor enterados: como Gustav Stein.

III

Las tardes de los viernes con Edward Field pertenecían a esa clase de ritual que se entroniza con la edad y la vida sosegada. Un ritual que les partía la semana agradablemente a un par de solterones maduros y les proporcionaba un motivo inocuo para entretenerse con el jerez y las estrellas. Un ritual que los apartaba de lo desagradable de la vida y, sobre todo, les permitía hablar.

Especialmente Field, como conferenciante, erudito y hombre de pocos medios, citaba capítulos y versos de su todavía incompleta *Historia del Imperio Terrestre*.

—Espero el último acto —explicaba—. Entonces la titularé *Ocaso y caída del Imperio*, y la publicaré.

—Siendo así, debes de confiar que el último acto llegará pronto.

—En cierto sentido, ha llegado ya. Lo que ocurre, sencillamente, es que vale más esperar a que todos reconozcan ese hecho. Mire, so escéptico, cuando un Imperio, o un Sistema Económico o una Institución Social caen, se producen tres momentos, tres tiempos.

Field hizo una pausa para lograr el pleno efecto y aguardó pacientemente a que Stein dijera:

—¿Cuáles son esos tres tiempos?

—Primero —Field enderezó el índice derecho— viene el tiempo en que aparece un pequeño nudo que señala el camino inexorable hacia el final. No se ve ni se reconoce hasta que el final ha llegado ya, y entonces el nudo originario se hace visible para la mirada retrospectiva.

—¿Y puede decirme cuál es ese pequeño nudo?

—Creo que sí, pues cuento ya con la ventaja de siglo y medio de visión retrospectiva. Vino cuando la colonia del sector Sirio, Aurora, obtuvo por primera vez el permiso del Gobierno Central de la Tierra para introducir robots positrónicos en su vida comunal. Evidentemente, volviendo la vista hacia aquel momento, quedaba despejado el camino hacia una sociedad completamente mecanizada, fundada en el trabajo de los robots y no en el de los hombres. Y es esta mecanización la que ha constituido y seguirá constituyendo el factor decisivo en la lucha entre los Mundos Exteriores y la Tierra.

—¿De veras? —murmuró el fisiólogo—. Cuán infernalmente listos son ustedes los historiadores. ¿Cuál y cuándo fue la segunda vez que el Imperio cayó?

—El segundo momento en el tiempo —Field dobló suavemente el dedo medio— llega cuando ante los ojos del experto se levanta una señal tan grande y clara que se puede distinguir sin ayuda de la perspectiva. Y este momento ha pasado también al establecer los Mundos Exteriores, por primera vez, un cupo de inmigración contra la Tierra. El hecho de que la Tierra fuese incapaz de impedir una acción tan claramente

perjudicial para ella fue un grito que todos pudieron oír, y eso tuvo lugar hace cincuenta años.

—Mejor. ¿Y el tercer momento?

—¿El tercer momento? —Ahora le tocó el turno al dedo anular—. Ése es el menos importante. Es cuando el mensaje se convierte en una pared con un enorme «FIN» garabateado en ella. Entonces lo único que se requiere para conocer que ha llegado el final no es perspectiva ni entrenamiento, sino simplemente la facultad de escuchar una videgrabación.

—Supongo que el tercer momento en el tiempo no ha llegado todavía.

—No, evidentemente; si hubiera llegado no tendría que preguntarlo. Sin embargo, puede llegar pronto; por ejemplo, si estalla una guerra.

—¿Cree que estallará?

Field no quiso comprometerse.

—Los tiempos están inseguros y se extiende por la Tierra una oleada de sentimentalismo fútil por el problema de la inmigración. Si estallara una guerra, la Tierra sería derrotada rápida y definitivamente, y se erigiría el muro.

—¿Está seguro? ¿Está completamente seguro de que uno, aunque sea historiador profesional, sabe distinguir siempre entre victoria y derrota?

Field sonrió. Y dijo:

—Es posible que usted sepa algo que yo no sé. Por ejemplo, ahora se habla de una cosa llamada el «Proyecto Pacífico».

—No lo había oído mentar nunca —Stein volvió a llenar los dos vasos—. Hablemos de otras cuestiones.

Levantó el vaso hacia la ancha ventana, de modo que las estrellas lejanas se reflejaran con un fulgor rosado movedizo en el transparente líquido, y brindó:

—Para que terminen felizmente todos los contratiempos de la Tierra.

Field levantó el suyo.

—Por el Proyecto Pacífico.

Stein bebió un sorbito y dijo:

—Estamos brindando por dos cosas distintas.

—¿De veras?

IV

Es muy difícil describir ninguno de los Mundos Exteriores a un indígena de la Tierra, pues lo que se precisa no es tanto la descripción de un mundo sino la de un estado mental. Los Mundos Exteriores —unos cincuenta, que empezaron por ser colonias, pasaron luego a dominios y más tarde a naciones— difieren muchísimo unos de otros en un sentido físico. Pero el estado de espíritu es el mismo en todos ellos.

Es un fenómeno que nace de un mundo en principio no apto para el género humano, y sin embargo poblado por la flor y nata de los difíciles, los diferentes, los osados, los extraviados.

Para expresarlo con una sola palabra, es el universo de la «individualidad».

Tenemos, por ejemplo, el mundo de Aurora, a tres parsecs de la Tierra. Fue el primer planeta colonizado fuera del Sistema Solar y representó el alba de los viajes interestelares. De ahí su nombre.

En un principio, acaso, tenía aire y agua; pero según los raseros terrestres era rocoso y estéril. La vida vegetal que existía allí, alimentada por un pigmento verde amarillento sin ninguna relación con la clorofila y sin la eficacia de ésta, daba a las regiones relativamente fértiles un aspecto bilioso, decididamente desagradable para los ojos no habituados. No existía vida animal alguna que superara la fase unicelular y la correspondiente a las bacterias. Nada peligroso, naturalmente, puesto que los dos sistemas biológicos, el de la Tierra y el de Aurora, no guardaban ninguna relación química entre sí.

Muy lentamente, Aurora se convirtió en una especie de mosaico con parcelitas pequeñas intercaladas. Primero vinieron los cereales y los árboles frutales; luego, arbustos, flores y hierbas. Siguieron los rebaños de ganado. Y, como si conviniera evitar una copia demasiado fiel del planeta metrópoli, vinieron también robots positrónicos a construir edificios, cultivar campos, establecer las unidades de energía. En resumen, a realizar el trabajo y a convertir el planeta en verde y humano.

Teníamos ahí el lujo de un mundo nuevo y con unos recursos minerales ilimitados. Había un exceso incalculable de energía atómica distribuida en nueve fundaciones y a disposición tan sólo de miles, o, como máximo, millones de seres a quienes servir, y no a miles de millones. Se produjo el vasto florecimiento de la ciencia física en mundos donde había espacio para cultivarla.

Tomemos como ejemplo el hogar de Franklin Maynard, quien vivía, acompañado de su esposa, sus tres hijos y veintisiete robots, en una finca que distaba más de sesenta y cinco kilómetros de su vecino más cercano. Sin embargo, por onda-comunitaria, podía, si así lo deseaba, compartir la sala de estar de cualquiera de los setenta y cinco millones de habitantes de Aurora... con cada uno en particular, y con todos simultáneamente.

Maynard conocía centímetro a centímetro su valle. Sabía dónde terminaba, bruscamente, dejando el puesto a los despeñaderos inhóspitos, a cuyas indeseables pendientes se aferraban agoraramente las angulosas y afiladas hojas de la aliaga indígena... como por odio a la materia, más suave, que le había usurpado el puesto bajo el sol.

Maynard no tenía que salir de aquel valle. Era diputado de la Reunión y miembro del Comité de Agentes Extranjeros, pero podía resolver todos los asuntos, salvo los más esenciales, por onda-comunitaria, sin tener que sacrificar siquiera aquella preciosa intimidad que gozaba de una forma que ningún terrícola podía comprender.

Hasta el asunto actual se podía llevar a cabo por onda-comunitaria. Por ejemplo, el hombre que estaba sentado con él allí en la sala de estar era Charles Hijkman, el cual se hallaba en realidad en su propia sala de estar de una isla en medio de un lago artificial poblado por cincuenta variedades de peces y que se encontraba a más de cuarenta kilómetros de allí.

El enlace era una ilusión, por supuesto. Si Maynard hubiera querido estirar un brazo, habría podido palpar la invisible pared.

Hasta los robots estaban habituados a la paradoja, y cuando Hijkman levantó la mano para coger un cigarrillo, el robot de Maynard no hizo ningún movimiento por satisfacer el deseo, aunque hubo de transcurrir medio minuto antes de que pudiera satisfacerlo el del propio Hijkman.

Los dos hombres conversaban como mundo-exteriorícolas que eran; es decir, secamente y con sílabas demasiado cortadas para tener un acento amable, aunque, en verdad, tampoco lo tenían hostil. Simplemente, les faltaba algo indefinible, esa crema —aunque agria y escasa a veces— de la sociabilidad humana que tanto se inculca a los habitantes de los hormigueros de la Tierra.

Maynard decía:

—Hace tiempo que necesito una comunión particular, Hijkman. Mis deberes en la Reunión de este año...

—Perfecto. Queda entendido. Puede empezar ahora, por supuesto. En realidad me interesa más aún porque me han hablado de la superior calidad de sus terrenos y paisajes. ¿Es cierto que alimentan el ganado con hierba importada?

—Me temo que aquí hay una pequeña exageración. En realidad algunas de mis mejores lecheras se alimentan de importaciones de la Tierra en la época del parto; pero alimentarlas así continuamente sería prohibitivamente caro, me temo. Sin embargo, producen una leche de calidad extraordinaria. ¿Puedo tomarme la libertad de enviarle la producción de un día?

—Sería extremadamente amable —Hijkman inclinó la cabeza con aire grave—. Habrá de aceptar unos salmones míos a cambio.

V

Para un ojo terrestre, los dos hombres podrían haber parecido muy semejantes. Ambos eran altos, aunque no fuera de lo común para Aurora, donde la talla normal de un hombre adulto es de metro ochenta y cinco a metro ochenta y siete. Ambos eran rubios y de músculos fuertes, con unos rasgos fisonómicos agudos, pronunciados. Aunque ninguno de los dos estaba por debajo de los cuarenta, todavía llevaban sus respectivos años con toda gallardía.

Hasta aquí, el preámbulo. Entonces, sin cambiar de tono, Maynard enfocó el objetivo auténtico de su llamada.

—El Comité, ya sabe usted —dijo—, en la actualidad se ocupa preferentemente de Moreanu y sus conservadores. Nosotros, los independientes, quisiéramos tratarlos con mano firme. Pero antes de emprender semejante camino con la calma y la seguridad necesarias, me gustaría formularle unas preguntas.

—¿Y por qué a mí?

—Porque usted es el físico más importante de Aurora.

La modestia es una actitud antinatural, una actitud que sólo con grandes dificultades se inculca a los niños. En una sociedad individualista representa una virtud inútil; por consiguiente, Hijkman estaba libre de semejante lastre. Se limitó pues a inclinar la cabeza con objetivo asentimiento a las últimas palabras de Maynard.

—Y —continuó éste— porque es uno de los nuestros. Usted es independiente.

—Estoy afiliado al partido. Pago las cuotas, pero no despliego gran actividad.

—De todos modos, es hombre de confianza. Bueno, pues, dígame, ¿ha oído hablar del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? —Había en sus palabras una delicada interrogación.

—Se trata de algo que está ocurriendo en la Tierra. Pacífico es el nombre de un océano de la Tierra; pero, muy probablemente, el nombre en sí no signifique nada.

—No tenía la menor noticia.

—No me extraña. Pocos la tienen, ni siquiera en la misma Tierra. Ah, por cierto, nuestra comunión, ésta de ahora, se realiza vía rayo-cerrado y no debe divulgarse nada.

—Comprendo.

—Sea lo que fuere el Proyecto Pacífico (y nuestros agentes se muestran extremadamente vagos), cabe suponer que representa una amenaza. Mucha de esa gente que en la Tierra pasan por científicos parece relacionada con él. Y también muchos políticos de los más radicales y alocados de aquel planeta.

—Humm. Tiempo atrás hubo una cosa a la que llamaron Proyecto Manhattan.

—Sí —alentó Maynard—. ¿Qué sabe de aquello?

—Bah, es una cosa antigua. Se me ha ocurrido por la analogía de las denominaciones. El Proyecto Manhattan data de antes de los viajes extraterrestres. Hubo una guerrita de nada en la Edad Oscura, y ése es el nombre que dieron a un grupo de científicos que desarrollaron la energía atómica.

—¡Ah! —La mano de Maynard se cerró en un puño—. ¿Y qué piensa entonces que puede salir del Proyecto Pacífico?

Hijkman reflexionó. Luego, en voz baja, preguntó:

—¿Cree que los de la Tierra planean una guerra?

En el semblante de Maynard apareció una repentina expresión de disgusto.

—Seis mil millones de personas. O mejor, seis mil millones de semimonos acumulados en un solo sistema, a punto de estallar, enfrentándose con unos millones, en total, de los nuestros. ¿No le parece una situación peligrosa?

—¡Bah, números!

—De acuerdo. ¿Estamos a salvo, a pesar de los números? Dígamelo. Yo soy gobernador, nada más; en cambio usted es físico. ¿Tiene la Tierra una posibilidad, sea como fuere, de ganar una guerra?

Hijkman permaneció solemnemente sentado en su silla y reflexionó con calma. Luego dijo:

—Razonemos. Hay tres grandes clases de métodos mediante los cuales un individuo o un grupo pueden lograr sus fines contra una oposición. Por orden de menor a mayor sutileza, a estas tres clases las podríamos denominar física, biológica y psicológica.

»Bien, la física podemos eliminarla sin reparo. La Tierra no tiene una base industrial. No posee la técnica necesaria. Cuenta con recursos muy limitados. En la actualidad ni siquiera tiene un científico físico de gran talla. De modo que es absolutamente imposible que los terrícolas puedan idear ningún recurso físico-químico que no conozcamos ya los de los Mundos Exteriores. Siempre, por supuesto, que las condiciones del problema impliquen un enfrentamiento de la Tierra, ella sola, contra uno de los Mundos Exteriores, o contra todos. Doy por descontado que ninguno de los Mundos Exteriores se aliaría con la Tierra para atacarnos a nosotros.

—Por supuesto que no. Ni pensar en tal cosa. Bórresela de la mente.

—Entonces, no se puede concebir el empleo, por sorpresa, de armas físicas corrientes. Sería inútil seguir discutiendo este punto.

—Siendo así, ¿qué opina de su segunda clase: la biológica?

Hijkman enarcó las cejas poco a poco.

—Vea, aquí no pisamos un terreno tan firme. Me dicen que en la Tierra hay algunos biólogos muy competentes. Claro, como yo soy físico y no biólogo, no estoy en condiciones de juzgar por mí mismo. De todos modos, creo que en ciertos campos limitados son bastante expertos. En ciencia agrícola, por supuesto, para poner un ejemplo patente. Y en bacteriología. Humm...

—Sí, ¿qué sucedería en una guerra bacteriológica?

—¡Es una idea! Aunque no, no, perfectamente inconcebible. Un mundo rebosante y reducido como la Tierra no puede permitirse el lujo de luchar con gérmenes contra un amplio enrejado de cincuenta mundos dispersos. Los terrícolas estarían muchísimo más expuestos a epidemias, es decir, a una réplica de la misma clase. En realidad, yo diría que, dadas las condiciones de vida que disfrutamos aquí en Aurora, y en los otros Mundos Exteriores, no se desarrollaría de verdad ninguna enfermedad contagiosa. No, Maynard. Puede consultar a un bacteriólogo; pero creo que le dirá lo mismo.

—¿Y la tercera clase? —inquirió Maynard.

—¿La psicológica? Mire, ésa es impredecible. Sin embargo, los Mundos Exteriores son comunidades inteligentes y cuerdas, no manejables por la propaganda ordinaria, ni por ningún emocionalismo insano. Veamos, me preguntaba...

—¿Qué?

—¿Y si el Proyecto Pacífico no fuese sino eso, precisamente? Quiero decir, un enorme montaje para mantenernos en un estado de ansiedad. Un proyecto ultrasecreto, pero del que se filtra algo de la manera más conveniente y en el momento oportuno, a fin de que los Mundos Exteriores cedan algo ante la Tierra, simplemente como medida de precaución...

Hubo un silencio prolongado.

—¡Imposible! —estalló, colérico, Maynard.

—*Usted* reacciona como se pretendía. *Usted* titubea. Pero no insisto demasiado en la interpretación. Es sólo una idea.

Hubo un silencio más prolongado aún, y luego Hijzman volvió a tomar la palabra:

—¿Quiere preguntarme algo más?

Maynard salió, con un sobresalto, de una especie de divagación.

—No... no...

La onda cesó, y apareció una pared donde un momento antes se veía el espacio libre.

Despacio, con terca incredulidad, Franklin Maynard movía la cabeza.

VI

Ernest Keilin subía las escaleras, encariñado con todos los siglos pasados. Era un edificio antiguo, preñado de historia. En otro tiempo albergó el Parlamento del Hombre, y de él salieron palabras que retumbaron por las estrellas.

Era un edificio alto. Se remontaba, se extendía, se erguía. Se elevaba hacia las estrellas; hacia unas estrellas que ahora se habían alejado.

Ya no albergaba el Parlamento de la Tierra, que había sido trasladado a un edificio más moderno, neoclásico, un edificio que imitaba muy imperfectamente los estilismos arquitectónicos de la antigua Era Preatómica.

No obstante, el viejo edificio conservaba su pomposo nombre. Oficialmente, seguía siendo la Casa Estelar, aunque en la actualidad sólo daba cobijo a los funcionarios de una burocracia reducida.

Keilin bajó en el duodécimo piso y el ascensor descendió, rápidamente, a su espalda. El luminoso rótulo pregonaba suave, calladamente: «Oficina de Información». Keilin entregó una carta a la recepcionista. Aguardó. Al cabo de un rato cruzaba la puerta que decía: «L. Z. Cellioni — Secretario de Información».

Cellioni era bajo y moreno. Tenía el cabello abundante y negro; llevaba un delgado bigotito negro. Cuando sonreía, mostraba unos dientes de una blancura asombrosa, y muy regulares... por lo que solía hacerlo a menudo.

Estaba sonriendo en este instante, mientras se levantaba y alargaba la mano. Keilin la estrechó; aceptó una silla y después un cigarro.

—Estoy muy contento de verle, señor Keilin —dijo Cellioni—. Ha sido muy amable cogiendo el avión en Nueva York para venir aquí al poco rato de haberle avisado.

Keilin torció las comisuras de los labios y dibujó un leve gesto con una mano, como quitándole importancia a todo aquello.

—Y ahora —continuó Cellioni— creo que le gustaría que le explicara el motivo de la llamada.

—No rechazaría una explicación, en modo alguno —contestó Keilin.

—Por desgracia, es difícil saber exactamente cómo hacerlo. Como secretario de Información me encuentro en una situación difícil. Debo salvaguardar la seguridad y el bienestar de la Tierra y, al mismo tiempo, acatar nuestra tradicional libertad de prensa. Natural y afortunadamente, no tenemos censura; pero también es natural que en ciertas ocasiones uno desee que la hubiera.

—¿Se refiere esto a mí? —preguntó Keilin—. Lo de la censura, quiero decir.

Cellioni no contestó directamente. Lo que hizo fue volver a sonreír, con una sonrisa lenta y desprovista de jovialidad.

—Usted, señor Keilin, dispone de uno de los programas de video preferidos del

público y más influyentes. Por ello el gobierno siente un interés especial por usted.

—El tiempo es mío —replicó Keilin tozudamente—. Lo pago. Pago impuestos por los beneficios que me reporta. Me atengo a todas las disposiciones vigentes sobre temas prohibidos. De modo que no veo qué interés puede sentir el gobierno por mí.

—Oh, me ha interpretado mal. Ha sido culpa mía, supongo, por no expresarme con bastante claridad. Usted no ha cometido ningún delito ni faltado a ninguna ley. Sus dotes de periodista merecen toda mi admiración. A lo que me refiero es a su actitud de comentarista en ciertas ocasiones.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto —respondió Cellioni, con repentina aspereza en los delgados labios— a nuestra política acerca de los Mundos Exteriores.

—Mi actitud de comentarista representa lo que siento y creo, señor secretario.

—Lo admito. Tiene derecho a sentir y creer por su cuenta. Sin embargo, es poco juicioso propagar ciertos sentimientos y creencias casi todas las noches a un público de cincuenta millones de personas.

—Poco juicioso, según usted, quizá. Pero legal, según todo el mundo.

—A veces es necesario anteponer el bien del país a una interpretación estricta y egoísta de la legalidad.

Keilin golpeó el suelo dos veces y frunció el ceño con aire sombrío.

—Oiga —dijo—, hable claro. ¿Qué quiere?

El secretario de Información extendió las manos hacia delante.

—En una palabra... ¡cooperación! De veras, señor Keilin, no podemos permitir que debilite la voluntad del pueblo. ¿Se da cuenta de la situación de la Tierra? ¡Seis mil millones de habitantes y una reserva de víveres en descenso! ¡Es insoportable! La única solución consiste en emigrar. Ningún terrícola patriota puede dejar de ver la justicia de nuestra posición. Ningún ser humano razonable, de cualquier parte que sea, puede dejar de ver cuán justa es.

—Estoy de acuerdo con la premisa que sienta usted de que el problema de la población es grave —replicó Keilin—, pero la emigración no es la única manera de solucionarlo. En realidad, la emigración es el método más seguro de precipitar el desastre.

—¿De veras? ¿Por qué lo dice?

—Porque los Mundos Exteriores no aceptarán emigrantes, y ustedes sólo pueden obligarlos mediante la guerra. *Pero nosotros no podemos ganar una guerra.*

VII

—Dígame —adujo Cellioni mansamente—, *¿ha tratado* alguna vez de emigrar? Creo que reúne las condiciones precisas. Es bastante alto, color del cabello más bien claro, inteligente...

Keilin se sonrojó. Y objetó secamente:

—Padezco fiebre del heno.

—Bien —dijo el secretario sonriendo—, entonces ha de tener buenos motivos para estar en desacuerdo con su política genética y racista.

Keilin replicó acaloradamente:

—No me dejaré influir por motivos personales. Censuraría la política de aquellas gentes si poseyera las cualidades óptimas para emigrar. Pero mi censura no cambiaría nada. La política se la dictan ellos y pueden imponerla. Además, es una política que admite ciertas justificaciones, aunque sea equivocada. El género humano se dirige de nuevo hacia los Mundos Exteriores, y a ellos (los que llegaron allá primero) les gustaría eliminar ciertos defectos del mecanismo humano que el tiempo ha puesto de manifiesto. Un paciente de fiebre del heno es un caso feo, genéticamente hablando. Un predispuesto al cáncer lo es más todavía. Sus prejuicios contra el color de la piel y del cabello son insensatos, por supuesto, pero puedo afirmar que les interesa la uniformidad, la homogeneidad. En cuanto a la Tierra, podemos hacer mucho incluso sin la ayuda de los Mundos Exteriores.

—¿Qué, por ejemplo?

—Habría que introducir robots positrónicos y cultivo hidropónico, y (sobre todo) hay que implantar el control de la natalidad. Un control de nacimientos inteligente, fundado en principios psiquiátricos firmes ideado para eliminar las tendencias psicóticas, las enfermedades congénitas...

—Como se hace en los Mundos Exteriores...

—De ningún modo. Yo no he mencionado principios racistas. Hablo solamente de enfermedades mentales y físicas comunes a todos los grupos étnicos y raciales. Y, sobre todo, el número de nacimientos se ha de mantener por debajo del de defunciones hasta que se haya alcanzado cierto equilibrio.

Cellioni dijo con aire sombrío:

—Nos faltan las técnicas industriales y los recursos necesarios para introducir una tecnología robot-hidropónica en algo menos de cinco siglos. Además, las tradiciones de la Tierra, así como los códigos éticos en vigor prohíben el trabajo de los robots y los alimentos artificiales. Pero más que nada, prohíben que se mate a niños no nacidos. Ea, vamos, Keilin, no podemos permitir que siga propagando estas teorías por la televisión. No logra su propósito; distrae la atención; debilita las voluntades.

Keilin le interrumpió irritado:

—Señor secretario, ¿quiere una guerra?

—¿Si yo *quiero* una guerra? ¡Vaya pregunta descarada!

—Entonces, ¿cuáles son los directores de la política del gobierno que sí la quieren? Por ejemplo, ¿quién es el responsable del rumor intencionado del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? ¿Dónde le han hablado de tal cosa?

—Me reservo mis fuentes de información.

—Entonces, se lo diré yo. Le hablé de este Proyecto Pacífico Moreanu, de Aurora, en su reciente viaje a la Tierra. Sabemos más de lo que se figura sobre usted, señor Keilin.

—Lo creo, pero no reconozco haber recibido ninguna información de Moreanu. ¿Por qué se imagina que podía conseguir informaciones de tal fuente? ¿Será porque permitieron deliberadamente que alguien le contara a él esa patraña?

—¿Una patraña?

—Sí. Creo que el Proyecto Pacífico es un engaño. Una trampa destinada a inspirar confianza. Creo que el gobierno se propone dejar filtrar el pretendido secreto a fin de reforzar su política bélica. Es un truco que forma parte de una guerra de nervios sobre los terrícolas, y que acabará por acarrear la ruina de la misma Tierra. Y comunicaré esta teoría mía a la gente.

—No se la comunicará, señor Keilin —dijo Cellioni en tono sosegado.

—Sí se la comunicaré.

—Señor Keilin, su amigo Ion Moreanu está pasando apuros en Aurora, quizá por un exceso de amistad con usted. Cuide de no pasarlos usted iguales por exceso de amistad con él.

—No me preocupa —el periodista soltó una carcajada breve, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta... Y sonrió gentilmente cuando la halló bloqueada por dos hombrones—. ¿Quiere decir que estoy bajo arresto desde este mismo momento?

—Exacto —respondió Cellioni.

—¿De qué se me acusa?

—Bueno, más tarde lo pensaremos.

Keilin salió... escoltado.

VIII

En Aurora los acontecimientos eran como imágenes en un espejo —aunque muy aumentadas— de lo narrado anteriormente.

El Comité de Agentes Extranjeros de la Reunión llevaba varios días en asamblea... Lo estaba desde el día en que Ion Moreanu y su Partido Conservador llevaron a cabo el gran reto por conseguir un voto de retirada de la confianza. El hecho de haber fracasado se debía en parte a la mejor dirección general de los independientes, y en parte, también, a la actividad de este mismo Comité de Agentes Exteriores.

Las pruebas se acumulaban desde hacía varios meses, y cuando el voto de confianza resultó favorable, por un margen notable, a los independientes, el Comité pudo arremeter según sus propios medios.

Moreanu fue citado en su propia casa y colocado bajo arresto domiciliario. Aunque este procedimiento no era legal, dadas las circunstancias —hecho que Moreanu señaló con gran vehemencia— se llevó a cabo con todo éxito y sin novedad alguna.

A Moreanu le interrogaron durante tres días seguidos, con acentos corteses y tonos ecuánimes que apenas se desviaban de una tranquila curiosidad. Los siete inquisidores del Comité se turnaban para el interrogatorio, y a Moreanu sólo se le concedían intervalos de diez minutos de descanso durante las horas que el Comité permanecía reunido.

Al cabo de tres días manifestó los efectos. Estaba ronco de tanto pedir un careo con sus acusadores, cansado de insistir en que se le notificase la naturaleza exacta de las acusaciones, y con las cuerdas vocales destrozadas de tanto gritar que el procedimiento era ilegal.

El Comité acabó por leerle unas declaraciones...

—¿Es esto cierto o no? ¿Es esto cierto o no?

Moreanu no podía hacer más que mover la cabeza con fatiga mientras le envolvían en la tela de araña.

Negó la competencia de las pruebas, y le informaron llanamente de que aquel interrogatorio lo realizaba un Comité Investigador y no era un juicio...

El presidente dio, por fin, unos mazazos. Era un hombre recio, de voluntad de hierro. Habló durante una hora, resumiendo los resultados de la investigación; aunque sólo citaremos una breve parte de lo que dijo:

—Si usted simplemente hubiera conspirado con otros en Aurora —empezó—, podríamos comprenderle y hasta perdonarle. Sería una falta que compartiría con muchos hombres ambiciosos de la historia. Pero no se trata de eso, en modo alguno. Lo que nos horroriza y nos despoja de compasión es su afán por asociarse con los

restos infrahumanos, ignorantes y plagados de enfermedades de la Tierra.

»Usted, el acusado, se encuentra aquí bajo una pesada acumulación de pruebas que demuestran que ha conspirado con los peores elementos de la mestiza población de la Tierra...

Al presidente le interrumpió un angustiado grito de Moreanu:

—Pero ¡el motivo! ¿Qué motivo pueden atribuirme para...?

Al acusado lo derribaron, de un empujón, sobre la silla. El presidente hizo una mueca despectiva y se desvió de la lenta gravedad del discurso que tenía preparado, para improvisar un poco.

—No le corresponde a este Comité —objetó— averiguar los motivos que le impulsaran. Hemos puesto sobre el tapete los hechos concretos. El Comité tiene realmente pruebas... —hizo una pausa para mirar a la fila de miembros, a su derecha y a su izquierda, y luego continuó—: Creo poder decir que el Comité tiene pruebas que indican la intención de usted de utilizar potencial humano terrícola para dar un golpe que le erigiese en dictador de Aurora. Pero como no se ha hecho uso de tales pruebas, no me adentraré por este campo, excepto para decir que un acto así no sería incompatible con su carácter, tal como se ha manifestado en el curso de los interrogatorios.

El presidente volvió al discurso preparado:

—Los que estamos aquí presentes hemos oído algo, creo, de un plan denominado «Proyecto Pacífico», que, según se rumorea, representa un intento que quiere llevar a cabo la Tierra para recuperar los dominios que perdió.

»No sería necesario hacer resaltar aquí que tal intento ha de estar condenado al fracaso. Y sin embargo, no es inconcebible que sufriéramos una derrota. Una sola cosa puede hacernos tambalear, y es una debilidad interna insospechada. La genética es todavía, después de todo, una ciencia imperfecta. Incluso con veinte generaciones detrás de nosotros, pueden surgir en puntos dispersos rasgos indeseables, cada uno de los cuales representa una mella en el escudo de acero de la fuerza de Aurora.

»Ése es el Proyecto Pacífico: el empleo de nuestros propios criminales y traidores contra nosotros; y si pueden encontrarlos en nuestros concejos internos, hasta es posible que los terrícolas triunfen.

»El Comité de Agentes Extranjeros existe para combatir esa amenaza. En el acusado tocamos los bordes de la telaraña. Debemos continuar...

Por lo menos, el discurso sí continuó.

Cuando hubo terminado, Moreanu, pálido, con ojos que le salían de las órbitas, dio un puñetazo:

—¡Pido la palabra!

—El acusado puede hablar —dijo el presidente.

IX

Moreanu se puso en pie y paseó la mirada por la sala largos segundos. La sala, adecuada para un público de setenta y cinco millones, por onda comunitaria, aparecía desierta. Sólo estaban los inquisidores, el equipo legal, los secretarios oficiales... Y con él, en carne y hueso, sus guardianes.

Le habría salido mejor con un público. Si no, ¿a quién podía apelar? Su mirada se apartaba con desaliento de cada una de las caras en que se iba posando; pero no encontraba nada mejor.

—En primer lugar —dijo—, niego la legalidad de esta reunión. Me han rehusado mis derechos constitucionales de personalidad e intimidad. He sido juzgado por un grupo sin la categoría de tribunal, compuesto por individuos convencidos por adelantado de que soy culpable. Se me ha negado la adecuada oportunidad de defenderme. En realidad, se me ha tratado desde el principio como a un criminal declarado ya culpable y que sólo espera la sentencia.

»Niego en absoluto y sin la menor reserva haber participado en ninguna actividad perjudicial para el Estado o tendente a subvertir ninguna de sus instituciones fundamentales.

»Acuso vigorosamente y sin reserva a este Comité de utilizar de modo deliberado su poder para ganar batallas políticas. No soy culpable de traición, sino de desacuerdo. Estoy en desacuerdo con una política dedicada a la destrucción de la mayor parte de la raza humana por motivos triviales e inhumanos.

»En lugar de destrucción, debemos asistencia a esos hombres condenados a una vida dura y desdichada solamente porque fueron nuestros antepasados y no los suyos los primeros en llegar a los Mundos Exteriores. Con nuestra tecnología y nuestros recursos, pueden crear y desarrollar de nuevo...

La voz del presidente se levantó por encima del vehemente discurso de Moreanu:

—Se está saliendo del tema. El Comité está muy dispuesto a escuchar todos los alegatos que formule usted en su propia defensa; pero un sermón sobre los derechos de los terrícolas queda fuera del campo legítimo de la discusión.

La audiencia se dio por formalmente terminada. Fue una gran victoria política para los independientes. De los miembros del Comité, sólo Franklin Maynard no quedaba satisfecho del todo. Le seguía atormentando una pequeña duda, insistente.

Se preguntaba...

¿Debía probar una última vez? ¿Debía hablar una vez, una sola vez más, con aquel monito raro que era el embajador de la Tierra? Tomó una rápida decisión y la puso en práctica al instante. Sólo una pausa para procurarse un testigo; pues incluso tratándose de él, de Maynard, una comunión privada con un terrícola podía resultar peligrosa.

X

Luiz Moreno, embajador de la Tierra en Aurora, tenía, si no vamos a puntualizar demasiado sobre el caso, una desdichada figura de hombre. Lo cual no se debía, precisamente, a la casualidad. En conjunto, los diplomáticos de la Tierra en el extranjero solían ser o negros, o bajos, o mustios, o débiles... o las cuatro cosas a la vez.

Era una manera de protegerse, porque los Mundos Exteriores ejercían una fuerte atracción sobre todos los terrícolas. Los diplomáticos acostumbrados a la fascinación de Aurora, por ejemplo, no podían por menos que sentir una fortísima renuencia a volver a la Tierra. Peor y más peligroso resultaba todavía el hecho de que la estancia en aquellos otros mundos significaba contraer una simpatía creciente por aquellos semidioses de las estrellas y un extrañamiento cada vez mayor con respecto a los terrícolas, que parecían todos habitantes de barrios bajos.

A menos, por supuesto, que el embajador se sintiera rechazado. A menos que se sintiera un tanto despreciado. En este caso no se podía soñar en otro servidor más fiel de la Tierra, en nadie menos asequible al soborno.

El embajador de la Tierra sólo medía un metro y medio, poquísimos más; era calvo y tenía la frente inclinada hacia atrás, un rosáceo simulacro de barba y los ojos enrojecidos. Sufría un leve resfriado cuyos ocasionales productos se limpiaba con un pañuelo. Y sin embargo, a pesar de todo lo dicho, era un intelectual.

Para Franklin Maynard, ver y escuchar al terrícola era un verdadero sufrimiento. Sentía náuseas cada vez que le oía toser, y se estremecía de asco cada vez que le veía limpiarse la nariz. No obstante, le dijo:

—Su Excelencia, nos hemos puesto en comunicación a petición mía porque deseo informarle de que la Reunión ha decidido pedir al gobierno de usted que le retire del cargo que ahora ocupa.

—Ha sido usted muy amable, consejero. Ya sospechaba algo. ¿Y por qué motivo?

—El motivo no entra en los límites de nuestra conversación. Creo que un Estado soberano tiene derecho a decidir por sí mismo si un diplomático extranjero es *persona grata* o no. Además, no creo que necesite que le ilustren sobre este punto.

—Muy bien, pues —el embajador hizo una pausa para manejar el pañuelo y murmurar unas palabras de excusa—. ¿Eso es todo?

—Todo, no —respondió Maynard—. Hay una cosa que me gustaría mencionar. ¡Quédese!

Las enrojecidas ventanillas de la nariz del embajador se dilataron y encendieron un poco más, pero su dueño sonrió y dijo:

—Es un honor.

—El mundo de ustedes, Excelencia —dijo Maynard con aire severo—, despliega

en estos últimos tiempos cierta beligerancia que nosotros, los de Aurora, encontramos muy molesta e innecesaria. Confío que usted verá en el regreso a la Tierra una excelente oportunidad para utilizar su influencia contra nuevas manifestaciones como la ocurrida recientemente en Nueva York, donde dos arturianos fueron atropellados por una turba. La próxima vez acaso no nos demos por satisfechos con el pago de una indemnización.

—Aquello fue un desbordamiento emocional, consejero Maynard. Espero que no considerará que unos cuantos muchachos gritando por las calles sean una auténtica manifestación de beligerancia.

—Tal actitud viene respaldada por los actos de su gobierno en muchos sentidos. El reciente arresto de Ernest Keilin, por ejemplo.

—Que es un asunto puramente interno —replicó sosegadamente el embajador.

—Pero que no demuestra un espíritu razonable con respecto a los Mundos Exteriores. Keilin era uno de los pocos terrícolas que hasta hace poco podía hacer oír la voz de dichos mundos. Era bastante inteligente para comprender que ningún derecho divino protege al hombre inferior por el simple hecho de que sea inferior.

El embajador se inmutó:

—No me interesan las teorías aurorianas sobre diferencias raciales.

—Un momento. Su gobierno debe darse cuenta de que la mayor parte de sus planes se han desbaratado con el arresto de Moreanu, el agente de usted. Ponga de relieve el hecho de que nosotros, los de Aurora, estamos ahora mucho mejor informados que antes de la mencionada detención. Con ello quizá el gobierno de ustedes se modere un poco.

—¿Es Moreanu un agente *mío*? Vaya, consejero, si me retiran la confianza, me marcharé. Pero, sin duda, la pérdida de la inmunidad diplomática no afecta a mi inmunidad personal, de hombre honrado, sobre acusaciones de espionaje.

—¿No es ése su trabajo?

—¿Acaso los aurorianos dan por descontado que espionaje y diplomacia son lo mismo? A mi gobierno le gustará saberlo. Tomaremos las debidas precauciones.

—Entonces, ¿usted defiende a Moreanu? ¿Niega que haya trabajado para la Tierra?

—Yo sólo me defiendo a mí. En cuanto a Moreanu, no soy tan estúpido como para decir nada.

—¿Por qué estúpido?

—¿El hecho de defenderle no significaría una nueva condena contra él? Ni lo acuso, ni lo defiendo. La querrela que su gobierno tenga con Moreanu, lo mismo que la del *mío* con Keilin (a quien usted defiende con vehemencia más que sospechosa), es un asunto interno. Y ahora me voy.

La comunión se rompió, y casi instantáneamente la pared se desvaneció otra vez. Hijkman estaba mirando pensativamente a Maynard.

—¿Qué piensa de él? —preguntó éste.

XI

—Pienso que es una deshonra que esa parodia de ser humano pise el suelo de Aurora.

—Estoy de acuerdo con usted; y, sin embargo..., sin embargo...

—¿Qué?

—Casi me siento dispuesto a mirarlo como al amo y a vernos a nosotros como danzando al son de su música. ¿Está enterado de lo de Moreanu?

—Por supuesto.

—Bueno, le condenarán, lo enviarán a un asteroide. Su partido será disuelto. A primera vista, todo el mundo diría que tales actos representan una gran derrota para la Tierra.

—¿Queda alguna duda en la mente de usted sobre si lo es o no?

—No estoy seguro. Hond, el presidente del Comité, insistió en airear su teoría de que Proyecto Pacífico era el nombre que la Tierra daba a un ardid para utilizar traidores internos en los Mundos Exteriores. Pero yo no soy de ese parecer. No estoy seguro de que los hechos concuerden con tal idea. Por ejemplo, ¿de dónde sacamos las pruebas contra Moreanu?

—No sabría decirlo, en verdad.

—De nuestros agentes, en primer lugar. Pero ¿cómo las consiguieron ellos? Las pruebas eran *demasiado* convincentes. Moreanu hubiera podido protegerse mejor...

Maynard titubeaba. Parecía intentar sonrojarse, sin conseguirlo.

—Bueno, para decirlo en pocas palabras, yo creo que fue el embajador terrestre quien, de uno u otro modo, nos regaló la mayor parte de las pruebas. Creo que se aprovechó de la simpatía de Moreanu por la Tierra primero para atraérselo y después para traicionarle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Para asegurar la guerra, quizá... con este Proyecto Pacífico aguardándonos.

—No lo creo.

—Lo comprendo. No tengo pruebas. Sólo sospechas. El Comité tampoco me creería. He creído que quizá una última conversación con el embajador pudiera revelar algo; pero su simple presencia despierta todas mis antipatías, y me he pasado la mayor parte del tiempo procurando apartarlo de mi vista.

—Ea, se está volviendo emocional, amigo mío. Es una debilidad desagradable. Me han dicho que ha sido nombrado delegado para la Reunión Interplanetaria de Hespero. Le felicito.

—Gracias —respondió Maynard distraídamente.

XII

Luiz Moreno, exembajador en Aurora, había regresado a la Tierra muy a gusto. Estaba lejos de los panoramas artificiales que parecían desprovistos de vida propia, existentes sólo en virtud de la enérgica voluntad de sus poseedores. Lejos de aquellos hombres y mujeres demasiado bellos y de sus pensativos y omnipresentes robots.

Había regresado al zumbido de la vida, al ruido de pisadas, al roce de unos hombros con otros, al sentir en la cara el aliento de otra persona.

No es que pudiera experimentar todas estas sensaciones por entero. Los primeros días habían transcurrido en animadas conferencias con los jefes del gobierno de la Tierra.

En realidad, hasta al cabo de una semana no llegó el momento en que pudo considerarse verdaderamente relajado.

Se hallaba en una de las más raras pertenencias del lujo terrestre: un jardín en la azotea. Con él estaba Gustav Stein, el desconocido psicólogo que, a pesar de todo, era uno de los primeros promotores del plan conocido por la opinión pública con el nombre de Proyecto Pacífico.

—Las pruebas confirmatorias —decía Moreno con satisfacción casi horripilante— concuerdan todas hasta el momento, ¿verdad?

—Hasta el momento. *Sólo* hasta el momento. Tenemos que recorrer un largo camino.

—Pero continuarán saliendo bien. Alguien que haya vivido en Aurora cerca de un año, como yo, no puede dudar de que vamos por buen camino.

—Humm-mm-mm. A pesar de todo, yo sólo me guiaré por los informes de laboratorio.

—Y hará muy bien —tenía el cuerpecito casi tieso de regocijo interior—. Un día será distinto. Stein, usted no ha conocido a esa gente, a los de los Mundos Exteriores. Acaso haya topado con los turistas, en sus hoteles especiales, o corriendo por las calles en sus coches cerrados, equipados con las más puras atmósferas particulares, de aire acondicionado, para sus bien educadas narices; observando los panoramas a través de un periscopio móvil y apartándose con un estremecimiento ante el contacto de un terrícola.

»Pero no los ha conocido en su propio mundo, seguros en su enfermiza y corrompida grandeza. Vaya allá, Stein, a que le desprecien, una temporada. Vaya a enterarse de lo bien que podrá competir con sus cuidados céspedes al sentirse dulcemente pisoteado.

»Y sin embargo, cuando tiré de las cuerdas adecuadas, Ion Moreanu cayó... Ion Moreanu, el único entre todos ellos capaz de comprender el funcionamiento de la mente de otro hombre. Es la crisis que acabamos de vencer. Ahora se nos presenta un

camino fácil y despejado.

»En cuanto a Keilin —dijo de pronto, más para sí mismo que para Stein—, ya pueden soltarlo. En lo sucesivo ya no podrá decir casi nada que nos ponga en el menor peligro. Tengo una idea. La Conferencia interplanetaria se inaugura en Hespero antes de un mes. Podríamos enviarle a redactar el informe de la reunión. Con ello daremos una prueba fehaciente de buena amistad... y le tendremos fuera durante el verano. Creo que lo podemos disponer así.

Lo dispusieron.

Hespero era el menor de todos los Mundos Exteriores, el último colonizado, el más distante de la Tierra. De ahí le venía el nombre. En un sentido físico, no era el más dotado para una gran reunión diplomática, puesto que no contaba con buenas instalaciones. Por ejemplo, la red de ondas-comunitarias no se podía ampliar lo suficiente como para satisfacer a todos los delegados, secretarios y administradores necesarios en una reunión a la que estaban convocados cincuenta planetas. Por ello se habían preparado reuniones personales en edificios requisados para este fin.

Sin embargo, el hecho de haber elegido aquel punto de reunión encerraba un simbolismo que no se le escapaba a nadie. Entre todos los mundos, Hespero era el más alejado de la Tierra. Si bien la distancia espacial —cien parsecs o más— era lo de menos. Lo importante era que Hespero no lo habían colonizado terrícolas, sino habitantes de Fauno, un Mundo Exterior.

Pertenecía, por tanto, a la segunda generación, y no tenía «Madre Tierra». Para ellos la Tierra no era más que una vaga abuela, perdida entre las estrellas.

Como de costumbre en tales reuniones, en las asambleas generales se hace muy poca labor verdadera. El tiempo de las mismas se reserva para pregonar lo que se desea hacer llegar a los oídos de los ciudadanos de las respectivas naciones. Las verdaderas negociaciones tienen lugar en los pasillos y en las mesas de los comedores, y más de un conflicto insoluble se ha reblandecido con la sopa y se ha disipado con las avellanas.

Sin embargo, en este caso particular se presentaban dificultades también particulares. La onda-comunitaria no prevalecía en todas partes ni lo invadía todo tanto como en Aurora, pero sí ocupaba un lugar destacado en todos los mundos. Por ello los grandes y majestuosos personajes experimentaban cierta sensación de ultraje y merma al verse obligados a acercarse unos a otros en carne y hueso, sin la reconfortante intimidad de una pared invisible que los separase, sin la cálida seguridad de saber que tenían el interruptor al alcance de la mano.

Se enfrentaban unos a otros con desazonado embarazo y procuraban no verse comiendo; procuraban no encogerse ante un contacto involuntario. Hasta el servicio robot estaba racionado.

Ernest Keilin, el único representante de televisión acreditado de la Tierra, se daba cuenta de algunas de estas cuestiones sólo de la manera vaga con que las describimos aquí. No podía tener una visión interior más clara. Tampoco habría podido tenerla

nadie criado en una sociedad donde los seres humanos sólo existen en plural y donde a una casa le basta con estar desierta para suscitar temores.

De modo que las tensiones más sutiles se le escapaban en el banquete oficial dado por el gobierno hesperiano durante la tercera semana de la conferencia. Sin embargo, otras tensiones no se le pasaban por alto.

Después de la comida, la reunión, como es natural, se dividió en grupitos. Keilin se unió al de Franklin Maynard, de Aurora. Como delegado del mundo mayor era, por derecho propio, el más noticiable.

Maynard hablaba despreocupadamente entre sorbo y sorbo al cóctel que tenía en la mano. Si la carne le hormigueaba un poco por la proximidad de otras personas, disimulaba magistralmente esta sensación.

—La Tierra —decía— es fundamentalmente impotente contra nosotros, siempre que evitemos aventuras militares impredecibles. Y si queremos evitar dichas aventuras tenemos que estar unidos en el terreno económico. Hagamos que la Tierra se dé cuenta de la medida en que su economía depende de nosotros, por los materiales que sólo nosotros podemos suministrarle, y no se hablará más de espacio vital. Y si estamos unidos, la Tierra nunca osará atacar. Trocará sus estériles afanes por motores atómicos... o no, como prefiera.

Y se volvió para mirar a Keilin con cierta altanería, con lo cual éste se sintió espoleado y replicó:

—Pero los productos manufacturados de ustedes, consejero (o sea, los que envían a la Tierra), no nos los *regalan*. Los intercambian por productos agrícolas.

Maynard sonrió con una sonrisa fina como la seda.

—Sí, creo que el delegado de Tethys se ha referido extensamente a este hecho. Entre nosotros prevalece la fantasía de que únicamente las semillas terrestres crecen bien...

Le interrumpió sosegadamente otro asistente, que dijo:

—Mire, yo no soy de Tethys, pero lo que usted dice no es una fantasía. Yo cultivo centeno en Rhea, y nunca he logrado imitar el pan de la Tierra. Sencillamente, no tiene el mismo gusto —se dirigió a todos los oyentes en general—: Es más, hace cinco años importé media docena de terrestres con visado de trabajadores agrícolas para que vigilaran a los robots. Ya sabe, es gente que hace maravillas con el suelo. Donde ellos escupen, el maíz crece hasta una altura de cuatro metros y medio. Su intervención mejoró un poco el problema. El empleo de simientes terrestres también contribuyó. Pero aunque uno cultive cereales venidos de la Tierra, los nacidos aquí ya no dan buena simiente para el año próximo.

—¿Ha hecho analizar sus tierras por nuestro departamento de agricultura? —preguntó Maynard.

Ahora le tocó al rheano el turno de mostrarse altanero:

—No las hay mejores en todo el sector. Y el centeno es de máxima calidad. Envié un quintal métrico a la Tierra para su control alimentario, y me lo devolvieron con las

mejores calificaciones —se rascaba el mentón con aire pensativo—. De lo que hablaba antes era del sabor. No parece tener el preciso...

Maynard quiso quitarle importancia:

—Uno puede prescindir del buen sabor, temporalmente. Tendrán que venir a buscarnos aceptando nuestras condiciones, esas hordas de hombrecillos de la Tierra. Nosotros sólo renunciaríamos a ese misterioso gusto; en cambio ellos tendrían que renunciar a los motores atómicos, la maquinaria agrícola y los vehículos. En verdad, no sería mala idea intentar prescindir de esos sabores terrestres que tanto le preocupan a usted. Apreciemos en cambio el de los productos cultivados en nuestro suelo... que podría resistir muy bien la comparación, si le diésemos oportunidad.

—¿Ah, sí? —El rheano sonreía—. Estoy viendo que usted fuma tabaco terrestre.

—Una costumbre que puedo dejar, si tengo que hacerlo.

—Probablemente, dejando de fumar. Yo no utilizaría tabaco de los Mundos Exteriores para nada, como no sea para matar mosquitos.

El hombre soltó una carcajada, quizá demasiado sonora, y se apartó del grupo. Maynard le siguió con la mirada, molesto.

A Keilin el pequeño inciso sobre centeno y tabaco le causó cierta satisfacción. Miraba a aquellas personalidades como una imagen reducida de ciertas realidades galactopolíticas. Tethys y Rhea eran los planetas mayores del sur galáctico, así como Aurora era el mayor del norte. Los tres planetas eran igualmente racistas y exclusivistas. Sobre la Tierra, tenían opiniones similares y perfectamente compatibles. A primera vista uno habría pensado que no les quedaba campo para la discordia.

Pero Aurora era el Mundo Exterior más antiguo, el más adelantado, el más fuerte en el terreno militar... y, por lo tanto, aspiraba a una especie de jefatura moral de los otros mundos. Lo cual bastaba para despertar oposiciones, y Rhea y Tethys servían de puntos focales para aquellos que no reconocían el caudillaje de Aurora.

Keilin se sentía sombríamente satisfecho de tal situación. Si la Tierra sabía inclinar su peso de modo adecuado, primero en una dirección, luego en otra, podía acabar produciendo una grieta, hasta quizá una fragmentación...

Keilin fijaba la mirada en Maynard con cautela, casi furtivamente, y se preguntaba qué efecto tendría la escena anterior en el debate del día siguiente. El auroriano se estaba mostrando ya más callado de lo que exigía la buena educación.

XIII

Un momento después, un subsecretario, o un funcionario de segunda categoría, se abrió paso entre los grupos de invitados y llamó a Maynard con el ademán.

Los ojos de Keilin siguieron al auroriano, que se retiraba con el recién llegado, vieron cómo le escuchaba muy atento, cómo profería un asombrado «¿Qué?» perfectamente inconfundible para el ojo, aunque se produjera demasiado lejos para ser percibido por el oído, y luego vio cómo cogía un papel que el otro le entregaba.

En consecuencia, la sesión del día siguiente se desarrolló de un modo completamente distinto a como Keilin habría profetizado.

Keilin descubrió los detalles en los teleprogramas de la noche. Al parecer, el gobierno terrestre había enviado una nota a todos los gobiernos que tomaban parte en la conferencia, advirtiéndoles lisa y llanamente que cualquier pacto entre ellos sobre cuestiones militares o económicas se consideraría un gesto hostil hacia la Tierra y sería objeto de las contramedidas adecuadas. La nota denunciaba a los tres planetas, Aurora, Tethys y Rhea, por igual. La nota los acusaba de estar tramando una conspiración imperialista contra la Tierra, etc., etc., etc.

—¡Tontos! —exclamaba Keilin rechinando los dientes, faltándole poco para dar cabezazos contra la pared de puro enojado—. ¡Tontos! ¡Tontos! ¡Tontos! —Y la voz se fue perdiendo, siempre murmurando esta sola y única palabra.

XIV

A la próxima sesión de la conferencia concurrió, desde muy temprano, una enfurecida colección de delegados empeñados sólo en triturar y desmenuzar en la nada todo desacuerdo que pudiera subsistir entre ellos. Al final de la asamblea, todos los asuntos concernientes al comercio entre la Tierra y los Mundos Exteriores habían quedado en manos de una comisión plenipotenciaria.

Ni la misma Aurora habría podido prometerse una victoria tan completa y fácil, y Keilin, de regreso a la Tierra, anhelaba que su voz pudiera elevarse en los estudios de televisión, para poder vocear su disgusto.

Sin embargo, en la Tierra, algunos sonreían.

XV

De regreso a la Tierra la voz de Keilin fue bajando y ahogándose cada vez más... perdida en un clamor, mucho más potente, que reclamaba acción.

La popularidad de Keilin disminuía en la misma proporción que aumentaban las restricciones comerciales. Poco a poco, los Mundos Exteriores iban apretando el nudo. Primero instituyeron la estricta aplicación de un sistema nuevo de licencias de exportación. Después prohibieron que se exportara a la Tierra toda materia susceptible de ser empleada en un «esfuerzo bélico». Y, finalmente, echaron mano de una interpretación amplísima respecto a qué se pudiera considerar utilizable para el mencionado «esfuerzo».

Los artículos importados de lujo —y los de primera necesidad también— desaparecieron, o alcanzaron precios fuera de las posibilidades de la gran mayoría de la población.

De modo que la gente desfilaba, las voces se elevaban en gritos, las banderas ondeaban bajo el sol... y las piedras volaban contra los consulados...

Keilin gritaba furiosamente y temía volverse loco.

Hasta que, de súbito, Luiz Moreno, por propio impulso, se ofreció para aparecer en el programa de Keilin y someterse a un interrogatorio sin limitación alguna, en su calidad de exembajador en Aurora y actual ministro sin cartera.

Para Keilin aquello era casi como volver a nacer. Conocía a Moreno, y sabía que no era tonto. Con Moreno en el programa, tenía asegurado un público como nunca lo hubiera tenido. Y si Moreno contestaba a sus preguntas, acaso pudiera desvanecer ciertos temores y despejar ciertas confusiones. El mero hecho de que Moreno deseara utilizar su programa —el *suyo*— como caja de resonancia pudiera muy bien significar que quizá se hubiesen pronunciado ya por una política exterior más flexible y sensata. Quizá Maynard hubiera acertado, y la presión estuviera obrando efecto y actuando de la manera prevista.

La lista de preguntas, por supuesto, se la habían presentado a Moreno por adelantado; pero el exembajador había indicado que las contestaría todas, así como también las adicionales que se considerasen necesarias.

El caso parecía ideal. Demasiado ideal quizá, dada la situación, pero sólo un tonto malvado habría podido pararse en minucias.

Hubo la preparación y la introducción adecuadas... y cuando estuvieron uno frente al otro, con la mesita entre ambos, la aguja encarnada que señalaba el número de televisores sincronizados con aquel canal sobrepasaba bien los cien millones. Y había un promedio de 2,7 oyentes por aparato. Venía el momento de entrar en materia; la presentación oficial.

Keilin se frotaba la barbilla lentamente, mientras esperaba la señal.

Luego empezó:

P. —Secretario Moreno, la cuestión que interesa a toda la Tierra por el momento se refiere a la posibilidad de una guerra. ¿Qué le parece si empezamos por ella? ¿Cree usted que habrá guerra?

R. —Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración, yo digo: No, decididamente, no. En su historia, la Tierra ha tenido demasiadas guerras, y ha aprendido muchísimas veces cuán poco se puede ganar con la guerra.

P. —Usted ha dicho: «Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración...». ¿Da a entender, pues, que factores que están fuera de nuestro control la provocarán?

R. —Yo no digo «la provocarán»; pero sí digo «podrían provocarla». Naturalmente, no puedo hablar en nombre de los Mundos Exteriores. No puedo simular que esté al corriente de sus motivaciones y sus intenciones en este momento de la historia de la Galaxia. *Es posible* que se decidan por la guerra. Confío que no lo harán. No obstante, si eligieran la guerra, nosotros nos defenderíamos. En todo caso, *nosotros* no atacaremos nunca; *nosotros* no seremos quienes iniciemos una acción bélica.

P. —¿Acierto, pues, si digo que, a criterio de usted, no existen diferencias fundamentales entre la Tierra y los Mundos Exteriores que no se puedan resolver mediante negociaciones?

R. —Claro que acierta. Si los Mundos Exteriores desearan de verdad una solución, no podría seguir existiendo ningún desacuerdo entre ellos y nosotros.

P. —¿Va incluido ahí el problema de la inmigración?

R. —Decididamente. Nuestra actitud en esta materia es clara y no admite reproche. En la situación actual, doscientos millones de seres humanos ocupan el noventa y cinco por ciento del terreno disponible en el universo. Seis mil millones (o sea, el noventa y siete por ciento de toda la humanidad) se amontonan en el otro cinco por ciento. Tal situación es obviamente injusta y, peor todavía, inestable. Sin embargo, la Tierra, ante tamaña injusticia, siempre ha estado dispuesta a tratar este problema admitiendo soluciones progresivas. Nosotros aceptaríamos cupos razonables y razonables restricciones. No obstante, los Mundos Exteriores se han negado a discutir esta cuestión. En el transcurso de diez lustros, han rechazado todos los esfuerzos de la Tierra por abrir negociaciones.

P. —Si continúa esta actitud de los Mundos Exteriores, ¿cree usted que *entonces* habrá guerra?

R. —No puedo creer que esta actitud continúe. Nuestro gobierno no cesará de confiar en que los Mundos Exteriores acaben por reconsiderar su actitud en esta cuestión; en que su sentido de la justicia y el derecho no ha muerto, sino que está dormido únicamente.

P. —Señor secretario, pasemos a otro tema. ¿Piensa que la Comisión de los Mundos Unidos, instituida recientemente por los Mundos Exteriores para dirigir el

comercio con la Tierra, representa un peligro para la paz?

R. —En el sentido de que los actos de dicha Comisión indican un deseo por parte de los Mundos Exteriores de aislar a la Tierra y debilitarla económicamente, puedo decir que sí lo representa.

P. —¿A qué actos se refiere, señor?

R. —A los de restringir el comercio interestelar con la Tierra hasta el punto de que, en valores de crédito, el total asciende ahora a menos del diez por ciento de lo que ascendía hace tres meses.

P. —Pero ¿es que estas restricciones representan de verdad un peligro económico para la Tierra? Por ejemplo, ¿no es cierto que el comercio con los Mundos Exteriores representa una parte insignificante del total del comercio terrestre? ¿Y no es cierto que lo que importamos de los Mundos Exteriores llega sólo, en el mejor de los casos, a una pequeñísima minoría de la población?

R. —Las preguntas de usted encierran ahora una profunda falacia, muy corriente entre nuestros aislacionistas. En valores de crédito, es cierto que el comercio interestelar sólo representa el cinco por ciento de nuestro comercio total; pero la verdad es que importamos el noventa y cinco por ciento de nuestros motores atómicos. También importamos el ochenta por ciento de nuestro torio, el sesenta y cinco por ciento de nuestro cesio, y el sesenta por ciento del molibdeno y el estaño. La lista se podría prolongar casi indefinidamente, y se ve con toda claridad que ese cinco por ciento es un porcentaje muy importante, vital. Además, si un gran fabricante recibe un cargamento de moldeadores de acero de Rhea, no se sigue de ahí que el beneficio recaiga sólo sobre él. Todo hombre de la Tierra que utilice herramientas de acero u objetos manufacturados con aparatos de acero sale beneficiado.

P. —¿Pero no es cierto que las restricciones actuales en el comercio interestelar de la Tierra han reducido nuestras exportaciones de ganado y cereales casi a la nada? ¿Y no lo es que, lejos de perjudicar a la Tierra, ello significa una bendición para nuestro propio pueblo hambriento?

R. —He aquí otra falacia grave. Es cierto que la provisión de víveres de la Tierra es trágicamente insuficiente. El gobierno será el último en negarlo. Pero nuestras exportaciones de alimentos no significan una merma seria de tal provisión. Se exporta menos de un quinto del uno por ciento de nuestros alimentos, y a cambio obtenemos, por ejemplo, fertilizantes y maquinaria agrícola, lo cual compensa con grandes creces dicha pequeña pérdida, aumentando la eficiencia agrícola. Por consiguiente, al comprarnos menos alimentos, los Mundos Exteriores se han lanzado, en efecto, a recortar nuestra ya insuficiente provisión de alimentos.

P. —¿Está dispuesto a reconocer, pues, secretario Moreno, que al menos parte de la culpa de esta situación hay que achacársela a la misma Tierra? En otras palabras, llegamos a mi siguiente pregunta: ¿No fue un error diplomático de primera magnitud el hecho de que el gobierno publicase aquella inflamada nota denunciando las

intenciones de los Mundos Exteriores antes de que éstas se hubiesen manifestado palmariamente en la Conferencia Interplanetaria?

R. —Yo creo que estas intenciones estaban muy claras en aquel momento.

P. —Usted perdone, señor; pero yo estaba presente en la conferencia. Por la fecha en que se publicó la nota, los delegados de los Mundos Exteriores se encontraban casi en un punto muerto. Los de Rhea y Tethys se oponían resueltamente a toda acción económica contra la Tierra, y había grandes probabilidades de que Aurora y su bloque hubieran salido derrotados. La nota de la Tierra abortó inmediatamente tal posibilidad.

R. —Bueno, ¿qué es lo que pregunta usted, señor Keilin?

P. —En vista de mis declaraciones, ¿cree usted que la nota de la Tierra fue un error diplomático criminal que ahora sólo se puede remediar con una política inteligente de conciliación?

R. —Utiliza usted un lenguaje muy fuerte. Sin embargo, no puedo contestar a su pregunta directamente, porque no estoy de acuerdo con la premisa fundamental que sienta usted. No creo que los delegados de los Mundos Exteriores pudieran actuar de la manera que usted dice. En primer lugar, es bien sabido que los Mundos Exteriores se jactan con gran arrogancia de que el porcentaje de demencias, psicosis y hasta desajustes menores de la personalidad son una lacra que está desapareciendo en su sociedad. Uno de los argumentos más poderosos que esgrimen contra la Tierra es el de que nosotros tenemos más psiquiatras que fontaneros, y con todo estamos en apuros por falta de los primeros. Los delegados de la conferencia representaban lo mejor de esa sociedad tan estable. Y ahora, ¿quiere usted que crea que esos semidioses habrían cambiado de opinión por un puntillo momentáneo, y habrían instaurado un cambio importante en la política de cincuenta mundos? No los creo capaces de una actitud tan pueril y perversa, y por ello debo insistir en que toda medida que tomaran se fundaba, no en ninguna nota de la Tierra, sino en motivaciones que calan mucho más hondo.

P. —Pero yo vi el efecto que producía en ellos con mis propios ojos, señor. Recuerde, se los hería con un lenguaje que ellos consideraban insolente por parte de un pueblo inferior. No puede haber duda, señor, de que, en conjunto, los hombres del Mundo Exterior son personas notablemente centradas, a pesar del sarcasmo de usted; aunque su actitud respecto a la Tierra represente un punto débil en esta estabilidad.

R. —¿Me está haciendo preguntas, o está defendiendo los puntos de vista y la política racista de los Mundos Exteriores?

P. —Bien, aceptando su parecer de que la nota de la Tierra no causó ningún daño, ¿qué beneficio podía reportar? ¿Por qué había que enviarla?

R. —Yo creo que era justo que presentásemos nuestro punto de vista sobre el problema ante el tribunal de la opinión pública galáctica. Creo que hemos agotado el tema. ¿Qué pregunta quiere hacerme ahora? Es la última, ¿verdad?

P. —Lo es. Se ha dicho recientemente que el gobierno terrestre tomará medidas

severas contra los que intervengan en actividades de contrabando. ¿Está ello en consonancia con el punto de vista del gobierno de que la disminución de las relaciones comerciales va en detrimento del bienestar de la Tierra?

R. —Lo que nos importa ante todo es la paz y no nuestro bienestar inmediato. Los Mundos Exteriores han adoptado ciertas restricciones comerciales. Nosotros no estamos conformes con ellas y las consideramos una gran injusticia. A pesar de todo, las observaremos, para que ningún planeta pueda decir que hemos dado el menor pretexto para las hostilidades. Por ejemplo, me cabe el privilegio de anunciar aquí, por primera vez, que durante el mes pasado cinco naves que viajaban con una matrícula terrestre falsa fueron detenidas cuando se dedicaban a introducir en la Tierra material de los Mundos Exteriores. Sus géneros fueron confiscados y su tripulación encarcelada. He ahí una prueba fehaciente de nuestras buenas intenciones.

P. —¿Naves de los Mundos Exteriores?

R. —Sí. Pero que viajaban bajo matrícula terrestre falsa; recuérdelo.

P. —¿Y los hombres encarcelados son ciudadanos de los Mundos Exteriores?

R. —Eso creo. De todos modos, no sólo faltaban a nuestras leyes, sino también a las de sus patrias, con lo cual hipotecaban doblemente sus derechos interplanetarios. Y creo que la entrevista debería terminar aquí.

P. —Pero esto...

XVI

Y en este punto fue donde la emisión terminó bruscamente. El final de la última frase de Keilin no lo oyó nadie, excepto Moreno. Dijo:

—... significa la guerra.

Pero Luiz Moreno ya no estaba en las ondas. Por lo cual, mientras se ponía los guantes, sonrió y, con un sentido tremendo, encogió los hombros en un pequeño gesto de indiferencia.

Aquel levantamiento de hombros no tuvo testigos.

XVII

La Reunión de Aurora seguía en curso. Franklin Maynard se había retirado un momento, completamente agotado. Se hallaba frente a su hijo, a quien veía por primera vez con uniforme.

—Al menos tú estás seguro de lo que sucederá, ¿verdad que sí?

En la respuesta del joven no había ningún cansancio, ninguna aprensión, nada que no fuera una satisfacción completa.

—¡Así es, papá!

—Entonces, ¿no te inquieta nada? ¿No crees que nos han manejado para llevarnos a este punto?

—¿Y a quién le importa si nos han manejado? Es el funeral de la Tierra.

Maynard movió la cabeza.

—Pero ¿no te das cuenta de que nos han situado en mal terreno? Los ciudadanos de los Mundos Exteriores que tienen detenidos faltaron a la ley. La Tierra está en su derecho.

—Espero que no harás afirmaciones semejantes en la Reunión, papá —replicó el joven, frunciendo el ceño—. Yo no veo que la Tierra tenga ninguna justificación. De acuerdo, y si hacían contrabando, ¿qué? Era solamente porque algunos mundoexterianos están dispuestos a pagar precios de estraperlo por los comestibles terrestres. Si en la Tierra tuvieran seso, volverían la vista hacia otra parte, y todo el mundo saldría ganando. Bastante ruido arman afirmando que necesitan nuestro comercio. Entonces, ¿por qué no hacen algo por conseguirlo? En todo caso, no veo por qué habríamos de dejar a unos buenos aurorianos, ni a otros ciudadanos de los Mundos Exteriores, en manos de aquellos hombres-mono. Puesto que no quieren soltarlos por las buenas, les obligaremos. De otro modo, la próxima vez ninguno de nosotros estaría a salvo.

—En fin, veo que has adoptado la opinión general.

—Es mi propia opinión. Si además es la general es porque tiene lógica. La Tierra *quiere* una guerra. Bueno, la tendrán.

—Pero ¿por qué quieren guerra, eh? ¿Por qué nos fuerzan la mano? Toda nuestra política económica de los meses pasados iba dirigida a obligarles a cambiar de actitud, sin guerra.

Maynard hablaba consigo mismo, pero su hijo le replicó con el argumento definitivo:

—No me importa por qué motivo quieren la guerra. Ahora la *tienen*, y los aplastaremos.

Maynard regresó a la Reunión, pero mientras el ronroneo del debate volvía a llenar la sala, él pensaba, con una punzada de resquemor, que aquel año no habría

alfalfa terrestre. Lo lamentaba por la leche. En verdad, hasta la ternera parecía algo menos sabrosa...

La votación tuvo lugar a primeras horas de la mañana. Aurora declaró la guerra. La mayoría de mundos de su bloque se le unieron al amanecer.

XVIII

Más tarde, los libros de historia bautizarían aquella contienda con el nombre de «La Guerra de las Tres Semanas». Durante la primera semana, fuerzas aurorianas ocuparon varios asteroides transplutonianos; y en el comienzo de la segunda semana el grueso de la flota de la Tierra quedó poco menos que completamente destruido en una batalla librada en la órbita de Saturno ante una flota de Aurora que no llegaba a una cuarta parte de aquélla, numéricamente.

Las declaraciones de guerra de los Mundos Exteriores que hasta entonces habían permanecido neutrales siguieron como las explosiones de una traca.

Dos horas antes de cumplirse los veintiún días de hostilidades, la Tierra se rindió.

Las negociaciones de las cláusulas de paz tuvieron lugar entre los Mundos Exteriores. A la Tierra no se le reservaba otra actividad que la de firmar. Las condiciones de paz fueron desacostumbradas, acaso únicas, y, bajo la fuerza de una humillación sin precedentes, todas las hordas de la Tierra quedaron sumidas a la vez y repentinamente en un silencio nacido de una cólera y una vergüenza demasiado grandes para ser expresadas en palabras.

Las repetidas condiciones fueron quizá mejor comentadas por una voz en la televisión auroriana dos días después de haber sido publicadas. Podemos citar parte del comentario:

«... Ni en el interior de la Tierra ni en su superficie hay nada que nosotros, los de los Mundos Exteriores, podamos necesitar o querer. Todo lo que valía algo en la Tierra salió de ella siglos atrás en las personas de nuestros antepasados.

»Ellos nos llaman hijos de la Madre Tierra; pero la denominación es falsa, porque nosotros descendemos de una Madre Tierra que ya no existe, una Madre que nos trajimos con nosotros. La Tierra de hoy tiene con nosotros, a lo sumo, un parentesco de primos; nada más.

»¿Necesitamos sus recursos? Diablos, no los tienen ni para ellos mismos. ¿Podemos utilizar su industria o su ciencia? Están casi difuntos porque les faltan las nuestras. ¿Podemos utilizar su potencial humano? Diez hombres de los suyos no valen ni como un solo robot. ¿Queremos siquiera la dudosa gloria de gobernarlos? No existe tal gloria. Como inferiores impotentes e incompetentes que son respecto a nosotros, sólo representarían un lastre. Consumirían unos alimentos, un trabajo y una capacidad administrativa que mejor será aprovechar para nosotros mismos.

»De modo que no tienen nada que darnos, salvo el espacio que ocupan en nuestros pensamientos. No tienen nada de qué libertarnos sino de ellos mismos. No pueden beneficiarnos con nada sino con su ausencia.

»Por este motivo se han redactado las cláusulas de paz tal como se ha hecho. No les deseamos ningún mal; de modo que allá se las compongan con su sistema solar.

Que vivan allí, en paz. Que se forjen un destino a su manera, y no les estorbaremos ni con el menor asomo de nuestra presencia. Pero nosotros, por nuestra parte, también queremos paz. Forjaremos nuestro futuro a nuestro modo. De manera que no queremos su presencia. Y con este objetivo ante la vista, una flota de los Mundos Exteriores patrullará los límites de su sistema, y estableceremos bases de los Mundos Exteriores en sus asteroides más periféricos, para asegurarnos de que no se aventuren por nuestro territorio.

»No habrá comercio, ni relaciones diplomáticas, ni viajes, ni comunicaciones. Quedan proscritos, desterrados, herméticamente sellados. Aquí nosotros tenemos un universo nuevo, una segunda creación del Hombre, un Hombre superior...

»Ellos nos preguntan: “¿Qué será de la Tierra?”. Nosotros contestamos: “Es un problema que la Tierra misma deberá resolver. El crecimiento de la población se puede controlar. Los recursos se pueden explotar eficientemente. Los sistemas económicos se pueden revisar. Lo sabemos, porque lo hemos llevado a cabo. Si ellos no lo saben, que sigan los pasos del dinosaurio y dejen espacio libre”.

»¡Sí, que dejen espacio libre, en lugar de estar pidiendo siempre espacio!».

XIX

De este modo una cortina impenetrable fue envolviendo lentamente el Sistema Solar. Las estrellas del firmamento de la Tierra volvieron a ser estrellas nada más, como en los fenecidos días pretéritos en que la primera nave atravesó la barrera de la velocidad de la luz.

El gobierno que había hecho la guerra y la paz dimitió; pero lo cierto es que no había nadie para ocupar su puesto. Los diputados eligieron a Luiz Moreno — exembajador en Aurora, exministro sin cartera— como presidente provisional, y la Tierra en conjunto estaba demasiado atontada para declararse de acuerdo, o en desacuerdo. Sólo se notaba un alivio generalizado al ver que existía alguien dispuesto a cargar con la tarea de tratar de guiar los destinos de un mundo encarcelado.

Muy pocos se daban cuenta de cuán cuidadosamente se había preparado este final, ni de a través de qué esmerados cálculos se hallaba Moreno en el sillón de la presidencia.

XX

Ernest Keilin decía desamparado desde la pantalla de la televisión:

—Ahora somos únicamente nosotros mismos. Para nosotros no hay universo, ni hay pasado: sólo la Tierra y el futuro.

Aquella noche volvió a tener noticias de Moreno, y antes de la mañana salió hacia la capital.

XXI

La presencia de Moreno parecía incongruente con las líneas rígidamente formales de la mansión presidencial. Volvía a estar resfriado y hablaba con voz ronca.

Keilin lo miraba con hostilidad; un odio casi devorador en el que notaba cómo los dedos se le retorcían en los primeros gestos de un estrangulamiento. Quizá no debía haber venido... Bueno, ¿qué importaba?, la orden era sobradamente clara. Si no hubiese venido voluntariamente, le habrían traído a la fuerza.

El nuevo presidente le miró con ojo penetrante.

—Tendrá que cambiar de actitud hacia mí, Keilin. Sé que me mira como a un Enterrador de la Tierra (¿no es ésta la frase que empleó anoche?), pero tiene que escucharme sosegadamente un rato. En su estado actual de rabia contenida, dudo que pueda oírme.

—Oiré todo lo que usted diga, señor presidente.

—Bueno... las formalidades externas, al menos. Esto resulta esperanzador. ¿O acaso cree que he instalado en esta sala un video-rastreador?

Keilin se limitó a enarcar las cejas.

Moreno dijo:

—No, no lo instalé. Estamos completamente solos. *Hemos* de estar solos; de lo contrario, ¿cómo podría decirle sin peligro que todo está dispuesto para que usted salga elegido presidente bajo una constitución que estamos preparando ahora? Eh, ¿qué le parece?

Luego sonrió ante la blanca sorpresa de la faz de Keilin.

—¡Ah, no lo cree! Bien, ya no puede hacer nada para impedirlo. Antes de una hora será cosa pública, ¿comprende?

—¿Yo voy a ser presidente? —Keilin pugnaba con una voz extraña, ronca. Después, con algo más de firmeza, añadió—: Usted está loco.

—No, yo no. Los de allá fuera lo están. Los de los Mundos Exteriores —los ojos, el semblante, la voz de Moreno adquirieron una vehemencia maligna, de tal modo que uno olvidaba que fuese, un monito con aspecto de hombre eternamente resfriado. Uno ya no se fijaba en la arrugada y huidiza frente. Uno olvidaba la calva cabeza y el traje mal cortado. Sólo quedaba la brillante y luminosa mirada de sus ojos y el filo cortante de su voz. *Eso* sí se notaba.

Keilin alargó la mano en busca de una silla, a ciegas, mientras Moreno se le acercaba y hablaba con creciente pasión.

—Sí —decía—. Aquéllos de allá, entre las estrellas; los semidioses; los majestuosos superhombres; la raza superior, hermosa y fuerte. *Ellos* están locos. Aunque sólo nosotros, los de la Tierra, lo sabemos.

»Usted ha oído hablar del Proyecto Pacífico. Lo sé. Lo denunció a Cellioni en

cierta ocasión y lo llamó un engaño. No lo es. Y casi nada de dicho proyecto permanece en secreto. En realidad, su único secreto consiste en que no había nada secreto.

»Usted no es tonto, Keilin. Sencillamente, nunca se detuvo a analizar los hechos desde el principio hasta el fin. Y sin embargo, estaba sobre la pista. Usted lo percibía bien. ¿Qué fue lo que me dijo aquella vez, cuando me entrevistó en su programa? Algo acerca de que la actitud del mundo exteriorano con respecto al hombre de la Tierra era el único punto flaco de la estabilidad del primero. Eso fue, ¿verdad? ¿O algo por el estilo? Muy bien, pues, ¡estupendo! Entonces tenía usted en la mente el primer tercio del Proyecto Pacífico, y no era ningún secreto, al fin y al cabo, ¿verdad que no?

»Pregúnteselo, Keilin, ¿cuál era la actitud del auroriano típico hacia el terrícola típico? ¿Un sentimiento de superioridad? Es la primera idea que se le ocurre a uno, supongo. Pero, dígame, Keilin, si se sentía superior, *realmente* superior, ¿había de sentir la necesidad de llamar a cada momento la atención sobre este hecho? ¿Qué clase de superioridad es la que tiene que ser apuntalada continuamente con frases tales como “hombres mono”, “infracreatos”, “semianimales de la Tierra”, etc., etc.? Ésa no es la tranquila seguridad interna de quien se siente superior. ¿Malgasta usted epítetos con las lombrices de tierra? No, aquí hay otra cosa.

»Bien, enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. ¿Por qué los turistas de los Mundos Exteriores se alojan en hoteles especiales, viajan en coches cerrados y se atienen a leyes rígidas, aunque no escritas, contra toda relación social con nosotros? ¿Tienen miedo a la polución? Es raro que no teman comer nuestros víveres, beber nuestro vino y fumar nuestro tabaco.

»Vea usted, Keilin, en los Mundos Exteriores no hay psiquiatras. Los superhombres están demasiado bien centrados; o al menos eso dicen ellos. En cambio aquí en la Tierra, ya es proverbial, tenemos más psiquiatras que fontaneros, y cada uno cuenta con mucha clientela. De modo que somos nosotros, y no ellos, quienes sabemos la verdad sobre este complejo de superioridad de los Mundos Exteriores, los que sabemos que se trata de una simple y alocada reacción contra un abrumador sentimiento de *culpa*.

»¿No cree que puede ser eso? Mueve la cabeza como si disintiera. ¿No ve que un puñado de hombres que se aferran a una Galaxia mientras miles de millones perecen por falta de espacio, *ha de experimentar* en el subconsciente una sensación de culpa, adopte la forma que adopte? Y como no quieren compartir el botín, ¿no ve usted que el único recurso que tienen para justificarse consiste en tratar de convencerse de que, al fin y al cabo, los terrestres somos inferiores, que no merecemos la Galaxia, que allá se ha creado una raza nueva de hombres y que nosotros no somos más que los enfermizos restos de una raza antigua que debería extinguirse como el dinosaurio, por obra y gracia de las leyes inexorables de la naturaleza?

»Ah, si pudieran convencerse de eso, ya no se sentirían culpables, sino

simplemente superiores. Sólo que no ocurre así; nunca. La idea de la superioridad necesita un cultivo constante, una repetición, un refuerzo constantes. Y ni aun así convence del todo.

»Lo mejor de todo sería que pudiesen fingir que la Tierra y su población no existen siquiera. Por ello, si usted visita la Tierra, evite a los terrestres, y así no le causarán la incomodidad que le provocaría no verles bastante inferiores. A veces, en lugar de inferiores le parecerían desdichados, y nada más. O peor todavía, hasta podrían parecerle inteligentes... como lo parecía yo, por ejemplo, en Aurora.

»Alguna que otra vez surgía un mundo exteriorano como Moreanu capaz de reconocer el sentimiento de culpa como tal, y sin miedo a expresarlo en voz alta. Moreanu hablaba del deber que tenían los Mundos Exteriores con la Tierra... con lo cual representaba un peligro para nosotros. Porque si los demás le hubiesen escuchado y hubiesen ofrecido a la Tierra una ayuda simbólica, en sus mentes se habría aliviado el sentimiento de culpa, aun sin prestar una ayuda permanente a la Tierra. De modo que Moreanu fue eliminado a través de nuestras maniobras, dejando el camino libre a los inflexibles, a los que se negaban a reconocer la culpa y cuya acción, por consiguiente, se podía predecir y manipular.

»Por ejemplo, les envías una nota arrogante y ellos responden automáticamente con un embargo inútil, que sólo sirve para proporcionarnos el pretexto ideal para declarar la guerra. Luego pierdes la guerra rápidamente, y los enojados superhombres te aíslan. Se acabó la comunicación, se acabó el contacto. Ya no existes y ya no les molestas. ¿No es así de sencillo? ¿No ha salido de maravilla?

XXII

Por fin Keilin pudo hablar:

—¿Quiere decir que todo esto lo había planeado de antemano? —preguntó—. ¿Provocó *usted* la guerra intencionadamente con objeto de aislar la Tierra de la Galaxia? ¿Envió a los hombres de la Flota Metropolitana a una muerte segura porque quería que nos derrotasen? Vaya, usted es un monstruo, un... un...

Moreno arrugó la frente.

—Sosiéguese, por favor. Ni la cosa fue tan sencilla como se imagina, ni yo soy un monstruo. ¿Piensa acaso que la guerra bastaba con... provocarla, sencillamente? Había que alimentarla con suavidad, de la manera precisa, y encaminarla hacia el final adecuado. Si nosotros hubiésemos dado el primer paso, si hubiéramos sido los agresores, si de una u otra forma hubiésemos echado la culpa sobre nuestros hombros... entonces los Mundos Exteriores habrían ocupado la Tierra y la habrían desmenuzado. Vea usted, si *nosotros* hubiéramos cometido un crimen contra *ellos*, ya no se sentirían culpables. Por otra parte, si hubiésemos librado una guerra larga, o hubiéramos causado grandes destrozos, ellos lograrían descargarse de la culpa.

»Pero no lo hicimos. Nos limitamos, tan sólo, a encarcelar a unos contrabandistas de Aurora, obrando de acuerdo con nuestros derechos. Ellos tuvieron que declararnos la guerra por este motivo, porque sólo así podían proteger su superioridad, la cual a su vez los protegía contra los horrores de la culpa. Y nosotros perdimos en seguida. Apenas murió ningún auroriano. El sentimiento de culpa se fortaleció y dio como fruto, exactamente, el tratado de paz que nuestros psiquiatras habían previsto.

»En cuanto a lo de enviar hombres a la muerte, es algo que ocurre en todas las guerras... y una necesidad. Era preciso librar una batalla y, naturalmente, hubo bajas.

—Pero ¿por qué? —interrumpió Keilin—. ¿Por qué? ¿*Por qué?* ¿Por qué cree usted que toda esa palabrería tiene algún sentido? ¿Qué hemos ganado? ¿Qué beneficio podemos sacar jamás de la situación presente?

—¿Ganar? ¿Me pregunta qué hemos ganado? Ea, pues, hemos ganado el Universo. ¿Qué ha sido lo que nos ha retenido hasta ahora? *Usted sabe* qué necesitaba la Tierra estos siglos pasados. Usted mismo se lo subrayó muy certeramente a Cellioni. Necesitamos una sociedad de robots positrónicos y una tecnología sobre la energía atómica. Necesitamos cultivos químicos y el control de la natalidad. Bien, ¿qué impedía todo esto, eh? Sólo la costumbre de siglos, que decía que los robots eran malos porque quitaban el trabajo a los seres humanos, que el control de la natalidad significaba asesinar niños aún no nacidos, etc., etc. Y, lo peor, siempre había la válvula de seguridad de la emigración, bien realmente permitida, bien como una esperanza próxima.

»En cambio ahora no podemos emigrar. Estamos *clavados* aquí. Peor todavía,

hemos sufrido una derrota a manos de un puñado de hombres de las estrellas, y hemos tenido que aceptar, a la fuerza, un tratado de paz humillante. ¿Qué terrícola no arderá subconscientemente de ganas de revancha? El sentido de conservación se ha doblegado muchas veces bajo ese tremendo afán de “saldar las cuentas”.

»Y ésta es la segunda parte del Proyecto Pacífico: reconocer el motivo de la revancha. Así de sencillo.

»Pero ¿cómo sabemos que sucede verdaderamente así? Porque se ha demostrado docenas de veces en el transcurso de la historia. Derrota a una nación, pero no la aplastes por completo, y al cabo de una generación, de dos, o de tres, será más fuerte que antes. ¿Por qué? Porque en el ínterin habrá hecho sacrificios para posibilitar la revancha que no habría hecho por una simple conquista.

»¡Piénselo! Roma derrotó a Cartago sin grandes dificultades la primera vez; pero estuvo a punto de ser vencida la segunda. Cada vez que Napoleón derrotaba a una coalición europea sentaba las bases para otra, a la que ya le costaba un poquitín más derrotar, hasta que la octava le aplastó a él. Se necesitaron cuatro años para derrotar al Kaiser Guillermo de la medieval Alemania, y seis años, mucho más peligrosos, para detener a su sucesor, Hitler.

»¡Ahí lo tiene! Hasta ahora, la Tierra sólo necesitaba cambiar de estilo de vida para conseguir un bienestar y una dicha mayores. Un objetivo secundario como ése podía esperar siempre. En cambio, ahora tiene que cambiar para tomarse la revancha, y esto no admite demoras. Yo quiero el cambio por el cambio mismo.

»Sólo que... no soy el hombre indicado para ponerme en cabeza. Estoy manchado por el fracaso del año pasado, y así continuaré hasta que, mucho después de que mis huesos se hayan convertido en polvo, la Tierra sepa la verdad. En cambio usted..., *usted* y otros como usted han luchado siempre en favor de la marcha hacia la modernización. *Usted* tomará las riendas. La tarea puede requerir cien años. Los nietos de hombres que no han nacido todavía quizá sean los primeros que vean la tarea completada. Pero usted la habrá visto empezar, al menos.

»¡Eh! ¿Qué dice?

XXIII

Keilin estaba manoseando, mentalmente, el sueño. Le parecía ver, en una caliginosa distancia, una Tierra nueva, renacida. Pero el cambio de actitud era demasiado radical. No podía realizarse todavía, en aquel instante. Por ello movió la cabeza y dijo:

—¿Qué le hace pensar que los Mundos Exteriores tolerarán este cambio, suponiendo que lo que me cuenta sea verdad? Nos vigilarán de cerca, estoy seguro, y notaran un peligro cada vez mayor, hasta que decidan ponerle fin. ¿Me lo negará?

Moreno echó la cabeza atrás y soltó una carcajada silenciosa. Luego exclamó:

—Pero todavía nos queda la tercera parte del Proyecto Pacífico; una última, sutil e irónica tercera parte...

»Los mundoexterianos llaman a los hombres de la Tierra heces infrahumanas de una gran raza; pero los hombres de la *Tierra* somos *nosotros*. ¿Se da cuenta de lo que significa esto? Vivimos en un planeta en el que, durante mil millones de años, la vida (esta vida que ha culminado en el género humano) se ha ido adaptando. No existe ni un solo trocito microscópico del hombre, ni la menor función de su mente que no tengan como razón de ser alguna diminuta faceta de la composición física de la Tierra, o de la composición biológica de otras formas vitales terrestres, o de la composición sociológica de la comunidad que le rodea.

»*En la forma actual del hombre*, ningún otro planeta puede sustituir a la Tierra.

»Los mundoexterianos existen tal como son únicamente porque se trasplantaron unos pedazos de la Tierra. Allá hemos llevado tierra de labor, plantas, animales, hombres. Se mantienen rodeados de una geología artificial, nacida en la Tierra, que contiene, por ejemplo, aquellos vestigios de cobalto, zinc y cobre que la química humana necesita. Se rodean de bacterias y algas nacidas en la Tierra, poseedoras de la facultad de asimilar los mencionados vestigios inorgánicos de la manera precisa y en la cantidad exactamente adecuada.

»Y mantienen esta situación mediante importaciones continuas (importaciones de lujo, las llaman) de la Tierra.

»Pero los Mundos Exteriores, aun contando con suelo terrestre depositado sobre una capa de roca, no pueden impedir que las lluvias sigan cayendo y los ríos sigan corriendo; de manera que se produce una mezcla, inevitable, si bien lenta, con el suelo indígena; una inevitable contaminación de las bacterias del suelo terrestre con las bacterias indígenas; y la exposición, en todo caso, a una atmósfera diferente y a unas radiaciones solares distintas. Y las bacterias terrestres desaparecen o cambian. Y entonces cambia la vida vegetal. Y luego cambia la vida animal.

»No se trata de un cambio brusco, claro. La vida vegetal no se volvería venenosa o no nutritiva en un día, ni en un año, ni en un decenio. Pero los hombres de los

Mundos Exteriores ya notan la falta o el cambio de esos vestigios de compuestos que producen ese elemento tan tremendamente alusivo que llamamos “aroma” o “sabor”. El cambio ha llegado hasta aquí.

»Pero llegará más lejos. ¿Sabe usted, por ejemplo, que en Aurora casi la mitad de las especies indígenas de bacterias tienen el protoplasma fundado en la química del fluorocarbono, y no en la del hidrocarbano? ¿Puede imaginarse la extrañeza esencial de un medio ambiente así?

»Bueno, pues, desde hace dos decenios, los bacteriólogos y fisiólogos de la Tierra han estudiado varias formas de la vida de los Mundos Exteriores (la única parte del Proyecto Pacífico que ha permanecido auténticamente secreta) y la vida terrestre trasplantada empieza a mostrar ya ciertos cambios a nivel subcelular. *Incluso entre los seres humanos.*

»Y ahí está la ironía del caso. Los mundoexterianos, con su racismo rígido y su política genética inflexible eliminan inexorablemente de su seno a todo niño que presente signos de adaptación a su respectivo planeta y que se aparte en algún aspecto de la norma general. Sostienen (y *deben* hacerlo, como resultado de sus propios procesos de pensamiento) un criterio artificial de humanidad “sana”, fundada en la química terrestre y no en la suya propia.

»Pero ahora que han separado de ellos a la Tierra; ahora que no les llegará ni un ápice de suelo y de vida terrestres, un cambio se acumulará sobre otro. Vendrán las enfermedades, aumentará la mortalidad, las anormalidades infantiles se harán más frecuentes...

—¿Y luego? —preguntó Keilin, súbitamente interesado.

—¿Luego? Bueno, ellos son científicos físicos... y nos dejan a nosotros las ciencias inferiores, tales como la biología. Pero no pueden abandonar su sensación de superioridad ni su modelo arbitrario de perfección humana. No descubrirán el cambio hasta que ya sea demasiado tarde para combatirlo. No todas las mutaciones son claramente visibles, y se producirá una revuelta creciente contra las normas de aquellas rígidas sociedades mundoexterianas. Vendrá un siglo de revuelta física y social creciente que impedirá toda interferencia suya contra nosotros.

»Dispondremos de un siglo para reconstruirnos y revitalizarnos, y al final de ese período nos enfrentaremos con una Galaxia exterior agonizante o transformada. En el primer caso, edificaremos un segundo Imperio Terrestre, más sabiamente y con más conocimiento de causa que el primero; un imperio fundado en una Tierra fuerte y modernizada.

»En el segundo caso, nos enfrentaremos con diez, veinte, o quizá los cincuenta Mundos Exteriores, cada uno con una variedad de hombre ligeramente distinta. Cincuenta especies humanoides, ya no unidas todas contra nosotros, cada una más y más adaptada a su propio planeta, cada una con suficiente tendencia al atavismo de amar a la Tierra, de mirarla como la gran primera Madre.

»Y el racismo habrá muerto; porque entonces la variedad, y no la uniformidad,

será la característica fundamental del género humano. Cada especie de hombre tendrá un mundo propio, que no podrá ser sustituido por ningún otro, y en el que cualquier otro tipo no se adaptaría. Y se podrán colonizar más mundos en los que originar nuevas variedades todavía, hasta que de la gran mezcla intelectual la Madre Tierra pueda hacer nacer no un Imperio Terrestre, sino un Imperio *Galáctico*».

Keilin dijo, hechizado:

—Usted lo prevé todo con tal seguridad...

—Nada es *auténticamente* seguro; pero las mentes más destacadas de la Tierra están de acuerdo en esto. Pueden surgir por el camino obstáculos en los que tropezar; pero apartarlos será la gran aventura que habrán de ultimar nuestros tataranietos. De *nuestra* aventura, una fase ha concluido felizmente y otra se está iniciando. Únase a nosotros, Keilin.

Poco a poco, Keilin empezaba a pensar que quizá Moreno no fuese un monstruo, después de todo...

XXIV

Pero durante un siglo, los historiadores de la Tierra consideraron como derrota a la Guerra de las Tres Semanas.

FIN

DOBLE SENTIDO

Damon Knight

I

En algún lugar de la ciudad se escondía un monstruo...

Reclinado contra los cojines de la limosina, Thorne Spangler dejó que su mente oscilase en aquel pensamiento absorbiéndolo con la alegría deliberada de un muchacho que chupase un caramelo. Se imaginó al monstruo, recorriendo una calle iluminada, o sentado en un montón dentro de una habitación alquilada, barata; los tentáculos enroscados, aguardando, bajo la cáscara que le hacía aparecer como un hombre... o una mujer. Y todo a su alrededor, la vida de la ciudad siguiendo: «Hola, Jeff. ¿No lo has oído? Están deteniendo todos los coches. Me parece que es alguna especie de caso de espionaje... Mi hermana trató de volar a Tucson y la obligaron a volver... Mi primo del espaciopuerto no dice nada sobre si vienen o se esperan otra cosa que no sean navíos militares. Debe ser algo grande...».

Y el monstruo, escuchando, notando cómo la red se apretaba en su torno.

La tensión crecía, pensó Spangler; pendía del aire, en las calles anormalmente vacías. Uno podía percibirla: una quietud que inundaba desde el zumbido de un panal de abejas... una quietud de espera, que le hacía a uno querer detenerse y reprimir el aliento.

Spangler miró de reojo a Pembun, sentado en silencio a su lado. ¿Acaso él no lo nota?, se preguntó. Era difícil decirlo. Uno nunca sabía lo qué, si algo pensaba un colonial. Probablemente, decidió Spangler, de corazón deseó estar de vuelta a su propio adormilado planetita, lejos de toda esta conmoción del ajetreo del Universo.

Para Spangler este momento era el clímax de toda una vida. El monstruo —el rithiano— era sólo la catálisis, la piedra arrojada en la charca. El hecho saliente era que precisamente ahora, mientras durase la operación, todos los trabajos interminables del Imperio Terrestre giraban en torno a una diminuta esfera: Departamento de Seguridad de la Tierra, Distrito Norteamericano, Sector Suroriental. Durante este breve tiempo, un hombre —Spangler— era más importante que todos los demás que administraban el Imperio.

No resultaba malo; en absoluto malo... para un hombre cuyo padre había sido un comerciante vulgar.

El coche disminuyó suavemente la marcha y se detuvo. Dos hombres altos, con los pantalones de montar gris perla de la patrulla ciudadana, cerraban el camino, ambos con armas automáticas preparadas. Tras ellos, la masa achaparrada de un cañón cubriendo la mitad de la carretera.

Dos patrulleros más se adelantaron y abrieron las cuatro puertas del vehículo, retrocediendo rápidos hasta colocarse en una posición de fuego cruzado.

—Salgan todos —dijo el que llevaba gorra de sargento—. Revisión de seguridad. ¡Muévanse!

Cuando Spangler pasó junto a él, el sargento se tocó el pecho con respeto, en forma de saludo.

—Buenas tardes, comisionado.

—Sargento —contestó Spangler, acusando tranquilo el saludo, sonriendo pero sin preocuparse por mirar directamente al hombre; y condujo a Pembun hasta el fin de la cola.

Mientras la línea seguía adelante, Spangler se volvió y encontró a Pembun doblando su breve cuello con curiosidad.

—Es un fluoroscopio esteóptico —explicó Spangler con lánguida diversión—. Es una prueba que el rithiano no puede soportar no importa cuán bueno sea su disfraz humano. Una de estas estaciones de revisión está colocada en cada esquina de todas las vigésimas avenidas y cada décima calle que corta. Si el rithiano es lo bastante estúpido como para pasar un puesto de esos, le tendremos. Si no lo es, las inspecciones de los domicilios le obligarán a salir. No tiene la menor posibilidad.

Spangler salió de entre la pantalla y los dos bulbos gemelos de los proyectores y vio la reluciente imagen tridimensional de su esqueleto aparecer en la protegida pantalla. La mancha cuadrada en su muñeca izquierda y la más pequeña cerca de donde estaba la cuadrada eran su comunicador y su reloj de anillo. Las otras, de forma rara, unas más bajas eran los objetos de metal que llevaba en el bolsillo del cinturón... llaves proyectoras, calculador, carretes memorándum y cosas por el estilo.

El técnico, asomado por encima del proyector, dijo:

—Dese la vuelta. Está bien. El siguiente.

Spangler esperó en la puerta del limosina hasta que Pembun se le unió. La nariz aplastada del rostro del hombrecillo recalca la expresión de sorpresa, de interés y otra cosa que Spangler no pudo definir por entero.

—¿Cómo consiguen preparar tantos fluoroscopios portables en tan escaso lapso de tiempo? —preguntó.

Spangler sonrió encantado.

—No es ningún milagro, *Mr.* Pembun, sólo preparación adecuada. Estos fluoroscopios han sido almacenados y revisados para esta emergencia exactamente, desde el año dos mil ciento dieciocho.

—¡Cuatrocientos años! —exclamó Pembun maravillado—. ¡Oh! ¿Y ésta es la primera vez que ustedes los utilizan?

—La primera vez —Spangler hizo un gesto a Pembun para que entrase en el coche. Siguiéndole, continuó—: Pero sólo costó menos de media hora instalar toda la red completa. No sólo estaban preparados los fluoroscopios, sino planos completos y detallados de la operación entera. Todo cuanto tuve que hacer fue sacarlos de los archivos.

El coche cruzó la barrera.

—¡Oh! —volvió a exclamar Pembun—. Me siento un poco entrometido —sus ojos relucían débilmente en la semioscuridad mientras Spangler se volvió para mirarle.

—¿Qué ha dicho?

—Quise decir —repitió Pembun—, que no me parece a mí como si me necesitasen muchísimo.

Aquel quejido inexpresivo, pensó Spangler, podía ser irritante con el tiempo. El hombre fue educado en la Tierra; ¿por qué no hablaba con propiedad?

—Estoy seguro de que su consejo será de valor incalculable, *Mr. Pembun* —dijo con llaneza—. Después de todo, no hay nadie aquí que actualmente tenga... contacto amistoso con los rithianos.

—Es verdad —asintió Pembun—. Por poco lo olvido. Estamos tan acostumbrados a los rithi, es bastante duro recordar que la Tierra nunca tuvo ningún comercio con ellos —pronunció *rithi* con un silbido palatal, algo entre la z y la s, y con una vocal terminada bruscamente. No estaba hecho para el argot, pensó Spangler; resultaba mucho más naturalmente para el hombre aquella palabra que la normal de *rithianos*. Probablemente Pembun hablaba la lengua rithiana tan bien como el inglés corriente.

Spangler, semidecيدido, trató de imaginarse a sí mismo como parte del mundo de Pembun. Una abigarrada multitud, compuesta por media docena de grupos subnormales que dejaron la Tierra cinco siglos antes. Haitianos, africanos del oeste de Francia, jamaicanos, portorriqueños. Tipos de frentes bajas, de ojos inquietos y saltones, peleones, borrachos y fanfarrones, empleando una lengua increíblemente degenerada del ya corrupto inglés, francés y español. *Coloniales...* de hecho, aunque no fuese de nombre.

—No podríamos comerciar de ninguna forma con los rithianos, *Mr. Pembun* —dijo por último con frialdad—. No son humanos.

—Sí, ahora me acuerdo, comisionado —respondió el hombrecillo con humildad—. Me distraje durante un momento. Así se me enseñó en el colegio. La Tierra tiene la misma política hacia las culturas no humanas de los últimos cuatrocientos años. Si no han llegado hasta la época de la espacionave todavía, se les coloca bajo vigilancia y se procura que no consigan evolucionar. Si ya llegaron, y son lo bastante débiles, una guerra rápida y preventiva. Y si son demasiado fuertes, como los rithi... táctica dilatoria, subversión, sabotaje, divide y vencerás. Luego, la guerra —soltó una risita—. Me duele la cabeza sólo de pensarlo.

—Esa política —le informó Spangler— ha soportado la única prueba significativa. La Tierra sobrevive.

—Sí, señor —dijo Pembun con vacuidad.

¡Las cosas, pensó Spangler medio burlón, que molestan y que hay que hacer por

el Imperio!

Un toque de su índice en la base del reloj de anillo cuadrado y adornado con joyas produjo un suave campanilleo y después se oyó una voz de mujer:

—Las catorce y cuarto.

Spangler dudaba. Era mala hora para llamar a Joanna; la pausa de la tarde, en la sección de ella, se producía a las catorce y media. Pero si esperaba hasta entonces volvería a la Colina por sí mismo, se encontraría atado en una conferencia que quizás no terminase hasta la hora de abandonar el trabajo. Era irritante tener que hablarle en presencia de Pembun, también, pero no se podía evitar ahora. Había estado demasiado atareado para llamarla antes de la tarde —la llegada de Pembun trastornó su horario— y su superior, Keith-Ingram, eligió llamarle mientras estaba de camino al espaciopuerto, ocupándole toda la jornada con una discusión inútil.

Pudo haber llamado en algún otro momento durante los pasados tres días, claro; pero no lo había hecho. Eso fue cosa deliberada; este asunto rithiano era únicamente un pretexto conveniente, resultaba muy buena estrategia. Pero Spangler conocía su antagonismo, conocía los límites de la curiosidad de ella y del casi orgullo por la hora. Un retraso mayor podría ser peligroso.

Spangler alcanzó los mandos del comunicador de la limosina, instalados en la pared delantera del compartimento. Su emisor de muñeca habría sido más fácil y más privado, pero quería verla la cara.

—¿Me perdona? —dijo formulariamente.

—Pues claro —el hombrecillo se volvió hacia la ventanilla del lado del coche, dándole la espalda a Spangler y a la pantalla del comunicador.

Spangler marcó el número. Al cabo de un momento la pantalla se iluminó y el rostro de Joanna apareció a la vista.

—Oh... Thorne.

Su tono era sereno, frío, casi inexpresivo... es decir, normal. Ella le miraba, saliendo del marco de la pantalla, con la expresión que casi nunca se alteraba: directa, gravemente seria, receptiva. La piel y los ojos eran claros, sus respuestas emotivas deliberadas y pálidas, que parecía profundamente, casi abstractamente normal: la personificación de un tipo, un símbolo, una ficción matemática. Todo en ella era refinado y contenido: sus gestos, movimientos, su rara risa. El rostro en sí podía haber sido modelado para encajar en la noción media del hombre acerca de la *aristocracia*.

Eso, claro, era lo que Spangler quería tener de ella.

A este solo respecto ella era precisamente lo que parecía... los Planters eran una de las más viejas y poderosas familias patricias del Imperio. Sin tal alianza, Spangler lo sabía penosamente bien, había ido tan lejos como podía y bastante más aún que un hombre menos determinado hubiera esperado. Con ella, sólo habría empezado... y

sus hijos recibirían, por derecho de nacimiento, todo lo que él había luchado por ganar.

Casi en todos los otros aspectos, Joanna era un espejo de decepciones. Parecía fría y autoposeída, pero no era ninguna de las dos cosas; sólo tenía miedo. Era el temor lo que retrasaba y censuraba cada palabra que ella pronunciaba, cada movimiento: temor de traicionarse a sí misma, temor de exigir demasiado, temor de dar con exceso.

Dejó que el silencio se extendiese hasta que, al cabo de otro segundo, resultaría evidente que dudaba en busca de un efecto. Luego dijo con educación:

—¿No te estoy molestando?

—... No, claro que no —la pausa antes de que respondiese ella había sido una pizca más larga que lo normal.

«Ella está dolida», pensó Spangler con satisfacción.

—Te hubiese llamado antes, si hubiera podido —dijo con sobriedad—. Este es el primer momento libre que tengo en tres días.

Era una mentira, y ella lo sabía; pero era tan plausible que podría aceptarla, si así lo prefería, sin perder su dignidad. Ese era el filo en el que Spangler había depositado sus fortunas. Deliberadamente, conociendo el riesgo, había arrastrado su relación de una manera tan fina que con un simple toque se rompería.

¿De haber habido otro rumbo, lo habría tomado?

A pesar de sí mismo, la ansiedad de Spangler le hizo recorrer cada etapa del camino de la lógica, buscando un fallo.

Cancelar la aproximación directa. Le había pedido que se casase con él, por primera vez, una semana después de haberse convertido en amantes. Ella rehusó sin la menor duda y sin malicia tampoco; así lo pensaba.

Cancelar la aproximación dialéctica. Joanna tenía un cerebro interesado y capaz, pero podía ser tan tozuda como cualquier mula. No hay ningún argumento que pueda derrumbar el femenino: «Porque no quiero».

Cancelar la aproximación violenta: tentativamente. Hacía cuatro días, al fin de un largo fin de semana que habían pasado juntos en los Cárpatos, había probado la brutalidad... no con un impulso, sino con un propósito calculado de conseguir su objetivo primario: La hizo llorar.

Después de eso, excusas y reconciliación. Después de eso, silencio: Tres días de silencio. El silencio hiere más que un golpe, y produce una herida más profunda.

Joanna se había pasado toda su vida retirándose de las cosas que la lesionaban.

Pero Spangler tenía tres cosas a su lado: El afecto de Joanna y lo que le necesitaba; la perversidad corriente humana, que desea una cosa, por muy rechazada que sea, en el instante que se la retiran; y el romper el ritmo, aunque deseable en algunos aspectos, de las relaciones entre los sexos, es fatal en otras muchas ocasiones. Petición, argumento, violencia... si tenía que comenzar de nuevo el ciclo, como ambos esperaban subconscientemente, simplemente haría más evidente su

propia derrota.

Tal y como era, había debilitado la resistencia de ella haciéndola enfrentarse a un impulso que jamás vino...

—Comprendo —dijo Joanna—. Pareces cansado, Thorne. Sin embargo, estás bien, ¿verdad?

Spangler contestó con brusquedad:

—Joanna, quiero verte. Pronto. Esta noche. ¿Te reunirás conmigo?

Antes, su tono había sido casi tan indiferente como el de ella y vigiló los minúsculos cambios en la expresión femenina que significaban que se estaba ablandando hacia él. Ahora habló apremiante y la vio ponerse rígida de nuevo.

No hay que dejarla descansar, pensó. No hay que dejarla recobrar el equilibrio... De nuevo volvió a hablar con suavidad:

—Será la última vez, si así lo decides tú. Pero déjame que te vea esta noche.

—... Está bien.

—¿Quieres que envíe un coche a por ti?

Ella asintió y entonces su imagen desapareció. Spangler se arrellanó con un suspiro, acomodándose en los cojines.

—Oh —dijo Pembun—, ¡mire a esos altos edificios!

II

Se habían detenido dos veces más antes de llegar a la Colina de la Administración, y pasaron a través de la investigación de rutina en la entrada. Desde allí, el viaje hasta la Sección de Seguridad duró menos de un minuto. La limosina les dejó en la puerta del despacho de Spangler y regresó automáticamente hasta el garaje tres pisos por debajo.

En contraste con el grupo que esperaba en la mesa de conferencia, bajo las duras y claras luces, Pembun parecía un desaliñado animal que en cierto modo entraba dentro de una perrera de canes de buena raza. Su piel quedaba amarillenta por debajo del vello áspero y pardo; sus mandíbulas eran más amplias que su desnudo cráneo; sus enormes orejas se mantenían erguidas, rectas, saliendo de la cabeza. Su túnica y sus pantalones estaban correctamente cortados, pero en esas prendas parecía terriblemente torpe. Después de todo, se recordó Spangler a sí mismo con cuidado, el hombre no podía dejar de ser lo que era.

—Caballeros —dijo—, permítaseme presentarles a *Mr. Jawj Fembun* de Manhaven. *Mr. Pembun* era miembro del Gobierno colonial antes de que su planeta conquistase su independencia y desde ese tiempo ha estado al servicio del Imperio en varios cargos. Nos trae un experto conocimiento de los rithianos. Teniente coronel Casina, que es nuestro enlace con la Armada Espacial... su nuevo ayudante, capitán Wei... el Dr. Baustian, de la oficina de Fisiología Extraña... *Mr. Pemberton*, del Estado Mayor... *Miss Timoney* y *Mr. Gordon*, de esta oficina.

Pembun estrechó las manos de todos sin advertirse ningún signo de repugnancia. Al portavoz del Estado Mayor dijo afablemente:

—Sepa usted, *Pemberton* era originalmente el apellido familiar. Poco a poco lo fueron abreviando hasta *Pembun*. Es una coincidencia, ¿verdad?

Pemberton, un joven estilizado de ojos pálidos y cabello claro, se puso rígido visiblemente.

—Me es difícil creer que haya alguna relación —dijo.

Spangler cogió un carrito memorándum que estaba ante él y golpeó vivamente la mesa.

—A sugerencia del Departamento de Relaciones Exteriores —dijo con delicadeza—, *Mr. Pembun* fue traído de Ganímedes especialmente para esta emergencia. Yo concerté su pasaje a través del cordón y fui a su encuentro personalmente en el espaciopuerto —en resumen, caballeros, pensó, este bruto se nos ha sido endosado por los jefazos y tendremos que aguantar con él lo mejor que podamos.

—Ahora —dijo—, me imagino que *Mr. Pembun* querrá ser puesto al corriente antes de seguir adelante —hubo un respingo del coronel Cassina que Spangler decidió ignorar. Empezó la historia, pasando por los puntos principales con rapidez y

concisión. Pembun, su rostro serio, le interrumpió una vez para formular una pregunta.

—¿Están ustedes seguros de que todos los rithi empezaron con... sólo siete?

—No, *Mr. Pembun* —admitió Spangler—. No sabemos todavía cómo o por quién lograron entrar de contrabando hasta la Tierra, por tanto debemos considerar la posibilidad de que hay otros todavía sin detectar. Para enfrentarnos a tal posibilidad, Seguridad patrulla por todo el planeta, utilizando un sistema de investigación basado en búsquedas al azar. Pero sabemos que hay siete aquí, y que uno de ellos está todavía libre. Cuando le encontremos, confiamos obtener toda la información que necesitamos. Tengo entendido que la idea de suicidio repugna a esos rithianos.

—Es verdad —dijo Pembun con suavidad—. Me imagino que pueden pillarle vivo, de acuerdo. Probablemente podrían haber capturado a los siete después del accidente, si sus patrulleros no hubiesen disparado con tanta rapidez.

—Es que eran patrulleros de la ciudad —dijo Pemberton con acritud, ruborizándose—, no hombres de la Seguridad. Su conducta fue perfectamente normal. Cuando llegaron a la escena del accidente y vieron a tres hombres intentando ayudar a otros cuatro cuyos cuerpos estaban desgarrados, descubriendo sus formas extrañas de debajo, dispararon instantáneamente contra todo el grupo. Esas eran sus órdenes; para eso fueron adiestrados. Se hubiesen comportado bien incluso si no se hubiese escapado uno de los rithianos entre la multitud.

Sonriendo, Pembun sacudió la cabeza.

—No soy muy bueno en las paradojas —dijo—. Me confunden.

—No hay paradoja, *Mr. Pembun* —contestó Spangler con suavidad—. Un grupo de la Seguridad completamente equipado puede correr el riesgo de una fuerza desconocida, cosa que no puede hacer una patrulla municipal. Un patrullero, al descubrir un ser extraño en este planeta, debe matar primero e investigar después... porque un espía extraño o saboteador, por definición, tiene poderes desconocidos. Planeando con siglos de anticipación, como tenemos que hacer nosotros, nos es imposible evidentemente prever cada variante lógica o ilógica de una situación básica; pero podemos, y así hacemos, preparar directivas que sirvan nuestros mejores intereses en la inmensa mayoría de los casos. Y no podemos, *Mr. Pembun*, no podemos permitirnos que se tomen decisiones cruciales en el lugar preciso por el personal no autorizado.

El coronel Cassina se aclaró la garganta con impaciencia.

—¿Seguiremos adelante?

—Aguarde un momento. *Mr. Pembun*, quiero aclararle este punto, si me es posible. *La interpretación es la raíz seca de la ley*. Una interpretación, y la ley queda modificada; dos, la ley queda distorsionada... trescientos millones, y ya no hay ley en absoluto, todo es la anarquía más pura. En un sistema pequeño, claro —un solo

planeta, por ejemplo— hay únicamente unas cuantas etapas intermedias entre el planeamiento y la ejecución. Pero cuando uno considera que estamos tratando aquí con un Imperio de doscientos sesenta planetas, un agregado de más de *ochocientos billones* de personas, se dará usted cuenta de que las directrices deben ser rígidas y la política unificada.

»En una emergencia, el oficial inferior que actúa según su interpretación personal, puede estar en lo cierto o equivocarse. El oficial sin mirar que sigue una rígida política, preparada para enfrentarse a la variedad más amplia posible de situaciones actuales, estará en lo cierto... novecientos noventa y nueve veces de cada mil casos. Nosotros tomamos una vista general; no podemos correr riesgo de hacer otra cosa.

Pembun asintió con seriedad.

—En la patria tenemos la misma dificultad —dijo—, claro que a escala inferior. Poco después de declarar nuestra independencia, formamos una federación con los otros dos planetas de nuestro sistema, Novaya Zemlya y Reunión. Parecía una buena idea... ya se sabe, defensa mutua, etc. Pero descubrimos que para mantener funcionando aquel gran Gobierno teníamos que crear algo terrible y en cierto modo u otro no parecía ser tan fácil como mantener tampoco a tres Gobiernos distintos. Así que nos volvimos a dividir.

Spangler conservó su expresión educada con dificultad. El cuello del coronel Cassina estaba rojo ladrillo y el Dr. Baustian, el capitán Wei y *miss* Timoney miraban a Pembun en franca confusión. Los demás parecían simplemente embarazados.

Realmente, era una pérdida de tiempo molestarse con un bárbaro como éste. Tratar de explicar la filosofía detrás de las obras del mayor Imperio de todos los tiempos y todo lo que Pembun sacaba era una infantil analogía con la historia de su propio y mezquino sistema solar.

Miró al hombrecillo con los ojos semicerrados. Pensándolo bien, ¿era Pembun realmente tan simple como parecía, o se ocultaba detrás de aquella falsa apariencia con su expresión estólida?

Había dicho varias cosas que podían sólo explicarse por el peor de los gustos o por la más aguda ignorancia ciega. Después de la referencia de Spangler a Manhaven, a conseguir su independencia, seguramente como una forma educada de exponerlo, puesto que Manhaven se vio agregado al Imperio sólo a pesar de la Tierra, en un tiempo en que el planeta estaba ocupado en otras misiones... Pembun había dicho: «Después de que *declaramos* nuestra independencia...».

¿Un insulto descuidado o deliberado y sutil?

Pero Pembun estaba diciendo:

—Hay doscientos sesenta planetas y ochocientos billones de personas en vuestro Imperio, de acuerdo... ¿Pero solía haber muchas más y dentro de un siglo serán menos?

Insoportable reptil de un pequeño planeta...

—*Mr.* Pembun —dijo Cassina—, según usted, nosotros deberíamos dividirnos

también, liquidar el Imperio.

—¿Por qué no, coronel? —contestó Pembun—. Sepa usted que eso no sería asunto mío. Tendría que plantearse a la gente que todavía vive el Imperio, para que ella decidiese.

Cassina rezongó y balbuceó. El rostro de Pemberton estaba blanco de indignación. Era notable, pensó Spangler en un rincón de su cerebro, lo fácilmente que Pembun podía herirles de la manera más equívoca. Si era posible concertarlo, sería mejor que las reuniones futuras tuvieran lugar sin él.

—Caballeros —dijo alzando una pizca la voz—. ¿Debemos continuar la conferencia?

Después de que todos se hubiesen marchado, Spangler quedó sentado solo en su despacho interior, jugando distraído con los botones que controlaban la gran pantalla de información situada enfrente del escritorio. Conectó con un mapa multicolor, tridimensional, después puso otro, sin ver ninguno de ellos.

Pembun se vio reprimido, hablando en doble sentido, después de su escaramuza con Cassina. Pero las cosas que había dicho no solamente fueron irritantes, sino... inquietantes.

Comenzó con la queja ordinaria de Pemberton, hablando por el comandante. Como la mayoría de cada gobierno local planetario y sus departamentos, excepto el de Seguridad, la administración de la ciudad quería saber cuándo serían capturados los rithianos y el planeta dejaría de estar bloqueado.

Spangler le aseguró que el rithiano no podría permanecer posiblemente oculto más que una semana como máximo.

Entonces Pembun observó:

—Perdóneme, comisionado, pero creo que sería más seguro que dijese usted dos meses.

Spangler preguntó:

—¿Por qué, *Mr.* Pembun?

—Bueno, porque los rithi tienen que tener muchas sales de berilio en su alimento. Tal y como lo veo, este rithi no tendrá más de seis u ocho semanas de suministro consigo. Después de eso, ustedes pueden controlar todos los suministros de sales de berilio, así que tendrá que rendirse o morir de hambre, o simplemente vigilar las casas de productos químicos y arrestar a todo el mundo que compre dichas sales. De otro modo, es la única forma que lo consigan. Puede emplear algo más que dos meses. Digamos dos meses y medio o tres.

—*Mr.* Pembun —contestó Spangler con gélida paciencia—, es un plan admirable, pero no lo necesitamos. Las inspecciones domiciliarias descubrirán a nuestro rithiano antes de que pase una semana.

—¿Hace salir a todo el mundo del edificio, y que pasen todos por uno de esos

fluoroscopios?

—Eso —le aseguró Spangler—. Un barrio cada vez, trabajando hacia dentro desde los arrabales de la ciudad hasta el centro.

—¡Ejem! —exclamó Pembun—. Hay una cosa: los rithi no tienen huesos.

Spangler alzó las orejas y miró de reojo al Dr. Baustian.

—¿Es eso verdad, doctor?

—Bueno sí, eso tengo entendido —dijo el fisiólogo con tolerancia—, pero creo que sería bastante indicación... si el fluoroscopio mostrase un cartílago muy pequeño y no un hueso, ¿verdad?

Una carcajada recorrió la mesa.

—No —dijo Pembun—, si él se tragaba un esqueleto.

Cassina soltó un exabrupto con voz explosiva. Spangler, incrédulo, sintiéndose divertido en su interior, miró con fijeza a Pembun.

—¿Se *tragase* un esqueleto?

—Ajajá. Su gente no lo sabría, me imagino, porque usted no ha hecho ningún comercio con los rithi... por lo menos comercio científico... pero los rithi sí... —dudó—. Nuestro nombre, el que le damos, es *Mudabs Boyó*; me imagino que en idioma Standard eso significará *prótesis interiores*.

—¡Prótesis! —exclamó el Dr. Baustian.

—Sí, señor. Su forma exterior queda fija, casi como la mayoría de nosotros, o no necesitarían disfrazarse para parecer hombres; pero dentro todo está muy próximo a la carne proteínica... convertible en un estómago, o en un hígado, o en unos riñones, o en lo que ellos necesiten. Podrían tragarse un esqueleto humano, de acuerdo... no tendrían ningún inconveniente. Y podrían imitar al resto de las entrañas del hombre lo bastante bien como para engañarles. Es más, son capaces de hacerlas funcionar de manera natural. Eso significa que no necesitarían brazos ni nada, sólo una cáscara plástica para disfrazarse.

»Me sabe mal decirlo, pero no creo que esos fluoroscopios vayan a ser de mucha utilidad.

En un segundo la mesa se convirtió en un caos de discusiones.

Spangler gruñó, conectó su micrófono de muñeca y comenzó a dictar un informe de la conferencia.

—Para Claude Keith-Ingram, Comisario Jefe del Departamento de Seguridad —dijo—. Alto secreto. Muy urgente —pensó durante un momento, luego rápidamente hizo un resumen de la afirmación de Pembun, añadiendo que el Dr. Baustian dudaba de la validez de su información de que Pembun admitía que no había visto prueba actual de la mencionada habilidad protésica de los rithianos.

Lo leyó por encima, luego sacó el carrete y lo envió por el tubo neumático.

Seguía sin estar satisfecho.

Había hecho cuanto podía esperarse, exactamente según los reglamentos. Si iba a tener que cambiarse a la política, no era cosa suya cambiarla. La lógica y el instante

le aseguraban que Pembun no tenía que ser tomado en serio.

Pero había algo más que Pembun había dicho que seguía preocupándole, por una razón que no le era posible explicar. No lo había incluido en su informe; le había parecido... para decirlo de alguna manera... frívolo.

Pembun había dicho: «Hay una cosa más que ustedes deben vigilar... porque esos rithi tienen un buen sentido del humor».

Eran las quince y veinte; habría tiempo todavía antes de reunirse con Joanna.

Spangler pasó la mano por encima del intercomunicador.

—Gordon —dijo.

—¿Diga, señor?

—¿Encontró alojamiento para *Mr.* Pembun?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Nivel G, sección siete, *suite* uno once.

—Bien —repuso Spangler, cortando la comunicación.

Se puso en pie, salió del despacho y llamó a un *scooter*.

—Nivel G —dijo aplicando la boca al oído mecánico.

III

La puerta de la *suite* 111 estaba entreabierta. Dentro, una voz de barítono cantaba con el acompañamiento de algún instrumento de cuerda. Spangler se detuvo y escuchó.

*El abominable Pawkee subió una montaña
aun a riesgo de perder la vida
el odioso Pawkee subió una montaña.
¡Todo por una taza de café!*

Hubo un acorde final, luego el golpe seco de madera y el resonar cuando el instrumento fue colocado en el suelo; después el tintineo de cubos de hielo en un vaso.

Spangler puso la mano sobre la hoja de la puerta. El tintineo del timbre fue seguido por la voz de Pembun diciendo:

—¡Entre!

Pembun estaba cómodamente recostado en un diván, con el cuello desabrochado y los pies en alto. El vaso de su mano, a juzgar por el color, contenía *whisky* puro. En una mesita baja a su lado estaban los restos de una copiosa comida, una garrafitita, un cubo de hielo y varios vasos limpios, y el instrumento... una cosa pequeña, panzuda, con tres cuerdas.

El hombrecillo giró sobre sí mismo con agilidad y se levantó.

—Esperaba que viniese alguien —dijo feliz—. En este lugar se siente uno muy solitario... más solitario que en las montañas a millares de kilómetros de la gente. Vamos, hágame compañía y siéntese, comisario. ¿Un vaso de *whisky*?

Spangler tomó una silla de recto respaldo.

—Me vendrá bien sentarme —dijo—. Pero, gracias por el *whisky*... no me apetece, ni tengo yo su estómago.

Pembun pareció asombrado, luego sonrió.

—Haré que traigan algo de soda —dijo. Volvió a recostarse en el diván, extendió la mano hasta el intercomunicador y dio la orden.

—Me sorprendió hace un minuto cuando usted dijo eso —explicó, volviéndose de lado en el diván—, porque en Manhaven tenemos una expresión parecida. Cuando decimos *no tengo su estómago*, eso significa que nuestro antagonista no nos gusta, que no nos es simpático. *'E no ay to stomá.*

Spangler sintió una punzada de culpabilidad, naturalmente que Pembun sabía que no era simpático a nadie, y luego una oleada de irritación. ¡Maldito hombre! ¿Cómo conseguía siempre hacer que uno se equivocase en su conducta?

—¿Qué era lo que estaba cantando antes de entrar yo?

—Oh, eso... *El abominable Pawkee subió una montaña* —cogió el instrumento y cantó el refrán que Spangler había oído. Spangler escuchó, encantado a su pesar. La melodía era sencilla y alegre, la clase de musiquita, se dijo a sí mismo, que se canturrearía a lomos de mula... o montado en cualquier bestia malformada que los manhavenitas tenían en vez de mulas.

Pembun volvió a bajar el instrumento.

—En inglés eso significa que el viejo Pawkey subió a una montaña, arriesgándose a perder la vida, entre las nubes iguales a su persona. ¡El viejo y abominable Pawkey subió a una montaña solo a por una taza de café!

—¿Hay más?

Pembun desorbitó cómicamente sus ojos.

—¡Oh, sí! Casi hay un trillón de versos. Yo sólo conozco aproximadamente la décima parte, pero si la cantase nos pasaríamos toda la noche. Es una especie de relato ancestral. El viejo y abominable Pawkey era un colono que vivía en las Montañas de la Desesperación, allá en los primeros días. Eso está en la zona templada, pero aún así el país es terriblemente salvaje, todo accidentado. Sepa usted que le gustaba el café, pero que, claro, allí no había. Bueno, oyó decir que había café en la ciudad del espaciopuerto, en Granpeer, más abajo de la comarca montañesa y se fue a pie. Dos mil doscientos kilómetros. Así dicen.

La puerta del ascensor se abrió, Pembun fue a por la soda y sirvió a Spangler una bebida.

—En aquellos viejos tiempos se hacían grandes cosas —añadió—, pero también se contaban enormes mentiras.

Spangler sintió una sacudida oscura que le dejó nervioso de nuevo. En su esfuerzo consciente por simpatizar con Pembun, por comprender al hombre en sus propias condiciones, había logrado edificar una imagen que no era realmente demasiado dura de admirar: La vida libre, salvaje y colorista de la frontera, las durezas aceptadas y conquistadas, las hazañas de heroísmo hechas con indiferencia, etc., etc. Era la clase de vida que Spangler mismo había soñado en su temprana juventud, antes de darse cuenta que era un anacronismo desesperanzador; que la única carrera para un hombre ambicioso no era la aventura, no era el descubrimiento, sino el control.

Y entonces Pembun mismo, en mitad de una frase, indiferentemente destruyó esa imagen.

—También se decían enormes mentiras.

Pembun no creía en el Imperio; de acuerdo. Pero ¿Pero si no respetaba las tradiciones de su propio planeta, qué, en nombre de la cordura, era digno de su fe?

Spangler era un hombre que intentaba con ahínco ser liberal. Pero ahora, mirando con fijeza el rostro pardo y redondo de Pembun, los blancos amarillentos de sus ojos,

pensó una vez más: Es una pérdida de tiempo tratar de comprender a este hombre. No está civilizado; piensa como un animal. Simplemente no hay punto de contacto.

Dijo con brusquedad:

—En la reunión, mencionó usted algo acerca del sentido del humor rithiano. ¿Qué quería decir con exactitud?

Estaba pensando: «En pocos momentos estaré de vuelta a mi despacho. Me beberé la mitad de esta bebida, precisamente, y luego me iré».

Pembun se arrellanó en el diván, la cabeza ligeramente doblada, los ojos alerta sobre Spangler.

—Bueno —dijo—. Tecnológicamente son un pueblo muy avanzado... eso usted lo sabe. Pero las cosas que les parecen divertidas le recuerdan a uno la clase de planeta selvático como Manhaven. Quizás es porque de esa manera nos llevamos tan bien con ellos... el humor de Manhaven es de una especie de primitivismo. Es como quitar la silla al hombre que va a sentarse. De esa especie. Pero ellos no vencen.

»Son capaces de apartarse cuarenta kilómetros de su camino para gastar una broma, aun cuando sea un mal asunto. He leído una obra escrita por uno de sus grandes autores... doce carretes, deben ser más de quinientas mil palabras de duración... sólo para indicar cómo se puede preparar hasta el final una broma pesada. En su sistema solar fue un éxito. Y están locos por las diversiones... por los juegos de palabras. Algunas de sus sentencias pueden leerse de más de quince o veinte maneras distintas.

La memoria de Spangler palpó intranquila durante un momento en sus interiores y luego extrajo un hecho relevante.

—Como Joyce —dijo—. El decadente escritor del siglo xx.

—Ajajá —asintió Pembun—. Yo solía ser capaz de recitar páginas enteras de *Finnegans Wake*. Pasando de Adán y Eva, por la escena de la playa, hasta la de la bahía, trayéndonos un cómodo círculo vicioso de recirculación... Eso es una insignificancia, comparada con la literatura rithiana.

Spangler tomó un trago con calma y puso su vaso en el amplio brazo del sillón. Sentía la vasta, fría, bien humorada paciencia del hombre que sabe cómo retirarse de sus propias mezquinas emociones.

—No quiero parecer obtuso —dijo—, ¿pero tiene algo que ver con mi problema?

Pembun frunció las cejas delicadamente. Parecía buscar, ansioso, palabras.

—Nada, en específico —dijo muy serio—. Lo que quiero decir es que, en general, tienen que estar alerta por ese sentido del humor. Me refiero a que ustedes ya saben que este rithi va a causarles daño si puede. Pero también han de recordar que, si puede, hará algo en cierto modo que le cause mucha diversión. No es fácil descubrir cuál va a ser la salida de un rithi, pero a veces se puede lograr si uno sabe lo que le hace reír.

Spangler tomó otro sorbo, dejando exactamente en el vaso la mitad de la bebida y se puso en pie. Se sentía algo impaciente consigo mismo por haber venido allí, pero

por lo menos tenía la satisfacción de saber que acababa de explorar una pista, descartándola: Que una «X» había sido corregida completamente reduciéndola a cero.

—Piense, *Mr. Pembun* —dijo desde el umbral—; le doy las gracias por la bebida y el informe. Buenas noches.

—Tiene usted que mirar también ese hipnotismo —dijo Pembun después de meditar un momento.

Spangler se quedó plantado en el umbral, estremecido. Pembun le miró con una expresión educadamente inquisitiva.

—¡Hipnotismo! —exclamó Spangler y regresó de nuevo a la habitación—. ¿Qué hipnotismo?

—Diosas mías —dijo Pembun—, ¿es que no sabe nada de *eso*?

IV

Yacían juntos en un silencio amistoso, la habitación a oscuras, de cara a la enorme ventana sin persianas —ventana en el sentido arcaico, un simple agujero en la pared— a través de la que entraba sin obstáculo alguno el aire fresco y salino, suave y ligero como una pluma. A ambos lados, allá donde la costa extendía un brazo, Spangler podía ver un macizo de luces multicolores... Los Angeles en la derecha, Santa Mónica en la izquierda. De hecho, enfrente, no había nada excepto mar plateado y una nube fantasmal y gris, excepto cuando la chispita de una aeronave cruzaba silenciosamente y desaparecía.

El universo era una presencia enorme medio sentida que fluía a través de la ventana abierta para contenerles; como si, pensó Spangler, fuesen dos granos de polvo hundidos en un océano que se extendía hasta el infinito.

En cierto modo era acariciador, pero había un toque desagradable en ello. Spangler agitó su cuerpo inquieto, notando cómo la brisa le acariciaba la espalda desnuda. La escala era demasiado grande, pensó; estaba muy acostumbrado a las conejeras de la Colina, quizás, para librarse enteramente de todo ello. Puede que necesitase un cambio...

—Ese viento se está poniendo un poco fresco —dijo—. Cerremos la ventana y encendamos la luz.

—Creí que era agradable —dijo ella—. Pero, adelante, si es tu gusto.

«Ahora he insultado a su ventana», pensó Spangler con tristeza. No obstante, extendió la mano y encontró la palanca que desenrollaba una lámina de vitrín obstruyendo la abertura.

La ventana era una cosa de época... del siglo XXI, incluso con el antiguo servomecanismo que la operaba. Todo era parecido en la torre de Joanna; las absurdas sillas de cuatro patas, las mesas macizas, las alfombras, incluso el enorme colchón neumático. Había libros de papel en las estanterías y no los tomos decorativos ordinarios, pero además aquellos libros eran los que hubiese poseído muy a gusto un ciudadano del siglo XXI... Shakespeare y Sterne, Jones y Joyce, Homer y Hemingway, todo mezclado. «Si la moda se lo hubiese permitido, pensó Spangler, creo que ella llevaría faldas gustosa».

Un fulgor de luz color rosa se produjo y él se volvió para mirar a Joanna con un esbelto brazo en torno a sus femeninas rodillas, la cabeza inclinada solemnemente sobre el encendido cigarrillo que ella acababa de tomar de la cigarrera. La joven le entregó otro pitillo.

Spangler se sentó junto a ella y apoyó la espalda en la cabecera del diván. El humo de sus cigarrillos se extendía en abanico, rosado a la media luz y se desvanecía

despacio en la bruma flotante.

Las paredes curvas de la habitación y el techo que las limitaba daban una sensación de cómoda seguridad...

El siglo XXI, el siglo de la Paz, era como un útero, como un vientre, pensó Spangler. La imagen no era suya, sino de Joanna; ella la había tomado de algún libro. *Un vientre con un ventanal*. Eso era. Una descripción graciosa e infantil, como se esperaría de aquel periodo, pero cierta. La autodecepción no era uno de los vicios de Joanna... desgraciadamente.

Para ganarla final y completamente, sería necesario romper la imagen clara que ella tenía de sí misma... dejarla a la deriva en un caos, para que se volviese ciegamente hacia él en busca de la seguridad perdida. No iba a resultar fácil.

Joanna dijo, sin moverse:

—Thorne, me gustaría hablar en serio contigo, sólo un momento.

—Claro.

—Probablemente sabes lo que voy a decir; pero es preciso aclarar las cosas... ¿quieres que sigamos juntos?

—Siguiendo las normas dadas por su tono, Spangler dijo:

—Sí.

—... Yo también. Sabes que te tengo más cariño del que pude tener jamás a nadie. Pero no quiero casarme contigo. Tienes que creerlo y aceptarlo, o no saldrá nada bueno... Trato de ser noble.

—Y lo consigues —le contestó Spangler con ligereza. Se volvió y puso una mano en la rodilla de ella—. Para hablar con igual franqueza... te he sido insoportable y el último fin de semana me porté como un demente, y lo siento. ¿Nos perdonamos los dos?

Ella sonrió.

—Sí. Nos perdonamos.

Los labios de la joven se movieron y alteraron cuando él se inclinó hacia ella: las comisuras bajaron, la carne húmeda y rosada se hinchó hasta tomar el aspecto ciego del deseo. El brazo libre del varón se hundió en la blandura de la espalda de ella, bruscamente endurecida cuando su cuerpo femenino se puso tenso. Los ojos cerrados, oyó él el susurro sibilante de sus piernas extendiéndose abiertas, despacio y rozando con el forro del diván...

Después, yació él envuelto en un cálido letargo que era como flotar en agua tranquila. Constituyó un esfuerzo obligarse a salir de aquella satisfacción impensada, pero era necesario. Tan vulnerable como era en aquel momento, ella también. Cuando la joven habló perezosa, respondió con tensión constante, hasta que notó cómo la rigidez fluía en la muchacha.

Entonces dio media vuelta con brusquedad, se levantó y se plantó ante la ventana.

Mirando hacia el vacío vasto y obscuro del firmamento y del mar. Ahora resultaba más fácil. Como había hecho a menudo, en su infancia, trabajando deliberadamente en sí mismo hasta sentirse con una cólera al rojo blanco... cuando, si no se esforzaba a enfadarse, habría tenido miedo... ahora, con igual deliberación, abrió su mente a la desesperación.

«Supongamos que he fracasado y perdí a Joanna», pensó. Pero eso no bastaba. ¿Cuál sería la cosa más terrible que posiblemente pudiese ocurrir? La respuesta vino por sí misma: Pembun, y sus *rithi* con sus cuerpos sin huesos y su hipnotismo. Caras informes mirándole desde un mar de oscuridad. «Supongamos que ellos ganan. Supongamos que el Imperio se derrumba bajo esa ola insensata y todas las paredes en cualquier lugar se reducen a polvo, se convierte en el caos».

—¿Thorne? ¿Pasa algo? —Sonó la voz de ella.

Se recuperó, estremeciéndose, desde la fría vaciedad en donde su mente había caído. Durante un instante había sido real, había sucedido, estuvo *allí*. Había estado perdido y solo, tambaleándose en una noche sin fin.

Cuando se volvió, se dio cuenta de que su agonía se mostraba plenamente en su rostro. Hizo lo mejor para contenerse y reprimirlo: eso también se mostraría.

—Nada —dijo. Dio la vuelta al lecho, cogió un cigarrillo, luego se trasladó hasta el ropero.

—¿Te vas? —preguntó ella insegura.

—Tengo que levantarme temprano mañana —dijo—. Y llevo días falto de sueño.

—Está bien.

Ajustándose la capa fue hasta ella y la tomó la mano.

—No me hagas caso, ¿quieres? Estoy un poco nervioso... ha sido una semana desagradable. Te llamaré mañana.

Volvió a casa con una sensación de satisfacción que se hizo más profunda hasta convertirse en fiera alegría. Si ella aprendía que podía ofenderle, aprendía a esperarlo, aprendía a gustarle, entonces, con el tiempo, podría soportar la idea de ser ofendida, dolida a cambio. Era sólo necesario ir despacio, avanzando y retirándose, cediendo terreno, despojándola de sus defensas gradualmente; hasta que, por fin, bien por culpa, o placer, o amor, ella se casaría con él.

Por amor y placer, miedo y odio, honor y ambición, que eran todo puertas que podían abrirse o cerrarse.

Lo malo era la llave...

A primeras horas de la mañana siguiente, solo en su despacho particular, Spangler permanecía sentado y compuesto, mirando a la pantalla de visión de su escritorio, desde la que la amplia faz gris de Claude Keith-Ingram parecía devolverle la mirada.

—¿Preguntó usted a Pembun por qué no había divulgado esta información antes? —exigió con viveza Keith-Ingram.

—Lo hice —repuso Spangler—. Me contestó que presumía que ya lo sabíamos puesto que el Imperio parecía poseer el más estupendo cuerpo de conocimiento en el campo de la seguridad psicológica de la Galaxia habitada.

—Humm —murmuró el superior de Spangler, frunciendo el ceño—. Sarcasmo. ¿No le parece?

Spangler dudó.

—Me gustaría poder responder con un no definitivo, pero no puedo estar seguro. Pembun no es un hombre fácil de entender.

—Eso creo —dijo Keith-Ingram—. Sin embargo, tiene un historial absolutamente impecable en el servicio Exterior. No creo que sea cuestión de alguna deslealtad actual.

Spangler guardó silencio.

—Bueno, pues... —dijo Keith-Ingram dudoso—, ¿qué hay de esa presunta capacidad pseudohipnótica de los rithianos? ¿Hasta qué pinito llega?

—Según Pembun, control completo bajo todas las condiciones favorables. Dice, sin embargo, que el proceso es bastante lento y limitado en extensión. En otras palabras, que un rithiano puede ser capaz de tomar control de una o dos personas si las puede pillar solas y sin recelos, pero que sería incapaz de controlar a un gran grupo en cualquier momento o a un grupito en un caso de emergencia.

Keith-Ingram asintió.

—Ahora, ¿qué hay de ese otro asunto de la facultad proteica...? —Miró a algo que debería tener en su propio despacho, fuera del campo de visión de la cámara—. Ninguno de los agentes a mano que sirvieron en el sistema rithiano ha sugerido jamás ningún informe a ese respecto.

Spangler asintió.

—Eso podría significar algo o nada.

—Sí —dijo el hombre gris—. Por lo total, estoy predispuesto a pensar lo que usted evidentemente piensa, que no vale la pena en absoluto. Pembun puede ser competente y, etc., pero no es de la Tierra y no pertenece a Seguridad. Sin embargo, no es preciso que le recuerde que si él está en lo cierto, tenemos entre manos una situación gravísima.

Spangler sonrió con aspereza y volvió a asentir. Keith-Ingram era famoso por sus afirmaciones espinosas. Si Pembun tenía razón, eso demostraba que los agentes del Imperio en el sistema rithiano no habían enviado más información que la que los rithianos les dejaron pasar...

Keith-Ingram se frotó la barbilla con una mano cuadrada y bien cuidada.

—Ahora, hasta la fecha los procedimientos normales no han dado ningún resultado.

—Correcto —admitió Spangler. Utilizando todo el personal asequible, se necesitarían otros cuatro días para completar las revisiones domiciliarias. Antes de ese tiempo, resultados negativos no demostrarían nada.

—Y, según Pembun, esos procedimientos no son buenos. Ahora, ¿ha propuesto algún método alternado, diferente a ese de las sales de berilio que se le ocurrió?

—No, señor. Él no expuso ninguna esperanza de resultados de ese a menos que pasasen dos meses y medio.

—Bueno, quizás tenga más tarde algo útil que sugerir. Pregúntele. Si lo hace... pruébele.

—De acuerdo —dijo Spangler.

—Bien —repuso el hombre gris, dirigiendo a Spangler su segunda mejor sonrisa del día—. Manténgase en comunicación, Thorne... y si algo singular aparece, no dude en llamarme directamente.

La pantalla quedó en blanco.

Spangler se quedó mirando a dicha pantalla durante pocos momentos, chasqueando los labios pensativo, luego se arrellanó, jugueteando con los dedos en los botones de los controles al borde del escritorio. Al cabo de un momento, se encontró revisando mentalmente la película, tomada en el sistema rithiano, que había sido utilizado para adiestrar al personal de Seguridad en la búsqueda del espía.

Lo primero que veía uno era un alboroto, una catarata de verde y oro; las formas eran tan poco familiares que el cerebro necesitaba varios segundos para acomodarse. Luego uno se daba cuenta de que el verde era una cortina oscilante de amplias parras de hojas anchas; los salpicones dorados eran flores complicadas, de muchos pétalos. Detrás, apenas advertible, había un armazón de metal en forma de araña y más allá, en vistazos ocasionales la niebla azul sugería el espacio abierto.

Luego el rithiano apareció a la vista.

Al principio uno pensaba: ¡Arañas!, y Spangler recordó que se sobresaltó; tenía horror particular a las arañas. Luego, cuando la cosa se detuvo delante de la cámara, uno veía que tanto podía ser una araña, como un pulpo, o un mono.

Curiosamente, su contorno exterior se parecía más a aquellas grandes flores doradas. Había un circulillo de tentáculos, yaciendo en suaves curvas en forma de S. Y por debajo otro. El cuerpo de la cosa era un saco blando que pendía debajo del juego inferior de tentáculos; había una cabeza, consistente casi por entero en dos ojos salientes y enormes. El cuerpo de la criatura estaba cubierto con un ocre breve y suave formado por una piel espinosa.

Para algunas personas, supuso Spangler, podría ser hermoso: la clase de gente que profesaba encontrar la belleza en los cuerpos desnudos y ovals de los grandes escarabajos.

La cosa se volvió rápidamente, permaneciendo quieta durante otro momento y luego trepó en un torbellino de miembros por la parra.

Había otra escena: esta vez de un verde más oscuro... el fulgor de un bosque más que una ciudad jardín. Un rithiano aparecía a la vista, colgado de la masa púrpura de

un árbol. Tres de sus tentáculos anteriores tenían un objeto largo y esbelto que evidentemente era un arma. Pendió inmóvil durante un momento; luego el arma se movió un poco y un hilo brillante de llama violeta salió del cañón. Lejos, al fondo, algo rojizo chirrió y cayó por entre las ramas.

Eso era todo, pero aún siendo tan poco resultaba muy impresionante. El arma que mostraba la película, evidentemente el equivalente a un rifle ligero deportivo, podía compararse favorablemente en cualidades con un Mark LV Becket.

Había otras películas; Spangler no las había visto, pero podía imaginar la clase de argumento que podrían tener. Imágenes de fábricas rithianas, de espacionaves rithianas, de laboratorios rithianos. No importaba los detalles que tuviesen, en total habían sido lo bastante impresionantes para convencer a los estrategas de la Tierra de que hacer la guerra a los rithianos podría ser desastroso.

Y así había comenzado aquella lenta campaña: el sabotaje económico, subversión, propaganda. Nada abierto; nada que pudiera ser rastreado posiblemente hasta por los terrestres enmascarados como comerciantes en el sistema rithiano que no pertenecía al Imperio. Estas pequeñas bombas que habían destruido a muchos otros mundos más débiles no podrían colocarse: los rithianos eran gente que conocía el espacio, con colonias y flota espacial y un pueblo que puede concentrarse en su mundo patrio también es capaz de ser destruido. La campaña tendría que ser una acción lenta, paciente, destinada a debilitar a los rithianos como raza y como nación galáctica; a dividirles políticamente, a martillarles de manera económica e intelectual; a inducirles a meterse en una red sutil de dificultades que eventualmente, sin saber cómo había pasado, encontrasen los rithianos que se hallaban en la cresta de la ola que les había barrido; que estaban acabados a través de la historia. Eso llevaría siglos, pero la Tierra podía esperar.

Bueno, los rithianos habían descubierto a sus enemigos. Y ahora la situación había cambiado grotescamente. Ninguna parte del conocimiento terrestre de los rithianos podía ser considerada ya de confianza. Quizás los rithianos fuesen más fuertes o más débiles de lo que se imaginaba el mundo; lo único que aparecía cierto era que no eran como aparecían en las películas y en los informes escritos que llegaron a la Tierra.

«Incluso el mejor plan no siempre lograba éxito», pensó Spangler. Era concebible que la Tierra hubiese finalmente encontrado a un antagonista contra el que ninguna fuerza ni sutileza sirviese para algo. Extrañado, Spangler dejó que su mente enfocase la idea de un universo en el que la raza humana había sido exterminada como muchas otras razas que se enfrentaron con fuerzas superiores, con sutilezas superiores. Era como tratar de imaginarse al universo siguiendo adelante después de la muerte de uno mismo; su cerebro retrocedió instintivamente, impresionado y alarmado.

De cualquier forma, el juego todavía no estaba acabado; y, Spangler se recordó a sí

mismo con tristeza, no estaba acusado con la responsabilidad de revisar la política militar del Imperio. Tenía una simple tarea que realizar: encontrar al rithiano.

Lo que le volvía a traer inevitablemente a Pembun. La irritación de Spangler regresó y creció. Con un: *¡Maldito sea ese hombre!*, murmurado entre dientes, se puso en pie y comenzó a pasear arriba y abajo por el despacho.

Spangler era un ejecutivo de carrera, no un operador de la Seguridad; pero se sabía consciente, interesado en su trabajo... y había estado en el Departamento durante quince años. No debía sentir antipatía contra nadie como la experimentada hacia Pembun: abrumado, intranquilo, con la mente llena de sombrías sospechas que no tenían fuente ni dirección.

Una vez más, y por tercera ocasión, había revisado el fichero sobre Pembun: Keith-Ingram tenía razón, el historial del hombre era absolutamente limpio. Pero... Spangler dejó de pasear. Había una cosa que el fichero no explicaba, y era lo primero que un agente de Seguridad deseaba conocer acerca de cualquier hombre.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó en voz alta Spangler.

Allí estaba: localizar el lugar desde donde había estado molestando a Spangler durante dos días, preocupándole. ¿Tras qué iba Pembun, qué esperaba realizar? Su conversación estaba sutilmente sazonada con un divertido desdén por el Imperio y una admiración hacia los rithianos. ¿Entonces por qué trabajaba para que el primero derrotase a los demás?

Eso era lo que había que averiguar.

V

Los accesos a Administración Hill eran enormemente complicados. Filas de vehículos rápidos, helicópteros y limosinas salían, se mezclaban y se volvían a separar; *scooters*, para el transporte entre muros, se movían en líneas errantes entre los vehículos mayores que partían a lo largo de canales entre despachos reservados para ellos solos. Los círculos de tráfico y demás señales dirigían y distribuían la corriente. A cada instante vehículos se separaban del chorro principal, descargaban o cargaban pasajeros, y se marchaban otra vez.

Los coches, individualmente, eran silenciosos. En total, producían un sonido que precisamente cruzaba el umbral de lo audible: una nota simple y mantenida que se plegaba en sí misma con el zumbido de un millón de conversaciones, el arrastrar de un millón de pies.

El sonido resultante era el de una enorme dinamo en funcionamiento.

Los movimientos de Pembun trazaron una línea delgada y oscilante a través de toda esta confusión ordenada. Y por donde pasaba, dejaba tras de sí una estela de diversión.

En la intersección de los corredores Baker y Uno Cero, trató de desmontar de un *scooter* antes de que se hubiese detenido por completo. El campo de seguridad del *scooter* le pilló por la mitad y le contuvo, con sus miembros agitados como un escarabajo colérico, hasta que fue seguro dejarle en el suelo.

Un coro de carcajadas se extendió y algunos de los registradores y operadores de código, con nada mejor que hacer en su pausa de la mañana, le siguieron hasta el comisario de la Sección D.

Su experiencia con el *scooter* pareció haber turbado al hombrecillo. Abordó la acera móvil dentro del comisario y se quedó simplemente allí plantado, vigilando cómo la habitación pasaba a su lado. Describió un circuito completo, cruzando por entre una docena de mesas vacías y empezó otro. Los registradores y las chicas del cifrado dieron codazos a sus amigos y le señalaron.

En la tercera vuelta, Pembun pareció darse cuenta de que eventualmente tendría que bajar. Extendió un pie animoso, luego lo retiró. Miró en otra dirección, decidió que era peor y dio media vuelta de nuevo. Por último, con una resolución desesperada, salió de la correa sin fin. Sus pies parecieron enredarse. Pembun cayó sentado bruscamente al suelo.

Volvió a saltar la carcajada. Un hombre sentado a una mesa junto a la acera deslizante se atragantó y varios tuvieron que darle golpecitos en la espalda. Los comensales en sitios más distantes se pusieron en pie para ver lo que ocurría. Media docena de personas tratando de ocultar su sonrisa, ayudaron a Pembun a ponerse en pie.

Pembun volvió a vagar saliendo. Un oficial de gorra azul, un guía, se adelantó, decidido a ayudarlo, pero Pembun, con vehementes gestos, explicó que se encontraba bien y que sabía dónde iba.

Le dolían los huesos, desde el cóccix hasta el cráneo. Aquél había sido su sexto batacazo de la mañana y aún le quedaban otros por venir.

Se sintió más que ridículo... ¡Aquel lugar era tan grande!, pero siguió adelante hasta la entrada de la comisaría, pidió otro *scooter* y viajó medio kilómetro por el pasillo.

En la acera, saliendo precisamente de uno de los despachos, había un grupo en el que se incluían dos personas que conocía: el bigotudo coronel Cassina y su inexpresivo ayudante, capitán Wei. Pembun les saludó feliz y una vez más trató de bajar del *scooter* antes de que éste se detuviera.

Se retorció frenético en el forcejeo, sintiendo la presión desagradable del campo de seguridad. Cuando por último logró sentarse, resbaló, cayó, se puso en pie, perdió el equilibrio, y...

El golpe subió por toda su columna vertebral y pareció estallar en la nuca. Alzó la vista, turbado.

El grupo tenía una expresión colectiva de alegre incredulidad. Hubieron risitas reprimidas, que sonaron como una cañería dificultosa cuando circula el agua; una carcajada nerviosa o dos del grupo femenino; respingos de la parte de atrás. El coronel Cassina se permitió un simple reniego, en su expresión de lo que en él podía esperarse como risa. Incluso el impasible capitán Wei emitió una serie peculiar y aguda de soniditos que también tenían una remota sugerencia de carcajada.

Manos serviciales levantaron a Pembun y le limpiaron el polvo. Cassina, el rostro de nuevo serio, dijo malhumorado:

—No baje antes de que el aparato se detenga, hombre. Así no se lastimará —dio media vuelta para luego encararse a Pembun, recalcando su afirmación con las mismas palabras—: *¡No baje antes de que el aparato se detenga! ¿Comprendido?*

Pembun asintió sin decir palabra. Con la boca entreabierta, vio a Cassina y a Wei abordar un *scooter* doble y marchar por el Corredor Baker.

Cuando se dio la vuelta, un desaliñado Gordon estaba a su lado.

—¡Ahí estaba usted! —gritó el joven—. En realidad, *Mr.* Pembun, llevo buscándole más de una hora. ¿No oyó el zumbador de aviso?

Pembun miró al instrumento que llevaba en su muñeca izquierda. La tapa movable estaba vuelta en todo su camino hacia la izquierda.

—¡Oh! —exclamó—. Ni pensé en ello, *Mr.* Gordon. Parece que lo tenía todo el tiempo apagado.

Gordon sonrió con los labios.

—Bueno, le encontré, de todas maneras, señor. ¿Puede usted venir ahora a la

oficina del Comisionado? Desea verle.

Sin esperar respuesta, Gordon simultáneamente detuvo un *scooter* doble y habló al instrumento de su muñeca.

—Estupendo —dijo Pembun, feliz—. Ahí es donde yo quería ir, de todas maneras.

Subió al *scooter* delante de Gordon y esta vez siguió el consejo de Cassina. Esperó hasta que el *scooter* se hubo detenido por completo, salió sin dificultad y entró animoso en el despacho de Spangler.

—Lamento haber sido duro de encontrar —dijo excusándose—. Pensaba en lo que estaba haciendo, y no me fijé que tenía apagado mi comunicador.

—Perfectamente bien, *Mr. Pembun* —dijo Spangler, con paciencia de hierro—. Siéntese. Eso es todo, Gordon, gracias —se volvió a Pembun—. Hemos seguido sus sugerencias —dijo con sequedad—. Mi superior inmediato me ha ordenado que le pregunte si puede ayudarnos aún más sugiriendo alguna nueva línea de ataque... una, preferentemente, que no requiera dos o tres meses.

—Trabajaba en eso —le dijo Pembun—, y no he conseguido muchos resultados. Pero no importa ahora. Tengo otra idea y tuve suerte. Encontré a su rithi.

Mientras el rostro de Spangler se quedaba lentamente petrificado, Pembun añadió:

—Es el ayudante del coronel Cassina, capitán Wei.

Spangler comenzó a decir con voz estrangulada:

—¿Lo dice usted en serio...? —Se detuvo, oprimió un botón del borde de su escritorio y recomenzó—: Esta conversación está siendo grabada, *Mr. Pembun*. Acaba de decir que ha encontrado al rithiano y que es el capitán Wei. Explíqueme sus motivos.

—Bueno, será mejor que empiece por el principio —contestó Pembun—, de otra manera no tendría sentido. Mire, tenía la noción de que este rithi podía estar un poco preocupado. Los fluoroscopios no le molestarían, claro, pero la confiscación general en el planeta sí. Y por lo que sé, ustedes pueden crear algo que funcione mejor que los fluoroscopios. Así que pensé que era muy posible que él se escondiese en medio de la gente que le buscaba. Así, le sería posible esquivar a sus pelotones de investigación y podría tener una posibilidad de atravesar cualquier cordón. Por eso eligió al coronel Cassina, principalmente. De todas maneras, yo creo que le parecería gracioso.

»Así que fui por ahí haciendo reír a la gente, corriendo el riesgo. Fue bastante difícil, porque como le dije, el rithi tiene un sentido del humor muy primitivo. Ahora, si usted va y se cae de espaldas delante de un rithi, se pondrá a reír. No podrá contenerse. Eso es lo que el capitán Wei hizo. He oído las risas rithi antes. Se parecen mucho a las carcajadas humanas, lo bastante como para engañar a uno si no presta atención, pero una vez se fija cualquiera en ellas, no se equivocará jamás. Le digo la verdad, Comisionado. El capitán Wei es el rithi.

Spangler, con la boca contraída, colocó la mano en la placa del comunicador.

—El fichero sobre el capitán Wei —pidió.

—Si usted me perdona, Comisionado, no sé si él se ha dado cuenta de que le he reconocido. Si sabe que estamos tras él, no le cogemos con suficiente rapidez, es capaz de hacer algo que no nos guste.

Spangler miró de reojo a Pembun, el rostro agudo de irritación y empezó a hablar. Luego su comunicador zumbó y puso la mano sobre él.

—¿Diga?

Sonó la voz preocupada de Gordon.

—No hay fichero sobre el capitán Wei, Comisionado. No comprendo cómo ha podido ocurrir. ¿Quiere usted que investigue con los Archivos del Distrito de Denver?

Al cabo de un momento Spangler dirigió otra mirada de reojo a Pembun, una mirada mezcla de excitación, intenso disgusto y respeto involuntario.

—Hágalo más tarde, Gordon —dijo—. Mientras, localicen al coronel Cassina y luego llame a la sala de guardias. Quiero contar con todos los hombres adiestrados contra los rithianos asequibles, y los necesito *ahora*.

No había duda: *el capitán Wei* era el espía rithiano. De algún modo, de alguna manera, había logrado conocer a Cassina y hacerse amigo de él; o, de cualquier forma, consiguió permanecer en su compañía lo bastante para apoderarse del control de la mente de Cassina... para convencerle, probablemente, de que Wei era un viejo y valioso amigo, con el que Cassina había trabajado en otras partes; que Wei era ahora libre de aceptar una nueva misión y que Cassina ya había solucionado su traslado.

Presentado por Cassina, el supuesto oficial chino pasó sin interrogatorio alguno. Pero no había fichero en los archivos que llevase el nombre suyo. El capitán Wei no existía.

Todo este tiempo, pensó Spangler con un escalofrío, aquel monstruo había estado viviendo en el centro de ellos, sentándose a sus mesas de conferencias, oyendo todo lo que se planeaba en su contra. Le debió costar trabajo no soltar la carcajada.

Lo más amargo de todo era que Pembun lo había encontrado. Si alguna vez trascendía que un colonial de rostro de luna había resuelto el problema de Spangler cayéndose sobre el trasero por toda Administración Hill...

Spangler apartó el pensamiento con impaciencia de su mente. Estaban en el umbral del despacho particular de Cassina. Wei se encontraba en el despacho más pequeño inmediatamente más allá; se comunicaban ambos con la *suite* de Cassina y con las oficinas exteriores.

Vio al jefe achaparrado llevarse el reloj a la oreja. Por ahora la otra mitad de los empleados habrían llegado a los despachos exteriores y recibido la orden de evacuarlos en silencio. Era el momento de entrar.

El achaparrado jefe abrió la puerta y Spangler entró pasando junto a él. Pembun le

seguía inmediatamente; luego llegaban los cinco operadores, todos armados con proyectores de campos inmovilizadores y Mark XX —armas de energía que, en las manos de un experto tirador, eran capaces de rebanar un brazo o una pierna, o tentáculo— con tanta limpieza como pudiese efectuarlo un cirujano.

Los operadores vestían de pies a cabeza unos trajes sin costura a prueba de gases. Las mitades superiores de sus rostros estaban cubiertas por extensiones transparentes de los cascos; el resto de los rostros, con los tubos flexibles que llegaban hasta los tanques de oxígeno a sus espaldas, pendían abiertos en sus pechos.

Esto, de cualquier manera, estaba de acuerdo con el procedimiento normal de operación. Se necesitaba urgentemente vivo al rithiano, pero no se podía correr riesgos. La habitación de Wei quedaría herméticamente aislada por dos pantallas planas de fuerza, una proyectada por el equipo normal del escritorio de Cassina, la otra por un proyector portátil colocado por el pelotón en los despachos externos. En el mismo instante, los conductos de aire acondicionado que servían en la habitación serían bloqueados. Dentro de aquel compartimento estanco, los operadores gasearían simultáneamente e inmovilizarían al rithiano; y si algo iba mal, utilizarían las armas cortantes. Era una maniobra que había sido ensayada centenares de veces.

Spangler no le había dicho nada a Cassina... únicamente preguntó si Wei estaba en su despacho, luego dudó como si cambiase de idea y prometió volver a llamar a los pocos momentos. Ahora Cassina se levantó de detrás de su escritorio, los ojos saltones.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —dijo incrédulo.

—Wei —ordenó Spangler—. Apártese del medio, por favor, coronel. Se lo explicaré dentro de un momento.

—¡Explicar! —respondió Cassina con viveza—. Mire, Spangler...

El jefe del pelotón se adelantó hasta la puerta cerrada del despacho interior. A una señal suya, tres de los hombres que permanecían ocuparon posiciones delante de la puerta; los otros se movieron para obligar a Cassina a salir de detrás del escritorio.

Cassina se hizo a un lado, luego se movió súbita y violentamente. Spangler, petrificado de sorpresa, vio ponerse rígido el brazo armado del operador e instantáneamente se lanzó a sí mismo contra el grupo de la puerta. El grupo se disolvió en un torbellino de movimiento; luego la puerta quedó abierta, Cassina había desaparecido, los demás estaban mezclados los unos con los otros y corrían tras él.

Spangler se encontró corriendo. Una ráfaga de algo acre le dio en la garganta; sonidos apagados percibían sus oídos. La espalda verdosa de un hombre le tapó el panorama durante un instante, luego se echó a un lado y pudo ver.

El rithiano, su espalda extrañamente encorvada, estaba medio agazapado sobre el

cuerpo desmadejado y yerto del coronel Cassina. Las manos del monstruo estaban crispadas en torno a la garganta de Cassina.

Todo quedaba muy claro, ampliamente magnificado.

Una voz que conocía Spangler llenó de pronto la habitación. Evidentemente había sido conectado el sistema de altavoces, a través del cual había oído a Joanna exclamar: «La cualidad de la compasión no se ha perdido; sólo ha llovido como un chubasco suave...». Spangler realmente no podía distinguirlo.

Era extrañísimo.

Todo de pronto se había quedado muerto, quieto, y la habitación oscilaba despacio hasta adquirir un ángulo vertiginoso, mientras que el cuerpo tenso del rithiano —¿o era realmente el capitán Wei?— se colapsaba con igual lentitud por encima del cuerpo de su víctima. Spangler trató lánguidamente de ajustarse a sí mismo a la oscilación de la sala, pero parecía estar paralizado. No había sensación en ninguna parte de su cuerpo. Luego el suelo se hizo mayor y mayor y por último se convirtió en algo moteado y confuso que estuvo mirando largo tiempo antes de que se hiciese más gris y se convirtiese en negro.

—¿Qué pasó?

Esa era precisamente la pregunta que Spangler quería responder; deseaba que le hubiesen dejado formulársela. Trató de decir algo, pero otra voz le interrumpió por delante.

—Entró en la habitación sin vestido protector. El gas le afectó.

¿De quién estaban hablando? Poco a poco comprendió Spangler que era de sí mismo. Eso era; por esa causa todo fue tan extraño hace un momento...

Abrió los ojos. Estaba yaciendo en el diván de su despacho particular. Dos técnicos médicos, con batas verde pálido, estaban cerca de la cabecera del diván. Más allá se encontraba Gordon, *miss* Timoney y el jefe del pelotón. Pembun estaba sentado en una silla apoyada contra la pared.

Uno de los médicos lánguidamente tomó la muñeca de Spangler y la retuvo durante unos cuantos segundos, luego con el pulgar le levantó el párpado.

—Se encuentra bien —dijo, volviéndose en dirección de Gordon—. No hay ningún peligro en absoluto.

Se apartó y el otro médico salió con él de la habitación.

Spangler se sentó, oscilando las piernas a un costado del diván y aspiró varias bocanadas de aire profundas. Aún se sentía algo mareado, pero se le aclaraba la cabeza.

—Dígame lo que pasó —preguntó al jefe.

El jefe se había quitado el casco y estaba de pie, la cabeza desnuda, con el traje interior color naranja y los zapatos de gruesa suela. Tenía un rostro aceituna, con unas cejas muy negras y muy gruesas y una mata crespa de cabello negro grisáceo.

—Tomó usted una bocanada de gas, comisionado —dijo.

—Eso lo sé, hombre —respondió irritado Spangler—. Hábleme del resto.

—El coronel Cassina nos atacó y se abrió paso al despacho interior —dijo el jefe—. Nos pilló por sorpresa, pero disparamos los chorros de gas y entramos tan de prisa como pudimos. Cuando llegamos dentro encontramos al rithiano aparentemente tratando de estrangular al coronel Cassina. Mis hombres y yo utilizamos las armas cortadoras, pero, no es por justificarnos, comisionado, el coronel se puso por medio. El rithiano murió.

Spangler notó una brusca oleada de náuseas y la dominó con un esfuerzo.

—¿El coronel Cassina? ¿Cómo está?

—Grave, según tengo entendido, comisionado.

—Ahora está en cirugía, señor —intervino Gordon—. Vive, pero tiene mal la garganta.

Spangler se levantó algo tembloroso.

—¿Qué se ha hecho con el rithiano?

—Mandé que llevaran el cuerpo al laboratorio, señor —respondió Gordon—. Ahora está allí el doctor Baustian. Pero esperan sus órdenes para seguir adelante.

—Está bien —repuso Spangler—, vamos con eso.

Miró de reojo a Pembun, con una expresión curiosa en el rostro, siguiendo tras el grupo al salir todos de la estancia.

VI

Al principio el cadáver pareció como el cuerpo de un joven chino asesinado meticulosamente a golpes de hacha: había una brecha que iba recta desde la frente hasta el ombligo, luego un corte perpendicular y después otras dos heridas recorriendo la longitud de cada pierna.

Después apartaron la máscara humana y debajo yacía el rithiano. Lo peor de ello, pensó Spangler, era el cuero ocre: Parecía suave y de un color más oscuro en donde estaba doblado... como la piel de un osito que recordaba de su infancia. Pero éste era un osito obsceno, una cosa de desmadejados tentáculos y enormes ojos saltones enrojecidos, con una vejiga achaparrada en el centro. Debió haberse metido dentro como pensó Spangler, quedó instalado dentro del esófago y de los intestinos.

Llenaba exactamente la cáscara humana. El anillo superior de tentáculos había sido dividido, tres a cada lado, para encajar en los brazos de Wei. En medio de cada grupo de tentáculos, cuando los hombres del laboratorio los apartaron, estaba el esqueleto blanco de un brazo humano; la articulación del hombro salía por debajo del anillo. Los tentáculos del segundo anillo habían sido enroscados limpiamente en torno al cuerpo, para que no estorbasen. El resto del torso y los espacios de las piernas estaban llenos por una masa muscular monstruosa compuesta por el abdomen tipo saco del rithiano.

Entonces comenzó la disección...

Spangler se quedó sólo porque no podía pensar una excusa adecuada para marcharse; Cassina seguía todavía inconsciente y no se permitía verle.

Baustian y los otros dos biólogos eran como niños con juguetes nuevos: primero los músculos, y el nervio y la sangre y los sistemas linfáticos en las *piernas* que el rithiano había formado de su cuerpo informe; luego, cuando abrieron el torso, hurgaron y alzaron montón de carne tras otro, y exclamaron una y otra vez:

—¡Santo Dios, mira este páncreas!

—¡Y este hígado! ¡Y aquel riñón!

Al final el parecido con un osito ya no era ninguno en absoluto. Lo más horrible de todo era que cuanto más cortaban, más parecía un, cuerpo humano...

Más tarde, de pie delante de la puerta de la habitación de Cassina, Pembun le cogió del brazo.

—No le diga que el rithi ha muerto —dijo el hombrecillo apremiante—. Dígame que fue todo un error. Que piense lo que quiera de usted. Eso puede ser importante.

—¿Por qué? —preguntó distraído Spangler.

Pembun le miró con aquella misma expresión extraña y hechizada que Spangler advirtió antes, cuando salieron de su despacho. Debió sentirse quisquilloso, pensó Spangler con vaguedad, pero no lo estaba. Oh, oh...

—Sigue en peligro, comisionado. No es responsable de sus propias acciones. Tiene que convencerle de que usted no iba tras Wei en absoluto y que Wei está bien, de otro modo creo que intentará suicidarse.

—No lo entiendo —dijo Spangler—. ¿Cómo sabe usted que ni los médicos ni las enfermeras se lo han contado ya?

—Les dije que no dijese nada —contestó Pembun abrumado—, y les hice creer que la orden venía de usted.

Spangler apretó los labios.

—Hablaremos de esto más tarde —dijo, y empujó con la palma de la mano la hoja de la puerta.

Los ojos de Cassina estaban cerrados. Su rostro tenía un color de muerte gris oliváceo excepto por el ligero enrojecimiento en cada mejilla. Poseía el aspecto desamparado y estúpido de todos los inválidos dormidos.

Su cabeza se sostenía en un hueco de la almohada; un arnés rígido le cubría el cuello. Tenía la boca ligeramente abierta bajo aquellos ásperos mostachos negros y un tubo curvado de succión estaba enganchado y doblado sobre sus dientes inferiores.

El tubo emitía un gorgoteo bajo y monótono, que cambiaba bruscamente hasta un ruido seco de sorber. Un enfermero de vez en cuando se adelantaba y ajustaba el tubo con un dedo; Mientras Spangler apartó la vista del hombre inconsciente, se adelantó un médico. Era alto y de movimientos fáciles; sus ojos pardos relucían con la inconfundible brillantez del que usa lentes de contacto.

—¿El comisionado Spangler?

Spangler asintió.

—Soy el Dr. Householder, encargado de esta sección. Puede interrogar ahora a este hombre, pero quiero que evite excitarle en todo lo posible y no se quede más de quince minutos después de la inyección. Ya tiene dentro del cuerpo casi la mitad de nuestra existencia de farmacia.

Spangler se sentó junto al lecho. A un gesto de Householder, una mujer de cara de caballo, enfermera, colocó la boquilla de una jeringuilla hipodérmica de disparo contra el antebrazo desnudo de Cassina. Oprimió el gatillo, luego desatornilló el depósito, lo dejó caer en una bandeja y colocó otro. Al cabo de un momento Cassina suspiró y abrió los ojos.

Otro enfermero colocó una plancha metálica en la cama bajo la mano de Cassina y gentilmente puso entre los dedos una pluma. Los cables de la placa y de la pluma iban hasta el pie de la cama a una máquina rechoncha y con ruedas que tenía una pantalla protegida. El ayudante fue hasta la máquina, dio a un conmutador y se sentó junto al aparato.

Los ojos de Cassina se volvieron despacio hasta que descubrió a Spangler. Frunció el ceño y pareció intentar hablar. Sus labios se movieron delicadamente, pero

tenía la mandíbula abierta todavía, con el tubo de succión penetrando por entre los maxilares. El monótono borboteo de esputos contenidos, prosiguió.

—No intente hablar —dijo Spangler—. Tiene inmovilizadas garganta y mandíbulas. Utilice la pluma.

Cassina miró hacia abajo y su mano se crispó en torno al cilindro metálico. Al cabo de un momento, escribió:

—¿Qué es lo que le han hecho a Wei?

Las palabras se deslizaron como serpientes negras a través de la blanca pantalla. Spangler asintió y el ayudante dio la vuelta a un mando, desvaneciéndose la escritura.

Spangler miró pensativo a Cassina. La pregunta que había estado esperándose era *¿Qué pasó?*, significando *¿Qué me pasó a mí?* En tales circunstancias, la pregunta era casi una certidumbre... probablemente en el novecientos noventa y nueve por mil.

Pero Cassina había preguntado por Wei, en vez de por su estado.

De mala gana, Spangler contestó:

—Nada, coronel. No íbamos tras el capitán Wei, debe saberlo. El espía rithiano se había ocultado en su habitación. No podíamos advertir a Wei y alertar al rithiano.

Cassina miró con seriedad a Spangler, como tratando de decidir si le mentía. Spangler bruscamente se encontró sintiendo una pesadez terrible en las rodillas.

—¿Se encuentra bien? —Garrapateó Cassina.

—Perfectamente —dijo Spangler—. Todo va bien. Tenemos al rithiano y levantamos la alarma.

Cassina aspiró profundamente y expiró el aire con bastante ruido. Su boca se quedó entreabierta de manera idiotizada, pero sus ojos sonreían. Escribió:

—¿Por qué estoy metido en todos estos vendajes?

—Resultó herido en la lucha. Dentro de pocos días se encontrará bien de nuevo. Ahora va a volverse a dormir —Spangler hizo un gesto; la chica de la cara de caballo oprimió la jeringuilla contra el brazo de Cassina y accionó el gatillo.

—Coronel Cassina —dijo ella al cabo de un momento—, queremos que escriba los números del uno al cincuenta. Por favor, empiece.

En el 15 los numerales comenzaron a hacerse mayores, menos controlados; el 23 fue repetido dos veces, seguido por un alocado 17.

La enfermera asintió.

—Está bajo los efectos.

Eran muy pasadas las horas de oficina, pero Spangler seguía sentado tras su escritorio. Había cortado la iluminación; la única luz venía de la pantalla lectora que tenía enfrente. La pantalla mostraba una porción de la transcripción de su entrevista con Cassina.

Spangler jugueteó con un interruptor e hizo retroceder el carrito hasta el principio. Volvió a leer las líneas iniciales:

PREGUNTA: ¿Puede oírme, coronel?

RESPUESTA: Sí.

PREGUNTA: Quiero que responda a estas preguntas con claridad, con sinceridad y con lo mejor de su capacidad. ¿Cuándo y dónde conoció por primera vez al capitán Wei?

RESPUESTA: En Daressalam, en octubre de 2501.

PREGUNTA: ¿Está seguro de eso? ¿Me dice la verdad?

RESPUESTA: Sí.

La mente consciente de Cassina estaba convencida de que primeramente conoció a Wei veinte años atrás en el Distrito Africano. Varias repeticiones a la pregunta no pudieron provocar ninguna otra respuesta. Spangler había tratado de rodear el obstáculo preguntando por su primera reunión después del 18 de febrero del año 2521... la fecha en que los agentes rithianos fueron descubiertos por la patrulla ciudadana.

Se saltó una buena cantidad de cifras y leyó:

PREGUNTA: ¿Qué ocurrió después de aquella cena?

RESPUESTA: Le invité a que viniese a mis habitaciones. Nos sentamos y hablamos.

PREGUNTA: ¿Qué se dijo?

RESPUESTA: (Una pausa de 2 segundos). No lo recuerdo exactamente.

PREGUNTA: Se le ordena que recuerde. ¿Qué dijo Wei?

RESPUESTA: (Una pausa de 3 segundos). Me dijo... dijo que era el capitán Wei, que sirvió a mis órdenes en el Distrito Africano desde el año 2501 hasta el 2507. El...

PREGUNTA: ¿Pero usted ya lo sabía eso, no?

RESPUESTA: Sí. No. (Una pausa de 2 segundos). No me acuerdo.

PREGUNTA: Volveré a repetir la cuestión. ¿Conocía usted o no antes de aquella velada que Wei había servido a sus órdenes en el Distrito Africano?

RESPUESTA: (Una pausa de 3 segundos). No.

PREGUNTA: ¿Qué otra cosa le dijo aquella noche?

RESPUESTA: Dijo que había estado trabajando en la Seguridad Naval. Dijo que había solicitado el traslado, para estar de ayudante conmigo.

PREGUNTA: ¿Le dijo a usted alguna otra cosa, instrucciones o información, detalles de su conocimiento previo o detalles de su traslado, aquella noche?

RESPUESTA: No.

PREGUNTA: Pasemos a su siguiente encuentro: ¿qué dijo entonces?

Gradualmente toda la historia fue saliendo, excepto un punto. Spangler había dado en un lugar en donde se produjeron los acontecimientos de la noche del 20, hacía dos días.

PREGUNTA: ¿Qué le dijo Wei aquella noche?

RESPUESTA: (Una pausa de 4 segundos). No me acuerdo. Nada.

PREGUNTA: Se le ordena que recuerde. ¿Qué le dijo?

RESPUESTA: (Una pausa de 6 segundos: el sujeto muestra gran excitación). Nada, se lo digo.

PREGUNTA: Le ordeno que responda, coronel Cassina.

RESPUESTA: (El coronel no responde; al final de 5 segundos comienza a llorar).

Dr. Housenholder: terminaron los quince minutos, comisionado. Fin de la transcripción a las 12 horas, y 52 minutos, del 22, del 2, de 2521.

Posteriormente, aquella tarde, después de su primer informe a Keith-Ingram, Spangler tuvo otra sesión con Cassina bajo la máquina interrogadora. Llegó a otro punto en blanco y tuvo que ceder después de cinco minutos por la tensión creciente de Cassina. Al ser libertado de la máquina, Cassina entró en coma y Householder declaró que sería peligroso volverle a interrogar hasta que él personalmente lo considerara oportuno.

Media hora más tarde, mientras hablaba con Pembun, Spangler recibió el informe de que Cassina, aún aparentemente inconsciente, había realizado un denodado esfuerzo por librarse de su collar produciéndosele una intensa hemorragia. Ahora se encontraba totalmente calmado, con drogas, recibiendo transfusiones continuas y al borde de la muerte.

Pembun. Pembun, Pembun. No había manera de escapar de él: no importaba adonde te llevarán tus pensamientos, Pembun asomaba al final del sendero, como si uno fuese Alicia tratando de salir del jardín del espejo.

Pembun había vuelto a estar en lo cierto; Pembun siempre lo estaba. Habían engatillado alguna orden posthipnótica en el cerebro de Cassina, y Cassina, retorciéndose entre los lazos de aquella ligadura, hizo cuanto pudo por suicidarse.

—Me parece —había dicho Pembun aquella tarde—, que la principal cuestión es... ¿por qué trató con tal ahínco el coronel Cassina de llegar al rithi cuando descubrió que íbamos tras él? Tenía orden de hacerlo, claro, ¿pero por qué? No sólo para avisar al rithi, porque no tenía bastantes datos como para proporcionarle algún bien y, además, si era por eso tan solamente, ¿por qué el rithi trató de matar a Cassina?

—Está bien —le había contestado Spangler controlando su voz con dificultad—. ¿Cuál es su explicación, *Mr.* Pembun?

—Bueno, el rithi debe haber dejado alguna información enterrada en el subconsciente de Cassina que no quiere que hallemos nosotros. Se me ocurrió que era eso y por tal razón le pedí que no dijera a Cassina que el rithi estaba muerto... pensé que podía haber habido otra orden para que se suicidara si se descubría al rithiano. Creo que tuvimos suerte al coger vivo hoy a Cassina, comisionado; considero que en estos momentos es el hombre más importante del Imperio.

—Eso es un poco fuerte —le contestó Spangler—. No niego que esta información enterrada, cualquiera que sea, tenga mucho valor. ¿Pero por qué piensa usted que es

crucial? Presumiblemente será un registro de espionaje o actividades saboteadoras rithianas...

—Sabotaje —se apresuró a decir Pembun—. No podía ser lo otro, comisionado, porque al rithi no le importaría ni un ardite que ustedes descubrieran algo que ya conocían. Me parece que Cassina sabe esto: dónde están enterradas las bombas.

—¡Bombas! —había exclamado Spangler al cabo de un momento. La idea era absurda—. No serían tan estúpidos, *Mr.* Pembun. Poseemos instalaciones militares en doscientos sesenta planetas, sin contar con la flota del espacio. Ejercitaríamos represalias, hombre. Sería suicida para ellos el bombardearnos.

—Usted no comprende, comisionado. No quieren bombardear la Tierra... si lo hicieren no habría necesidad de que el rithi dejara un registro indicando dónde están las bombas. Simplemente las colocarían con un mecanismo de tiempo y nada más. No podríamos recapacitar hasta que hubieran estallado. Pero él fue el último vivo y no podía estar seguro de volver con su información, así que tenía que dejar un registro. Eso sólo significa una cosa. El rithi sólo quiere decirnos: «Dejadnos en paz... o si no...».

La mente de Spangler había trabajado con furia. Eso era terriblemente posible; no encontraba pega alguna en ello. Convenientemente situadas, unas cuantas bombas disruptoras de mediano tamaño harían pedazos un planeta. *Mediano tamaño* quería decir aproximadamente seis centímetros cúbicos; serían fáciles de entrar de contrabando, fáciles de ocultar, casi imposible de hallar. La única defensa sería una pantalla de radio-frecuencia colocada por encima de todo el planeta; y si el enemigo conocía la situación precisa de las bombas, ni siquiera esa defensa daría resultado: un fino rayo direccional, certeramente apuntado, penetraría a través de la pantalla y detonaría las bombas. Todo lo que se necesitaba era una raza lo bastante tozuda para decir: «Dejadnos en paz... o si no...» y llevar a cabo la amenaza. Por lo que había contado Pembun de los rithianos, éstos podrían ser tal raza.

Pero la Tierra jugaba a los porcentajes. La Tierra sólo corría riesgos calculados. La Tierra tendría que sucumbir.

Esa cadena de razonamientos le costó sólo una fracción de segundo. Spangler la examinó, comparándola con los hechos conocidos y la descartó. Sonrió.

—Pero, *Mr.* Pembun... tenemos a Cassina. No importa que le saquemos o no la información: lo interesante es que los rithianos no conseguirán tal información.

Pembun había aparecido absurdamente triste.

—No... usted presume que Cassina es el único poseedor de la información. Eso desearía yo, pero me parece que no es así. ¿No comprende?, dársela al coronel Cassina fue un error, porque su cerebro es el lugar más evidente para que busquemos nosotros. Ahora, veo que el rithi cometió el error deliberadamente, porque le pareció tan gracioso que no pudo resistirse... pero no me lo imagino cometiendo el error por

estupidez. Creo que el coronel Cassina fue tan sólo una idea ocasional: se sintió travieso y decidió sembrar el mensaje una vez más ante nuestras narices. Creo que él y sus amigos lo habían colocado ya un centenar o dos de veces, en cuantas ocasiones se les presentaron. Y de ser yo habría elegido viajeros interestelares... agentes de las compañías comerciales, ejecutivos que viajaran por el espacio, visitantes de la Tierra procedentes de otros sistemas. Estoy seguro de que así lo han hecho. En caso de confirmarse mi creencia resulta de una certeza matemática el que sus agentes alguna vez se tropezaran con cualquiera de esas personas. Ustedes podrían mantener el embargo, no dejando que nadie saliera de aquí, ¿pero cuánto tiempo duraría?

—Años —había contestado Spangler secamente.

—Es verdad. Podría hacerse y si tuviera suerte hasta daría resultado. Pero mataría a la Tierra tanto como si ésta estallara... Tenemos que enterarnos de lo que sabe el coronel Cassina.

VII

Después llegaron noticias de Cassina, casi como si hubieran calculado enviarlas inmediatamente después de las palabras de Pembun. Luego la segunda y más penosa entrevista con Keith-Ingram. Más tarde Spangler se ocupó de algunas cuestiones rutinarias que habían estado llenando su escritorio todo el día y, de pronto, se hizo la hora de marcharse.

Spangler comenzó a salir, pero se detuvo en la puerta, volviéndose a mirar a las silenciosas y confortables paredes, desanduvo lo andado y tornó a sentarse tras su escritorio. Actuando por un impulso difícil de explicar, llamó a Joanna y la rogó que le acompañara a cenar. Desde entonces permanecía sentado allí, apenas sin moverse.

Oprimió el resorte de su reloj de pulgar. «Las dieciocho con once minutos y un cuarto».

Tres horas; y no había comido. Tenía mal gusto de boca y sentía la cabeza ligera, pero no se encontraba del todo hambriento.

Abrió la parte delantera giratoria del escritorio, sacó un frasquito de comprimidos estimulantes y se tragó uno con una mueca de desagrado.

Un enorme cansancio y disgusto por su trabajo y por todo lo que ello implicaba estaba creciendo en su interior. Lo reprimió con aspereza. Había pasado antes por tales estados de ánimo; fueron pasajeros. El aburrimiento y el disgusto eran como los pinchazos de la dispepsia: uno los ignoraba y proseguía con su tarea.

En resumen era esto, pensó Spangler despacio. Casi habían sido derrotados; excepto un hombre —Pembun— que les había evitado la derrota más humillante. Y eso estaba mal de medio a medio.

Pembun era zafio, mal educado, sin modales. Sus métodos se basaban en la más mera improvisación. Tenía inteligencia, eso no se podía negar, pero era tosca, desorientada y sin cultivar. Sin embargo, lograba resultados.

¿Por qué?

Era explicar los acontecimientos todos del par de días pasados diciendo simplemente que Pembun resultó poseedor de un conocimiento especial no asequible a Seguridad, que por chiripa era el conocimiento que se necesitaba. Pero eso constituía una evasión. El conocimiento no era especial; era el conocimiento que debió haber tenido la Tierra y que trató de conseguir, pero que no lo logró.

De nuevo, ¿por qué?

Le parecía a Spangler que desde la llegada de Pembun el universo lenta y casi imperceptiblemente se había dado la vuelta hasta quedar abajo. Y, sin embargo, nada había cambiado. Pembun era el mismo; igual que Spangler y el resto del mundo que conocía.

Se semejaba mucho a una de esas ilusiones ópticas que se experimentan en

Camuflaje Primario... una serie de cubos que forman un tramo ascendente de escaleras y luego de parpadear los cubos parecían huecos o la escalera iba de arriba a abajo. O como la otra clase, las siluetas de dos hombres, con líneas de perspectiva convergentes en lo alto y en lo bajo: uno creía que había un hombre más alto, pero cuando se les medía se encontraba que ambos tenían idéntico tamaño... o que el que parecía menor era mayor...

Spangler masculló un juramento. Había estado a punto, según comprendió, de levantarse, tomar un *scooter* hasta el nivel G, *suite* 111 y pedirle humildemente a Pembun que le explicara por qué ahora el sol giraba en torno a la Tierra, lo negro era blanco y grande, las bellotas crecían en las ramitas de los robles enanos.

Cogió un mnemo-cubo y volvió a arrojarlo violentamente sobre el escritorio.

El gesto no le causó ningún alivio; la sensación de rebeldía pasó, la depresión y el aturdimiento persistieron.

Como la mariposa a la llama... como Mahoma a la montaña... Spangler fue a Pembun.

Esta vez la puerta se hallaba cerrada.

Tras el lapso de tres latidos el *scooter* se alejó en silencio por donde había venido, las luces parpadeando delante en el desierto corredor y se desvanecían cuando pasaba el vehículo. Giró en la esquina hacia Upsilon y desapareció, dirigiéndose hacia el invisible trasnochador que le había llamado.

Silencio.

En el pasillo, cinco metros en cada dirección, las luces antideslumbrantes mostraban a Spangler cada detalle de las satinadas paredes, las matemáticas líneas de puertas y de alacenas de mantenimiento, las casi invisibles huellas de pisadas que, en algún tiempo durante la noche, serían transformadas por vibración en polvo molecular y absorbidas luego por tubos de succión. Más allá no había nada excepto oscuridad. Lejísimos, un puntito de luz destellaba durante un instante, como una estrella fugaz, mientras alguien cruzaba el corredor.

Spangler tuvo una visión instantánea de lo que sería aquello si toda la cosa se parara: las millas de corredores vacíos, el aire maloliente y la oscuridad, el polvo volante, la lenta invasión de los insectos. El peso muerto de la Colina, gravitando invisible sobre uno: terrible peso insensible; peso de un cadáver.

Spangler se había forzado a canalizar su ambición y se mantuvo así sin desviarse durante diez largos años. No fue fácil, con la desventaja de su nacimiento. Tuvo que reconstruirse a sí mismo con agonizante cuidado, hasta ser más aristócrata que los aristócratas. Tuvo que suprimir todo lo que no contribuía, destacaba y nutría lo que hizo. Pensó que había edificado sobre una roca.

Y ahora, si esa roca se desmoronaba...

Tragando bilis, puso su mano en la puerta.

Hubo una larga pausa antes de que la hoja se abriera. Pembun, en ropa interior y pantalones, parpadeó al verle, como si hubiera estado adormecido.

—Oh... comisionado Spangler. Entre.

—Le estoy molestando —dijo Spangler con brusquedad—. No es nada urgente; hablaré con usted mañana.

—No, por favor, entre, comisionado. Me alegro de que haya venido. Me estaba sintiendo un poco tristón, aquí sentado, solo...

Cerró la puerta tras Spangler.

—¿Beber? Todavía me queda la mitad del *whiskey* y la soda completa.

El pensamiento de beber algo hizo que a Spangler se le revolviera el estómago. Lo rechazó y se sentó.

Sobre la mesa, junto al reclinatorio, había varias hojas de papal y una adornada electropluma de modelo antiguo.

—Estaba escribiendo una carta a mi esposa —anunció Pembun, tras seguir la dirección de la mirada de su invitado. Sonrió—. O trataba de escribirla. No puedo decirle nada importante sin violar la seguridad y sé que probablemente volveré a Ganímedes antes de que llegue la carta, después de que se levante el embargo, claro, así que la cosa no tiene demasiado sentido. Era que trataba de hacer algo simplemente.

Spangler asintió.

—Es una lástima que no podamos permitirle que deje la Colina. Pero aquí mismo hay un parque de diversiones... con cines, autoajedrez, salas de ensueños, baños...

Pembun sacudió la cabeza, aún sonriendo.

—No encontraría ningún placer en esas cosas, comisionado.

Su tono, le pareció a Spangler, era medio pesaroso, medio indulgente. No había duda que en Manhaven había otros placeres más vigorosos. Drogas y amaños mixtos les parecerían al efecto comprensibles.

Sin saber qué estaba a punto de decir, balbuceó:

—Dígame la verdad, Pembun... ¿usted nos desprecia?

Los ojos de Pembun se desmesuraron ligeramente, luego se contrajeron y todo su rostro pareció de súbito congelado.

—Trato de no hacerlo —dijo con calma—. Es demasiado fácil. ¿Vino usted, comisionado, a preguntarme eso?

Spangler se inclinó hacia adelante, los codos sobre las rodillas, las manos entrelazadas.

—Creo que sí —dijo—. Perdome mi rudeza, Pembun, pero de verdad que quería saberlo. ¿Qué hay de malo en nosotros, según su punto de vista? ¿Qué cambiaría, si pudiese?

—¿Me diría usted cuál es su motivo para preguntarme eso, comisionado? —preguntó con cuidado Pembun a su vez.

Spangler alzó la vista.

Desde este ángulo, Pembun parecía más impresionante. Spangler le miró en una especie de éxtasis de descubrimiento: el rostro del hombre ni era feo ni cómico. Los ojos eran tranquilos y vivos con inteligencia; la ancha boca quedaba firme. Incluso las desmesuradas orejas, las pesadas mejillas, sólo daban al rostro un añadido de fuerza y una curiosa dignidad.

—Quiero información —dijo él—. Le he juzgado mal groseramente y le presento mis excusas, pero eso no basta. Noto que debe haber algo equívoco en mis presunciones básicas, en el Imperio. Quiero saber por qué nosotros fracasamos en este asunto rithiano y usted triunfó. Creo que puede ayudarme, si quiere.

Aguardó.

—Comisionado —dijo Pembun despacio—, creo que tiene usted otro motivo, tanto si se da cuenta conscientemente de él como si no. ¿Ha oído hablar alguna vez de la procedencia del picoteo entre las gallinas?

—No —contestó Spangler—. A propósito, llámeme Spangler, o Thorne, ¿quiere?

—De acuerdo... Thorne. Usted, si lo prefiere, puede llamarme Jawj. Ahora, lo de las gallinas. Pongamos por caso un gallinero con doce. Si se las vigila se encontrará con que conservan una rígida jerarquía social. La gallina A picotea a todas las otras, la gallina B a las otras menos a la A; la C a las demás excepto a las A y B, etc, hasta llegar a la L que se ve picoteada por todo el mundo y que no puede devolver ningún picotazo.

—Sí —dijo Spangler—, comprendo.

Pembun siguió con rigidez.

—Usted es un B o un C en la misma clase de sistema. Hay uno o dos superiores que tienen señorío sobre usted y en cambio usted hace lo mismo con el resto. Ahora, de ordinario, cuando alguien nuevo entra en el corral sabe usted de inmediato si es alguien que le picoteará a usted o si se dejará picotear. Pero yo soy un caso distinto. Pertenezco a una raza diferente de gallinas y realmente no soy de su gallinero en absoluto, así que usted no tratará de picotearme a mí a menos que yo le provoque; rebajaría su dignidad. Eso sucede hasta que de pronto encuentra que le estoy picoteando. Ahora me tiene usted en el sistema por encima suyo, porque todo ese picoteo no sería soportable si usted lo recibiera de ambas direcciones. Por eso vino a decirme: *Sé que usted está más alto que yo en la escala, así que todo va bien. Adelante... picotéeme.*

Spangler se le quedó mirando en silencio. Tenía interés en observar que aunque se sintiera humillado la emoción no resultaba muy desagradable. Pensó que se trataba de una especie de purga. Es bueno para la gente que de cuando se les rebaje un poco los humos.

—Es más —dijo Pembun mirándole con atención—, a usted le gusta. Es un placer para usted tener relaciones con alguien a quien cree más fuerte. Le da una sensación de seguridad. ¿No es cierto?

—No diré que se equivoca —respondió Spangler, tratando de ser sincero—. Nunca lo oí con anterioridad expresado así, pero es cierto que estoy acondicionado para aceptar y ejercer autoridad... y tiene usted razón, disfruto con ambos actos. Es un estado mental necesario en mi profesión, por lo menos así lo creo. Supongo que, mirado objetivamente, no es muy lindo.

Pembun extendió la mano para tomar su botella de *whisky*, pero la retiró. Miró a Spangler con una maliciosa sonrisa.

—De lo que usted no se da cuenta —dijo— es que yo no saco de ello el menor placer. Puede que sea difícil para usted comprenderlo, pero no me divierte tener que pegarle a un hombre que no trata de subírseme a la espalda. Toda esta conversación me ha sido desagradable, pero no pude evitarla. Me coloca usted en una situación en la que no importa lo que diga, aun cuando rehusara hablar en absoluto con usted, no me quedaría más remedio que hacer lo que quiera. Y ésta es la parte graciosa, comisionado... al hacerme ofenderle en su autoestimación usted ha dañado la mía doblemente. Creo que durante varios días tendré mal sabor de boca.

Spangler se levantó despacio. Tomó dos profundas bocanadas de aire, pero su súbita cólera no amainó, aumentó. Dijo con cuidado:

—No necesito que se me desplome encima una montaña. Señor Pembun, eso es una figura de dicción que tenemos... significa que basta con un sólo insulto claro y estudiado.

De pronto Pembun fue lo que había parecido ser desde el principio: una fea bestia *colonial*, irritante, de rostro sucio.

—Mire —dijo Pembun—, ahora está usted furioso. Es porque yo no querría jugar al picoteo con usted.

—*Mr.* Pembun —exclamó irritado Spangler—, no vine aquí a ser insultado, ni a recibir lecciones de psicología de gallinero. Vine para pedirle información. Si usted está completamente perdido para la común civilización... —La frase se le escapó; comenzó de nuevo—: Quizás sería mejor que le recordara que estoy autorizado para *exigir* su ayuda en mi cargo de oficial del Imperio.

—Estoy aquí para ayudar, si puedo, comisionado. ¿Qué es lo que usted quería exactamente? —contestó Pembun sin alterarse.

—Le pregunté —dijo Spangler—, que me dijera, según su opinión, qué causas habían provocado el fracaso de los Departamentos de Seguridad y Guerra en el caso rithiano —cuando Pembun empezó a hablar, le cortó en seco—: Grabe sus observaciones en una cinta y envíemelas a mi despacho a primera hora de la mañana —su voz sonaba innaturalmente alta para sus propios oídos; pensó con sorpresa que había estado gritando.

Pembun sacudió la cabeza tristemente, con aire reprobador.

—Estaré encantado... si efectúa su petición por escrito, comisionado.

Spangler crispó las mandíbulas.

—La tendrá mañana —dijo. Se volvió, abrió la puerta y se alejó dando zancadas por el desierto corredor. No se detuvo para pedir un *scooter* hasta haber doblado la esquina y la puerta de Pembun quedaba ya fuera de la vista.

VIII

Encontró a Joanna en la habitación de la torre, apoyada contra una parte del diván que se había elevado para formar respaldo. La estancia estaba llena, henchida hasta la sofocación por una voz masculina que gritaba sílabas incomprensibles contra el fondo de una estridente orquesta. El cerebro de Spangler luchó fútilmente con las palabras durante un instante, luego las rechazó con disgusto: el disco era una de las grabaciones de época de la colección de Joanna, cantada en una de las lenguas muertas. Alemán; lleno de vocales largas y consonantes ásperas.

Ella agitó la mano por encima de la caja de control y el volumen disminuyó hasta un nivel soportable. Se puso en pie y le salió al encuentro.

—Me pareciste trastornado cuando me llamaste —dijo besándole—. Siéntate aquí. Pon los pies en alto. ¿Has comido?

—No —contestó Spangler—. No pude. Estoy demasiado cansado para comer.

—Te prepararé algo. Si no quieres no te lo comas.

—Estupendo —dijo él con un esfuerzo.

La joven marcó en el dial de un antiguo selector de alimentos sito al lado del diván, luego fue a sentarse al lado de Spangler.

La voz seguía gritando, pero como si viniera de gran distancia. Se alzó *en crescendo*, luego hubo un tronar moribundo de la orquesta, un momento de pausa y después comenzó otra canción.

—¿Por qué no te la haces traducir? —preguntó irritado.

—No sé; las prefiero tal como son. ¿Quieres que lo apague?

—Esa no es la cuestión —dijo Spangler con impaciencia controlada—. Te gustan así... ¿por qué? ¿Porque resultan incomprensibles? ¿Es una razón lógica?

La luz del selector de comidas brilló. Joanna abrió el colector, sacó un tubo de caldo y un bocadillo de filete y lo colocó todo en la mesita de al lado de Spangler.

—¿De qué estás realmente enfadado, Thorne? —preguntó tranquila.

—Te lo diré —contestó Spangler incorporándose derecho. Las palabras le salieron más allá de todo control—. ¿Crees que no es evidente para mí y para cada uno que te conoce lo que estás haciendo con esa mórbida obsesión? ¿Te parece que es agradable para mí sentarme aquí y verte rumiando en el pasado, como un perro hurgando la carroña, porque tienes miedo de algo que no ha estado seguramente enterrado durante cuatrocientos años?

Los ojos de ella se desmesuraron de sorpresa y Spangler sintió una onda expansiva de pura oscura alegría. Se dio cuenta de que esto es lo que había venido a hacer, aunque antes no lo supiese. Eso era lo que debió haber hecho hace mucho tiempo.

Ella enrojeció furiosamente desde la frente al pecho, luego se volvió de un marfil

pálido.

—Basta —dijo con voz densa.

—No quiero parar —contestó Spangler, mordiendo las palabras—. Mírate a ti misma. Estás medio-viva, eres medio mujer. Te dejas vivir sólo lo bastante para hacer tu trabajo y responder cuando te hablan y corresponder a tu amante: El resto está muerto y cubierto de polvo. Puedo gustarlo cuando te beso. ¿Cómo te crees que siento yo, queriéndote, sabiéndote fuera de mi alcance... no porque...?

Ella se levantó y se dirigió hacia la puerta. Spangler la alcanzó de una zancada, la hizo volver al diván y la mantuvo allí con todo su peso gravitando sobre su cuerpo femenino.

—¿... no porque pertenezcas a otra persona, o llegues a pertenecer, sino porque eres demasiado tímida, demasiado egoísta, estás demasiado envuelta en ti misma incluso para pertenecer a alguien?

Ella forcejeó inútilmente. Sus ojos estaban desenfocados y nublados de lágrimas; temblaba toda.

Spangler la abrió la bata y se la arrancó del cuerpo.

—¡Adelante, mírate a ti misma! Eres una mujer, un ser humano vivo, no una momia. ¿Es eso tan odioso? ¿Encuentras algún placer matándote a ti misma y a cuanto tocas? —La sacudió—. ¡Contéstame!

—No puedo —jadeó ella.

—¿Por qué no puedes? Sientes, hablas, haces lo que un ser humano puede hacer, pero no quieres. No abandonarías esa cómoda e íntima Conchita tuya ni para salvar la vida. No la dejarías ni para salvar el Imperio... ni para salvarte tú.

—Suéltame.

—No estás enferma, no estás asustada, eres sólo una egoísta... Fría y egoísta. ¡Todo para Joanna y que el resto del universo se vaya al infierno!

—Suéltame.

Había dejado de temblar; aún jadeaba pero sus pálidos labios estaban firmes. Alzó los párpados y le miró con descaro, sin parpadear.

Spangler la abofeteó en la cara con la mano derecha. Ella inclinó la cabeza. Le miró incrédula y abrió la boca.

Spangler tornó a pegarle. Al tercer golpe afloraron las lágrimas. Su rostro se arrugó de repente y una serie de entrecortados sonidos animales escaparon de su pecho. Al cuarto ella trató de apartar la cabeza. Tenía el cuerpo desmadejado, los ojos cerrados y la faz inexpresiva. Los sollozos eran tan mecánicos y sin significado como un ataque de hipo.

Spangler se apartó de ella, se puso en pie y se dirigió al reclinador. Se sentía como purgado y vacío, inquieto y ligero.

—Puedes levantarte —dijo sin tono alguno—. No te volveré a pegar.

Al cabo de un momento ella se sentó, la espalda curvada, la cabeza colgando. Cuando se puso en pie y se encaminó hacia la puerta del cuarto de baño, Spangler la

siguió y se colocó ante ella, cogiéndola por el brazo.

—Escúchame —dijo—. Vas a casarte conmigo y vamos a ser felices. ¿Comprendes esto?

La joven le miró sin interés.

—Estúpido —murmuró.

Se quedó plantada y tranquila hasta que él la soltó y entonces, sin prisas, cruzó la puerta. Cerró tras de sí y Spangler oyó el chasquido del pestillo.

Spangler entró en su despacho, como solía hacer, media hora antes de la normal de apertura. Había estado largo rato sentado después de dejar la torre de Joanna la noche antes y después durmió mal. Esta mañana tenía tal dolor de cabeza que los estimulantes no lograron suprimirlo del todo; pero su cerebro estaba frío y claro. Sabía precisamente lo que quería hacer.

La torpeza de la noche pasada no era irreparable. Era casi todo menos desastrosa; fue una locura criminal; le había hecho retroceder seis meses cuanto menos; pero no le había derrotado.

Su primer movimiento sería enviarla un regalo; algo que ella apreciara demasiado para rechazarlo... viejas pinturas, o libros, o discos. Probabilísimamente sería algo de entre las cosas embargadas por el Departamento en los casos de traición; si no, lo adquiriría a algún coleccionista particular. Ya había redactado la nota que acompañaría al regalo: era humilde sin servilismo, pesadosa sin esperanza. Implicaba que no la volvería a ver; y no lo haría... por lo menos en todo un mes.

Las últimas tres semanas de ese tiempo las tenía preparadas Spangler con gran estrategia... sembrando rumores, seguro de que llegarían a Joanna; que estaba con exceso de trabajo; que no sonreía nunca; que se encontraba enfermo pero que se negaba a recibir tratamiento. Esa clase de cosas, detalles que más tarde cobrarían precisión.

La primera semana se dedicó a un propósito del todo distinto. Su ruinoso explosión de la noche antes por lo menos tuvo un efecto saludable; había enseñado a Spangler que no podía luchar en dos frentes a la vez. Empezando hoy, sus energías totales tendrían un solo objetivo: aplastar a Pembun.

Después, se dedicaría a Joanna.

Podía hacerse; se haría. Había subestimado al hombre, pero eso pasó. De ahora en adelante, las cosas serían distintas.

Sobre su escritorio había un carrete de informes sumarizados dirigidos a él por Keith-Ingram.

Parecía ser que las actividades de los rithianos habían sido ya parcialmente reconstruidas: ocho, viajando juntos, llegaron a la Tierra como pasajeros a bordo de un carguero de segunda categoría, que amarró en Estambul durante la tarde del 10 de febrero. Se supo que tomaron en Estambul el expreso estratosférico de París, pero no

había más rastro de sus movimientos hasta que el día 18 aparecieron en Los Angeles, con una excepción: el octavo rithiano embarcó en un transatlántico espacial que partió hacia el sistema de Capri el 12, sólo dos días después de que el grupo llegara. Desembarcó en Lumi, donde se perdió su pista. Sin duda, pensó Spangler, había cambiado allí de disfraz y continuó viaje por una ruta colateral. Ahora estaría de vuelta en el sistema rithiano.

Su regreso antes que los demás era turbador. Con toda evidencia el grupo no había terminado su tarea colectiva, o los demás se habrían marchado también; o tuvo una misión distinta, que completó antes que sus compañeros, o algún insólito retazo de información se les apareció de importancia tal que los rithianos creyeron tenían motivos para enviar un mensajero a su sistema para que la comunicase inmediatamente.

Miró rápido la hoja de entrevistas que *miss* Timoney le preparara la tarde anterior, luego la dejó a un lado y pasó el resto de la media hora dictando notas para Pembun, Keith-Ingram y el Dr. Baustian.

La nota a Pembun repetía la pregunta de ayer, palabra por palabra.

El informe de Keith-Ingram contaba el estado del coronel Cassina y daba el análisis de Pembun de la situación, sin comentarios.

A Baustian le requería para que le proporcionara, lo antes posible, un procedimiento de confianza para identificar a los rithianos disfrazados de seres humanos.

La respuesta de Pembun apareció en su receptáculo de entradas casi inmediatamente; el hombre debió prepararla la noche anterior, reteniéndola hasta recibir la solicitud oficial de Spangler.

Colocó con rabia el carrete dentro de la ranura de la pantalla y se puso a examinar el contenido. Era un idioma Standard razonablemente bueno; tanto, de hecho, que Spangler concibió al instante la sospecha de que Pembun podía hablar Standard aceptablemente bien, es decir, si se lo proponía.

El documento decía en parte:

«Según mi criterio, la debilidad más grave del personal ejecutivo del Imperio es una confianza excesiva en los métodos y reglamentos prescritos y en un énfasis inadecuado en la iniciativa personal y en el pensamiento original. Me doy cuenta de que esto va acorde con la política en general, que sería difícil sino imposible de alterar completamente dentro del andamiaje del Imperio, pero siento que debiera prestarse atención a este problema en los altos niveles políticos y realizarse esfuerzos para alterar las condiciones existentes dentro de lo posible.

»No es de mi competencia sugerir un modo de proceder, especialmente, puesto que el problema parece ser en parte de naturaleza filosófica. La tendencia del personal ejecutivo del Imperio a interpretar los reglamentos y directivas en una manera rígida y literal, está, en mi opinión, claramente relacionada con la tendencia

creciente hacia la estandarización en el arte del Mundo Patria, en las costumbres, maneras y lenguaje. En la categoría final citaría la caída en desuso de todo idioma terrestre excepto el Standard y en el Standard la eliminación gradual de homónimos y sinónimos, también como la creciente tendencia a restringir las palabras hasta un sólo significado, tan especialmente significativo...».

Spangler sacó el carrete y lo arrojó dentro de su caja de «asuntos por resolver». Un momento más tarde fue la hora de su primera entrevista.

Había dejado recado a Gordon de que le trasladase cualquier mensaje de Baustian tan pronto llegara. Cuarenta y cinco minutos después de haber comenzado la conferencia, un carrete llegó a la caja de entrada sita ante Spangler.

El coronel Medoc, sustituto de Cassina, había estado dando un largo y entusiasta relato de ciertas dificultades encontradas por la Flota en mantener el cordón supraterrrestre y los medios por los que se solucionaban dichos problemas. Medoc era el más viejo de los que se reunían en torno a la mesa y un ejemplo típico de los que resistían procedentes de la anterior generación, superviviente del personal militar y gubernamental tras la reducción de plantillas producida luego de la casi desastrosa guerra Cartagellana. Su persona hacía pensar a uno inmediatamente que *no tenía clase*: modales algo exuberantes, gestos amplios en exceso, habla imprecisa y cargada de anacronismos.

Spangler aguardó paciente hasta que hizo una pausa para encogerse de hombros y cambiar de postura, y entonces le interrumpió sin vacilar.

—Muchas gracias, coronel. Ahora, antes de proseguir, ¿me perdonaría un momento, por favor?

Colocó el carrete en su sitio y encendió la pantalla lectora. La nota decía:

Baustian, G.B. BuAlPhyl

2/23/2521

Spangler, T., Dept. Segur.

BAP CD18053990 MS MU

Ref. DS CD50347251

1. Procedimiento recomendado para identificar miembros de la raza rithiana disfrazados de humanos, es el siguiente:
2. Hágase una incisión perpendicular de 1'7 cm. utilizando un instrumento empapado de pasta de la composición adjunta (Anexo A), en mitad del muslo o en la zona del hombro del sujeto. El reactivo, en combinación con los fluidos del cuerpo rithiano, producirá un precipitado de color púrpura brillante. Ninguna reacción se producirá en contacto con la carne humana.
3. Por conveniencias de uso se recomienda que la incisión se haga empleando una

hoja estándar de filo ampliado por campo de fuerza y con empuñadura normal, según los diseños adjuntos. (Anexo B).

4. Si se desea el recubrimiento de la hoja puede contener también un soporífero efectivo en la química del cuerpo rithiano (Anexo C).
5. Fin.

Adj. BAP CD18033990A
BAP CD18053S90B
BAP CD18053990C

Spangler sonrió y aclaró la pantalla.

—¿Es satisfactoria la información, comisionado? —preguntó con brillantez el coronel Medoc.

—Satisfactoria del todo —rápidamente, como para no dar a Medoc oportunidad de volver a meterse en su asunto, Spangler se volvió a Pemberton, ayudante del mayor—. ¿Señor Pemberton?

El joven empezó quisquillosamente:

—No queremos parecer impacientes, comisionado, pero usted sabe que nuestro despacho padece de considerables presiones. Ahora usted nos da a entender que el rithiano ha sido ya capturado y matado, y lo que nosotros deseamos saber es cuánto tiempo más...

Spangler le escuchó tan pacientemente, bajo todas las apariencias externas, como si no hubiera oído la misma queja a diario desde que comenzó el embargo. Se deshizo de Pemberton lisa y llanamente y siguió adelante con la conferencia.

De regreso a su despacho, Spangler acabó de leer la nota de Baustian y dictó un endoso de los párrafos uno y tres. El párrafo cuatro era una buena noción, pero cualquiera con un jinete así tardaría el doble en introducirse por los canales.

Spangler rebobinó el carrete y ajustó la máquina para que hiciese tres copias, una de ellas la dirigió a Keith-Ingram, otra a Baustian y la tercera al hombre encargado de los fabricantes asignados a Seguridad, con una prioridad de AAA. Luego sacó el mensaje de Pembun y lo leyó con cuidado:

«Con referencia al presunto éxito de la pseudohipnosis rithiana contra agentes del Imperio, yo volvería a sugerir que el defecto básico puede estar profundamente enraizado en el complejo social de la Tierra y en la rígida organización de la administración del Imperio. En la mayoría de los mundos exteriores conocidos por el escritor, son minoría los buenos sujetos hipnóticos, pero mi impresión es que éste no es el caso de la Tierra, por lo menos entre el personal del Imperio. Podría decirse que un hombre que ha absorbido con éxito todas las actitudes condicionadas y las

asunciones que se le requieren para una posición responsable en el Imperio, ya está medio hipnotizado; o, dicho de otra manera, que las mentes no sugestionables tienden a ser expulsadas por los sistemas de selección y ascenso en uso. Por ejemplo, el destinatario, comisionado T. Spangler, es en opinión del escritor sugestionable en extremo...».

Spangler sonrió furioso y rebobinó el carrete.

¡Qué típico del hombre era aquel informe!... una sólida masa gelatinosa de perversidad rodeando un diminuto tronco de agudeza. En el lugar de Pembun, Spangler simplemente habría alegado incapacidad para responder a la cuestión. Puesto que Pembun no estaba empleado por ningún departamento concerniente, la respuesta habría sido plausible y correcta; nada más se habría podido sacar de ello.

Eso se le debió ocurrir a Pembun y sin embargo prosiguió estólidamente en su camino de responder por entero a la pregunta y, Spangler estaba dispuesto a creer, honradamente. Era un documento dañador; algunas frases, particularmente *dentro del andamiaje del Imperio*, podían interpretarse traicioneramente. Pero lo había escrito y luego añadió aquel comentario sobre Spangler.

El comentario era sólo lo bastante perjudicial para que Spangler trastornara las tenues admisiones perjudiciales que Pembun hizo de sí mismo. Por tanto, Pembun no había corrido actualmente riesgo alguno. ¿Pero por qué se molestó en dictar un cuarto de carrete cuidadosamente parafraseado que quedaría enterrado en los archivos, cuando un memorándum en dos líneas habría hecho el mismo servicio? ¿Sólo por *hacer algo*?

Spangler creía que no. Había una curiosa coherencia en las singularidades de Pembun: todas se relacionaban de alguna manera. Parpadeando se obligó a repasar la recolección de la noche anterior. De nuevo allí, desde el punto de vista normal, Pembun se había dado a sí mismo una dificultad innecesaria. Confrontado con la pregunta inconveniente de Spangler:

—¿*Qué hay de malo en el Imperio?*

E incluso con la más embarazosa:

—¿*Nos desprecia?*

Cualquier persona corriente habría mentido.

De cualquier manera. Pembun, por su propia afirmación, bahía encontrado placer en decir la verdad. ¿Cuál fue la observación aquella...?... *un mal gusto*... No importaba. Lo que salía de todo aquello, pensó Spangler era la imagen de un hombre que era honrado compulsiva, casi patológicamente. Sí, eso lo expresaba. Su franqueza no era siquiera de carácter ético-religioso: era simbólica, era un *gesto*.

Spangler se sintió ruborizarse y apretó los labios. La pregunta persistía: ¿Qué quería el hombre?

Aún no había contestado; pero tenía el presentimiento de que se estaba acercando más y más.

IX

A las once llegó un informe de la dirección del departamento psiquiátrico de la clínica: la información que quería Seguridad del coronel Cassina era aún inasequible y en opinión de la Psicosección no se le podía extraer a la fuerza sin una gran probabilidad de destruir la personalidad del sujeto. ¿Acaso Spangler tenía la necesaria prioridad como para colocar al coronel Cassina en la lista de los suprimibles?

A las once y diez se recibió una llamada de Keith-Ingram.

—En este asunto Cassina, ¿qué progresos ya usted haciendo, Thorne?

Spangler se lo dijo.

Keith-Ingram se frotó pensativo su cuadrada barbilla.

—Eso es infortunado —dijo—. Si quiere usted mi punto de vista, el Imperio puede prescindir del coronel Cassina, de acuerdo, pero tendré que pedir permiso a la Alta Asamblea y la Marina, naturalmente, se opondrá. Desearía mejor que hubiese otro camino. ¿Ha consultado a Pembun acerca de eso?

—Cuando usted llamó el informe me acababa de llegar.

—Bueno, aclaremos esto ahora, si podemos. Establezca con él una comunicación trilateral, ¿quiere?

Con el rostro pétreo Spangler efectuó las necesarias conexiones. La imagen de Keith-Ingram temblequeó y se hizo a un lado para ocupar una mitad de la pantalla. En la otra mitad apareció Pembun.

—Vamos, *Mr. Pembun* —dijo Keith-Ingram—, usted nos ha ayudado hasta ahora a salir de este potaje. ¿Tiene algunas sugerencias que nos puedan ser útiles en la fase actual?

La expresión de Pembun era suavemente atenta.

—Pienso que sería una decisión dura de tomar —dijo—. Déjeme pensar un minuto.

Fuera del campo de la pantalla, los dedos de Spangler se movían espasmódicos por encima de los botones de control del borde del escritorio.

Finalmente, Pembun alzó la vista.

—Tengo una noción —dijo—. Es una especie de largo riesgo, pero si resulta les conseguirá la información que desean sin perjudicar al coronel. Pensaba yo que cuando el rithi sembró la información aquella, debió dar al sujeto alguna clase de disparador a estímulo para *abrir* el mensaje. Ahora, si el disparador es verbal, no tenemos posibilidad de acertarlo por mera casualidad. Pero se me acaba de ocurrir que el gatillo puede ser una situación en vez de una frase o una oración. Quiero decir, podría ser una combinación de diferentes clases de estímulos... digamos, un cierto olor, más un cierto color de luz, más cierta temperatura, etc.

—Eso no parece mucho más esperanzador, *Mr. Pembun* —intervino Spangler.

—Aguarde —dijo Keith-Ingram—, creo que comprendo dónde quiere ir a parar. ¿Se refiere usted, *Mr. Pembun*, a que los rithianos pueden haber usado como estímulos complejos las condiciones normales de su mundo natal?

—Eso mismo —contestó Pembun con una sonrisa—. Claro que no podemos estar seguros de que lo hicieran, pero me parece que hay una gran posibilidad. De todas maneras, no es tan difícil como parece, porque esas condiciones les serían asequibles a los rithi en cualquier planeta donde vive cierto número de ellos. Uno entra en una casa rithi y se cree estar en Sirach. Ya se sabe que suelen vivir en esas ciudades cuyas llenas de emparrados. Odian verse acorralados. Así que cuando han de vivir en casas colocan parras delante de pantallas ilusorias, usan luz y aromas artificiales y de esa manera se engañan a sí mismos.

—Entiendo —dijo Keith-Ingram—. Eso suena a muy bueno, *Mr. Pembun*; la única cuestión que se me ocurre es: ¿podremos duplicar esas condiciones con bastante seguridad?

—Me parece que sí —respondió Pembun—. No sería muy difícil.

—Bueno, de cualquier forma, lo pondremos a prueba. ¿Qué opina usted, Thorne? ¿Está de acuerdo?

Spangler podía decir por el casi imperceptible arco de la ceja derecha de Keith-Ingram y por la expresión dura de su boca, que su superior sabía que él, Spangler, no estaba de acuerdo y que disfrutaba sabiéndolo.

—Sí, bajo todos los conceptos —respondió Spangler educadamente.

—Entonces resuelto. Les dejaré a usted y a Thorne ultimar los detalles. Corto —su imagen desapareció, dejando en blanco media pantalla.

—Este es su proyecto, *Mr. Pembun* —dijo Spangler con frialdad—, y le dejo encargado de él por entero. Pida cualquier espacio, materiales y trabajo que necesite y haga que los jefes de las distintas secciones me llamen para la confirmación. Quiero informes dos veces al día. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna pregunta, comisionado.

—Corto.

Spangler cortó la comunicación, luego volvió a marcar el número de Keith-Ingram. Obtuvo la respuesta de *ocupado*, como se esperaba, pero dejó abierto el circuito. Veinte minutos más tarde apareció en la pantalla el rostro de Keith-Ingram.

—¿Diga, Spangler? ¿Qué es ahora? Estoy muy atareado.

—Hay dos asuntos que quisiera discutir con usted, jefe —contestó Spangler impasible—, y creí mejor no exponerlos mientras estaba Pembun en el circuito.

—¿Son urgentes?

—Del todo.

—Está bien, pues, ¿cuáles son?

—Primero —dijo Spangler—, le he enviado una nota con el nuevo método de Baustian para detectar cualquier posible futuro rithiano disfrazado. Quisiera pedirla permiso para utilizarlo aquí en la Colina, en avance a la aprobación final, bajo la base

de prueba provisional.

—¿Por qué?

—Sólo una precaución. Encontramos aquí a un rithiano; quiero estar perfectamente seguro de que no hay más.

Keith-Ingram asintió.

—No hay nada malo en cerciorarse. Está bien, Thorne, adelante si gusta. ¿Qué otra cosa más?

Spangler contestó:

—Sólo una. Me preguntaba si no sería una buena idea abrir la cuestión acerca de la posibilidad de prescindir de Cassina de todas maneras, a más del plan de Pembun. Si resulta un fracaso, habrá menos retraso en seguir adelante con el procedimiento ortodoxo —extendió la palabra *ortodoxo* con delicadeza, pero se dio cuenta de que Keith-Ingram se había fijado en el vocablo.

El viejo le miró en silencio durante un momento.

—Como cuestión de hecho —dijo—, sucede que ya pensé en ello. Sin embargo, puedo decir también que tengo plena confianza en Pembun. Si todo nuestro personal fuera tan eficiente como lo es él, Thorne, las cosas irían mucho mejor en mi departamento.

Spangler no dijo nada.

—¿Eso es todo? Bien. Corto.

Recordando aquella conversación antes de acostarse por la noche, Spangler pensó: «Ya veremos cuánta confianza tienes en Pembun mañana a estas horas».

Todo estaba dispuesto para las diez.

No hay enigma, pensó Spangler satisfecho, sin solución. No importa lo enredada, desesperada y contradictoria que pueda aparecer una situación en su superficie, o a poca distancia de ella, si uno sigue adelante incansable eventualmente llegará al núcleo, al lugar tranquilo donde yacen expuestos los elementos del problema en su simplicidad básica.

Y ésta era la revelación que se había dignado a mostrarse a Spangler:

La lucha real estaba entablada entre el salvajismo y la civilización, entre la magia y la ciencia, entre el doble significado y el simple significado.

Pembun estaba en el bando de la ambigüedad y de la ilegalidad. Por tanto, era un enemigo.

Lo que había cegado a Spangler, cegado a todos, era el hecho evidente por sí mismo de que Pembun era humano. La lealtad a una nación o idea es condicionada; pero la lealtad a la raza es innata. Como dice el viejo refrán: *de casta le viene al galgo*.

La humanidad de Pembun era autoevidente; ¿pero era verdad? ¿Era humano?

Wei había sido también un ser humano... hasta el momento de ser desenmascarado como monstruo.

Pembun pertenecía a un mundo tan abandonado y desastrado que permitía a los

rithianos ir y venir a su antojo. ¿No era más posible, no era casi una certeza táctica, que dada la oportunidad y la utilísima relación con el Imperio de Pembun, lo hubiesen hecho agente suyo?

¿O, al menos, reemplazado por uno de los suyos?

La idea era ciertamente fantástica. La imagen de Pembun representando el papel de mata-rithianos traicionando deliberadamente a sus propios compañeros con el fin de consolidar su posición, parecía salida da alguna de aquellas noveluchas del siglo xx... aquellas en que el detective resultaba ser el asesino, el jefe de la Policía Secreta era también jefe del hampa y, con mucha frecuencia, el héroe subordinado era una hermosa chica disfrazada de hombre por la inteligente estratagema de cortarse el pelo.

Pues de esa clase de mundo precisamente venía Pembun, bien fuese humano o rithiano; aquella era la inmutable esencia de la antigua Sinrazón, vencida ahora en la Tierra, pero no expulsada del Cosmos. Ese era el enemigo.

—La una menos diez —dijo su reloj de pulsera. Al cabo de pocos minutos una parte de la cuestión tendría respuesta.

Miró a los cuatro hombres con monos de trabajo que estaban plantados junto a una sección abierta de la pared. Uno de ellos empuñaba lo que parecía ser un cortador de cables; los otros tenían objetos semejantes a instrumentos comprobadores y recambios. El «cortador»... por debajo de su cáscara de camuflaje, era un proyector de campo inmovilizador; el resto eran armas de energía.

Los hombres estaban callados, sin hablar, hasta que una señal luminosa destello en el escritorio de Spangler. El comisionado asintió y los hombres se agazaparon más cerca de la desmantelada pared, empezando una conversación, en voz baja. Un momento más tarde Pembun apareció en el hueco de la puerta.

Spangler alzó la vista de su pantalla lectora, frunciendo el ceño.

—Oh, sí... Pembun —dijo—. Siéntese un momento, ¿quiere?

Señaló a una de las sillas de la pared lejana. Pembun se sentó, las manos cruzadas desmadejadamente, mirando distraído a los trabajadores.

Spangler abrió con el pulgar la parte delantera de su escritorio y oprimió un botón; una aguja métrica saltó y permaneció inmóvil. La habitación quedaba ahora dividida en dos partes por una pantalla plana que se alzaba inmediatamente delante del escritorio. Spangler cerró el circuito microfónico que transportaría su voz en torno a la barrera.

El intercomunicador brilló; Spangler le puso la mano encima.

—¿Sí?

—Comisionado, ¿se encuentra *Mr.* Pembun en su despacho? —dijo el hombre tal y como se le había instruido para que hiciera.

—Sí, lo está. ¿Por qué?

—Una comprobación rutinaria, señor. Usted nos dijo que la efectuáramos con todo el mundo que llevase al menos seis meses en la Colina y *Mr.* Pembun viene en

nuestra lista. Si usted ahora no está demasiado ocupado...

—Pues claro que estaría en la lista —dijo Spangler—. Eso no se me había ocurrido. Está bien, vengan —se volvió a Pembun—. No le importa, ¿verdad?

—¿Qué es? —preguntó Pembun.

—Tenemos una nueva prueba antirithianos —explicó tranquilo Spangler—. Nos estamos asegurando absolutamente de que no hay más Weis en la Colina. En su caso, claro, se trata de una simple formalidad.

La expresión de Pembun era difícil de descifrar, pero a Spangler le pareció haber visto un rastro de intranquilidad. Vigiló con atención, mientras un joven con chaquetilla blanca llevando un equipo médico entró por la puerta de la derecha de Pembun.

Los trabajadores se separaron de pronto y dos de ellos se dirigieron hacia la puerta. Cuando habían dado unos pocos pasos, uno se volvió al par restante.

—¿Estáis seguros que con dos ÜBX bastará?

—Eso es cosa tuya, pero... —Los hombres siguieron hablando, mientras que el médico se acercó a Pembun y abrió el botiquín.

—¿Mr. Pembun? —preguntó.

—Sí.

—¿Quiere usted ponerse en pie y subirse la manga derecha, por favor?

Pembun hizo lo que se le pedía. El brazo derecho era informe por la grasa y el músculo acumulador, como el de un luchador. El médico colocó contra la parte carnosa del hombro un extremo de un cilindro cromado y apretó el gatillo. Pembun se sobresaltó con violencia y se agarró la parte lastimada. Cuando volvió a apartar la mano, en la palma se veía una diminuta mancha de sangre.

El médico extrajo la estrecha hoja del cilindro y se la mostró a Spangler.

—Negativo, comisionado.

Spangler se aclaró la garganta.

—Naturalmente —dijo. El médico sacó una gasilla del botiquín y limpió la herida de Pembun, luego colocó un diminuto vendaje, cerró su equipo y se fue.

«Negativo», pensó Spangler. Malísimo; habría sido remunerador haber hallado que Pembun tenía tentáculos bajo aquella masa carnosa. De todas maneras, también fue un placer verle saltar. Abrió el escritorio y cortó el circuito del campo.

Los dos trabajadores cerca de la puerta acabaron su discusión y se fueron. Spangler dijo a los otros dos.

—¿Quieren ustedes esperar fuera unos minutos, por favor?

Cuando se hubieron ido, Pembun se adelantó y tomó el asiento de enfrente del escritorio.

—Fue una dura prueba —dijo—. ¿Cómo funciona?

Spangler se lo explicó.

—Siento que fuera desagradable —añadió—, pero creo que es más efectiva que la antigua.

—Bueno, de todas maneras, me alegro de haberla pasado —dijo Pembun, inexpresivo.

—Eso era seguro —afirmó Spangler—. Ahora... su informe, *Mr.* Pembun.

—Bueno, he tenido unas pocas dificultades. Pregunté al coronel Medoc si podía haber alguien que enviase a Santos en el sistema Shahpur, para conseguir algunas parras ciudadanas rithi de los jardines botánicos de allí. Me dio a entender que usted le negó la petición.

Pembun aceptó aquello sin comentario.

—Otra cosa ocurrió, quería copias de películas rithi del Departamento de Guerra, con la esperanza de que alguna de ellas incluyese una secuencia de un rithi que pudiese utilizar para construir la ilusión de que había un ejemplar de esos en la habitación. Se me negó también; no sé si llegó hasta su despacho o no.

—No, ésta es la primera noticia que tengo —mintió con descaro Spangler—, pero no me sorprende. Guerra es extremadamente quisquillosa sobre sus archivos... me temo que será mejor que abandone la esperanza de conseguir de ellos alguna ayuda. ¿Puede pasarse sin esas dos partidas?

Pembun asintió.

—Me imaginé que tendría que hacerlo, así que seguí adelante e hice lo mejor que pude. No le prometo que resulte, porque algunas cosas son particularmente toscas, pero todo está dispuesto.

Spangler notó que un músculo saltaba en su mejilla.

—¿Está dispuesto *ahora*? —preguntó.

—Cuando usted guste, comisionado —Pembun se levantó y se volvió hacia la puerta.

Spangler tomó una decisión instantánea. No había planeado dar un sólo paso contra Pembun hasta que hubiese preparado una oportunidad posible, pero no podía dejar que siguiese adelante el examen de Pembun sobre Cassina. Dijo bruscamente:

—¡Aguarde un momento! —Y añadió—: Si no le importa.

Mientras Pembun se detenía extendió la mano al intercomunicador.

—¿Quiere decir a esos trabajadores que entren de nuevo?

La puerta se abrió y los cuatro falsos trabajadores penetraron. Pembun les miró con una expresión de tierna sorpresa.

—¿Todavía no tienen preparados esos UBX? —preguntó.

Nadie le respondió, sólo Spangler dijo:

—Tenga la molestia de venir conmigo a las salas de interrogación, *Mr.* Pembun —ante este gesto los cuatro hombres tomaron posiciones en torno a Pembun, uno a cada lado, dos detrás.

—¡Interrogación! —respondió Pembun—. ¿Por qué, comisionado?

—No es tortura, se lo aseguro —replicó Spangler, dando la vuelta al escritorio—.

Sólo interrogación. Hay unas cuantas preguntas que quiero formularle.

—Comisionado Spangler —dijo Pembun—, ¿tengo que comprender que estoy acusado de algún delito?

—*Mr.* Pembun —respondió Spangler—, por favor, no sea infantil. Seguridad me da poder para interrogar a cualquiera, donde quiera y en cualquier momento y por los motivos que se me antojen.

Siguiendo el forcejeo inicial, Pembun se había relajado. Ahora respiraba tranquilo, sus ojos semiabiertos y desenfocados.

—¿Tiene usted ya bastantes sistemas de prueba? —preguntó Spangler, utilizando un código táctil.

—Sí, eso creo, comisionado —respondió el técnico joven del mismo modo—. Sus bases son muy extraordinarias, sin embargo. Quizá tenga alguna dificultad en interpretar cuando nos metamos en secundarios.

—Hágalo lo mejor que pueda —se inclinó, cerca de la cabeza de Pembun y preguntó en voz alta—: ¿Puede oírme aún, Pembun?

—Sí.

—Díganos su nombre completo.

—Jawj Pero Pembun.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted agente de los rithianos?

Una pausa.

—Nunca lo fui.

Spangler miró de reojo al técnico, que señaló:

—Contenido emocional cero con seis.

Spangler lo intentó de nuevo.

—¿Cuándo y dónde se encontró por última vez a un rithiano antes de venir a la Tierra?

—En abril, año dos mil quinientos catorce, en la exposición de Arte de Primavera de Spar, Manhaven.

—Describa la reunión con detalles.

Pembun lo hizo:

—Yo estaba entre la gente, mirando un gran lienzo llamado *Yeastley and the Tucker*. El rithi se acercó y se plantó a mi lado. Señaló la pintura y dijo: «Muy divertido». Miraba el cuadro a través del transformador, así que los colores tenían cierto sentido para él. Yo le contesté: «He visto *collages* rithi que me parecen más graciosos». Entonces me mostró cómo, cambiando los ajustes del transformador, uno podía hacer aparecer a *Yeastley* de forma distinta y...

Pembun siguió estólido hasta el fin del incidente; él y el rithiano, cuyo nombre jamás aprendió, intercambiaron unas cuantas observaciones más y luego se separaron.

El índice emocional de esta afirmación no se alzó por encima de cero coma nueve en una escala de cinco.

—Antes de eso, ¿dónde y cuándo fue su última reunión con un rithiano?

—En la calle de Spar, a primeros de diciembre, año dos mil quinientos trece.

—Descríbalo.

Spangler siguió adelante, haciendo retroceder más y más a Pembun a través de innumerables encuentros casuales. Al cabo de media hora la respiración de Pembun esa desigual y su frente estaba salpicada de sudor.

El técnico le dio una segunda inyección. Spangler reanudó el interrogatorio.

Finalmente:

—... Describa la última reunión antes de esa.

—No hubo ninguna.

Spangler se sentó rígido durante un largo instante, luego, con brusquedad, crispó los puños.

Miró al rostro torturado de Pembun. En aquel momento se sintió ganoso de arriesgarse a los procedimientos de fuerza que había planeado utilizar en Cassina, olvidando las consecuencias; pero no sacaría provecho alguno. En el caso de Cassina, el material estaba allí: era sólo cuestión de aplicar bastante fuerza en lugar adecuado para sacarlo. Aquí, o el material no existía, o estaba tan bien escondido que ni las técnicas más adelantadas del Imperio encontrarían rastro de él.

Pero tenía que haber algo: si no espionaje, traición pues.

—Pembun —dijo Spangler—. En una guerra entre rithianos y el Imperio, ¿a qué bando favorecería usted?

—Al Imperio.

—Pero —volvió la cara con aspereza—, entre la cultura rithiana y la del Imperio, ¿cuál prefiere?

—La rithi.

—¿Por qué?

—Porque no se han osificado.

—Explique eso.

—No están superespecializados. Siguen siendo humanos, en el buen sentido de la palabra, que es más significativo que el de la historia natural. Viven de un modo que ustedes no pueden conservar vivo al Imperio. El Imperio es como un cerebro robot con la mitad de las conexiones desoldadas. No puede adaptarse, así que se muere, pero aún es lo suficientemente grande como para ser peligroso.

Spangler dirigió una mirada de triunfo hacia el técnico.

—Yo repetiré —dijo—, ¿si aconteciera una guerra entre los rithianos y el Imperio, a qué bando favorecería?

—Al Imperio —dijo Pembun.

Spangler insistió furioso.

—¿Cómo justifica esa afirmación, después de haber reconocido que usted prefiere la cultura rithiana a la del Imperio?

—Mis preferencias personales no son importantes. Sería malo para toda la raza humana que el Imperio se desmoronara demasiado pronto. Los Mundos Exteriores son demasiado fuertes. Es demasiado esperar que se den prisa y se hagan autosuficientes, cuando no puedan apoyarse en el Imperio a través de acuerdos comerciales. Y si lo hiciesen, tendrían también que súperespecializarse; tendrían que subordinarlo todo a construir su potencial industrial y bélico. Eso sería peor que unirse de nuevo al Imperio. El Imperio tiene que mantenerse vivo ahora. Dentro de cinco o seis siglos, no importará.

Spangler se quedó mirando fijo al técnico, que le señaló:

—Contenido emocional, uno coma siete.

Uno coma siete: normal para una sincera afirmación de un convencimiento profundo. Una falsedad, dicha contra la fuerza de la verdad impulsada por la droga, hubiese por lo menos generado 3,0.

Así que se le había vuelto a escapar de las manos. La afirmación de Pembun era perniciosa; sería un punto negro en su fichero: pero no era criminal. No había nada en ella que justificase el interrogatorio: era apenas más de lo que Pembun le dio libremente en su informe.

Spangler hizo un intento más.

—Desde que le conocí en el espaciopuerto hasta ahora, ¿me ha mentido?

Una pausa.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Una.

Spangler se inclinó hacia delante, ansioso.

—¡Deme detalles!

—Le dije que la canción *El viejo Pawkee subió a una montaña* era una especie de cosa tradicional. Eso fue verdad en cierto modo, pero lo dije para engañarle.

Hay una vieja canción con el mismo nombre, que data de los primeros días de Manhaven, pero está en idioma antiguo. Lo que yo cantaba era una versión moderna. No es popular, ni tradicional, es política. El viejo Pawkee es el Imperio y la taza de café es la paz. Sube a una montaña y se cansa y lucha cien batallas y deja que sus cultivos se conviertan en selva, sólo por conseguir una taza de café... en lugar de cultivar el arbusto en su propio huerto.

Una oleada de cólera se apoderó de Spangler. Cuando pasó, se encontró plantado junto a la mesa de interrogación, las piernas extendidas y los hombros caídos. Le dolían los nudillos de la mano y había una mancha oscura de sangre fresca en el labio de Pembun.

El técnico le miraba con fijeza, pero apartó la vista cuando Spangler se volvió.

—Vuélvale en sí y suéltele —dijo Spangler, y salió dando zancadas de la habitación.

X

La pantalla llenaba una pared de la cámara, así que la imagen tridimensional ortocromática parecía estar físicamente presente más allá del muro de vitrino.

Spangler se sentaba un poco a la derecha del centro, con Gordon a su izquierda. A su diestra estaba el coronel Medoc con su ayudante; en el extremo lejano de la izquierda, un poco aparte de los demás, se encontraba Pembun.

Spangler había hablado a Pembun lo menos posible desde el interrogatorio; estar en la misma habitación ya le resultaba físicamente desagradable.

En la pantalla normal ante Spangler, el amplio rostro gris de Keith-Ingram se reflejaba. El circuito, sin embargo, no era de dos sentidos; Keith-Ingram estaba recibiendo la misma imagen en su rayo que aparecía en la gran pantalla de la pared y lo mismo varios jefes de otros departamentos y cuanto menos un miembro de la Alta Asamblea.

La habitación representada no parecía un cuarto en absoluto: semejaba casi exactamente la ciudad-jardín rithiana que Spangler había visto en la película. Allí estaba la luz azulada, las parras de amplias hojas verdes y las flores aserpentinadas, con la vaga sensación de espacio más allá; y allí, sujetado por el zarcillo de una parra, se veía un rithiano.

La reconstrucción era extraordinariamente buena, admitió Spangler; si no hubiese visto el modelo de cerca, habría creído que la cosa estaba viva.

Pero había algo sutilmente fuera de lugar; alguna cualidad de la luz, o de la configuración de los zarcillos de la viña, o quizás de la actitud sin vida del simulacro rithiano. La habitación en total era como un diorama de museo, convincente sólo después de que voluntariamente has dado el primer paso hacia la creencia.

Pero servía para el objetivo propuesto.

Medoc charlaba sin ruido con su ayudante: su modo de amenizar la tensión quedaba evidente. El ayudante asentía y tosía nervioso. Gordon cambiaba de postura en el asiento fuertemente acolchado y se inmovilizó culpable cuando Spangler le miró de reojo.

Los labios de Keith-Ingram se movieron insonoros; estaba hablando a uno de los altos ejecutivos por otro circuito. Luego intervino el sonido y se le oyó decir:

—Todo preparado en este extremo, Spangler, adelante.

—De acuerdo, señor —con disgusto, Spangler volvió la cabeza hacia Pembun—. ¿Mr. Pembun?

Pembun habló en voz baja por su intercomunicador. Un momento más tarde, las parras de la izquierda de la habitación se separaron y Cassina apareció a la vista.

Su rostro estaba pálido y parecía agudamente incómodo. Bajo las técnicas de curación forzada se había recobrado bastante, pero todavía seguía teniendo mal

aspecto. Miró a las parras entrelazadas que ocultaban el verdadero suelo, dio dos pasos hacia adelante, se volvió para enfrentarse al inmóvil rithiano y asumió una posición de *en su lugar, descanso*, las manos a la espalda. Su rostro rígido expresaba elocuentemente desaprobación e incomodidad.

Nadie en la habitación visora se movió o parecía siquiera respirar. Incluso el inquieto Medoc estaba sentado como una estatua, mirando con fijeza la pantalla.

¿Cómo se siente Cassina con una bomba dentro de su cráneo?, se preguntó irrelevantemente Spangler.

Medoc había ajustado su reloj para anunciar los segundos. Los diminutos tics se oían perfectamente.

Pasaron tres segundos y no ocurrió nada. Presumiblemente, si el mensaje enterrado en el cerebro de Cassina tenía que ser disparado por la situación, el material oculto saldría verbalmente, con fuerza compulsiva.

Cuatro segundos.

Pembun se inclinó sobre su intercomunicador y murmuró. En la habitación de la imagen, el maniquí rithiano se movió despacio; los tentáculos contraídos y relajados, alzando su peso minuciosamente; la cabeza vuelta. Una voz de tono alto, aparentemente proveniente del maniquí, dijo:

—Entra y que sea en paz.

Seis segundos.

El reloj tictaqueó una vez más; luego el maniquí volvió a hablar, con las sibilantes palabras fricativas y duras del idioma rithiano.

Nueve segundos. Diez. El maniquí habló una vez más en rithiano.

Doce segundos.

—¿Quieres tomar algún refresco? —preguntó el maniquí en Standard.

La expresión de Cassina no cambió; sus labios permanecieron cerrados.

—Es inútil seguir —dijo Pembun suspirando—. Me temo que es un fracaso.

—No hay suerte, jefe —anunció Spangler—. Pembun dice que es cuanto puede hacer.

Keith-Ingram asintió.

—Muy bien. Me pondré en contacto con usted más tarde. Corto —su pantalla quedó en blanco.

Pembun hablaba por el intercomunicador. Un momento más tarde una voz detrás de las zarzas llamó:

—Eso es todo, coronel.

Cassina se volvió y se alejó muy rígido.

—Corto —dijo la voz y la gran pantalla se desvaneció convirtiéndose en una blancura plateada.

Spangler permaneció sentado, saboreando su única victoria, mientras que los demás se levantaban y se volvían murmurantes hacia la puerta. «Viñas», pensó burlón. «Monstruos maniquís. ¡Olores!».

Cuando lo intentaron a la vez siguiente, fue distinto. Cassina estaba atado y amarrado con los arneses de interrogación. Sus ojos brillantes estaban clavados en el techo con congelado terror.

Spangler, junto a la cabecera, se daba sólo cuenta parcial de los otros hombres de la habitación y del ávido banco de las cámaras de visión. Miró a Cassina como quien señala los rodales aceitosos en la superficie del océano, sabiendo que a muchos pies por debajo, se está peleando una titánica batalla submarina.

En las profundidades sumergidas de la mente de Cassina, un forcejeo trilateral se había estado sucediendo durante más de media hora sin respiro. El campo de batalla se centraba en torno y sellaba el compartimento de la memoria de Cassina. Los tres combatientes eran la máquina de interrogación, el complejo represivo que guardaba la memoria sellada y la propia desesperada voluntad de Cassina de sobrevivir.

La dinámica de la batalla era sencilla y mortal. Primero, a través de la interrogación normal, la atención de Cassina había sido dirigida hacia el sector de memoria en cuestión. El sistema de esa avenida de pensamientos se reproducía en la máquina de interrogación —su rasgada figura se prolongaba hasta el infinito, bailoteando con estremecimientos en la pantalla del osciloscopio y se realimentaba rítmicamente en el cerebro de Cassina, para que su consciencia fuese redirigida, como una aguja hacia un imán, cada vez tratando de escapar. Esta técnica, sin la adición de drogas de verdad o sugerencia, se usaba comúnmente para recuperar material suprimido por neurosis o traumas psíquicos; el intervalo entre oleadas de corriente estaba tan cronometrado que las porciones extraviadas de memoria enterrada serían obligadas a salir por el mecanismo represivo en sí... cada retorno sucesivo de atención, por tanto, encontraría más de la materia oculta expuesta y la recapitulación completa usualmente se lograría en cuestión de segundos.

En el caso de Cassina, el complejo represivo era tan fuerte que esos fragmentos eyectados de memoria estaban siendo reabsorbidos casi tan de prisa como se emitían. La represión estaba aliada con la supervivencia, queriendo decir que los nueve décimos irrazonables y mágicos de la mente de Cassina estaban profundamente convencidos de que entregando el material escondido se iba a morir. Por tanto la batalla se luchaba en la proporción de dos contra uno: el complejo represivo, más la voluntad de sobrevivir, contra la máquina de interrogación.

La máquina tenía dos ayudantes: las drogas en el sistema orgánico de Cassina y la voz mecánica, incansable e implacable en sus oídos:

—*¡Habla!... ¡Habla!... ¡Habla!... ¡Habla!...*

Y el poder de la máquina, desigual al de la mente de Cassina, no tenía límites.

Los labios de Cassina trabajaron insonoros durante un instante; luego su expresión quedó de nuevo congelada.

El técnico movió su reóstato otro grado más.

Setenta veces por segundo, derrumbando la débil resistencia de Cassina, la

corriente real y tentadora entró en su mente por una sola polaridad. Cassina no podía escapar ahora ni recurriendo a la locura, mientras el circuito estuviese abierto; no había espacio en su mente para ningún pensamiento excepto de una clase, amplificado hasta un grito mental, que le perforaba la cabeza en cada ciclo de la corriente.

El complejo represivo y la voluntad de sobrevivir eran constantes; la conclusión artificial para recordar era una variable.

Spangler volvió a asentir; subió la potencia.

XI

El rostro cerúleo de Cassina brillaba de sudor y estaba tan desencajado que resultaba irreconocible. Bruscamente cerró los ojos y los músculos de la cara se aflojaron. El técnico dirigió una mirada de reojo a uno de los diales de su tablero de control y accionó una palanca. Dos luces indicadoras comenzaron a destellar alternativamente; el corazón de Cassina, que se había detenido, estaba siendo controlado artificialmente.

Un ayudante aplicó a Cassina una inyección. Al cabo de pocos minutos el rostro se le volvió a desencajar y sus ojos parpadearon hasta abrirse.

El silencio en la habitación era absoluto. Spangler esperaba mientras los largos minutos se sucedían, luego asintió al técnico otra vez. La potencia subió de nuevo: un grado más.

Sin aviso, los ojos de Cassina se cerraron con fuerza, sus mandíbulas se distendieron y habló: un sólo torrente de sílabas informes.

Spangler notó cómo su cuerpo se relajaba al soltar la tensión que casi le había sido dolorosa. Le temblaron los dedos. A su asentimiento, el técnico cerró su conmutador principal y el ayudante empezó a quitar los arneses de la cabeza y cuerpo de Cassina.

Pero eso fue después de que el rostro del coronel se congelara hasta parecer de hielo, como una máscara de indiferencia. Las luces de señales continuaron destellando hasta que el técnico, con un gesto, cortó la corriente estimulante del corazón; luego el tictaquear uniforme del indicador mostró que el corazón de Cassina continuaba latiendo por sí mismo. Pero su rostro parecía haber sido el de un cadáver.

Spangler miró en seguida a la pequeña pantalla de visión que mostraba el rostro atento de Keith-Ingram, luego tomó el carrete que el técnico le entregaba, lo insertó en el reproductor que tenía delante y lo pasó una y otra vez, primero a velocidad normal, luego despacio para poder captar las palabras y sílabas individualmente.

Cassina había gritado: «Olvidarás lo que estoy a punto de decirte y sólo recordarás y repetirás el mensaje cuando veas a un rithiano y huelas este olor exacto. Si alguien más intenta hacerte recordar, morirás. *Vuyown fowkip tiima yodg pirup* tienda de mascotas *vuyown gecky odowo coyowod, cpgnvib btui teñe* librería *ik pyu. Nobcyeu kivpi...*».

Había muchos más, todo en resonantes sílabas excepto que *tienda de mascotas* se repetía otra vez. Los demás se agrupaban, cuidando sólo de no obstruir la visión de Keith-Ingram, mientras Spangler, ignorando a propósito a Pembun, entregaba el carrete a Heissler, el conejil experto rithiano que a primeras horas de la mañana vino por aire desde Denver.

Heissler escuchó el carrete una vez más, tomó notas jeroglíficas, frunció el ceño y

se aclaró la garganta.

—Esto es lo que dice, *poco más o menos* —comenzó—. No quiero comprometerme afirmando que es una traducción exacta hasta que haya tenido tiempo para estudiar el texto enteramente —miró en su torno y luego consultó sus notas—. «En el mapa que os enviamos por Kreth Gana encontraréis una tienda de mascotas en una avenida norte-sur, con un restaurante a un lado y una librería al otro. La primera bomba está en esa situación. Las otras se encontrarán como sigue: desde la primera situación a través de la proyección más saliente de la línea costera adyacente...». —Heisler hizo una pausa—. Una distancia, en terminología rithiana, que es aproximadamente igual a seis mil setecientos kilómetros. Lo calcularé con exactitud dentro de un momento... Viene a ser seis mil setecientos sesenta y ocho kilómetros, trescientos veintinueve metros y unos centímetros de pico... hasta la segunda situación, que también es una tienda de mascotas. Desde este sitio, en un ángulo interior de... veamos, eso serían ochenta y siete grados, con unos ocho minutos... sí, ocho minutos, seis segundos... aquí hay otra distancia que resulta ser de... ah, nueve mil trescientos setenta y dos kilómetros, un metro... hasta la tercera situación. Desde aquí, en un ángulo exterior de noventa y tres grados, veinte minutos, dos segundos...

Spangler había alcanzado su intercomunicador, llamando a *miss* Timoney y ordenándole:

—Traiga planos callejeros de todas las más importantes ciudades de Norteamérica y que todo el personal asequible se ponga a trabajar en ellos, empezando por los de urbes de más de cinco millones. Que busquen una tienda de mascotas... eso mismo, una *tienda de mascotas*... en una avenida que corra de norte a sur y que tenga a un lado un restaurante y al otro una librería. Este proyecto ha de producirse temporalmente pero con una prioridad de triple A. Mientras, preparen un proyecto de reemplazo que cubra todas las zonas habitadas de este hemisferio, personal para que termine con adecuación la tarea en menos de cuarenta y ocho horas... y quiero tener el esquema para aprobarlo sobre la mesa de mi despacho cuando regrese a la oficina.

—«... siete mil novecientos ochenta y un kilómetros, noventa y ocho metros, hasta la quinta situación». El mensaje termina —Heissler se cruzó de brazos y se arrellanó.

Spangler miró a Keith-Ingram. El hombre gris asintió.

—¡Buen trabajo, Thorne! Conserve en movimiento su proyecto y procure otros que similares se inicien en otros distritos. Felicidades a todos. Corto —su pantalla se emblanqueció.

«... Y eso fue todo», pensó Spangler. Indudablemente había un millón de tiendas de mascotas, *pet shops*, según decía el mensaje en el propio idioma Standard, en el mundo, que tuviesen un restaurante a un lado y una librería al otro y que se hallaran

emplazadas en avenidas corriendo de norte a sur; pero no podrían haber muchos pares de ellas en una línea cuya longitud exacta fuese conocida y que pasase a través del punto saliente de una línea costera adyacente a la primera tienda. Resultaba ser una clase de problema gigantesco para cuya resolución el Imperio estaba superlativamente equipado. Dentro de dos días, las bombas habrían sido encontradas y desactivadas.

Curiosamente, no era su inevitable ascenso lo que ocupaba los pensamientos de Spangler en este instante, ni siquiera la certeza de que el más terrible peligro para el Imperio acababa de ser eludido. Pensaba en Pembun.

En más de un sentido, estimó, ésta es la victoria de la razón sobre el sentimiento, de la ciencia sobre la hechicería. *Este es el triunfo histórico del simple significado.*

Miró de reojo a Pembun, todavía sentado solo al extremo de la sala. El rostro del hombrecillo estaba gris por debajo de su morenez. Se le veía inclinado, sin mirar nada en concreto.

Spangler le vigiló, notando el vacío dentro de él mismo donde debió encontrar el triunfo. Siempre ocurría así, después de haber ganado. Mientras duraba la pelea, Spangler era un recipiente de odio; cuando había terminado, cuando sus emociones habían hecho su trabajo, se le escapaban y le dejaban en paz. A veces era difícil recordar cómo pudo considerar tan importante al enemigo vencido, cómo pudo haber ardidado con rabia impotente ante la mismísima existencia de un hombre tan pequeño, tan desaliñado, tan evidentemente inofensivo. A veces, como ahora, Spangler experimentaba el toque desconcertador de la compasión.

«Así es cómo estamos hechos», pensó. «El próximo objetivo es la cosa importante, la única cosa que realmente existe para nosotros... y luego, cuando la alcanzamos, nos preguntamos por qué era tan necesaria y a veces no sabemos qué hacer con ella. Pero siempre hay alguna otra cosa más contra la que luchar. Puede que sea infantil, pero es la cosa que nos hace grandes».

Pembun se levantó despacio y se acercó al coronel Medoc, que hablaba efervescentemente con Gordon. Spangler vio volverse a Medoc y escuchar algo que Pembun le decía; luego, sus cejas se arquearon intrigadas y sacudió la cabeza, llevándose un dedo a los chasqueados labios. Pembun volvió a hablar y Medoc sonrió con amplitud, se inclinó y susurró algo al oído de Pembun, luego soltó una carcajada.

Pembun salió de la habitación, mirando de reojo a Spangler al pasar. Su rostro seguía gris, pero en sus labios había una leve y retorcida sonrisa.

Había hecho un chiste, pensó Spangler. Se le tenía que reconocer valor.

De súbito se sintió inquieto, como lo estuvo tras la escena con Joanna. Marchó hacia la puerta, pero un tintinear repentino de su intranquilidad le hizo dudar. Al cabo de un momento se volvió y se acercó a Medoc.

—Perdone mi curiosidad, coronel —dijo—. ¿Qué fue eso que Pembun le acaba de decir?

Los ojos de Medoc relucieron.

—Fue muy chistoso. Me preguntó si sabía algo de francés y le dije que sí... lo hablaba cuando niño, ya lo sabe, mi familia vivió en una zona retrógrada muy pintoresca. Bueno, entonces me preguntó si no era cierto que en francés *pet shop* habría tenido un significado enteramente distinto que en Standard —rezongó.

—¿Y usted le contestó...? —le apremió Spangler.

Medoc hizo uno de sus gestos extravagantes.

—¡Le dije que sí! Es decir, si uno toma como francesa la primera palabra y la segunda como Standard, entonces una *pet shop* sería... —Bajó la voz hasta adoptar un tono dramático—:...una tienda donde venden ruidos... indecentes... de malísima educación.

Se carcajeó desenfrenado, sacudiendo la cabeza.

—¡Vaya idea! —exclamó.

—Gracias, coronel —Spangler sonrió avieso y se alejó. Aquel toque de intranquilidad fue meramente una ilusión, pensó; ya no era necesario preocuparse por nada de lo que dijera, pensara o hiciera Pembun.

Pembun le estaba esperando en su antedespacho. Spangler le miró sin sorpresa y cruzó la estancia para sentarse a su lado.

—¿Diga, *Mr.* Pembun? —preguntó simplemente.

—Tengo algo que contarle —dijo Pembun—. Algo que a usted no le gustará oír. Quizás sea mejor que entremos.

—Está bien —repuso Spangler, y abrió la marcha.

Se encontró caminando por un desierto corredor en algún lugar de la planta de recreo. A un lado, las puertas ante las que pasaba le invitaban a presenciar exhibiciones de estéreo tridimensional... una expedición polar a Nereo VI, una velada con Ayesha O'Shaughnessy, una pesadilla, una pantomima, un *ballet*, una batalla en el espacio. En el otro, vio de rechazo las pálidas y cristalinas conchas de cápsulas de ensueño vacías.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando. Abordó un *scooter*, recordaba, pero no sabía qué dirección había tomado, o cuánto duró el viaje, o dónde descendió. Le dolían los pies, así que debía llevar caminando mucho rato.

Miró hacia arriba. El techo del pasillo estaba estéreo-celulado y lo que se veía ahora era el cielo nocturno; una noche clara, fría, por el aspecto que tenía; un firmamento de chorro profundo, cada estrella tan brillante y definida como un cristal de hielo.

El rostro gris-pardo de Pembun le devolvía la mirada desde el cielo. Había estado contemplando aquella cara siempre desde que dejó la oficina; la había visto contra las paredes satinadas de los corredores; estaba allí cuando cerró los ojos; pero aparecía singularmente adecuada contra este fondo. Las estrellas tienen la cara de Pembun, pensó.

Un escalofrío hasta los huesos le recorrió el cuerpo. Se volvió a un lado y entró en una de las salas de ensueños y se sentó en el banco de espera.

La puerta se cerró obsequiosamente tras él.

Miró a la abierta cápsula, suavemente acolchada y sólo lo bastante grande como para contener cómodamente a un hombre; acarició su forro azul medianoche con el dedo. La curva cristalina de su parte alta era delgada como el papel y labrada como el hielo; las entradas de gas estaban rebordeadas por arandelas de un metal rosado, antisépticamente brillante.

«No», pensó. «Por lo menos, aún no. Tengo que meditar. Ahora más que nunca tengo que pensar».

Un juego de palabras, un juego de palabras, un brutal y gigantesco juego de palabras...

—Cometí un gran error —había dicho Pembun—. ¿Recuerda, comisionado, que pregunté por qué el coronel Cassina trató con tanto ahínco de llegar hasta el rithi al ver que le habíamos descubierto?

—Lo recuerdo —había respondido Spangler, turbado, intranquilo.

—Y que yo me respondí que a Cassina se le debió haber ordenado hacerlo para que le mataran... porque los rithi no querían que halláramos el mensaje de su cerebro.

—Tenía usted razón, Pembun.

—No, estaba equivocado. Debí haberlo visto. Sabemos que el control posthipnótico del rithi sobre Cassina era lo bastante fuerte como para hacerle intentar suicidarse; casi lo logró más tarde, aun cuando le teníamos bajo estrecha vigilancia y estábamos preparados para ello. Así que no habría sentido alguno para el rithi ordenarle que interviniese y se hiciera matar. Si Cassina hubiera intentado matarse a sí mismo, entonces precisamente, en el minuto en que usted entró en el despacho, no hay duda de que hubiera sido capaz de hacerlo. Usted jamás se lo habría podido impedir a tiempo.

El cerebro de Spangler se había aferrado a aquel inobjetable silogismo y dio vueltas con él y no llegó a ninguna parte.

—¿Adonde quiere usted ir a parar?

—¿No lo ve, comisionado? Lo que realmente quería el rithi fue lo que ha sucedido actualmente. Deseaba que le matásemos... porque en su cerebro, no en el de Cassina, era donde se encontraba la información real peligrosa. —Pembun hizo una pausa. Luego prosiguió—: Aman la vida. Él no podía decidirse al suicidio, pero podía prepararlo para que nosotros tuviéramos que matarle, no prenderle vivo.

—¿Está usted diciendo que el mensaje que le sacamos a Cassina es un fraude? —preguntó con voz ronca Spangler.

—No. Es posible, pero no lo creo. Pienso que el rithi dejó el mensaje genuino en la mente de Cassina, de acuerdo, por una broma... y porque sabía que aún cuando lo halláramos de nada nos serviría.

Spangler apenas reconoció su propia voz.

—No le entiendo. ¿Qué está tratando de... qué quiere significar?

—Ya le dije que no le gustaría, comisionado —no se vio rastro de triunfo en la voz de Pembun, sólo cansancio y pesar—. ¿Se fijó que en el mensaje había dos frases en Standard?

—*Pet shop*, tienda de mascotas, y *book store*, librería. ¿Y bien?

—Se pueden expresar las mismas palabras en Rochtik... *brutu ka* y *lessi ka*. Son traducciones exactas; no habría en ellas ningún peligro de confusión en absoluto.

Spangler se le había quedado mirando fijo, en silencio, durante largo rato. En su interior había sentido como si la sólida tierra le fallara bajo sus pies, toda excepto un pequeño pináculo en el que permanecía posado; como si tuviera que tener muchísimo cuidado de no efectuar ningún movimiento súbito, a menos que quisiese arriesgarse a resbalar y caer por el precipicio que le rodeaba.

—¿Sabía usted que yo le preguntaría al coronel Medoc qué es lo que le dijo usted al oído? —preguntó con brusquedad.

—Me lo imaginé —asintió despacio Pembun—. Pensé que quizás eso serviría para prepararle un poco. No es fácil de aceptar.

—¿A qué está esperando? Cuénteme el resto —logró decir Spangler.

—Está bien... *Pet* resulta ser un sonido utilizado en muchísimos idiomas humanos. En el francés terrestre ya muerto su significado es bastante poco educado. Pero en Twalaz, que se deriva del francés, significa *tesoro* y una *pet shop* sería lo que ustedes en Standard llaman *joyería*.

»Luego está el Kah-rin, que es un idioma comercial en el sistema Goren y otros. En Kah-rin *pet* significa *copete*; *book* equivale a *máquina* en Yessuese, *alfombra* en Elda, *juguete* en Balaut... *bkstor* significa *urinario público* en Perroschi. Esos son sólo unos cuantos significados que yo sé; probablemente hay centenares de los que jamás tuve noticia.

»Lo más seguro es que los rithi se pusiesen de acuerdo acerca de qué idioma o dialecto utilizarían antes de venir. Es la clase de cosa que les divertiría... Lo siento. Le dije que les gustan los juegos de palabras y las bromas, comisionado... y usted sabe que la Tierra es el único planeta humano donde el idioma no ha evolucionado en el habla durante los últimos cuatrocientos años.

Ahora comprendía por qué el rostro de Pembun estaba gris: no porque Spangler le hubiese derrotado en una competición de voluntades... sino porque el Imperio acababa de recibir su golpe de gracia.

Los rithianos habían planeado su broma muy bien; dejaron un mensaje claro para los enemigos, diciendo: «Aquí están las bombas»... pero el mensaje nunca podría ser leído.

Ahora la campaña de la Tierra contra los rithianos cesaría. No se controlaría el desarrollo de aquella expansión extra-humana; allá adonde el hombre se volviera encontraría amistosos, placenteros, bien humorados rithianos... Y si otros imperios no humanos se alzaban, ¿acaso no podrían los rithianos advertirnos con autoridad: «Dejad en paz a nuestros amigos»?

... Así que, en cierto modo, sin saber del todo cómo había sucedido, la Tierra descubriría que había pasado ya la cresta de la ola y que comenzaba a hundirse en el pozo de la historia.

Noche sobre noche, profundidad tras infinita profundidad, distancia sin perspectiva, relación sin orden: el universo sin el Imperio.

Una vela, que habían creído que ardería siempre, ahora apagada y humeante en la oscuridad.

Otro profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Spangler. A ciegas, entró en la cápsula y ésta se cerró sobre él.

Al cabo de largo rato, abrió los párpados y vio por encima dos rostros borrosos. La luz le hirió los ojos. Parpadeó hasta poderlos distinguir con claridad: uno pertenecía a Pembun y el otro era de Joanna.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí? —preguntó Pembun.

—No sé, debe haber algo averiado en la máquina. Los diales no marcan nada —la voz de Joanna, pero sonando como jamás la oyó antes—. Si el interruptor no funciona...

—Será mejor llamar a un médico.

—Sí —la cabeza de Joanna se volvió a un lado y desapareció.

—Esperen —dijo Spangler con voz gruesa. Forcejeó para sentarse.

La cara de Joanna reapareció y ambos le miraron con fijeza, como si fuese una muestra de algo que asombrosamente había llegado a la vida. Eso causó risa a Spangler.

—Seguridad —dijo—. Seguridad tiene dos significados. Yo vivía en un juego de palabras, pero no me di cuenta. ¿Qué piensan ustedes de eso?

Joanna se sofocó y se apartó. Al cabo de un momento Spangler se dio cuenta de que estaba llorando. Sacudió la cabeza violentamente para aclararla y empezó a salir de la cápsula. Pembun le puso la mano en el brazo.

—¿Puede oírme, Thorne? —preguntó con ansiedad—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Me encuentro bien —dijo Spangler, poniéndose en pie—. Joanna, ¿qué te ocurre?

—No estás...

Ella se volvió.

—Me encuentro bien. Me sentía cansado y vine aquí para descansar. Me quedé dentro, pensando, una hora o cosa así. Luego debí de dormirme.

Ella dio un paso y se apretó con fuerza contra él, su mejilla apoyada en la garganta masculina, sus brazos aferrándole con fiereza.

—Estuvo dormido seis horas —dijo Pembun—. Obtuve el nombre de *miss* Planter de su lista de emergencia y hemos estado buscándola desde entonces. Me imagino que usted no debió haber sacado conclusiones —se volvió para irse.

—Espere —volvió a decir Spangler. Se sentía débil, pero muy claro y confiado. Había pensado mucho, antes de dormirse. Tuvo tiempo de recapitular toda su vida, de dar la vuelta y mirarla desde nuevos ángulos, para ver significados que le habían quedado ocultos antes. Conocía la respuesta a Pembun ahora.

Joanna se apartó de él bruscamente y comenzó a buscar un pañuelo. Spangler sacó uno del bolsillo y se lo entregó.

—Gracias —dijo ella con voz débil y se sentó en el banco.

—Esto va también para ti, Joanna —dijo Spangler muy serio—. En parte —se volvió a Pembun.

—Estaba usted equivocado —dijo con claridad.

El rostro de Pembun adoptó lentamente una expresión resignada.

—¿Cómo?

—Usted me dijo, bajo el interrogatorio, que su única razón para trabajar por el Imperio, contra sus rivales, era que el Imperio era necesario a los Mundos Exteriores... que si se desmoronara demasiado pronto, los Mundos Exteriores o caerían con él, o se convertirían en tan osificados como el propio Imperio, lo que sería igualmente malo.

—Si usted lo dice, aceptaré su palabra, comisionado.

—Lo dijo usted. ¿Lo va a negar ahora?

—No.

—Usted se equivocaba. Usted ha dado su vida para trabajar con lo que debía haberle sido antipático, en cada momento —aspiró profundamente—. No me puedo imaginar por qué, a menos que usted razonase con la base de dos presunciones que cualquier escolar del siglo XXI hubiera desaprobado... que causas iguales producen invariablemente resultados iguales y que el fin justifica los medios.

La expresión de Pembun había cambiado del aburrimiento a la sorpresa, al sobresalto, a una incrédula sumisión. Ahora miró a Spangler como si nunca le hubiese visto antes.

—Siga —dijo suavemente.

—En lugar de quedarse en Manhaven, donde pertenecía, usted ha estado dando tumbos por el Imperio, tratando de mantener junta una estructura que necesitaba un simple empujón en el lugar adecuado para derrumbarse... Usted se equivocó tanto como yo. Ambos hemos estado desperdiciando nuestras vidas.

»¡Ahora vea lo que ha pasado! La Tierra ha terminado como potencia mayor. El Imperio está muerto en este momento, aunque no empiece a hundirse hasta dentro de otro siglo. Los Mundos Exteriores han conseguido alzarse a solas. Si iguales medidas producen iguales fines, entonces así será, le guste a usted o no... pero la historia jamás se repite a sí misma, Pembun.

—Jawj —dijo el hombrecillo.

—Jawj... incidentalmente, tuteémonos, sé que te disgustan las excusas...

—No me debes ninguna —dijo Pembun. Se sonrieron uno a otro durante un momento; luego Spangler extendió la mano y Pembun la aceptó.

—Thorne, ¿qué vas a hacer? —preguntó Joanna.

La miró.

—Dimitir mañana, conseguir un visado en cuanto pueda y embarcarme. Si puedo

encontrar un lugar que me acepte.

—Hay sitio para ti en Manhaven —dijo Pembun—. Si no lo hay, haremos uno.

Joanna miró de uno a otro y no dijo nada.

—Jawj —llamó Spangler—, esperáanos fuera unos momentos, ¿quieres?

El hombrecillo sonrió feliz, esbozó una reverencia y salió. Les llegó su voz flotando.

—Si me necesitáis, estaré con *miss O'Shaughnessy*.

Spangler se sentó junto a Joanna. Ella le miró con una expresión en la que el azoramiento y el dolor se mezclaban con algo más, difícil de definir.

—¿*Miss O'Shaughnessy*? —preguntó tentativa.

—Uno de los espectáculos tridimensionales de la otra parte del corredor. Me pregunto si tiene alguna idea de lo que va a conseguir —hizo una pausa. Había sido fácil, con Pembun; nada fue jamás tan fácil de decir. Esto resultaba más duro.

—Tengo otra cosa que contarte, Joanna —comenzó.

—Thorne, si es una excusa... un perdón...

—No lo es. Si Pembun te contó algo acerca de los últimos días, entonces quizás conozcas parte del motivo para... lo que hice.

—Sí.

—Pero eso no es nada. Puedo volverte a pegar; dudo si alguna vez te pediré perdón por ello. Lo que tengo que decirte es que decidí casarme contigo, hace tres meses... no porque seas Joanna... sino porque eres una Planter.

—Lo sabía.

Spangler la miró con fijeza.

—¿Tú qué?

—¿Y por qué crees que no lo iba a saber? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada.

Las mejillas de la joven estaban enrojecidas, sus ojos brillaban con las últimas lágrimas. La máscara helada y distante había desaparecido. Ella no semejaba, descubrió Spangler, nada que se pareciese a una estatua de la aristocracia.

Le dolía la garganta y las palabras salieron con aspereza.

—¿Quieres venir conmigo? —La preguntó.

Ella se miró las manos.

—Si yo dijese que no, ¿te irías sin mí?

—... Sí —contestó Spangler—. Tengo muchas cosas que hacer y muchas que enmendar. Treinta años. Aquí no es posible.

Los ojos de ella se reunieron de nuevo con los de él y él notó cómo los deditos le rozaban ligeramente.

—En ese caso —dijo pensativa—, tendrás que convencerme, ¿verdad? Eso puede tomar tiempo.

Spangler la agarró con fuerza los brazos.

—El viaje a Manhaven lleva cinco semanas, creo. Podríamos empezar entonces.
—Sí —contestó Joanna—, podríamos.

FIN

HIJO DE DOS MUNDOS

Edmond Hamilton

I

Los cinco jóvenes que cuidadosamente se cerraban hacia el bajo acantilado de granito pulido no tenían premonición de la tragedia inmediata.

—*¡Ni korul ao!* —dijo su jefe en suave marciano—. ¡No hagáis ruido ahora! En cualquier momento la bestia puede atacar.

Era el miembro más viejo de la pequeña expedición de caza y descubierta. Se llamaba Oul Vorn y era el típico joven marciano de los clanes del sur del desierto. Medía uno ochenta y ocho y era proporcionalmente ancho de hombros. Vestía la cazadora ordinaria y los pantalones de montar y sandalias de suave cuero negro de gato arenoso, y su cabeza carmesí se tocaba con un casco. Mientras avanzaba hacia el acantilado sus ojos oscuros relucían de excitación y su paso era precavido pero seguro.

Los cinco cazadores juveniles habían estado avanzando en semicírculo y ahora se encontraban muy cerca de la boca de una sombría cueva. Cada cual llevaba un arma como una espada, pendiendo de su cintura, y mantenía preparado un lazo de fuerte cable flexible, con la mano dispuesta para lanzarlo al instante.

El precipicio rocoso asomaba a treinta metros de altura directamente en su camino. A sus espaldas, onduladas y rojas dunas de arena se extendían hacia el norte hasta el horizonte próximo. El fulgor latonado del sol al caer la tarde apenas parecía templar el mordiente fresco del aire fino y agudo.

—La bestia saldrá dentro de un momento —dijo Oul Vorn volviendo la cabeza—. Mantened alerta vuestros cinco sentidos para nada más que salga.

El joven junto a Oul Vorn habló con un susurro impaciente.

—Puedo entrar y azuzarle. Estamos siendo demasiado precavidos.

—No, Ark Avul —contestó Oul Vorn con fuerte insistencia—. Aguardaremos hasta que salga. Es insensato correr riesgos innecesarios.

Ark Avul tenía poco parecido con sus compañeros. Vestía de manera similar, pero nadie con más discernimiento que el de un niño le habría confundido con un marciano. Evidentemente era un terrestre.

Stephen Drew —porque así se llamaba en verdad Ark Avul en la Tierra— era tan alto como los demás. Pero le faltaba su tono rojizo, su pecho sobresaliente y sus largas, rectas y huesudas piernas. El pelo negro, los ojos ansiosos de un gris claro y su cara sensitiva proclamaban su herencia terrestre.

El corazón latía con excitación ahora cuando él y los demás estaban plantados en un semicírculo en torno a la boca de la cueva. Ya antes cazaron dragones de las rocas, pero éste era el mayor y se le conocía como formidable y maligno.

—*¡Yal lur abak!* —susurró Drew con un aviso—. Le oigo venir.

Hubo un súbito escarbar. Luego, de un sólo salto el dragón de las rocas salió de la

cueva y se les enfrentó, sibilando y alzándose. La bestia, una sincera y terrible representación de las especies mayores de lagartos carnívoros de Marte, alzó su cuerpo cilíndrico forrado de cuero a una altura de casi tres metros. La cabecita se agitaba maligna de lado a lado en su cuello reptiliano y miraba fulminante a los cazadores como si buscara una víctima que aprehender y destruir con sus espolones afilados como navajas de afeitar.

—¡Ahora! —jadeó Oul Vorn—. ¡Todos juntos! ¡Y cuidaos!

Stephen Drew fue el primero en atacar. Lanzó un pensamiento al oscilante dragón de las rocas, tan potente como pudo.

Esto era lo más peligroso y emocionante de la cacería marciana. Se cazaba por hipnotismo. En la Tierra habían enormes pitones y anacondas que conquistarían a una presa por hipnotismo y esta misma facultad mortífera se había desarrollado por mutación evolucionaria hasta un grado mucho mayor en cada animal marciano. Los dragones de las rocas atrapaban a los gatos de las arenas por hipnosis y los gatos de las arenas a su vez captaban a pequeños roedores y a mochuelos lunares mediante el ataque directo hipnótico e implacable.

Al principio el erguido dragón de las rocas resistió el asalto hipnótico de los cinco cazadores con todas sus fuerzas. La bestia probablemente hubiese tenido éxito oponiéndose a uno o incluso a dos de ellos. Pero el ataque combinado era tan convergente que le fue imposible concentrarse.

Cedió, impotente.

—¡Calma! ¡Duerme! —La vibrante orden mental en la mente de Stephen Drew era implacable en su apremio.

El terrestre había desarrollado su técnica hipnótica de caza hasta ser casi tan eficiente como sus compañeros marcianos. La practicó desde la infancia, porque había nacido aquí, al sur de Marte. Al poco, la gris cabeza del dragón de las rocas comenzó a oscilar y sus ojos rojos se cerraron. El masivo y coriáceo cuerpo se instaló lentamente en la arena. El asalto hipnótico combinado había tenido éxito más rápidamente que de ordinario.

Los cinco cazadores, con los labios apretados, avanzaron hasta estar a pocos palmos de la bestia, los lazos y espadas levantados en precavida presteza.

—Duerme... duerme... —pensó inquieto Drew una y otra vez.

Entonces vino una interrupción desastrosa. En el desierto, tras ellos, se oyó distante y fraccionada en ecos, una voz aguda:

—¡Ark Avul! ¡Tu padre te necesita! ¡Avul Kan envía a por ti!

Stephen Drew, medio vuelto, momentáneamente olvidó su peligro. La interrupción gritada rompió su concentración y debilitó el ataque entrelazado hipnóticamente de todo el grupo de cazadores.

El dragón de las rocas, libertado temporalmente del vigor inicial de la agresión, recobró sus fuerzas, se desenrolló hasta su completa longitud, volviendo a alzarse y atacó. Drew se dio cuenta al instante de que los demás no podían esperar recobrar a

tiempo el pleno control efectivo.

—¡*Da rikao!* ¡Atacadle! —gritó, lanzándose hacia adelante.

Arrojó expertamente el lazo a la bestia que cargaba contra ellos. El cable prendió y se enredó en los afilados espolones del dragón. Drew se metió bajo ellos y lanzó su pesada espada a través de la piel coriácea, directamente encima del lugar en donde estaba uno de los dos corazones de la criatura.

Un chorro de sangre oscura apareció y la bestia se volvió sobre él con un rugido de rabia y de dolor físico. Entonces la criatura monstruosa se quedó petrificada, derrumbándose suavemente sobre la arena. El golpe llegó hasta su otro corazón y casi al instante le produjo una herida mortal.

—¡Estuvimos bien cerca de morir! —dijo Stephen Drew, poniéndose vacilante en pie—. ¿No estás herido, Oul?

—Me encuentro perfectamente bien —dijo Vom, hablándole con la curiosa y medida formalidad característica de su raza aún en medio de las más profundas tensiones.

—Fue culpa mía que el ataque oscilase y fracasara —dijo Drew muy serio—. Alguien me llamó y perdí el control.

—Es el criado de tu padre... Lin L'Lan —le informó uno de los marcianos—. Aquí viene.

Un *saltador* —la bestia universal de carga de los clanes sureños— avanzaba rápidamente hacia ellos. Las piernas delanteras del peludo y pardo animal eran delgadas y cortas, pero sus cuartos traseros eran verdaderamente apéndices masivos sobre los que salía disparado en saltos prodigiosos. En la silla, a su lomo, se sentaba Lin L'Lan.

La extrema edad del viejo marciano quedaba manifiesta por la red de finas arrugas que habían convertido su rostro carmesí en una máscara blanquecina. Sus ojos negros solemnes estaban tristes y casi inexpresivos cuando desmontó junto a Drew.

—Avul Kan envía a por ti —dijo rápidamente el marciano—. Ha sufrido un gran ataque.

—¿Mi padre enfermo? —exclamó Drew.

—Sí, Arg Avul —replicó muy serio el viejo sirviente—. Se derrumbó mientras estaba en los túneles inferiores de la mina. Le llevamos a casa. No podía moverse. Me ordenó que me diese prisa y te llevase a su presencia.

Sin decir palabra, Stephen Drew dio media vuelta y corrió hacia los cinco saltadores que estaban trabados a alguna distancia del acantilado. Desató el suyo y saltó a la silla.

—¡Cabalgaremos de prisa, Lin L'Lan! —gritó y tocó con los talones el costado del saltador—. ¡*Tako!*

El cuerpo peludo de debajo de él se hundió como si estuviese montado sobre muelles, luego voló a través del sol, por encima de la arena en un largo y suave salto.

Cayó al suelo como si los amortiguadores absorbieran el choque y de nuevo repitió el salto hacia adelante.

El viejo Lin L'Lan cabalgaba junto a Drew. El anciano no hizo comentario, porque hablar para los marcianos no era cosa para utilizarse sin necesidad.

El sol pequeño y brillante se hundía hacia el borde noroeste del ondulado desierto y un fresco viento soplabla firme desde levante. Drew sabía que era el primer gélido aliento de la noche, barriendo desde el lado de Marte que ya estaba en sombras.

Fantasmales torbellinos de arena bailaban y se deslizaban como genios errantes del desierto mientras los dos jinetes apresurados culminaban un ribazo y se detenían durante un instante. Ante ellos, un largo cinturón se extendía de noroeste a suroeste a través del desierto rojo. Era uno de los antiguos canales, de aspecto descorazonador a la débil luz. Polvorientos y espinosos matorrales de verde oscuro de los árboles *kian* guardaban sus lados, alzándose bruscos desde la hierba acuosa verde-intenso que cubría las empinadas riberas.

Drew y Lin L'Lan giraron hacia el noroeste y luego llegaron al canal. Los saltadores conocían el camino de regreso a casa y se movían ahora con velocidad acelerada a lo largo de la vieja canalización, cuyo lecho de piedra quebrada conducía la sucia agua ecuatorial desde los distantes casquetes polares.

—¡*Krah!* —murmuró Lin L'Lan—. Mira. Los trabajadores se han enterado de la noticia y se han reunido para darte apoyo y consuelo.

Los labios de Stephen Drew se apretaron y un frío presentimiento se abatió sobre él. Espoleó su montura casi con salvajismo.

Delante, cerca de la verde vegetación del canal, se alzaban los edificios metálicos de la Mina de Tranio de Drew. Por encima, en el desierto del más allá, las plantas de refinería y fundición ocupaban las depresiones. Pero los trabajadores marcianos habían abandonado su labor y ahora se reunían en un grupo silencioso fuera de la casa metálica adyacente a la mina.

Los hombres rojos se apartaron con simpatía cuando Stephen Drew y Lin L'Lan llegaron. Era un silencio de labios apretados. Drew descendió de su saltador y cruzó la multitud solemne hasta su casa. En el dormitorio posterior, una ventana a occidente dejaba entrar un rayo horizontal rojo de sol que vivamente iluminaba el rostro pálido y desencajado de su padre.

El corazón de Stephen Drew pareció quedarse quieto. Jesse Drew en su cama era una visión patética. Él una vez rostro sano y sanguíneo estaba ahora tan alterado por la enfermedad que parecía un desconocido para su propio hijo.

—¿*Kwis ilo, niva?* —Drew habló suavemente, inclinándose sobre la cama—. ¿Qué pasó, padre?

Los ojos grises de Drew tenían una expresión vidriosa y atormentada. Sus labios se movieron con dificultad.

—Habla... habla inglés, Stephen.

—Lo olvidé, padre —dijo Drew. Hablaba el idioma terrestre con un acento

especial, dudando con torpeza en las palabras—. Te pondrás bien. Iré a toda prisa a Sirtis y traeré un doctor capaz y experimentado.

Los ojos lacrimosos del viejo recorrieron el rostro ansioso de su hijo con cariño.

—Es inútil, Stephen —susurró—. Me muero de prisa. Es mi corazón. Simplemente llevé una vida agotadora. Es la pena por pasar veinte años en Marte.

Jesse parecía medir con orgullo la altura y esbeltez de la figura de su hijo, ágil dentro de aquel tocado de cuero negro.

—Uno nunca se acostumbra al corazón gravitacional, Stephen —murmuró—. Tú eres más marciano que terrestre. Y eso es lo que me preocupa.

—No hablemos de eso ahora, padre —dijo Stephen Drew muy serio—. He sido feliz aquí desde que puedo recordar.

—Sí... porque jamás conociste otro modo de vivir —murmuró el anciano—. Eres un terrestre que no ha estado nunca en la Tierra. Debía haberte enviado a la Tierra hace años... para que te educaran. Se lo prometí a tu madre, cuando estaba moribunda en esta mismísima habitación hace diecinueve años. Y no cumplí mi promesa. Dejé que crecieses salvaje aquí con los marcianos. Ahora hablas marciano, piensas como un marciano.

—Pero he sido feliz, padre —insistió Stephen Drew—. Y me satisface ser un marciano.

—Lo sé, hijo —suspiró el viejo—. Estos marcianos son buenas personas. La mayor parte de la gente terrestre no comprende que bajo su impresionante exterior son leales y cálidamente humanos... generosos ante un defecto. Yo siempre les respeté... y nunca les oprimí ni les engañé como otros terrestres hicieron. Les he dado una buena parte de nuestra mina de tronio. Y, sin embargo... no puedo perdonarles por completo el que hiciesen de ti uno de ellos... puesto que eso empezó desde el mismo día en que naciste en esta casa.

—Mira... —Los ojos descoloridos de Jesse Drew miraron hacia el desierto flameante por el sol—... debiste haber ido a la Tierra, Stephen. Él es tu mundo patrio, después de todo, el mundo del que vinimos tu madre y yo. Debía haberte enviado allí. Pero fui egoísta y te quise conmigo.

Stephen Drew tenía un nudo espeso en la garganta, pero su voz parecía tranquila.

—No eres egoísta, padre.

El viejo no parecía oírle.

—Ahora es demasiado tarde —murmuró—. Has crecido... un terrestre en apariencia y de estirpe, pero marciano en todo lo demás. Y cuando vayas a la Tierra, ¡serás un extraño en tu propio mundo!

—¡No quiero en absoluto ir a la Tierra! Deseo quedarme aquí contigo y con mis marcianos amigos... ¡con mi pueblo!

—Stephen, tienes que ir a la Tierra —le dijo su padre muy serio—. Yo tenía intención de ir, muy pronto, y llevarte conmigo. Pero moriré...

Stephen Drew hizo un gesto rápido de negativa, pero su padre continuó resuelto.

—Cuando haya muerto heredarás la concesión minera de tranio. Pero te la pueden arrebatar, a menos que vayas a la Tierra para defender el título legal.

Stephen le miró azorado.

—No lo entiendo.

—Lee este mensaje de tele-audio —susurró el anciano, tomando un pedazo de papel de encima de la cama—. Vino hoy de la Tierra.

—«Serio peligro de que tu concesión sea revocada» —leyó Stephen—. «Es imperativo que vengas aquí inmediatamente. Gilson».

Stephen Drew alzó la vista perplejo.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Su padre le miró tranquilo durante un momento antes de responder.

—Como sabes, todo el tranio sacado aquí en Marte es enviado a la Tierra, porque es un elemento vital utilizado por las compañías transmutadores en producir alimentos sintéticos para un planeta súperpoblado. Walter Gilson es mi agente en Nueva York. Vende el tranio que yo envío directamente a las grandes compañías, nunca aprovechándose, exigiendo sólo un precio honrado.

—¿Pero qué tiene que ver eso con que haya peligro de que nuestra concesión sea revocada? —preguntó Stephen.

—Política —respondió su padre con un amargo susurro—. El tranio es precioso. Hay abundantes hombres intrigantes a implacables a quienes les gustaría poner sus manos en la concesión minera. Yo la he conservado durante veinte años. Si pueden ejercer presión en el Gobierno del Sistema para revocar la concesión se la quedarán para sí en breve tiempo.

—Pero no hay razón para revocar la concesión —protestó Stephen—. Hemos cumplido todos los decretos del Gobierno.

—Sí, pero la codicia es poderosa —le recordó el anciano—. Si los intereses en apoderarse de la mina prevalecen en el Gobierno de forma que le hagan revocar nuestra concesión, ya sabes lo que ocurrirá.

Los ojos grises de Stephen Drew se desorbitaron con alarma.

—Si tienen éxito en ocuparla, toda mi gente estará trabajando para terrestres desconocidos. Los nuevos propietarios brutalmente les explotarán, como hacen en casi todos los demás sitios de Marte.

—Eso es precisamente lo que me temo —admitió su padre—. Por eso la concesión no debe ser revocada, Stephen. Peto no lo podemos impedir en Marte. La Tierra es el único lugar en donde puede hacerse. Y yo ya no puedo viajar. No sobreviviría al viaje —había una desesperada súplica en sus ojos—. Prométeme que irás a la Tierra y lucharás como yo lucharía para impedir que la concesión sea revocada. Recuerda lo que significaría a todos nuestros amigos marcianos si la mina pasara a manos poco escrupulosas.

—Está bien —prometió Stephen Drew—. Iré. Y no me olvidaré de que es mucho más que una lucha por una propiedad.

—Sé que lo harás, Stephen —murmuró Jesse Drew. Su rostro pálido estaba turbado—. Pero desearía que supieras más acerca de la Tierra y de los terrestres... — Su voz se apagó. Se arrellanó, cerrando los ojos.

Stephen saltó hacia adelante, el rostro tenso de alarma.

—Avul Kan duerme —susurró Lin L'Lan.

Era verdad. Jesse Drew, agotado por su esfuerzo en hablar, había caído en un profundo sopor. Stephen salió despacio de la habitación y cruzó un estrecho pasillo hasta la baja terraza de la casa.

Durante un largo momento se quedó allí plantado, inmóvil, mirando al cielo. El viento nocturno gruñía a través del desierto iluminado por la luna y el débil gorgojeo de un lejano pájaro recibió la respuesta del gruñido agudo y vibrante de un gato de la arena. En los confusos cielos los ojos de Drew trataron de distinguir la manchita verde de la Tierra.

—¡Ark Avul! —habló de pronto L'Lan—. El Justo se está muriendo.

No se había producido sonido alguno del interior de la casa, el viejo sirviente marciano no necesitaba suspirar ni que un ruido le predijese la venida de la muerte. Stephen regresó a la casa y encendió la luz del dormitorio de su padre.

Jesse Drew estaba sentado erguido. Sus labios se movieron y gesticulaban débilmente al ver a su hijo, como en una despedida. Luego su cuerpo tembló y la cabeza cayó sobre su pecho.

—*¡Ni vuru Avul Kan!* —Vino el grito bajo de la multitud de marcianos del exterior. En apariencia, telepáticamente advirtieron la tragedia y estaban abrumados de dolor—. ¡El Justo ha muerto!

Stephen inclinó la cabeza. Estaba recordando muchas cosas. Los ánimos de su padre cuando fueron a cazar gatos de las arenas hace años en una mañana brillante y sin viento. Su padre llevándole por el desierto hasta Sirtis y riendo ante su encanto infantil al ver la vieja ciudad marciana. Su padre...

Sintió un escozor cálido detrás de sus ojos. Quería llorar, pero no podía. El adiestramiento marciano estaba demasiado profundamente enraizado en él... la costumbre férrea de ocultar toda emoción fuerte. Se volvió con brusquedad y salió.

—El Justo ha muerto y ahora el Hijo del Justo es el amo —entonó una voz profunda del grupo marciano—. *¡Ark Avul ir kal ni!*

La fuerza de aquella voz era absoluta y Stephen Drew sintió el peso agotador de la nueva responsabilidad mientras miraba el firmamento nocturno. La Tierra parecía inconmensurablemente distante a la otra parte del golfo especial. Otro mundo... extraño, completamente distinto al familiar Marte. Y debía ir allí, a luchar una batalla que no podía estar seguro de ganar.

II

—¡Llegando a la Tierra! —La llamada llegó alta y apremiante por los altavoces del gran transatlántico espacial—. ¡Por favor, todos los pasajeros que ocupen sus sillones!

Hubo una excitada agitación entre el pasaje. La mayor parte había estado agrupada a lo largo de la pared de glasita de la cubierta de paseo del *Pallas*, empujándose rudamente uno a otro para conseguir una vista mejor de la Tierra. El planeta se aparecía muy grande en la bóveda estrellada del espacio.

Casi todos los pasajeros eran turistas, promotores, ingenieros y oficiales del Estado regresando en primera clase de Marte. Formaban una multitud alegre y animosa, vestida con pantalones sintéticos y brillantes y cazadoras de diversos colores. Charlaban con vivacidad mientras se sentaban en las flexibles sillas espaciales a lo largo de las cubiertas.

Dos figuras más calladas sobresalían en sorprendente contraste. Una era un joven alto que llevaba un traje de seda sintética oscuro desesperanzadoramente pasado de moda. La otra era un impresionante viejo marciano vestido en cuero negro propio de los clanes del desierto sureño de Marte.

—Habrà una fuerte conmoción, una verdadera sacudida, cuando aterricemos, Lin L'Lan —dijo Stephen Drew cuando se acercaron a sus sillas—. ¿Te sientes bien?

—¿Crees que soy tan blando como esos muñecos charlatanes, Ark Avul? —Gruñó desdeñoso el viejo criado marciano.

Drew continuó:

—Sigo deseando que no hubieras insistido tanto en acompañarme. Todo será diferente en la Tierra, completamente distinto. Puede que no te guste.

—Cuando naciste, tu padre me encargó de tu custodia Ark Avul. Era mi deber acompañarte y cuidarte.

Los cohetes de quilla del *Pallas* entraron en funcionamiento con un rugido que desanimaba cualquier intento de conversación. Ya la gran nave caía tras pasar cerca de la inerte y plateada esfera de la Luna.

Stephen Drew se sintió particularmente aprensivo. El extraño mundo hacia el que caían —esta legendaria patria de la que vinieron sus padres—, ¿cómo sería exactamente?

—¡Entrando en la atmósfera! —anunciaron los altavoces de la cubierta—. ¡Dentro de veinte minutos estaremos en el espaciopuerto de Nueva York!

—¡Chico, cuánto me alegraré de volver a ver Nueva York! —exclamó el recio terrestre de la silla contigua a la de Drew—. ¡No más Marte para mí! Me pasé allí cuatro días completos. ¡Cuatro días... en ese condenado pueblo desértico que llaman Sirtis! ¡Nunca volveré a salir de mi habitación de la Tierra, con sus comodidades!

Drew no replicó. ¿Por qué estos terrestres parecían tan ciegos a la belleza de su brillante y ventoso mundo desértico? ¿Es que no había belleza en los vastos espacios abiertos, en la grandeza escénica, en la soledad bajo las estrellas?

Los disparos de freno estaban rugiendo continuamente ahora y la penetración en la débil atmósfera crecía hasta convertirse en un chirrido.

A Drew las sienes le batían tumultuosamente. Miró de reojo, por la pared de glasita de la cubierta, obteniendo una vista lejana de relucientes e insólitas estructuras de dimensiones inmensas que se extendían hacia el sur durante millas en una curva oscilante. Hubo un prolongado y casi ensordecedor bramar de cohetes, un crujir protestón de la estructura del navío y finalmente un salto desencuadernador.

—¡Espaciopuerto de Nueva York! —anunciaron los altavoces.

Stephen Drew sacudió la dolorida cabeza para aclarársela y apresuradamente se desabrochó el cinturón de seguridad. Al poco, él y Lin L'Lan comenzaban a andar con un grupo de ruidosos e impacientes pasajeros hacia la puerta de salida en la cubierta inferior.

Los viajeros iban repartiendo vocingleros saludos a los amigos que a ambos lados habían venido a recibirles. Drew bajó por la escalerilla y se quedó plantado con Lin L'Lan en medio de la gente, turbado y azorado por el ensordecedor griterío.

—¡Taxi-cohete! —Ofrecióle un terrestre uniformado—. ¿Taxi-cohete a la ciudad?

Stephen Drew se sentía físicamente enfermo. El aire que respiraba le parecía caliente, pesado y pegajoso... diferente de la fina y seca atmósfera marciana. Estaba éste cargado de fuertes olores de extraña vegetación y le dolía en los pulmones.

Notaba una gran sensación de peso en su cuerpo y sus movimientos resultaban torpes. No esperaba que la acrecentada gravitación fuese tan molesta. Incluso en el navío, en que la atmósfera y la gravedad artificial habían sido científicamente construidas según la media entre Marte y la Tierra, no se preparó para aquel asombroso acontecimiento.

Lin L'Lan se tambaleaba y Drew le sostuvo ansiosamente.

—Lin, ¿te encuentras bien? —preguntó solícito.

—Sao, Ark Avul —logró replicar el viejo marciano—. Pero este aire es demasiado fuerte para respirar. Y también muy caliente.

Drew asintió interesado.

—Gilson, el agente de mi padre, tenía que venir a recibirnos, pero ¿cómo le encontraremos con tanta gente?

—Esas personas son tan ruidosas como monos de canal.

Los pasajeros con prisa y los mozos de equipajes les empujaban a intervalos de cinco segundos. Para Drew parecía que todos querían abandonar la plataforma de aterrizaje para desempeñar misiones de vida o muerte. Y el clamor de los gritos y las voces le atronaba en los oídos. La densa atmósfera de la Tierra transportaba el sonido con abrumadora potencia.

Sudaba en aquella vaporosa masa de aire y cuando alzó la vista al Sol le pareció

increíblemente grande. Aquel calor era sofocante y tórrido para Drew y su apenado compañero, sin embargo, a nadie de los que les rodeaban parecía afectar.

Una mano se posó en el hombro de Drew. Perteneecía a un terrestre regordete y de rostro colorado en la madurez de su vida, sus ojos azules brillaban tras gafas mochuelescas. Llevaba un brillante traje azul cielo de seda sintética.

—¡Tú eres el joven Drew! —exclamó excitado—. Lo supe en cuanto vi a este viejo marciano siguiéndote pasarela abajo. Me llamo Gilson... Walter Gilson... el agente de tu padre durante ocho años. Tu agente ahora. Y bueno, aunque me esté mal el decirlo.

Drew hizo una reverencia al estilo marciano. Murmuró el saludo corriente en un inglés vacilante.

—Que las dos lunas te favorezcan.

—¿Qué? —exclamó Gilson frunciendo el ceño—. Oh, género marciano, ¿eh? ¿Cómo es que te has traído a ese viejo fulano?

—Lin L'Lan es mi amigo —dijo Drew con agudo reproche en la voz.

—Oh, seguro —apresuróse a decir Gilson. Bombeó la mano del viejo marciano para instantáneo e intenso disgusto de Lin L'Lan. Luego se volvió a Drew—. Tienes que acompañarme a mi despacho. Te enseñaré cómo va el asunto de la concesión. Tengo allí todos mis datos y cifras.

Azorado, Drew dejó que el grueso y hablador terrestre les condujera por entre el gentío. Drew seguía sintiéndose tembloroso y enfermo. La pesadez del aire hacía difícil el respirar y le costaba esfuerzo moverse.

La escena en total le confundía profundamente. Las multitudes bullangueras, el gran Sol no familiar brillando cálido desde un cielo azul suave. Y Walter Gilson les apremiaba, como todas aquellas otras personas, tal que si tuviera pánico de perder un sólo precioso segundo.

—¡Taxi-cohete! —gritó Gilson cuando llegaron a la amplia avenida que bordeaba el espaciopuerto—. ¡Eh, tú, aquí!

Un coche de forma de torpedo se deslizó hasta ellos.

—Entrad —dijo Gilson—. Tenemos que darnos prisa. —Drew y Lin lo hicieron a tumbos y el parlanchín terrestre dio su dirección al conductor.

Un instante después Drew se vio lanzado hacia atrás, contra el acolchado respaldo, por la velocidad de partida del coche. El vehículo zumbó hacia el sur a lo largo de la amplia y reluciente autopista de blanca piedra sintética, hacia las torres de Nueva York. Los edificios eran pirámides truncadas, con terrazas, las paredes de acero transparente vidrioso y reluciendo bajo el sol. Algunas de estas paredes estaban blanqueadas para conseguir intimidad, pero a través de otras Drew vio masas de habitaciones.

—Apuesto que te parecerá muy grande después de venir de Marte —rió Walter Gilson—. Sesenta millones de personas que viven en el área de Nueva York.

—Mi padre me dijo siempre que la Tierra está muy superpoblada —observó

Stephen Drew en su dubitativo e incierto inglés.

—¿Superpoblada? —exclamó Gilson—. Oh, claro, la Tierra está muy repleta de gente en estos días. No hay manera de mantener baja la población. De hecho, la mayoría de la Tierra está construida hacia arriba como esto. No podríamos mantener a un billón de habitantes si no fuese por alimentos sintéticos fabricados por las grandes compañías transmutatorias.

Se inclinó hacia adelante y palmoteó muy serio la rodilla de Stephen Drew.

—Y ahí es donde entra tu concesión de tranio, Drew. El tranio es un catalizador vital. Sin él, sería imposible transmutar elementos marinos en alimentos sintéticos. Y ahora mismo se está desarrollando una gran pelea entre las dos mayores compañías transmutatorias... la *Transmutation, Incorporated* y *Synthesubstances*.

El rostro colorado de Gilson estaba serio.

—*Synthesubstances* trata de estrangular a *Transmutation* y a las otras compañías. Burdine, de *Synthesubstances* intenta controlar absolutamente el mercado para lograr un monopolio sobre el tranio. Quiere apoderarse de tus minas también. Si no puede hacerlo de otro modo, conseguirá que el Gobierno revoque tu contusión y que la subaste para que la adquiera un testaferro suyo.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a ayudar el Gobierno a un individuo así para que consiga un monopolio de los alimentos sintéticos?

Walter Gilson encogió sus carnosos hombros.

—El Gobierno hará cualquier cosa que pueda hacer la influencia. Y Burdine tiene influencias como para parar un tren. Por fortuna he elaborado un plan que estropeará su juegucito. Pienso que...

—¡*Krah*, L'Lan! —gritó de súbito Stephen Drew, señalando hacia el Este por la ventanilla—. ¡Mira... allí! ¡Agua!

Lejos, por levante, entre la brecha de dos edificios, Drew había entrevisto un retazo azul y ondulante y plano marcando el horizonte.

—¡Agua... una infinidad de agua! —explicó Drew al asombrado marciano—. Lo llaman océano.

—Verdaderamente, no me pensé que hubiese tanta agua en el Universo —murmuró el anciano de Marte, sus solemnes ojos mostrando incredulidad.

—Oh, es el océano lo que veis —dijo Walter Gilson—. Tendréis que ir un día al *Submarine Club* y verlo realmente —miró a Drew con curiosidad—. Es raro que un joven terrestre esté viendo la Tierra por primera vez. ¿Qué tal?

—Es excitante. Pero todo tan... diferente.

Pasaban por un parque. A los ojos de Drew la hierba y la vegetación parecían de un verde brillante y gritón, casi cegador en su resplandor. Los árboles se cernían enormes y las flores constituían un torrente de flamantes colores. Era todo tan distinto de aquellos árboles tan polvorientos y espinosos y de los atormentados matojos de los canales de Marte...

El coche-cohete marchaba por la parte central de la ciudad ahora. El brillo de las

cristalinas estructuras se perdía en los cielos y Drew se sintió como si atravesara un cañón entre montañas artificiales. Miró a lo alto con aprensión contemplando la red de transparentes paseos y galerías que enlazaban los pisos superiores de las elevadas edificaciones.

—¿De verdad que la gente vive ahí? —preguntó con extrañeza—. ¿Mucha gente? Walter Gilson rezongó.

—La gente que tiene muchísimo dinero lo hace. Esas residencias altas se llaman palacios del sol.

—En Marte no se necesita ser rico para disfrutar de los rayos del sol —contestó Drew.

El joven advirtió que las calles aquí eran transparentes, como las paredes de los edificios. Podía mirar hacia abajo a través del pavimento vidrioso y ver otros muchos pisos inferiores, avenidas hirviendo de coches-cohete. Al lado de cada calle se veían aceras rodantes, con cuatro bandas de circulación de diferentes velocidades progresivas.

Su coche se metió bruscamente en uno de los gigantescos edificios piramidales. Al cabo de un momento salían disparados hacia el cielo en un ascensor cohete. Gilson les sacó de la cabina y les llevó por un corredor hasta un conjunto de dos despachos cuyas paredes transparentes daban a la gran ciudad.

—¡Ya estamos! —dijo Gilson anunciando su llegada tanto a la chica que se había levantado de detrás del escritorio y que se les acercaba con una acogedora sonrisa, como a sus acompañantes—. Os presento a Josephine Duff, mi secretaria.

La joven era pequeña, su esbelta silueta como una muñeca enfundada en un vestido azul oscuro de seda sintética. Pero en su linda y pizpireta cara no había nada de muñeca, ni tampoco en los ojos inteligentes que estudiaron apreciativamente a Stephen Drew.

—¿Así que usted es el joven que nunca había salido antes de Marte? Bueno, ¿qué le parece la Tierra? ¿Le gustan nuestros bellos edificios y nuestras altas mujeres?

—Los edificios son grandes, pero las mujeres de la Tierra no son tan altas como las marcianas —dijo muy serio.

Los ojos azules de ella se desorbitaron una pizca.

—Diga, ¿me está usted tomando el pelo, o se lo tomo yo?

—Me temo que no la comprendo.

—Oh, Jo está sólo bromeando —se apresuró a decir Gilson. Dirigió a la muchacha una mirada colérica.

—Claro, soy payasa de corazón —murmuró Jo Duff al turbado Drew—. No haga caso a mis pequeños chistes, marciano. Es únicamente mi naturaleza amante de la diversión que a veces se me hace irresistible.

Se quedó mirando el gesto sombrío y extraño de Lin L'Lan.

—¿Quién es? ¿Su guardaespaldas? —preguntó—. ¿De quién se está riendo?

—Lin L'Lan no se está riendo... —comenzó a decir Drew, pero Jo agitó una

mano en su dirección.

—Olvide mi pregunta. Veo que usted todavía no habla nuestro idioma.

—*Il farral li lato sur* —murmuró Lin L'Lan a Drew.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jo.

—En Marte —explicó Drew incómodo—, las mujeres que hablan demasiado son exiladas en el desierto. L'Lan decía que es una lástima que ya no hayan desiertos en la Tierra.

Jo soltó la carcajada.

—¡Bien por el abuelito! Dígale que me alegro de no ser una chavala marciana.

Gilson se llevó a Drew y a Lin L'Lan al despacho interior. El regordete agente recogió unos cuantos papeles de su escritorio.

—Aquí está el resumen de la situación, Drew. No me importa decirte que nos hemos alzado en contra. La compañía de Lucas Burdine tiene poderosa influencia en el Gobierno. Si logra que revoquen tu concesión de tranio, ya puedes despedirte de los beneficios de tu explotación minera.

—No pienso en los beneficios. Mi padre siempre devolvió la mitad de ellos a los marcianos que extraían el tranio por cuenta nuestra y trato de seguir haciendo lo mismo. Lo que me preocupa es que si otra persona obtiene la concesión, mi pueblo puede ser maltratado —Drew hizo una breve pausa, luego prosiguió—: ¿Por qué el tal Burdine y su compañía quieren un monopolio? ¿No es él independientemente rico ya?

—Seguro, Burdine tiene bien cubierto el riñón —dijo Gilson—. Pero ningún hombre se muestra satisfecho con lo que tiene. Desea progresar.

—No puedo comprenderlo —Drew sacudió la cabeza—. Cuando uno tiene bastante para cubrir sus necesidades, ¿para qué ha de querer más?

—Bueno, no podemos discutir ahora ese problema, el hecho es que *Synthesubstances*... la compañía de Burdine... pretende conseguir el monopolio de los alimentos sintéticos. Uno se imagina la cantidad de riqueza y poder que caerá en sus regazos automáticamente. La compañía de Burdine ha estado comprando en secreto las otras concesiones de tranio en Marte, a través de pequeñas compañías títeres. Cuando consiga también tu concesión será capaz de impedir el acceso a cualquier porción de tranio a su mayor rival, la *Transmutation*. Se quedarán fuera del negocio. Burdine piensa que si no le vendes tu concesión, hará que la revoquen, luego intervendrá en la subasta y se llevará el permiso del Gobierno.

Drew no dijo nada. Le asqueaba el maniobrar artero de Burdine. Gilson le dijo que le sorprendió un poco.

—Pero tengo una idea de cómo luchar contra Burdine —prosiguió Gilson animadamente—. Mi plan es...

La puerta se abrió y la atractiva cabecita rubia de Jo Duff apareció.

—Hablando del ruin de Roma... Lucas Burdine está afuera. Quiere ver a Drew.

Los ojos de Gilson flamearon coléricos.

—¡Ese cerdo intrigante! Debió tener a alguien vigilando en el espaciopuerto para avisarle nada más llegase Drew. Dígale, Jo, que Drew se ha marchado.

Jo asintió y empezaba a volverse cuando un hombre La apartó de un empujón y entró en el despacho. Era de mediana edad, delgado pero de constitución sólida, con un rostro oscuro y tenso y unos ojuelos negros.

—¿Es usted Drew? —Ladró a Stephen—. Soy Lucas Burdine, de *Synthesubstances*. Iré al grano. Quiero su concesión de tranio. He de obtenerla y estoy dispuesto a pagar diez millones en efectivo.

Drew se puso en pie. Sentía una dura cólera cristalizar en su interior al ver a aquel hombre que había perdido toda noción del honor.

—Probablemente Gilson le habrá dicho que no venda —prosiguió Burdine—. Pero le advierto que si no me vende ahora se enfrentará a la ruina. No conseguirá ni tendrá nada.

Drew habló tranquilo a Lin L'Lan en marciano.

—Este es nuestro enemigo, L'Lan. Sólo hay una cosa que hacer.

—*Sao, Ark Avul* —asintió Lin L'Lan—. Seamos rápidos, antes de que se nos escape.

Stephen Drew se lanzó bruscamente como un gato de las arenas contra el estupefacto Burdine. El magnate trató de resistir, pero ya las finas manos de Drew le rodeaban la garganta en una mortífera llave de *jiu-jitsu* marciano. Entonces, ante los horrorizados ojos de los demás, Drew calmamente ejerció su fuerza para oprimir un nervio vital en el cuello de Burdine.

III

Los ojos de Burdine saliéndosele de las órbitas y el rostro congestionado, Gilson se quedó plantado mirando horrorizado a los dos hombres en su forcejeo. Jo Duff tuvo la suficiente presencia de ánimo para adelantarse y coger el brazo de Drew.

—Marciano, ¿qué haces? ¿Has perdido el juicio?

Drew la miró azorado.

—Oh, ese hombre es mi enemigo. Le golpearé hasta dejarle medio muerto como aviso para que cese en intentar quitarme la concesión de tranio... a mí y a mi pueblo.

—¡Pero no puedes hacer una cosa así! No puedes...

—¿Por qué no? —Stephen siguió mirándola perplejo—. En Marte, cuando tenemos un enemigo, le perseguimos y zanjamos nuestras diferencias con él en un combate abierto.

—Esa puede ser la costumbre marciana, pero no es la terrestre —Jo le arrastró separándole del casi inconsciente magnate.

Gilson se había recobrado de la sorpresa. Se levantó con una mirada sorprendida y casi implorante.

—Ella tiene razón, Drew. Si vas por ahí atacando a la gente porque son tus enemigos, te pasarás una larga temporada en la Prisión Lunar.

Lucas Burdine se había apoyado vacilante contra la pared. Su fino rostro tenía un color ceniza.

—¡Es usted un maniático! —gritó con voz ronca—. ¡Haré que le encierren!

Drew dio un lento paso hacia adelante, los tendones de su cuello hinchados.

—Será mejor que salga de aquí, Burdine —dijo.

El magnate se acobardó ante la furia de los ojos de Drew. Dio media vuelta apresurado y salió del despacho.

Stephen Drew se encaró con el agente.

—Si uno no puede luchar contra los enemigos que intentan engañarle, ¿cómo se trata con ellos? —preguntó—. ¡Dime eso!

—Aquí en la Tierra se utiliza el cerebro para vencer a hombres como Burdine —explicó Gilson—. Hay que mantenerse dentro de la ley. Si no lo haces, irás a la cárcel.

Lin L'Lan, que había contemplado estos acontecimientos con sorpresa, dirigió ahora una aguda pregunta a Drew.

—¿*Qual ir virik luí?* ¿Por qué dejaste que se fuese tu enemigo, Ark Avul?

—Parece ser que en la Tierra no se lucha contra el enemigo, L'Lan —murmuró Drew—. Tratan de vencerles mediante triquiñuelas. Hay un castigo severo si uno pelea con un hombre que le ha engañado.

—¡*Kwis hebek!* ¡Vaya mundo! ¿Un castigo por atacar al hombre que te engañó?

¿Quién oyó jamás tal cosa?

—Recuerdo que mi padre decía que las leyes de la Tierra eran muy distintas —exclamó Drew, con amargura—. Pero no pensé que pudieran ser tan diferentes como esto.

Jo Duff sacudió la cabeza preocupada. Parecía casi furiosa.

—Marciano, se va a encontrar con muchos jaleos en la Tierra —dijo ella—. Es usted un terrestre adulto, pero aparentemente conoce menos las costumbres del planeta que un niño corriente de tres años.

Walter Gilson estaba retorciendo nervioso sus regordetas manos.

—¿Quizás lo hayas estropeado todo, Drew! Burdine podría hacerte arrestar por tu agresión.

Stephen Drew guardaba silencio, mirando desconsolado más allá de la ingente ciudad que quedaba fuera de la pared transparente. La confusa complejidad de los veloces coches y de los aviones cohete y helicópteros hacían que todo este mundo pareciese hostil, desesperanzadoramente extraño.

—Tienes razón —dijo finalmente—. No sé nada de estas cosas.

—Tienes que olvidarte de tus normas de conducta marcianas. Ahora no estás en Marte. No se pueden hacer negocios con métodos tan locos.

Drew miró desamparado a Gilson.

—¿Qué haré? ¿Ir a los miembros del Gobierno y pedirles que no me revoquen la concesión?

—No llegarías muy lejos... y menos con esos burócratas de sombrero de copa de la Torre del Gobierno —contestó Gilson con impaciencia—. Se necesita influencia para llegar a alguna parte con el Gobierno... más influencia que la que poseemos cualquiera de nosotros. Pero tengo un plan.

»Hay un hombre en esta ciudad que tiene influencia en abundancia y que le gustaría ver cómo Burdine quedaba chasqueado en obtener tu concesión. Ese hombre es Jared Shane, presidente de *Transmutation*. Shane sabe que si Burdine controla tu tranio tendrá un monopolio y destruirá *Transmutation*. Si puedo lograr que Jared Shane y su compañía usen sus influencias con el Gobierno, podremos luchar contra la gente de Burdine.

—¿Quieres que vaya y le pida a este Jared Shane que nos ayude? —preguntó esperanzado Drew.

—No, no se puede hacer con tanta facilidad —contestó Gilson—. No debemos dejar que Burdine se entere de que tratamos de conseguir la ayuda de Shane. Hemos de trabajar a escondidas. Concertaré una reunión con Jared Shane pronto de una manera en apariencia casual, luego trabajaremos con él en busca de su ayuda. Mientras, tú y tu amigo marciano será mejor que os ocultéis por si acaso Burdine se queja a la policía. Os enviaré a un buen hotel.

Drew protestó.

—No quiero ir a un hotel. He oído que hay un barrio marciano en Nueva York

donde todos los de Marte viven juntos. Ahí quiero quedarme.

—¿Te refieres a Pequeño Marte? Oh, no querrás ir ahí. Te mirarían con desdén — Gilson reflexionó un momento, luego chasqueó los dedos—. Vaya, quizás sería un buen sitio para ti. Así te mantendría fuera del camino de la gente. Y probablemente te sentirás más cómodo, porque el lugar está condicionado con respecto a Marte. Te llevaré abajo y te colocaré en un taxi-cohete.

Cinco minutos más tarde Drew y el viejo marciano se relajaban en el rápido vehículo cuyo conductor tenía instrucciones de llevarles a Pequeño Marte. Drew miraba con ojos tristes el sorprendente panorama de enormes paredes y de velos tráfico que le rodeaba.

El ruido parecía proscrito en esta súperciudad. Sólo había un murmullo suave y latente producido por el tráfico. Pero brillantes letreros luminosos destellaban sus letras por el aire a su alrededor.

VISITE EL SKY CLUB... LA MEJOR EXHIBICION EN ESTEREO DE LA TIERRA. INSCRIBASE EN LA GIRA DE TRES PLANETAS THOMPSON. SNYTHESUBSTANCES... LA MARCA DE CALIDAD.

—No me gusta Gilson —dijo Lin L'Lan de pronto—. No me fío de él.

—Es nuestro amigo, L'Lan. Busca ayudarnos.

—Sus pensamientos no eran buenos. Advertí en ellos traición.

—Es una triquiñuela que trata de poner en práctica para derrotar a nuestros enemigos —repuso Drew—. En la Tierra, los hombres luchan de manera indirecta y debemos seguir la costumbre terrestre.

L'Lan se sumió en un hosco silencio. Drew percibió qué se acercaban ahora a una zona de edificios más viejos y pequeños. En este distrito de los arrabales asomaba una edificación extraña. Era una burbuja parecida a una gran cúpula de acero transparente, casi de cinco kilómetros. Su taxi-cohete se detuvo al poco junto a su muro curvo y transparente.

—Ya están... Pequeño Marte —dijo el conductor—. No les entraré. Ese lugar me produce escalofríos.

El coche se alejó y Stephen Drew y L'Lan se aproximaron a la entrada del edificio. No era una puerta corriente, sino una gran escotilla de aire instalada en el muro de la gran cúpula. Cuando entraron en la parte interna de la cúpula tanto Drew como el viejo marciano se miraron con alivio.

—Oh, esto es como estar en casa —dijo Drew con ansia.

El aire dentro del recinto era fino y vivamente fresco, como la abreviante y clara atmósfera de Marte. Y, rigurosamente, la gravitación era aquí más débil, hecha por placas antimagnéticas enterradas en el suelo.

Drew respiró el fino y penetrante aire fresco con agradecimiento. Fue un alivio bienvenido después de la humedad y pesadez de la atmósfera terrestre.

—Mira, L'Lan, los edificios son de estilo marciano.

—Sí —murmuró el viejo con aprobación—. Este es el único santuario verdadero

que he visto en este planeta enloquecido.

Una ciudad pequeña y compacta había sido construida dentro de la cúpula. Era como una sección trasplantada de una vieja urbe típica marciana. Los edificios eran estructuras de techo llano de piedra sólida, cada una un hermoso ejemplar de la arquitectura marciana. Las calles eran avenidas típicamente estrechas, enlosadas.

Los rojos marcianos cruzaban las calles con una grave y silenciosa dignidad; constituía una alegría gozarla después del torbellino de la circulación externa. Muchos de esos marcianos llevaban trajes sintéticos estilo terrestre de colores sombríos. Sin embargo, su porte serio, y los impresionantes edificios de piedra, el aire más fino y la menor gravedad casi hicieron a Drew pensar que había vuelto a Marte.

Él y L'Lan caminaron a lo largo de una estrecha avenida bordeada con tiendas de curiosidades exhibiendo productos de cuero marciano y artículos de metal y de vidrio y llegaron finalmente a una pequeña posada con una sola inscripción sobre su puerta en los rectangulares caracteres marcianos.

Un marciano de mediana edad con una capa negra encima de su suave chaqueta de cuero estaba en el umbral de la pensión. Escrutó a Stephen Drew y a Lin L'Lan con ojos agudos y tranquilos al acercarse.

Drew hizo una profunda reverencia.

—Que las dos lunas te favorezcan —saludó.

Una mirada de débil sorpresa chisporroteó en los ojos del posadero marciano al escuchar a Drew que se le dirigía en su propio idioma.

—Y a ti también —se inclinó ante Drew y L'Lan—. Soy Th'Rulu, director de esta posada. ¿Puede servirte?

Th'Rulu parecía dubitativo.

—Los terrestres nunca se alojan conmigo. Estoy desolado de que no pueda daros alojamiento.

L'Lan sonrió con tolerancia.

—Has cometido un error natural. Este joven es de sangre terrestre pero es uno de los nuestros. Se llama Ark Avul, del Gran Clan del Suroeste y yo soy su sirviente.

—Te ruego que me perdones, Ark Avul —se apresuró a decir el sorprendido Th'Rulu—. Mis habitaciones están a tu disposición.

Les condujo al interior del edificio. Drew miró la fría y oscura piedra que formaba las paredes de los cuartos con aprobación.

—Es como estar en casa —dijo a Th'Rulu—. Dormiré cómodo aquí por primera vez desde que salí de Marte.

—Y yo también —afirmó L'Lan—. Es la primera vez que tenemos aire verdadero para respirar durante muchos días.

Th'Rulu asintió comprensivo.

—Es cierto que a los de Marte no nos gusta el aire vaporoso y la implacable gravitación de este planeta. En realidad, perjudica nuestra salud. Por eso, años atrás,

manejamos todos nuestros recursos para construir esta cúpula como un lugar condicionado al estilo de Marte para que viviese en él toda nuestra gente.

—¿Hay muchos marcianos aquí? —preguntó interesado Drew.

—Unos miles —contestó Th'Rulu—. Muchos son comerciantes. Algunos están contratados por los terrestres para trabajo científico estratosférico, puesto que pueden soportar mejor el aire fino. Otros enseñan nuestro idioma en el Colegio Planetario Colonial. Casi todos vienen a vivir aquí de noche.

El posadero les dejó educadamente. Stephen Drew se sentó y miró pensativo en silencio a través de la sombría cámara de piedra.

—Desearía estar de vuelta en Marte —dijo L'Lan al cabo de un momento—. La Tierra no es un mundo bueno.

—Resulta extraño para nosotros, eso es todo. Recuerda, aquí tenemos a un amigo de Gilson. Si su plan resulta, no perderemos la concesión de tranio.

—No me gusta luchar contra los enemigos mediante la traición —gruñó el anciano—. ¿Y qué ocurrirá si el tal Burdine reclama la ayuda de la ley y te envía a prisión?

—No lo sé —contestó Drew, ceñudo—. La manera en que esa gente tiene de intrigar uno contra otro es tan extraña para mí como para ti. Pero sé que no dejaré que me encierren como un gato de las arenas enjaulado. Antes moriré.

La noche comenzaba a caer. No vino con la brusquedad rápida que lo hacía en Marte. En su lugar la oscuridad se deslizó en torno a ellos y se hizo más profunda por etapas casi imperceptibles.

—Bajemos y veamos si Gilson ha enviado algún mensaje —dijo Drew ansioso—. Me anunció que me haría saber si se ponía en contacto con Jared Shane.

Bajaron a la silenciosa y desnuda habitación pública de la posada. No había ningún recado y Drew rezongó con mayor descorazonamiento que antes.

Th'Rulu les presentó con toda formalidad a un grupo de otros marcianos que se sentaban callados en sillas sin respaldo al exterior de la puerta. Allí estaban Koh Kor y Dri Kor, dos forzudos hermanos comprometidos en hacer demostraciones de cacería hipnótica en un circo terrestre; Az Akarau, de Sirtis contratado para fabricar joyería marciana para una compañía de Nueva York; y otros varios.

Se sentaron en silencio sorbiendo vino de kian amarillo de sus botellas cónicas. Ahora era del todo oscuro. Suaves luces florecían a lo largo de las calles y tiendas de esta extraña pequeña ciudad en el corazón de Nueva York. Habían muchos más marcianos ahora en las vías públicas, volviendo a casa.

Una irrupción de fuertes carcajadas destruyó la seria quietud de la escena. Un grupo de jóvenes terrestres, abrigados con capas contra el frío y caminando con grotescos y grandes pasos, se acercaba por la calle.

—¡Esta gravitación me hace sentir dos veces más borracho de lo que estoy! —dijo uno de ellos en voz alta.

—¿Has visto alguna vez callecitas más raras y lóbregas y edificios más sórdidos?

—Parloteó con agudeza una chica—. Y todos estos marcianos de un aspecto tan condenadamente solemne.

A Drew le ardían los oídos. Durante un momento se sintió casi avergonzado de ser terrestre. Sus compañeros marcianos estaban mirando muy serios al grupo.

—Raza extraña esta terrestre —murmuró Th'Rulu reflexivo—. Ruidosa, mal educada, ambiciosa... castigándose uno a otro la violencia y sin embargo aplaudiendo la traición como cosa inteligente y laudable.

Drew se alegró de que sus compañeros le aceptasen sin reservas como marciano, ignorando su casta terrestre.

Un marciano vino por la calle, se detuvo y les habló rápidamente.

—Aquí viene alguien en busca de Ark Avul.

Drew se puso en pie alarmado.

—¡L'Lan! Si Burdine ha enviado que me arresten...

Th'Rulu se movió rápidamente hacia adelante cuando escuchó la exclamación de Drew. El posadero no perdió tiempo en preguntas sutiles.

—Si es la policía de la Tierra que te busca, te esconderé —dijo presuroso, con la lealtad propia de un marciano a otro.

—No se ganará nada escondiéndose —murmuró Drew, su alta figura tensa, su rostro moreno serio.

—Deberías haber matado a Burdine cuando tuviste oportunidad —dijo L'Lan.

Drew vio una esbelta figura acercándose. Descubrió atractiva cabeza rubia y oyó que le saludaban con una voz familiar.

—¡Hola, marciano! ¿Cómo diablos puedes soportar este frío? Me estoy congelando.

Jo Duff llevaba un flotante vestido de seda sintética de encaje negro, bordado con oro, sobre el que caía ligera una fina capa. Sus ojos azules buscaron el rostro tenso de Drew, turbada.

—¿Qué ocurre... tengo tan mal aspecto?

—Creí que era la policía —contestó Drew, mirándola aliviado—. No me da miedo, pero si me encarcelan tendré las manos atadas.

—Calma —dijo la chica con una sonrisa—. Hasta ahora, Burdine no ha enviado a por ti a la policía. Ya te preocuparás de esa contingencia cuando se presente. Vas a visitar clubs nocturnos conmigo, marciano —continuó con ligereza—. Gilson me llamó y me ordenó que te llevase al Submarine Club. Descubrió que Jared Shane acudirá allí esta noche. Va a tratar de reunirse con Shane para solucionar este asunto tuyo.

El aspecto tenso desapareció del rostro de Drew.

—¡Eso son buenas noticias! Si Shane quiere ayudarnos...

—Te acompañaré, Ark Avul —dijo L'Lan.

—No es necesario. Además, el aire y gravitación de ahí fuera es pesado para ti, L'Lan.

Jo tenía un taxi-cohete esperando a la entrada de Pequeño Marte. Mientras el vehículo se dirigía hacia el suroeste a través de la masa de calles a diversos niveles, la chica se acercó a Drew, acariciándole el brazo tranquilizadamente.

—Te mueves rápidamente y bien entre los grandes financieros, marciano. Burdine, Jared Shane y toda esa gentuza —dijo—. Es necesario que seas muy listo. Pero estoy convencida de que les vencerás a todos y de que ganarás dinero.

—Pero yo no quiero ganar dinero. En Marte no nos sirve de mucho. Yo sólo quiero asegurarme de que no concedan a otra persona la concesión y de que esta nueva propietaria oprima a mi pueblo.

Los ojos de Jo recorrieron admirados la firme barbilla del varón, sus amplios hombros.

—¿Sabes una cosa? Me gustas, marciano —dijo.

El coche cruzaba el en apariencia infinito laberinto de la súperciudad. Por la noche, Nueva York era un espectáculo todavía más asombroso. Una suave luz azul lucía por las calles desde fuentes ocultas, despejando la oscuridad por todas partes.

De pronto el vehículo se metió en un túnel y, pasando a otros veloces coches, descendió por una rampa en espiral. Stephen Drew sintió un poco de vértigo en aquella especie de caída por los espacios azulados.

—¿Te afecta la gravitación, marciano? —preguntó Jo.

—No, no parece molestarse tanto como al principio. Pero es que el movimiento es muy rápido.

Su veloz coche giró con otros vehículos en forma de torpedo hasta un bulevar cubierto, iluminado con la misma calidad azulada, que nacía de la calle a nivel más inferior. La avenida quedaba profunda en el suelo, pero el tráfico allí era más denso que nunca.

Al poco el coche-cohete se metió en otro túnel, una especie de galería de quince metros que cruzaba la roca sólida, dividida en dos pistas. Descendió con viveza, luego siguió recta adelante a un nivel descendente. Aquí no había mucho tráfico y su vehículo adquirió una velocidad terrible.

—Dentro de diez minutos estaremos allí —dijo Jo—. Ahora vamos por debajo del océano.

—¿Debajo del océano? —Drew se volvió y la miró incrédulo—. Yo pensé que íbamos a un sitio de placer.

—Y vamos. Al club nocturno más extraordinario y caro de la Tierra. Sin embargo, no es de extrañar que carguen precios astronómicos. Les costó mucha energía atómica construir este túnel de veinte kilómetros, excavándolo en la sólida roca del lecho oceánico.

Antes de que Drew pudiese hacer más presuntas el vehículo comenzó a disminuir la marcha. Deceleró gradualmente y por último se detuvo ante un vestíbulo grande, brillantemente iluminado, con paredes rocosas.

Un ordenanza alto con un espléndido uniforme rojo se apresuró a abrir la puerta

del vehículo. Drew salió detrás de la muchacha, sus pensamientos hechos un torbellino. Vio que otros coches llegaban constantemente. Hombres y mujeres con ricos trajes sintéticos y capas descendían, riendo, formando una multitud bulliciosa y sofisticada.

—Vamos, marciano... por aquí llegamos al palacio de las fantasías —dijo Jo, riendo.

Una música impresionante de instrumentos de cuerda llegó a los oídos de Drew cuando alcanzaron lo alto de las lujosas escaleras. Miró en su torno en el interior del club.

—¡Oh, es bellissimo! —exclamó.

—Para los precios que tienen, debe de serlo —dijo Jo, riendo—. Sin embargo, tengo que reconocer que a una le roban aquí de un modo muy agradable.

El Submarine Club era una sola y grande habitación redonda, de cosa de un centenar de metros de diámetro. Había una pequeña pista de baile, de berilio pulido en su centro. Alrededor se agrupaban mesitas de plata, cada una sostenida por patas en forma de los retorcidos tentáculos de un pulpo. En un palco cerca del borde de la sala tocaba una orquesta.

Pero lo maravilloso del lugar residía en otra parte. ¡Esta habitación se encontraba en el fondo del mar! Estaba techada por una cúpula curva de un grueso acero transparente, muy parecida a la que cerraba Pequeño Marte, pero mayor en pesadez. Y esa barrera transparente era todo lo que separaba el lujoso club nocturno del peso abrumador de millones de toneladas de agua.

Drew alzó la vista, maravillado. A través del claro acero transparente podía ver con precisión las verdes profundidades del océano. Luces indirectas ocultas por rocas sobresalientes de un arrecife submarino iluminaban el abismo acuoso con suave radiación. Hojas maravillosas de altas algas marinas y de anémonas oscilaban gentiles a impulso de las corrientes. Enjambres de peces brillantes, atraídos por la luz, pululaban por las paredes. Luego se marchaban veloces como fragmentos vivos de plata cuando algún escualo grande, de blanca panza, trataba de atacarles.

—Vamos, marciano —dijo Jo, tirando de la manga a su fascinado compañero—. Allá está mi jefe esperándote.

Walter Gilson se levantó de su mesa al verles acercarse. El regordete agente resplandecía ahora con un traje sintético azul eléctrico cuyas mangas y cuello estaban bordadas en plata.

—Me alegro de que Jo te trajese, Drew —dijo—. Espero a Jared Shane en cualquier momento. Reunirnos en un lugar como éste fue idea mía. Burdine y su gente no sospecharán lo que planeamos. Pero primero, comamos.

Un camarero se hizo cargo del pedido de Gilson. Les trajo platos de plata con gelatinas brillantes rojas y verdes y un frasco alto de líquido resplandeciente y rosado.

—¿Qué es esto? —preguntó Drew, mirando dudoso su plato.

—Oh, nuestra cena —dijo Gilson—. Oh, me olvidé... no utilizáis comida sintética en Marte. Bueno, estas gelatinas tienen todos los ingredientes nutritivos de una comida completa. Sin embargo, han sido hechas con elementos de algas marinas por transmutación en las grandes fábricas de alimentos sintéticos de debajo de Nueva York. Tu tranio ayudó a conseguirlo.

Stephen Drew probó las gelatinas con desconfianza. Eran dulces y con un gusto sutil y llenaban. Sin embargo, a él le semejaron insípidas. El líquido rosado le pareció tener un gusto suave y agradable.

—Cuidado, marciano —dijo Jo cuando le vio volverse a llenar la copa—. Eso es muy fuerte para quien no está acostumbrado.

Drew sentía ya una débil animación causada por el estímulo sintético. Miró ansioso a su alrededor contemplando la brillante escena. La música se hizo más suave y uno de sus intérpretes se levantó para cantar con una dulce voz de barítono.

*Donde las lunas de Marte y las estrellas del desierto
miran desde lo alto,
en un jardín pequeño junto al Canal Sur...
encontramos nuestro amor.*

—No hay jardines junto al Canal Sur —dijo Drew cuando una salva de aplausos acogió la canción.

—Oh, bueno, estas gentes no conocen la diferencia —se encogió de hombros Jo—. El género marciano causa furor ahora entre la gente elegante.

—Ahí viene Jared Shane —anunció de pronto Gilson.

Drew se volvió para mirar a las tres personas que eran acompañadas a una mesa escogida por el camarero jefe, más obsequioso que de costumbre. Stephen Brew se imaginó que Jared Shane era el mayor de los dos hombres. El riquísimo presidente de *Transmutation, Incorporated*, era un hombre distinguido, de unos cincuenta años, vistiendo un immaculado traje oscuro de magnífica seda sintética. Su liso cabello gris y rostro firme y poderoso le daban un aspecto singularmente juvenil.

El otro hombre era alto, rubio, viril, con una cierta expresión arrogante en su hermoso rostro. Pero Drew apenas le miró. Sus ojos habían vagado hasta el tercer miembro del grupo... una chica.

Jamás vio a una joven más impresionante. Era esbelta y morena, con un cabello negro medianoche y unos luminosos ojos oscuros. Su pelo estaba peinado hacia atrás del adorable óvalo de su cara y vestía un conjunto blanco puro de rica seda artificial con corpiño sin mangas y pantalones de vuelo. Su única joya era una gruesa y antigua pulsera marciana de rubíes de fuego, destellando en la morena muñeca.

—¿Quién es la muchacha? —preguntó Stephen maravillado.

—Me imaginé que lo preguntarías —repuso Jo Duff con sequedad—. Es el amor de los periodistas de los telenoticiarios y de los estereofotógrafos... La Chica

Encantadora de la Tierra Número Uno, Gloria Shane.

Gilson se había levantado presuroso.

—Me acercaré y saludaré a Shane ahora. Cuando os avise con la cabeza, venid vosotros también.

Drew vio cómo los dos hombres se levantaban cuando el sonriente agente se acercó a la mesa. Siguió un momento de conversación; luego Gilson se volvió y les hizo una seña con la cabeza.

—Vamos, marciano... he ahí tu oportunidad de irrumpir en la alta sociedad —dijo Jo Duff, levantándose.

Drew la siguió dudoso hasta la otra mesa. El rostro rechoncho y con gafas de Walter Gilson estaba a la vez ansioso y radiante cuando hizo las presentaciones. Drew tenía ya bastante conocimiento de las costumbres para no emplear el saludo formal marciano. Se sentía algo incómodo, pero la afabilidad de Jared Shane le tranquilizó.

—¿De modo que es usted uno de los hombres que nos proporcionan el tranio? —dijo placentemente Shane—. Gilson me ha hablado de usted, señor Drew. Permítame que le presente a mi hija Gloria. Este es Vincent Riskin, mi primer vicepresidente.

Riskin acogió la presentación sin cordialidad, mirando el mal cortado traje sintético de Drew con abierta desaprobación. Gloria Shane clavó sus ojos en el rostro de Drew con un frío interés.

—Usted es el hombre de quien tanto oímos hablar —dijo ella—. Dígame... ¿es Marte tan hosco y salvaje como aseguran? Tenía pensado efectuar un viaje sólo para vivir emociones.

—Le gustaría —se apresuró a afirmar Drew—. No es igual que esta atestada Tierra. El desierto resulta maravilloso... vacío e inmenso.

Gloria Shane sonrió.

—Por sus palabras casi lo presenta como prohibitivo, aunque no carente de encantos. Al menos, sería algo nuevo. Me aburre la vaciedad de esta vida.

—Bueno, si la vida de usted es vacía, pruebe a pasarse la jornada pulsando las teclas de una electroescritura todo el día en un despacho —dijo la incontenible Jo—. Le garantizo que dejará su existencia sin el menor rastro de vaciedad.

Gilson miró ceñudo a su secretaria, los ojos cargados de reproches, pero Gloria se limitó a sonreír.

—Estoy convencida de que la vida de una chica trabajadora tiene sus compensaciones —dijo.

Stephen Drew dejó de admirar a Gloria Shane, al darse cuenta de que el padre de la joven le estaba dirigiendo la palabra.

—Gilson me ha dicho que Lucas Burdine trata de comprarle su concesión de tranio —decía Jared Shane—. ¿Piensa vendérsela?

—No la vendería a nadie —respondió Drew con energía—. Pero me temo que recurra al Gobierno y consiga que me revoquen la concesión.

—Eso es muy propio de Burdine. Con su mina prácticamente tendría un monopolio del tranio, Drew. Eso sería malo. No sólo para nuestra compañía... aunque, claro, me sabría mal ver estrangulada mi *Transmutation*. Pienso en lo que significaría un monopolio del tranio para la producción de alimentos sintéticos. Burdine podría dictar el precio de toda la comida y obtener billones de beneficio a expensas de la población terrestre.

—No había pensado en eso —reconoció Stephen Drew—. Me imagino que fui un poco egoísta. Sólo pensé en lo que le sucedería a mi pueblo marciano si alguna otra persona se hacía cargo de mi concesión.

—Shane, ¿no puede usted emplear la influencia de *Transmutation* con el Gobierno para oponerse a esa revocación que busca Burdine? —preguntó rápidamente Gilson.

Drew aguardó tenso la respuesta del magnate. Notó cómo su corazón zozobraba cuando Jared Shane sacudió la cabeza despacio.

—Me temo que no, Gilson —dijo Shane—. Puede que no quieran hacerlo los miembros de mi consejo de administración. Mire, si tratáramos de decantar el Gobierno a favor del joven Drew, Burdine podría acusarnos de conspiración y trastornar todo el asunto. Ya sabe que se trata de un hombre sin escrúpulos e implacable.

—Además —prosiguió pensativo Jared Shane—, Vincent, aquí presente, y algún otro de los consejeros piensan que sería mucho más inteligente vender todas nuestras fábricas a Burdine antes de que apriete el dogal. Ya nos ha hecho una oferta incluso.

—¡Pero si ustedes le venden, tendrá verdaderamente el monopolio de los alimentos sintéticos! —exclamó Drew muy serio.

—Lo sé y eso es lo que me preocupa. Preferiría luchar contra él hasta el último aliento antes que darle la oportunidad de obtener beneficios a escala mundial a expensas de la gente.

Vincent Riskin, el rubio y joven vicepresidente de *Transmutation* formuló una vigorosa protesta.

—El sentimentalismo no tiene sitio entre los negocios. Si no aceptamos la oferta de Burdine, nos encontraremos tarde o temprano arruinados. Él controlará todos los suministros de tranio y no nos quedará otra alternativa que cerrar nuestras fábricas.

—Sin embargo —apuntó pensativo Jared Shane—, si estuviéramos seguros de poder obtener un suministro continuado de tranio procedente de la mina de Drew... —se interrumpió, mirando significativamente a Riskin.

—Voy a proponer este asunto en la reunión de mi consejo de administración mañana —concluyó al cabo de una pausa—. ¿Por qué no baja usted a mi oficina y se entrevista allí conmigo?

—Iré, claro —respondió ansioso Drew.

—Nuestras oficinas se encuentran junto a nuestra Fábrica Uno —le explicó Jared Shane—. Gilson puede decirle más tarde cómo llegar hasta allí.

Vincent Riskin miraba a Drew con abierta hostilidad.

—Sigo pensando que es una estupidez considerar siquiera tal acción —dijo—. Me opondré en el consejo de administración.

Drew notaba cómo en su interior crecía hacia el joven vicepresidente una hostilidad igual.

Pero intervino la fría voz de Gloria Shane.

—Baile usted conmigo —dijo, acercándose mucho a Stephen.

Drew se estremeció, se ruborizó y balbuceó:

—Lo... lo siento... No sé bailar.

Gloria soltó una corta carcajada.

—¿Es que los marcianos no bailan? Vamos, inténtelo... es muy fácil.

Drew se encontró en la pulimentada pista de berilio, la esbelta figura de Gloria entre sus fornidos brazos. Siguió a la joven en sus movimientos, al compás del ritmo de cuerda de la orquesta. Se daba perfecta cuenta de la seducción de aquella mujer... la firmeza del cuerpo femenino apretado contra el suyo, el perfume sutil de su cabellera.

—Lo hace usted muy bien —dijo ella—. ¿Le gusta?

—Oh, sí... me gusta mucho. Esa música es mejor que las flautas y timbales que tocan los marcianos cuando salen las lunas.

Ella volvió a reír.

—Es usted el hombre más extraño que conocí esta temporada... y el más interesante.

—¿Y usted la chica más guapa que yo he visto jamás, señorita Shane! —exclamó convencido Stephen Drew, preguntándose de donde había sacado el valor para decirle lo que pensaba.

Ella hizo una burlona reverencia.

—Gracias, amable señor. Y llamémonos por nuestros nombres de pila y tuteémonos.

—Vincent nos mira con furia —dijo ella al cabo de un momento—. Será mejor que volvamos. Pero te veré mañana. Te acompañaré a la fábrica de papá, si no tienes inconveniente. ¿Dónde te alojas?

—En Pequeño Marte.

—¿Pequeño Marte? ¿De veras? —exclamó Gloria—. Bueno, te recogeré allí una hora antes de mediodía.

Drew se sentía algo turbado cuando se reunió con los demás en la mesa. Sus ojos estaban prendidos en Gloria, y se mantuvieron así hasta que ella y su padre se fueron, con Riskin rígidamente precediéndoles por la puerta del club nocturno.

—Le veré mañana, señor Drew —le recordó Jared Shane al despedirse—. Espero poderle ofrecer buenas noticias tras la reunión del consejo.

—¿No son muy buenas personas? —preguntó ansioso Drew cuando estuvieron solos—. Me refiero al señor Shane y a su hija.

—Pues parece que te desenvolviste muy bien con la hija —comentó con sequedad Jo Duff—. Marciano, será mejor que cuides tus alas. Vuelas demasiado alto para que sea ésta tu primera noche en la Tierra.

El florido rostro de Walter Gilson estaba ansioso.

—Creo que Shane nos respaldaría, Drew, si pudiera hacer que sus consejeros accedieran. Pero ese maldito joven cursi de Riskin es partidario de venderlo todo a Burdine. Bueno, tendremos paciencia. Mañana sabremos lo que han decidido.

Regresaron juntos a Nueva York y se separaron a la entrada de Pequeño Marte. Drew caminó presuroso hacia la escotilla, reviviendo en su mente los minutos que tuvo entre los brazos a Gloria Shane.

—¡*Ark Avul, di karo!* —carraspeó una voz baja en marciano, sobresaltándole y haciéndole reaccionar.

Era Lin L'Lan. El viejo marciano le había estado esperando en la oscuridad a la entrada de Pequeño Marte.

—Ven y verás lo que he hecho por ti, Ark Avul —dijo con orgullo.

Turbado y en cierto modo aprensivo, Drew le siguió hasta un coche cohete aparcado muy cerca. Lin L'Lan abrió la portezuela y señaló triunfalmente al interior.

Drew miró con fijeza todo un largo momento, luego retrocedió. En el suelo del coche estaban despatarrados los cuerpos inmóviles de Lucas Burdine y otro terrestre.

En medio de un áspero silencio, Drew examinó a los dos hombres. Para su alivio descubrió que estaban sin conocimiento por causa de una presión telepática sobre ciertos nervios de la nuca... un truquito marciano con el que estaba familiarizado. El compañero de Burdine era un joven terrestre de rostro anguloso al que Drew no había visto jamás.

Stephen se volvió a Lin L'Lan. El marciano estaba erguido orgullosamente, en espera de su felicitación.

—Aquí está tu enemigo en nuestro poder, Ark Avul. Podemos matarle si así lo deseas y luego volver a Marte.

—¡Lin L'Lan, no sabes lo que te dices! —exclamó Drew, su voz áspera de reproches—. ¿Cómo dominaste a estos hombres?

—Burdine y el otro entraron en Pequeño Marte buscándote. Th'Rulu y nuestros otros amigos no les dijeron nada. Yo les seguí en secreto cuando se fueron. Mientras entraban en el coche les desarbolé con mi mente antes de que pudieran darse cuenta de lo que les pasaba.

—No les maté inmediatamente —prosiguió Lin L'Lan con calma—, porque pensé que pudieras querer sacarles información. Si no es así, los remataré en seguida.

—Lin L'Lan, es un delito muy grave matar en la Tierra a los enemigos —dijo Drew—. Ya te lo dije antes. Te previne. Tenemos que ganar la batalla al estilo de la Tierra.

—¿Mediante la traición y la intriga? No me gustan esos sistemas de pelear. ¡Ark Avul, te estás convirtiendo en un terrestre!

Stephen Drew prestó poca atención a la acusación. Pensaba.

—Burdine y el otro tipo han debido estarme buscando para arrestarme... o quizás para asustarme y que les vendiera todo —murmuró—. Pero no saben quién les atacó. Quizás lo sospechen, pero nada pueden probar. Los reanimaremos y desapareceremos de su vista antes de que recobren por completo el conocimiento.

Con manos expertas, Drew masajeó los nervios paralizados, atendiendo a la vez a los dos hombres. Los vio agitarse débilmente al ir recobrando la consciencia. Presuroso, Drew condujo a Lin L'Lan por la escotilla de aire interior de la cúpula de Pequeño Marte.

Mirando desde la ventana a nivel del suelo, vieron al poco cómo el coche cohete se iba. Drew suspiró aliviado.

—Ya tuvieron bastante para esta noche —dijo—. Ahora, si Jared Shane puede convencer a sus consejeros para que me ayuden, derrotaremos a Burdine.

—¡Intriga y traición! —Gruñó Lin L'Lan malhumorado—. No me gusta. Estás dejando que esos terrestres te pongan en ridículo.

—Hay que combatir al fuego con el fuego, L'Lan. En este mundo uno no puede defender sus derechos abiertamente. Intentar hacerlo así sería verdaderamente actuar como un estúpido.

A la mañana siguiente Stephen Drew fue temprano a un sastre cuya dirección le había dado Gilson. Deseaba muy en serio mejorar su atuendo. El sastre resultó ser un hombrecillo suave que contempló los malformados vestidos de Drew con un desdén carente del menor disimulo. Mostró piezas de brillantes tejidos sintéticos para que el joven escogiera.

—Ahora, señor, si quiere usted entrar en la máquina de tomar medidas...

La máquina de tomar medidas parecía una cabina metálica vacía. Drew entró y el sastre oprimió un botón. Unos pálidos rayos de luz salieron de la pared, escrutando mecánicamente las medidas de Drew y transmitiéndolas a un dispositivo giratorio cercano.

El sastre reguló los controles del dispositivo para que fabricara uno de los tejidos sintéticos seleccionados por Drew. La máquina zumbó suavemente durante unos pocos minutos. El hombrecillo la paró y sacó de ella una chaqueta de brillante seda sintética negra, sin costuras, de una Sola pieza. Los anchos pantalones salieron también al momento.

Drew volvió por último a Pequeño Marte mucho más pobre, pero con tres elegantes trajes sintéticos en un paquete que portaba bajo el brazo.

Se puso un traje blanco sedoso y luego ansiosamente se miró al espejo en la posada de Th'Rulu. L'Lan le contemplaba sombrío desde su asiento.

—Pareces tan cómico como un pájaro payaso de Marte —gruñó el viejo marciano—. Cómo se reirían Oul Vorn y los demás allá en casa si te vieses luciendo atuendos

tan ridículos.

—Tengo que parecer como cualquiera de aquí en la Tierra, o no llegaría en absoluto a ninguna parte —Drevr respondió a la defensiva.

Poco después Drew esperaba impaciente a las puertas de Pequeño Marte y bajo los rayos del sol, cuando un coche plateado en forma de torpedo dobló la esquina y paró a su lado. En el aerodinámico vehículo iba Gloria Shane.

—¿No te importa que me retrasara un poquito? —preguntó ella con una risa cantarina mientras el joven subía al coche—. Realmente te mereces puntualidad por mi parte. Pero raras veces me levanto tan temprano. En realidad, nunca.

El corazón de Drew falló un latido. Gloria estaba aún más guapa que la noche anterior. Vestía un conjunto gris-plata que hacía juego con el coche y la sentaba perfectamente a sus ojos y pelo negros.

Drew aguardó impaciente a que ella hiciese algún comentario sobre su nuevo aspecto. Pero la joven se limitó a mirar con curiosidad los muros transparentes de Pequeño Marte.

—¿De veras te gusta vivir ahí?

Drew se ruborizó y optó por no responder con la esperanza de que Gloria no repitiese la pregunta.

Tomaron hacia el oeste, bajaron por una rampa hasta un nivel inferior, serpentearon por entre el tráfico y luego descendieron veloces por una rampa espiral hasta alcanzar la amplia galería del bulevar sito en el nivel más bajo.

Cinco minutos más tarde salían a un aparcamiento amplio y bien iluminado, excavado en la sólida roca muy hondo por debajo de Nueva York. Drew siguió a la chica por toda una larga serie de corredores chapados en madera. Marcharon en silencio hasta que ella le llamó la atención acerca de un pasillo que conducía a una vasta plaza brillantemente iluminada.

—Allá está la Fábrica Número Uno, Stephen —dijo—. Es la mayor de todas las factorías de la compañía, que en total son seis.

—¿Puedo verla? —preguntó Stephen—. Siempre he deseado visitar alguna de las grandes fábricas de transmutación.

Gloria soltó una carcajada.

—De hecho jamás estuve en ninguna, aunque haya venido por aquí frecuentemente. Vamos. Supongo que es mi obligación inspeccionar la fuente de la fortuna familiar aunque sólo sea una vez.

Bajaron por el pasillo y entraron en un espacio cavernoso tan enorme que Stephen se quedó sin aliento. Tenía una anchura de cien metros y una altura de lo menos ciento cincuenta y se perdía en la azulada lejanía por un trecho de más de dos kilómetros. Sobresaliendo de la luz azulada se veía la masa gigante de una fila de relucientes cámaras, tuberías y otros mecanismos.

Un jefe técnico se acercó presuroso y saludó con respeto a Gloria tocándose la gorra. La identidad de la muchacha era evidentemente bien conocida por todos.

—Queremos echar un vistazo por la línea de producción —le dijo la chica.

—Será un placer guiarles, señorita Shane —respondió rápidamente el técnico, los ojos fijos durante un instante en el rostro algo ruborizado de ella—. Por aquí, tengan la bondad.

Señaló a un enorme depósito metálico que descendía por la roca del muro hacia una imponente torre cúbica al principio de la línea.

—El agua del mar entra por este depósito —explicó—. Cuando llega a esta sección es destilada rápidamente para quitarle todas las sales e impurezas. Luego se la convierte con celeridad en oxígeno e hidrógeno puros mediante una electrólisis de alta potencia. El hidrógeno sigue adelante por aquellas grandes tuberías de allí.

Condujo a la pareja a través de una pasarela hasta un punto en donde las cuarenta tuberías conducían el hidrógeno a otras tantas cámaras esféricas de impresionante aspecto.

—En cada una de esas cámaras el hidrógeno se convierte en cuarenta elementos distintos por transmutación artificial. El proceso es en esencial similar en cada cámara. Entraña construir elevándolo el número atómico de los átomos de hidrógeno.

El hombre miró a Gloria de reojo.

—Puesto que supongo que no está usted muy interesada en la ciencia, me limitaré a resumir el proceso. El hidrógeno es el más simple de los elementos químicos, teniendo una sola carga positiva en su núcleo y un único electrón. Si se le añade otra carga positiva y otro electrón se convierte en el elemento helio. Por esa sencilla síntesis atómica podemos convertir el simple hidrógeno en elementos más complejos.

Señaló varios finos y transparentes tubos de acero que dejaban ver una corriente de polvo gris que penetraba por ellos hasta la parte superior de cada cámara de síntesis atómica.

—Ese polvo gris es tranio, ¿verdad? —preguntó Stephen Drew. Había reconocido el mineral por estar muy familiarizado con él.

—Correcto, señor. Tranio, un elemento radiactivo que sólo se encuentra en Marte, y que es esencial para el proceso de síntesis atómica. Miren, el tranio desintegrante emite partículas subatómicas a pares... un neutrón y un electrón. Cuando tales parejas se unen a un átomo de hidrógeno, éste ve añadidos a su estructura nuclear una carga extra y un electrón a su periferia, quedando así convertido en átomo de helio. De esa manera, podemos sintetizar cuarenta elementos, puesto que el número de parejas emitidas por el tranio al desintegrarse puede ser totalmente controlado.

Les enseñó las tuberías que iban de los cuarenta sintetizadores atómicos hasta unas grandes calderas parecidas a retortas.

—Los elementos recién sintetizados son admitidos automáticamente, en las cantidades precisas para crear los componentes orgánicos que forman las proteínas, carbohidratos y otras bases alimenticias.

Stephen Drew miraba maravillado las corrientes de gelatinas semisólidas que iban siendo bombeadas sin cesar para sacarlas de las retortas gigantes mediante gruesas

tuberías.

—Más allá están las máquinas Analizadoras, que inyectan sabores artificiales y colores a las gelatinas sintéticas —explicó el técnico.

—No tenemos tiempo de ver más, Stephen —interrumpió Gloria Shane—. Papá estará esperando.

Hizo un gesto seco con la cabeza y se apartó del hablador técnico con un ligero encogimiento de hombros. Drew se apresuró a murmurar unas cuantas palabras de gracias y la siguió, saliendo de la vasta cámara.

—¿Te aburraste con tanta ciencia? —preguntó ella.

—No, me impresionó —contestó pensativo Drew—. Esas, enormes máquinas, extrayendo alimentos para millares de millones de personas... darían un inmenso poder a cualquier hombre que adquiriese el monopolio sobre el tranío.

Gloria le había llevado por la masa de brillantes y contrachapados pasillos hasta un conjunto de bien iluminadas oficinas subterráneas. Un secretario admitió a la chica y su acompañante al interior de una salita lujosísima.

—Gloria, no me dijiste que pensabas bajar hoy —dijo Vincent Riskin, levantándose de su escritorio y dirigiéndose hacia ellos. Luego, al fijarse en Drew frunció el ceño—. Oh, viniste acompañándole.

Drew se puso rígido, pero contuvo sus ímpetus.

Riskin señaló con la cabeza a la oficina interior.

—El señor Shane le está aguardando, Drew. Estoy seguro de que le interesará lo que él tiene que decirle.

Jared Shane saludó a Drew con una contrita sonrisa, levantándose de su mesa más despacio que lo hizo antes Riskin y con una expresión muchísimo más conturbada.

—Drew, me temo que tengo malas noticias para usted.

Stephen sintió su corazón zozobrar.

—¿Sus consejeros no acceden a ayudarme con el Gobierno para que pueda conservar mi concesión? ¿Es eso?

—Se mostraron poco propicios a hacerlo así —dijo Shane—. Mire, Riskin y alguno de los demás creen que debiéramos aceptar la oferta de Burdine y vender. Dicen que si nos oponemos a la influencia de Burdine en esta cuestión y perdemos, estará en situación de ejercer una presión peligrosa, incluso para destruirnos por completo.

—¡Pero no pueden consentir que Burdine obtenga el monopolio de los alimentos sintéticos! Usted mismo dijo que eso sería una mala cosa que un hombre solo controlase absolutamente los suministros alimenticios de la Tierra.

—Lo sé... va contra mi conciencia —admitió apenado Jared Shane—. Pero Riskin y los demás tienen razón en cuanto al peligro que podríamos tener que afrontar.

Shane permaneció silencioso durante un momento, sus ojos sombríos mirando al vacío más allá de Drew y de las paredes cubiertas por chapa de la oficina.

—Hay una solución posible —dijo por último—. Yo podría hacer que los demás le respaldaran en este forcejeo si mis consejeros estuvieran absolutamente seguros de que usted continuaría sin intermitencias suministrándonos tranio. Recuerde, Burdine controla casi todas las otras fuentes de tranio a través de sus compañías títtere.

—Ciertamente yo accedería gustoso a vender tranio sólo a *Transmutation* —dijo Drew con énfasis.

—Podríamos incorporar su mina de tranio a *Transmutation* como empresa subsidiaria. Así la mina sería legalmente una parte de nuestra compañía y podríamos presentarnos ante el Gobierno y alzar un fuerte puño amenazador ante la perspectiva de que le revocaran a usted su concesión. El Gobierno, con toda seguridad, no iría a despojarnos de nuestra única fuente productora de tranio, si esa fuente nos pertenecía legalmente.

—¿Hacer mi mina subsidiaria de *Transmutation*? —pregunto Drew—. ¿Quiere usted decir que mi título pasaría a su compañía?

—En absoluto, Drew. Mire, su mina se incorporaría como subsidiaria pero usted continuaría poseyendo todo el paquete de acciones de ella. La única restricción para usted sería el contrato de vendernos tranio en exclusiva.

Las esperanzas de Stephen Drew renacieron.

—¡Oh, eso lo resolvería todo! ¿Cree que sus consejeros aceptarán el acuerdo?

Jared Shane asentó su mandíbula con expresión enérgica.

—Drew, voy a obligarles a aceptarlo o a hacerles dimitir. Estoy decidido. No consentiré que ese granuja de Lucas Burdine consiga un monopolio que le permitiría obtener beneficios a expensas de la población terrestre.

Se adelantó resuelto y cogió con calor la mano de Drew.

—Muchacho, usted me ha ayudado a decidir una cuestión que llevaba mucho tiempo preocupándome. Me he sentido culpable ante la idea de vender mi empresa a Burdine.

Acompañó a Stephen hasta la puerta.

—Va a costarme algún tiempo y esfuerzos convencer de que este plan es el mejor a mis consejeros. Mientras, asegúrese usted de que su agente lo aprueba.

—Sé que Gilson lo aprobará —dijo Drew—. A duras penas podríamos haber esperado una ayuda como ésta.

—No obstante, consígase la opinión de Gilson. Quiero que esté usted satisfecho de que obra de la manera más correcta. Y le haré saber lo antes posible si he logrado que Biskin y los otros acepten el plan.

Al mencionar el nombre de Riskin las ansiosas esperanzas de Drew se ensombrecieron un poco. Sabía, que no le era simpático al joven vicepresidente y que éste probablemente se opondría con vigor al acuerdo.

Cuando Drew salió, Riskin estaba hablando con Gloria Shane. Tenía el ceño fruncido y en sus ojos había un brillo colérico. Pero Gloria se hallaba sentada al borde de un escritorio metálico, balanceando tranquila sus esbeltas piernas.

—¿Va a ayudarte papá? —preguntó, mirando a Drew con fijeza.

Drew miró de reojo y con inseguridad a Riskin.

—Todavía no está seguro de poder hacerlo. Pero tiene un plan.

—Bueno, de todas maneras hoy has terminado ya con los negocios —dijo Gloria, saltando del escritorio—. Vámonos... te enseñaré la ciudad.

—Estabas citada conmigo —protestó Riskin, con la voz preñada de reproches.

—¿De veras? —respondió Gloria con dulzura—. Entonces he debido confundirme. Vamos, Stephen.

Drew miró atrás al salir y vio que Vincent Riskin les contemplaba con ojos asesinos. Drew se sintió molesto.

—No le soy simpático —dijo.

Gloria rió, pero no respondió. Sus finos dedos le agarraron las manos mientras cruzaban la plaza y entraban en el coche cohete plateado.

Viajaron varios kilómetros hacia el norte en pocos minutos. Las pirámides aterrazadas ya no eran tan impresionantes en los alrededores de la ciudad y la calzada se aproximaba al suelo más y más.

Horas después el mundo se envolvía en una cálida y suave oscuridad cuando Gloria condujo el coche hacia casa a lo largo de la autopista. Detuvo el vehículo cuando la calzada ascendía y señaló hacia las brillantes e increíbles torres que asomaban por delante.

—Esta es la mejor de todas las vistas de Nueva York, Stephen —murmuró.

Su carita fresca y hermosa estaba vuelta hacia él y sus ojos oscuros le miraban provocativos. Drew tocó dudoso los sedosos hombros, como si la muchacha fuese algo precioso y frágil. Sintiéndose atrevido, la besó.

Gloria soltó una ligera carcajada cuando se apartó.

—Creí que el beso de un marciano salvaje sería más emocionante.

Ella volvió a besar, esta vez salvajemente. Los labios de ella eran dulces y cedieron, los frescos brazos se ciñeron al cuello varonil.

IV

Jo Duff miró a Drew confuso cuando éste entró a la mañana siguiente en el despacho de Gilson.

—Oh, marciano, te has convertido en un elegante —dijo ella, sus impertinentes ojos azules incrédulos mientras se fijaban en el caro traje sintético que vestía Stephen—. Apuesto que gastaste más en ese conjunto que lo que sueles hacer en un año de Marte.

—Bueno, tenía que vestirme de manera adecuada —contestó a la defensiva Stephen Drew—. No podía ir por ahí con Gloria y sus amigos en un traje anticuado.

Los ojos azules de Jo se contrajeron una pizca.

—¿De manera que has estado saliendo con la Chica Guapa Número Uno? Marciano, déjame que te dé un aviso... esa chavala no es buena para ti.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso precisamente?

Jo se encogió de hombros.

—Sólo que tiene la costumbre de tomar el pelo a los jóvenes buenos como tú, hacerles subir a la estratosfera y luego dejarles caer. Se ha lanzado sobre ti porque eres una novedad... un marciano-terrestre. Pero se cansará y volverá, como siempre hace, con Vincent Riskin.

—¡No sabes lo que te dices! Estás hablando de estas cosas sólo porque tienes envidia de la riqueza y posición de Gloria. La conozco mejor que tú y no creo ni una palabra.

Walter Gilson, atraído por sus voces, salió presuroso del despacho interior.

—¿Qué dijo Jared Shane, Drew? —preguntó—. ¿Aceptó utilizar su influencia para ayudarte a mantener tu concesión?

Drew le habló de la proposición de Jared Shane. Eligió las palabras con cuidado, repitiendo lo que el magnate había dicho elaboradamente.

—Me parece un buen plan —terminó, convencido.

—¿Bueno? —exclamó Walter Gilson—. ¡Es terrible! Porque si tu mina se hace subsidiaria de *Transmutation*, Burdine no tendrá influencia bastante para rozar tu concesión. Mira, jamás soñé que Shane fuese tan lejos en su propósito de ayudarte.

Dio un metido cariñoso a las costillas de Drew.

—Apuesto a que su hija habló en tu favor, ¿eh? ¡Bien hecho, Drew!

Drew se ruborizó.

—Bueno, en realidad el señor Shane no estaba seguro de poder obtener de sus consejeros que aceptasen el plan. Pero me prometió hacer cuanto estuviera en su mano.

—Entonces es capaz de hacerlos bailar al son que les toque, si Vincent Riskin no se opone demasiado en la discusión. Riskin está decidido a vender toda la compañía a

Burdine. A veces me pregunto si no tiene algún trato secreto con Burdine. Sin embargo, Jared Shane debía ser capaz de vencer su oposición.

Jo Duff había estado escuchando y ahora habló:

—Yo de ti, marciano, tendría muchísimo cuidado. La gente que entra en tratos con grandes corporaciones a veces sale sin camisa.

—No entiendo —dijo Drew impaciente—. Incluso, aunque mi mina se incorpore como empresa subsidiaria, seguiré poseyéndola porque guardaré las acciones. Todo lo que tengo que hacer es acceder a vender tranio sólo a *Transmutation*.

—Claro —dijo Walter Gilson—, Shane necesita alguna garantía de un suministro de tranio antes de arremeter abiertamente contra Burdine. Yo sólo espero que Shane sea capaz de convencer a sus consejeros para que acepten el plan.

Se volvió furioso a la chica.

—¿Por qué no se limita usted a sus funciones de secretaria en vez de comentar los negocios que usted desconoce por completo, señorita Duff? Sus observaciones en el Submarine Club la otra noche estaban fuera de lugar también.

Drew se sintió incómodo al ver la reprimenda de que era objeto la chica, aunque también se sintiera un poco resentido. Se volvió para marcharse, luego se derivó un momento a la puerta.

—Me cambio y salgo de Pequeño Marte —dijo con indiferencia. Dio el nombre de un hotel—. Tomaré una *suite* allí. Gloria Shane dijo que era un buen lugar.

Pero cuando Drew regresó a Pequeño Marte e informó al viejo marciano de su intención de cambiar de alojamiento, L'Lan se puso difícil. En primer lugar, no había motivos para el cambio.

—Nuestra propia gente está aquí, Ark Avul —dijo el viejo marciano—. Th'Rulu y los Kors y los demás son buenos amigos en quienes puedes confiar. ¿Por qué quieres vivir entre esos terrestres, en aquel manicomio colosal?

—No lo entiendes, L'Lan. La gente de la Tierra se inclina muchísimo por el modo en que vive un hombre y cómo viste.

—¿Entonces te avergüenzas de que tus amigos terrestres sepan que vives aquí en el barrio marciano? —preguntó con descaro el viejo marciano.

—No, claro que no —dijo Stephen Drew, embarazado—. Pero es inconveniente vivir aquí. Naturalmente que vendré a menudo para verte.

—¿Qué quieres decir? Si tienes que irte, te acompañaré.

—No, L'Lan, sería muy duro para ti vivir todo el tiempo fuera de aquí —dijo Drew muy serio—. Ya estoy muy acostumbrado a la atmósfera y a la gravitación. Pero tú no y esto te perjudicaría.

—Quizás Ark Avul tema que tus nuevos amigos se rían de tu asociación con el viejo L'Lan —repuso el marciano muy triste.

Drew estaba apenado por la acusación. Sabía que era lo suficiente sincero en su deseo de ahorrar a L'Lan las malas condiciones terrestres.

Finalmente logró convencer al marciano que era mejor para él quedarse.

El hotel que Drew había escogido era una impresionante pirámide no lejos de la oficina de Gilson. Los suaves y corteses empleados se hicieron cargo de él al momento en que entró en el vestíbulo recubierto de espejos. Un ascensor cohete le llevó hasta uno de los pisos altos y allí un empleado obsequioso le acompañó hasta su *suite*, la más costosa del establecimiento.

—El televisor está en la sala de estar, señor —le dijo el empleado a Drew, señalando el compacto instrumento con su cuadrada pantalla de vidrio—. El panel de al lado opera el servicio automático de alimentación sintética. Si necesita algo más, será un honor servirle.

Drew se sintió algo solitario cuando el empleado se fue. En cierto modo, deseaba haber regresado a la desnuda habitación de piedra de la posada de Th'Rulu.

Y echaba de menos la silenciosa presencia de L'Lan.

Estaba comenzando a deshacer la maleta cuando el televisor zumbó suavemente. Drew trastabilló hasta descubrir los botones que lo ponían en marcha.

El corazón le dio un salto cuando el rostro fresco y hermoso de Gloria Shane apareció en la pantalla.

—¿De modo que ya te has cambiado, Stephen? ¿Te gustaría ir con algunos amigos míos esta noche a los Jardines sin Peso?

—¡Sabes que contigo iría a cualquier parte! —dijo Drew, sin darse cuenta del todo de lo atrevidas que debían haber sonado sus palabras.

—De acuerdo. Te recogeremos dentro de una hora más o menos.

Oscurecía ya casi por completo y las luces ocultas en el cuarto de Drew se encendían automáticamente. Con prisa se puso un traje sintético de seda oscura propio para la noche.

Aguardaba en la calle cuando Gloria y sus amigos llegaron. Eran una docena, un grupo animoso y gritón de jóvenes apretados en un coche cohete largo y dorado.

—¡Ese es tu hombre de Marte, Gloria! —gritó una de las chicas—. Hacedle sitio aquí atrás. Me gustaría mucho hablarle.

—¡Sitio para un hombre de Marte! —repitió muy serio un hermoso joven de rostro enrojecido por el abuso de los estimulantes sintéticos.

Drew, aleccionado en la cortesía grave y silenciosa marciana, se sintió a disgusto al meterse en medio de aquella multitud ruidosa y desordenada. Pero olvidó su momentánea intranquilidad cuando halló sitio junto a Gloria y notó el contacto en su mano de sus frescos dedos.

—Confiaba tener la oportunidad de verte a solas esta noche —dijo muy serio cuando el gran coche cohete se puso en marcha.

Ella sonrió.

—Quizás más tarde, Stephen. Te gustarán los Jardines Sin Peso. Son muy divertidos.

El coche había estado enfilando una sorprendente masa de rampas y subidas. Por último se detuvo ante una estructura alta y cúbica. Sobre ella, en la oscuridad,

llameaba un letrero luminoso azulado: JARDINES SIN PESO.

Apenas había entrado en el alumbrado jardín interior del gran edificio cuando Drew se quedó asombrado al ver a un joven bailando alegremente con una chica, ambos flotando unos seis metros por encima del suelo.

Vio que por el centro del jardín flotaba también una enorme masa esférica de agua, mantenida junta por cohesión. Que fuera de esta esfera milagrosamente suspendida se lanzaban hombres y chicas, con bañador, entrando y saliendo del agua. No sólo gente, sino mesas, sillas y cojines flotaban en increíble suspensión muy por encima del suelo.

—Oh, ¿qué? —exclamó Drew—. ¡Jamás vi cosa igual!

Gloria soltó la carcajada.

—En este jardín, Stephen, no hay gravedad. Toda la gravedad está científicamente neutralizada por placas antimagnéticas enterradas bajo el suelo. El tejado está diseñado para conservar el aire encerrado dentro. ¡Mírame!

Gloria se adelantó desde la entrada penetrando en el edificio. Entonces, con un ligero salto, resbaló aire arriba en un gracioso vuelo parecido al de los cohetes. Drew la siguió, un poco de mala gana. Y mientras penetraba en el interior del edificio desgravitacionado, se encontró saliendo disparado tras ella.

Flotó con torpeza en el aire a tres metros por encima del suelo. Gloria Shane se colocó a su lado casi al instante, riéndose de su torpeza.

—La única manera de que una pueda avanzar aquí es palmear el aire con las manos. ¡Vamos... te ayudaré!

Le cogió de la mano y ambos hicieron movimientos natatorios como los demás. Fueron seguidos por una serie de gritos locos de los compañeros de Drew.

Él se sintió aburrido mucho antes de que los demás tuvieran bastante. Le parecía una forma infantil y tonta de recreo... incomparable a la fiera emoción de perseguir dragones de las rocas en el Gran Desierto del Sur.

Drew notó una súbita vaga alarma en sus ojos cuando éstos descansaron en dos hombres que acababan de entrar en los jardines. Eran terrestres, morenos y de rostros tensos.

—Gloria, estoy seguro de que estos dos tipos me siguen —dijo, aferrándole el brazo con los dedos—. Les he visto muy a menudo para que sea una mera coincidencia. Si Burdine les envió a espiarme...

—Con toda probabilidad es una coincidencia —contestó ella tranquilizadora—. Pero si quieres marcharte ahora, hagámoslo. Yo misma me he aburrido ya.

Llamó a sus felices compañeros y al poco habían vuelto a salir a la suave oscuridad.

—¡La noche acaba de empezar! —anunció un joven entusiasmado—. Todavía tenemos tiempo de ir a la nueva revista en estéreo del Metropole.

Se apiñaron en el coche cohete dorado.

Gloria se quedó atrás.

—Vosotros id delante, que Stephen y yo os seguiremos en un taxi cohete. En este coche hay mucha gente ya.

—¡Será mejor que te cuides, Gloria! —la aconsejó una de las medio intoxicadas chicas mientras el coche dorado se alejaba—. Los hombres de Marte son peligrosos.

Ocurrió muy rápidamente, un minuto o dos después de que se encontraran solos, apenas instalados en el taxi. Los labios de ella eran cálidos y suaves cuando la besó y su piel morena tenía un aroma fragante al rozarle su mejilla varonil.

La retuvo durante un largo rato, sin hablar.

—Gloria —susurró muy serio—, ¿crees que tu padre se opondría a nuestro matrimonio?

—¿Nuestro *matrimonio*?

Examinó su cara con ansiedad.

Drew preguntó, ingenuo:

—¿Acaso la gente de la Tierra no se casa cuando se aman, como pasa en Marte?

—Oh, sí, claro —Gloria soltó una carcajada—. Pero tenemos mucho tiempo para pensar en cosas así.

Era casi la mañana antes de que el ruidoso grupo se fraccionara. Drew volvió a su hotel, cansado, doliéndole la cabeza por demasiado estimulante sintético. Y se sentía vagamente preocupado, porque en el Sky Club había advertido la presencia silenciosa y retirada de los dos tipos de rostro tenso que sospechaba le seguían.

Un joven de rasgos acusados se adelantó hasta Stephen Drew cuando estaba a punto de entrar en sus habitaciones. ¡Era el hombre que acompañó a Burdine a Pequeño Marte!

—Señor Drew, necesito verle —dijo—. Es urgente.

¡PLOP! Algo estalló en el rostro del hombre. Se tambaleó hacia atrás con un sofocado jadeo, cogiéndose la garganta y cayendo en silencio hasta el suelo. Drew captó una ráfaga de punzante y potente vapor.

Giró en redondo. Los dos terrestres de rostro duro que no se le habían apartado de la cabeza hasta este mismo instante se acercaban apresurados. Uno de ellos se embolsillaba una pequeña y compacta pistola.

El hombre que se guardaba la pequeña arma habló apresurado:

—Todo va bien, señor Drew. El señor Gilson nos contrató para procurar que ninguno de los hombres de Lucas Burdine le molestara. Pescamos a este individuo pronto con una cápsula de gas.

—¿Quieren decir que me han estado siguiendo todo este tiempo? —preguntó Drew incrédulo.

—Eso mismo —contestó el otro—. Tenemos órdenes estrictas del señor Gilson de vigilarle. Hemos tratado de no molestarle en absoluto.

—Eso ha sido una atención de Gilson —dijo Stephen Drew—. Pero estoy acostumbrado a pelear mis propias batallas.

Los dos hombres habían alzado al tipo de rostro acusado, poniéndole en pie y

ahora le sostenían entre ambos.

—Le llevaremos hasta el ascensor de carga, le bajaremos y le dejaremos en un parque —dijeron a Drew—. Cuando despierte, se sentirá bien.

Drew, pensativo, entró en sus habitaciones. No le gustaba la idea de guardaespaldas. Se sentía vagamente turbado porque su cita con Gloria había resultado en cierto modo insatisfactoria.

V

Durmió pesadamente extrañando aquel colchón de helio hasta que el zumbido insistente del televisor le despertó bien entrada la mañana.

Al instante manipuló los diales y el rostro de Walter Gilson apareció en la pantalla.

—Drew, todo está arreglado —dijo el agente jubiloso—. Me acaba de llamar Jared Shane y me ha informado que sus consejeros han aceptado incorporar tu mina de tranio como empresa subsidiaria de *Transmutation*. Ahora iremos a sus oficinas y firmaremos el contrato.

—¡En seguida estaré en tu despacho! —le aseveró Drew, y cortó la transmisión.

Cuando entró en la oficina de Gilson, el regordete agente le dio unas palmaditas en la espalda felicitándole.

Drew preguntó casi de inmediato:

—¿Dónde está Jo? Me gustaría darle las buenas noticias.

Walter Gilson sacudió la cabeza.

—Tuve que despedirla. Últimamente se mostraba demasiado descarada y ayer la pillé hurgando en mis archivos particulares.

Stephen Drew parecía incrédulo.

—No puedo creer que ella sea capaz de hacer algo deshonesto.

—Yo tampoco, hasta que la pillé con las manos en la masa —dijo Gilson con tristeza. Cogió a Drew por el brazo—. Vamos. ¡Bajaremos a las oficinas de *Transmutation* ahora y firmaremos antes de que Shane cambie de idea!

Cuando Drew y el agente entraron en el despacho de Shane, el magnate saludó a Drew con un cálido apretón de manos. Vincent Riskin se contentó con una rígida inclinación de cabeza.

—El acuerdo está preparado, Drew —dijo Shane—. Ahí lo tiene. Como advertiré, nos da permiso para incorporar la Mina de Tranio de Drew como empresa subsidiaria de *Transmutation*. Usted retendrá todas las acciones de la compañía subsidiaria, pero nuestros consejeros tendrán control nominal de operación y el derecho exclusivo de comprar el tranio de su mina.

—Será mejor que me permita leerlo —dijo con viveza Walter Gilson—. Estoy seguro de que al señor Shane no le importará. Es una simple rutina...

—Es usted muy prudente —afirmó Vincent Riskin—. De haberlo hecho a mi manera, nuestra compañía nunca hubiese aceptado este plan.

—Vamos, Vincent, el señor Gilson tiene perfecto derecho a examinar el contrato —le reprendió Jared Shane.

Gilson rápidamente repasó el contrato. Luego alzó la vista con una sonrisa.

—No hay nada malo con esto, Drew. Puedes firmarlo.

Stephen Drew puso cuidadosamente su nombre en ambas copias del documento. Cuando Shane le entregó uno de los ejemplares, cuadró los hombros en formal acción de gracias y en gesto al mismo tiempo de orgullo.

—Estoy muy contento de que estemos ahora protegidos —dijo—. Me han perseguido desde que vine aquí y he estado apurado por la posibilidad de que desconocidos se apoderasen de nuestra mina y explotasen a nuestros trabajadores marcianos. Me alegra saber que ayudo a impedir que la compañía de Burdine se ponga dura con hombres de integridad humana de buena voluntad.

Jared Shane le acompañó hasta la puerta.

—Celebraremos el acontecimiento esta noche —dijo con vivacidad—. Gloria traerá unos cuantos amigos a nuestra casa. Le esperaremos a las ocho.

Walter Gilson se mostró expansivo cuando salieron y en el camino de regreso a la superficie en el coche cohete del agente.

—¡Se acabaron tus preocupaciones! —exclamó—. Con *Transmutation* respaldándote, Burdine no tendrá ni posibilidad en el mundo de hacer que revoquen tu concesión. Te has comportado muy bien en el mundo de las altas finanzas para ser un hombre sin conocimiento de la materia.

—Estoy convencido de que Gloria ayudó muchísimo más de lo que quiera reconocer —dijo Drew, con un cálido agradecimiento en su voz—. Estoy impaciente por verla.

Al dar las ocho aquella noche Stephen Drew entró en el soleado palacio de Shane en la cima de una de las pirámides truncadas mayores del corazón de Nueva York.

Todo el apartamento ocupaba la cima de la colosal estructura y había sido transformado en un jardín de hadas. Árboles graciosos y floridos y macizos de brillantes flores se alzaban de por encima de un lecho suave y verde y en el centro de aquel rascacielos-jardín iluminado por la luna descansaba la brillante burbuja que era la mansión de Jared Shane.

Gloria Shane cruzó hacia él, esbelta en un traje blanco de seda bordado en oro. En su pelo destacaba una joya verde.

—¡Hola, marciano! —dijo.

Durante un momento Drew se quedó turbado por un doloroso recuerdo. *Marciano* era lo que siempre solía llamarle Jo Duff y le sabía mal pensar que la rubia e impenitente Jo estuviese en apuros.

Pero la intoxicante proximidad de Gloria disipó rápidamente sus pensamientos preocupados. Los ojos se posaron con ternura en los planos suaves, en las curvas luminosas de su adorable rostro.

—Ven, Stephen —dijo ella—. Vincent ya llegó.

Drew no tenía el menor deseo de ver a Vincent Riskin y así lo dijo, pero Gloria se limitó a reírse y lo atrajo hacia el borde del jardín. El vicepresidente de *Transmutation* estaba tumbado en la terraza con un vaso alto, el rostro enrojecido por los estimulantes sintéticos.

Sorprendentemente, Riskin parecía estar esta noche de muy buen humor. Se le veía casi jovial cuando puso una copa en la mano de Drew.

—Por usted, Drew —brindó con voz algo espesa—. Fue un trato muy inteligente el que puso sobre el tapete, aun cuando sea usted de Marte.

—¿Todavía no has tenido bastante, Vincent? —preguntó con frialdad Gloria—. La gente estará deseando salir después de cenar. No podrás venir a ninguna parte si sigues poniéndote en ridículo.

—No te preocupes por mí, Gloria, cariño —replicó Riskin guiñándole el ojo—. Yo seré el alma de la fiesta esta noche.

Los otros invitados estaban llegando y Drew acompañó a Gloria cuando ésta se dirigía a saludarles. Drew había conocido a la mayor parte de los recién llegados con anterioridad y ellos le saludaron jovialmente con referencias humorísticas a su panorama marciano.

En la cena la multitud de los invitados era alegre, con Jared Shane sonriendo benévolo desde la presidencia de una gran mesa de plata en una habitación que era como la bóveda interior de una nacarada concha.

—Drew, ¿comen en Marte en mesas, o simplemente se ponen en cuclillas en el desierto? —preguntó muy serio Vincent Riskin.

Drew se estremeció interiormente ante aquel insulto deliberado, pero logró dominar su cólera.

—No somos tan incivilizados como algunas personas de la Tierra nos creen.

—Vincent sólo bromeaba, Drew —aclaró rápidamente Jared Shane.

Riskin hizo un gran aparato de arrepentimiento.

—Seguro, sólo bromeaba —dijo en voz alta—. No quisiera ofender a Drew ahora que es nuestro socio. Los socios han de permanecer juntos.

Drew estaba demasiado furioso para comer aquellas brillantes gelatinas y líquidos y su apetito no se vio aumentado por el hecho de que Gloria se sentase cerca de Riskin en el lado opuesto de la mesa y que el vicepresidente siguiese susurrándole cosas al oído.

Sintió alivio cuando terminó la cena y Jared Shane les dio las buenas noches en sus modales agradables.

Pero apenas habían salido cuando el clamor de una discusión se alzó entre el grupo y él se encontró otra vez encolerizado.

—Estoy harta del Submarine Club y del Sky Club —dijo Gloria, mientras uno de los invitados insistía en que preparasen los planes para la noche.

Vincent Riskin sacudió la cabeza.

—Escuchad, tengo una idea mejor. Algo nuevo. ¿Qué os parece una vuelta por Pequeño Marte, guiados por un verdadero marciano? Me refiero, claro, a nuestro buen amigo Drew.

—¡Vaya, excelente idea! —gritó entusiasmado un joven ligeramente intoxicado que formaba parte de la primera fila del grupo. Abordó a Stephen Drew ansioso—.

Lo harás, ¿verdad, Drew? Puedes hablar marciano y...

—Drew no sólo habla marciano —interrumpió Riskin—. Tiene amigos en Pequeño Marte. De hecho, ha vivido hasta hace pocos días allí. Con él como guía, la experiencia será verdaderamente impresionante.

Riskin le miraba con un triunfante desdén en el rostro, mientras el clamor del grupo defendió la idea con entusiasmo.

De pronto Gloria se colocó a su lado, cogiéndosele del brazo.

—Vamos, Stephen... di que aceptas. Disfrutaremos viendo Pequeño Marte teniéndote a ti como guía.

—¡Pero, Gloria, no lo entiendes! Los marcianos de allí son amigos míos. ¡No son monstruos para ser mirados con curiosidad!

—Lo sé, pero no se enfadarán porque nos lleves al barrio —suplicó ella—. Por favor, Stephen... hazme ese favor.

—Está bien —dijo él y sintió que debió haberse mordido la lengua antes de acceder.

Las dudas de Drew acerca de la sabiduría de lo que estaba haciendo crecieron rápidamente cuando marchaban a gran velocidad por la impresionante ciudad en dos coches cohete. La gran hilaridad de los demás le molestaba.

Su temor se incrementó con mayor viveza cuando se acercaron a Pequeño Marte.

Cerca de la entrada de la cúpula de la colonia marciana, Stephen Drew se volvió a los demás.

—Hace mucho frío ahí dentro para los terrestres —dijo avisándoles.

—Está bien, Drew. Todos trajimos nuestras capas —contestó Riskin—. Guíanos.

Las estrechas y oscuras calles de la colonia marciana estaban en silencio y los pocos marcianos de las avenidas miraron con rostros impasibles al ruidoso grupo terrestre. Pero Drew vio en aquellos sombríos rostros rojos un altivo disgusto al ver que los visitantes tomaban el barrio como zona u objeto de su curiosidad.

—¡Mirad esa graciosa posada al extremo de la calle! —exclamó Gloria—. Entremos y bebamos vino marciano verdadero.

El corazón de Drew le dio un vuelco. La chica señalaba a la hostería de Th'Rulu. De mala gana, les acompañó calle abajo. El propio Th'Rulu y los serios hermanos Kor y Az Akaru, el joyero, estaban sentados al exterior, bebiendo vino de Kian.

—¡*Qua vo kebas, Ark Avul!* —señaló a Drew, Th'Rulu—. Que las dos lunas te favorezcan.

—¿Dónde está L'Lan? —preguntó Drew a Dri Kor, ansioso, mientras el grupo se arracimaba alegre a ambos lados—. Sigue aquí, ¿no?

—*Sao, Ark Avul* —murmuró el alto joven marciano muy serio—. Le diré que has venido.

Los compañeros de Drew habían comenzado a sentarse, riendo al ver aquellas

sillas o banquetas sin respaldo. Hicieron carantoñas cuando tomaron el amarillo vino de Kian que Th'Rulu les sirvió.

—No tiene el mismo gusto que los estimulantes sintéticos, Stephen —rió Gloria.

—Probablemente va bien con la carne de lagarto que se come en Marte —apuntó Vincent Riskin.

Drew no tuvo ocasión de responder. L'Lan salía de la posada. La arrugada cara roja del viejo marciano parecía ansiosa desde el principio, pero se nubló en una máscara de desaprobación cuando se fijó en la riente y balbuceante multitud.

—¿De modo que esos son tus nuevos amigos, Ark Avul? —preguntó el viejo en marciano—. Charlan como monos del canal. ¿Por qué les trajiste?

—No quería que viniesen, L'Lan —explicó rápidamente en marciano—. Pero insistieron en ver este barrio.

L'Lan se apartó con un encogimiento amargo y condenatorio.

—Te volveré a ver cuando vengas sin esas gentes charlatanas, Ark Avul.

Stephen Drew se sintió desgraciado mientras el anciano volvía a entrar en la posada. Los hermanos Kor y Az Akarau también se habían retirado.

—Vayamos a otro sitio —dijo Drew ansioso a sus conocidos.

Finalmente logró sacarles de la posada de Th'Rulu. Pero él se sentía muy incómodo cuando les condujo a través de las silenciosas calles de piedra de la colonia. Hicieron ruidos y fuertes comentarios sobre las costumbres marcianas y Riskin siguió pinchándole con preguntas de doble intención, cada una ocultando la reflexión sarcástica del mundo en que había vivido Drew en Marte. Stephen estaba apenado de ver que Gloria se reía ante todas aquellas estupideces.

Se alegró al ver que el grupo se aburría.

—Ahora volemos hasta la Ciudad Flotante, al circo de agua —sugirió una de las chicas intoxicadas cuando salían del Pequeño Marte y entraban en las calles normales.

La idea fue acogida con un grito aprobatorio.

—Yo no os acompañaré —dijo Drew a Gloria muy serio—. Tengo algo importante que hacer.

—De acuerdo, Stephen —contestó ella, en apariencia no muy contrariada.

—¿Podemos salir solos mañana?

Gloria sonrió algo mecánicamente.

—Me temo que no, Stephen. Pero te llamaré cuando esté libre.

Profundamente dolido por la indiferencia de ella, vio cómo en compañía de otras chicas se marchaba en los coches cohete. Luego se volvió para tornar a entrar en Pequeño Marte, excusarse ante Th'Rulu y los demás pidiéndoles que dispensaran el comportamiento de sus compañeros.

Cuando comenzaba a dirigirse hacia la entrada de la colonia, oyó cómo un coche se detenía en la calle a sus espaldas.

Hubo una detonación súbita y fuerte y sintió cómo una ardiente nube de gas le

envolvía.

Perdió el conocimiento.

VI

Cuando Drew despertó le dolían los pulmones. Se encontraba en una pequeña habitación cuadrada, sentado y atado a una silla metálica. Enfrente de él mirándole en espera de que abriese los ojos, estaba sentado también un terrestre moreno... Lucas Burdine.

Drew miró en su torno turbado, sacudiendo la cabeza para aclararla. Las paredes de la pequeña cámara eran blancas y sólo una lámpara colgada enviando luz a las puertas de cobre y a las estanterías. Cerca de una de las puertas, vigilando atento a Stephen Drew, estaba un joven de rostro anguloso. Drew le reconoció como el hombre que acompañó a Burdine a Pequeño Marte en la noche en que L'Lan los dejó sin conocimiento atacando los *nervios* de la pareja. Más tarde fue el individuo que intentó acercársele en su hotel.

La mirada de Drew volvió a Lucas Burdine. El flaco presidente de *Synthesubstances* se inclinaba un poco hacia delante, sus ojos oscuros clavados en el rostro de Drew.

—Está bien, Staines... puedes irte ya —dijo Burdine al joven. Este asintió y se fue en silencio.

Drew hervía de rabia interiormente. Pero sincero a su educación marciana, se obligó a permanecer exteriormente en calma.

—Finalmente me capturó, Burdine —dijo con llaneza.

—Drew, tuve que emplear este medio para conseguir que me escuchara —respondió Burdine con gravedad—. Desde que usted llegó a la Tierra, he intentado verle. La primera vez que nos conocimos por poco me mata antes de que tuviese oportunidad de hablar. Y cuando bajé con Staines a Pequeño Marte buscándole, alguien nos dejó sin conocimiento de alguna manera diabólica. Más tarde, le envié a Staines con un mensaje, pero los dos hombres de Gilson le derribaron. Sólo me quedaba un recurso... hacer que Staines le dejara sin conocimiento a usted con un proyectil inofensivo de gas y que le trajese aquí. Por fortuna, los dos guardianes de Gilson no parecían estarle siguiendo esta noche. Stephen Drew forcejeó inútilmente contra las ligaduras que le tenían atado a la silla y que le dejaban desamparado.

—Le soltaré en cuanto haya tenido la oportunidad de escucharme, Drew —anunció muy serio Lucas Burdine—. Ha de escuchar mi propuesta.

—Burdine, pierde su tiempo —le aseguró Drew—. Su plan para hacer que revoquen mi concesión de tranio no tiene la menor posibilidad de triunfar, ahora que me respalda *Transmutation*.

Burdine pareció abrumado.

—¿Mi plan de hacer que revocaran la concesión? ¿De qué está usted hablando?

—Sabe muy bien lo que digo. Usted intentaba conseguir que el Gobierno

revocase mi concesión, para reclamarla usted.

—Oh, esa es la cosa más estúpida que viera jamás —el rostro de Burdine se quedó pálido de pronto—. ¿Qué ha querido decir al anunciarme que tenía el respaldo de *Transmutation*?

—La verdad. Mi mina de tranio se ha incorporado como empresa subsidiaria de *Transmutation*. Toda la influencia de Jared Shane está a mis espaldas ahora. Él mantendrá mi concesión impidiendo que sea revocada.

El efecto de esta afirmación sobre Lucas Burdine fue aplanador. El presidente de *Synthesubstances* pareció anonadado por la información.

—¿Hizo usted eso? —dijo con voz gruesa—. Entonces *Transmutation* ha ganado. Shane me derrotó.

—¿Lo ve? —preguntó Drew, manteniendo su voz tranquila—. Ya le dije que estaba perdiendo el tiempo. Su complot por conseguir el monopolio del tranio ha quedado destruido.

Burdine le miró con ojos extraviados y sin verle. Luego soltó una carcajada, un sonido estremecedor.

—Pobre estúpido. Pobre novato de Marte. Ni siquiera se ha dado cuenta de lo que ha pasado.

—Yo me doy cuenta de que el provechoso monopolio en los alimentos sintéticos que usted preparaba puede darse por terminado.

—¿Usted cree eso? Bueno, le diré la verdad. Ahora sí que hay un monopolio del tranio. ¡*Transmutation* lo tiene! Controlan toda fuente de tranio, ahora que han puesto sus manos en su mina. Mi compañía se verá estrangulada por falta de tranio. Y *Transmutation* adquirirá el pleno dominio de la producción de alimentos sintéticos.

Stephen Drew sonrió incrédulo.

—¿Se cree que me va a engañar? Ocurre que sé que usted ha comprado todas las demás fuentes de tranio excepto la mía... mediante compañías títere.

—¡Imbécil! ¡Es *Transmutation* quien ha comprado las minas de tranio mediante compañías títere! Por eso estaba yo tan frenético en conseguir su mina... para impedir verme desprovisto de tranio. Pero Shane fue demasiado listo para mí.

—Miente —dijo Drew acusador—. Esas compañías títeres son tuyas. Gilson me lo contó.

—¿Walter Gilson se lo dijo? —Los ojos de Burdine se contrajeron—. Ahora comprendo todo el panorama. Jared Shane y Riskin me han derrotado en todos los caminos. Fueron lo bastante listos para tener en su nómina al agente de usted antes de que viniera a la Tierra... para así tener el plan de intriga perfecto en todos los sentidos.

Vio la fría e incrédula expresión de Drew, pero se negó a verse interrumpido.

—¿No lo cree, verdad? Bueno, piense en esto. ¿Quién le dijo todas esas mentiras acerca de mi deseo de conseguir un monopolio? ¿Quién llegó hasta Jared Shane y le dijo que Shane le ayudaría a luchar contra mí? ¿Quién aprobó este acuerdo

sanguijuela que usted firmó cediendo su mina a la compañía de Shane? Walter Gilson, ¿no?

La confianza de Stephen Drew comenzaba a oscilar ahora. Era verdad, pensó de pronto... los otros informes habían venido de Gilson. Había aceptado la palabra de Gilson porque el hombre era agente de los Drew durante ocho años.

—Gilson no quería que usted me viera, porque sabía que se enteraría de la verdad por mí. Por eso Gilson tenía guardaespaldas siguiéndole... para impedir que me pusiera en contacto con usted hasta que el trato estuviera cerrado. Ahora que se ha vendido su mina, ya no tienen ningún miedo. Por eso sus dos guardaespaldas ya no le siguen adonde vaya.

Drew notó el débil temor de la aprensión, a pesar suyo. ¿Y si Lucas Burdine decía la verdad? ¿Y si no hubiese firmado la venta de su mina?

Apartó la sospecha como fea y sin base.

Dijo:

—Usted trata simplemente de hacerme que rompa con Shane. Y no lo lograré. Sé quiénes son mis amigos.

—Seguro que sí —repuso Burdine—. Es usted el joven listo de Marte que vino aquí y venció a los grandes financieros de la Tierra, ¿no? Lo siento por usted cuando despierte, Drew.

Cortó las ligaduras de Drew.

—Puede irse —dijo inquieto—. Le aconsejaría que se lo pasara bien antes de que la montaña se le desplome encima.

Drew salió dando zancadas de la habitación, sus pensamientos en un torbellino. Encontró la salida a la calle y descubrió que estaba en la maciza barriada de la parte baja de la superciudad. Rompía el alba. Se dirigió hacia el hotel, apartando resueltamente las afirmaciones de Burdine que le bailoteaban en el cerebro. Luego, de súbito, llegó a una decisión.

—Iré a ver a Gilson y se lo contaré —exclamó, en voz alta, aunque para sí—. Pronto dirá que todo ha sido una maligna mentira, lo que en realidad es.

Sintió alivio ante su resolución mientras se dirigía al despacho de Walter Gilson. Pero cuando llegó encontró que la puerta estaba cerrada.

Miraba en su torno estupefacto cuando uno de los empleados del edificio se acercó por el pasillo y se fijó en él, allí plantado.

—El señor Gilson todavía no ha llegado —dijo el empleado—. Si quiere esperarle, le abriré el despacho.

Sé que hago lo correcto porque lo he visto entrar y salir con él mucho últimamente.

El hombre sacó una electronave y la utilizó con su rayo sintonizado para actuar en la compleja cerradura. Dejó que Drew entrase en el despacho.

—El señor Gilson no tardará —dijo al separarse—. Ya se ha retrasado hoy más que nunca.

Drew esperó veinte minutos y luego la impaciencia se apoderó de sus nervios. Decidió llamar al hotel de Gilson con el televisor. Un momento más tarde, el rostro educado de un pulido empleado le miró inquisitivo desde la pantalla.

—Quiero hablar con el señor Walter Gilson.

—Lo siento, señor, pero el señor Gilson se acaba de marchar —contestó el empleado.

—¿Dónde fue?

—No lo sé, señor. Me parece que se marchó de viaje.

Drew apagó el televisor y se quedó sentado, mirando con desaliento hacia la pared. ¿Dónde podía haber ido Gilson?

Buscó en el archivo de direcciones, con la vaga esperanza de descubrir alguna pista del lugar al que se fuera Gilson. No encontró nada. Pero sí una dirección que le dio una pauta... la de la casa de Jo Duff.

Un momento más tarde marcaba el número de ella. Notó una rara sensación de alivio cuando la rubia secretaria apareció en la pantalla.

—¡Hola, marciano! Cuánto tiempo sin vernos. Ahora que pienso, no creo que fuese más de una semana.

—Jo, me enteré de que te habían despedido y me supo mal. Pero aun cuando no estés trabajando para Walter Gilson ahora, me pregunto si podrías decirme adonde habrá ido. Quiero verle.

Los azules ojos de Jo se pusieron serios al instante.

—¿Qué hay de malo, marciano?

Él dudó.

—Bueno, creo que en realidad nada. Pero Lucas Burdine se apoderó de mí hace un momento e hizo una serie de acusaciones indicando que mi acuerdo con *Transmutation* no fue justo. Sé que probablemente miente. Pero me gustaría conocer la opinión de Walter Gilson.

—Escucha, marciano, no sé dónde pueda estar mi exjefe. Pero si me esperas en la oficina hasta que llegue, hablaremos. De todas maneras, tenía ganas de charlar contigo.

Desapareció del televisor. Un poco azorado, Stephen Drew apagó el instrumento. Recorrió paseando los despachos inquieto hasta que la puerta se abrió y la esbelta figura de la chica apareció.

Jo no perdió el tiempo.

—Cuéntame cuanto te dijo Lucas Burdine.

De manera entrecortada, Stephen Drew así lo hizo. Al terminar Jo comentó:

—Marciano, creo que Burdine te dijo la verdad.

—¡No, no puedo creerlo! ¡Jared Shane no haría ninguna mala pasada a un amigo!

Jo le miró compasiva.

—¿No te acuerdas que una vez te dije que este planeta debería ser conocido como el Mundo de la Traición? ¿Cómo te imaginas que Shane y su grupo levantaron

Transmutation hasta hacerla la mayor empresa de alimentos sintéticos de la Tierra? Esos lobos financieros de aquí hundirían un puñal en el corazón de su abuela si esto les reportase beneficio.

Hizo una pausa pero continuó rápidamente.

—Marciano, empecé a sospechar juego sucio hace un par de días. Oí lo bastante de lo que Gilson te dijo para hacerme idea del trato que se preparaba. Y no me parecía enteramente lógico que una pequeña compañía como *Synthesubstances* pudiese realmente estrangular a *Transmutation*... la mayor corporación en alimentos sintéticos de todo el mundo. Pensé que descubriría lo que pasaba y empecé a husmear un poco en los archivos de mi jefe.

—¿Pero por qué corriste un riesgo como ese sólo por ayudarme, Jo? —preguntó Drew extrañado.

—¿Y eso qué importa? Me imagino... bueno, me imagino que me sabía mal la idea de que un desamparado marciano novato como tú fuese estafado. De todos modos, no llegué a ninguna parte, porque Gilson me pilló husmeando y me despidió. Pero desde entonces, he estado haciendo preguntas y he descubierto que la mayor parte de la gente cree que las compañías títere que monopolizan el tranio están controladas por *Transmutation*.

—Sigo sin creerlo. Gilson no me engañaría de esa manera. Oh, fue agente de mi padre durante ocho años.

—Escucha, marciano, conozco mejor que tú a ese gordinflón granuja. Si el grupo de Shane le ofreció un soborno lo bastante grande para venderte, habrá hecho cualquier cosa por conseguirlo.

—Pero no te das cuenta...

—¿Dónde está la copia de ese acuerdo que firmaste con *Transmutation*? —preguntó ella de pronto—. Quiero verla.

—En mis habitaciones.

—Está bien. Vamos.

Stephen Drew se sentía un poco confuso cuando él y Jo Duff subieron a la más rápida de las aceras rodantes que cruzaba las concurridas calles. Al llegar al apartamento del hotel de Drew ansiosamente sacó el contrato para que Jo lo inspeccionase.

Ella se sentó y se enfrascó en la lectura del documento, su rostro gracioso con un profundo ceño de concentración. Drew aguardó preocupado.

Por último Jo le miró.

—¿Y bien? —preguntó Drew con ansia.

—Marciano, ¿verdad que no leíste esto cuando lo firmaste? —preguntó incrédula.

—Oh, no. No hubiese comprendido todas estas frases legales. Pero Walter Gilson lo leyó y dijo que estaba bien.

—Yo diría que sí que estaba bien... bien para el grupo de Jared Shane. Esto incorpora tu mina de tranio como subsidiaria de *Transmutation*. Tú sólo tienes

derecho a conservar el título de accionista en la compañía resultante subsidiaria.

—Bueno, eso me deja propietario de mi mina, ¿verdad? —dijo Drew esperanzado.

—Sí, pero aquí está el chiste del contrato. Hay una cláusula en el convenio, al pie. Dice que el consejo de administración de la corporación principal... es decir, Shane y sus secuaces... tendrán poder en cualquier momento para convertir la compañía subsidiaria del tranio en una propiedad absoluta de *Transmutation* y pagarte las acciones de la compañía subsidiaria con un número igual de acciones de *Transmutation*.

—¿Y eso qué significa?

—Que tú, pobre criatura de Marte —exclamó Jo compasivo—, estás a merced de Shane, que puede ocupar la propiedad de tu mina de tranio y pagarte con algunas de sus acciones aguadas de *Transmutation* que valdrían sólo una pequeña fracción del valor de tu mina.

—¡Adquirir la propiedad! —Drew la miró incrédulo—. ¿Quieres decir que mis amigos marcianos tendrían que trabajar para terrestres desconocidos?

Jo asintió muy seria.

—Eso es lo que ocurrirá, marciano. Shane te ha birlado limpiamente la mina mediante este acuerdo. Y ahora Gilson se ha ido para gastar el soborno que el grupo de Shane le dio. Seguro que no querría estar aquí en el caso de que tú supieses la verdad.

—¡De modo que es eso! Me fié de él y desde el principio me ha engañado.

Se incorporó de pronto, cerrando los puños.

—Gilson y Jared Shane. No puedo creer que el padre de Gloria me hiciese eso a mí. Pero si lo hizo, Jo, iré hasta él y le exigiré una explicación. ¡Voy a obligarle ahora mismo a obrar con derecho!

VII

La mente de Drew estaba febril de impaciencia mientras el cohete enfilaba por entre el tránsito de las calles y rampas y avenidas subterráneas. Cuando llegó a la profunda Fábrica Número Uno de *Transmutation*, dijo al conductor que le esperase y cruzó presuroso el dédalo de apaneladas galerías.

Vincent Riskin estaba sentado tras su escritorio en el despacho exterior cuando Drew entró jadeante. El joven vicepresidente frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quiere, Drew?

—He de ver al señor Shane en seguida —respondió Drew—. Tengo que discutir con él de algo importante. Por favor, dígame que estoy aquí.

—Eso es del todo imposible —dijo Riskin—. No tiene usted cita y el señor Shane es uno de los hombres más atareados de la Tierra. Lo sabe usted tan bien como yo.

—¡Pero ya le dije que esto es importante! —Drew sacó el contrato de su bolsillo—. Conciérneme al contrato que firmé. Hay una cláusula que debiera suprimirse, una cláusula que podría emplearse para despojarme de mis derechos. Quiero rectificarlo.

El rostro de Vincent Riskin permaneció suave e imperturbable.

—No sé de qué me habla, Drew. Usted firmó un contrato con nosotros haciendo uso de toda su libre voluntad. En cuanto respecta a nosotros, el trato quedó cerrado.

—No está cerrado —dijo Drew, creciendo su cólera—. Por las dos lunas, yo...

—Eso será todo, Drew.

Dos hombres habían entrado en silencio y estaban plantados directamente detrás de Drew. Uno de ellos empuñaba una pistola de gas que aplicó amenazador contra la columna vertebral del joven marciano.

—Venga, señor. Será preferible que no arme más jaleo —dijo.

A pesar de su fiero rencor Drew tenía bastante sentido común para darse cuenta de que nada podría ganar con un forcejeo con Riskin que le impediría conseguir toda la verdad. Una cápsula de gas le dejaría inconsciente antes de que pudiera abrirse paso hasta Jared Shane.

En el patio de aparcamiento Drew dio al conductor de su taxi la dirección del soleado palacete de Shane. Mientras el coche cohete viajaba de regreso por las rampas y bulevares, apenas pudo contener su impaciencia y en un par de ocasiones apremió al conductor para que aumentase la velocidad.

Veinte minutos más tarde un ascensor cohete particular le llevó por toda la extensión vertical de la enorme pirámide truncada que contenía en su cumbre la mansión jardín de los Shane. Llamó con insistencia hasta que se abrió la puerta y un criado de rasurada y lisa cara apareció en ella.

—Quiero ver a la señorita Gloria Shane inmediatamente —dijo Drew apartando decidido a un lado al hombre.

—La señorita Gloria aún está durmiendo —dijo el sirviente, tratando de cerrarle el paso.

—¡Entonces, despiértala! A ella no le importará. Dile que es importante.

Dudoso, el criado se retiró. Mientras esperaba, Drew paseó inquieto por el suave suelo, apenas fijándose en la belleza de aquel milagroso jardín de los cielos.

Cuando apareció Gloria finalmente llevaba una bata de seda sintética color verde pálido y sus ojos negros mostraban señales de tener sueño.

Ella le saludó sin calor.

—Stephen, ¿era preciso que me despertaras a estas horas? Estoy terriblemente cansada. No volvimos de la Ciudad Flotante hasta bien entrada la mañana.

Tomó entre las suyas las manitas de la joven.

—Gloria, ¡necesito tu ayuda! El contrato que firmé con tu padre es... un engaño... está equivocado. No lo descubrí hasta hoy. Sé que tu padre no habría preparado *a propósito* tal acuerdo. Pero no pude verle y explicarle...

Gloria contrajo las cejas en un ligero ceño.

—Pero, Stephen, yo no entiendo nada de negocios. Ni siquiera hablé jamás de eso. Para mí todo es una aburrida complicación de liosas cifras.

Drew no sonreía.

—¡Esto es serio, Gloria! Quiero que vengas conmigo y le hables a tu padre. Debe verte. No pude obtener de Vincent Riskin ninguna satisfacción. Estoy convencido de que él está metido en este complot para estafarme.

La sonrisa de la joven desapareció.

—¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Acusas a Vincent de falta de honradez!

—¡Es la verdad! —repuso Drew—. A juzgar por su modo de comportarse, Riskin ha debido saber que sospecho de él.

Gloria dio un paso atrás colérica.

—¡Vincent es mi más antiguo amigo! ¿Cómo te atreves a venir aquí y decir de él tales atrocidades?

Drew estaba sorprendido.

—Gloria, ¿verdad que me crees? El hombre a quien amas...

Ella contestó:

—Das mucho por sentado. ¿Qué es lo que te hace estar tan seguro de que te amo?

—Pero te comportaste como si estuvieras enamorada de mí —dijo Drew, mirándola con dureza—. Hablamos incluso de casarnos.

—Tú hablaste de casarnos. Yo nunca me imaginé que te lo tomaras en serio, que creyeras que era algo más que un arrebató romántico.

El miedo se apoderó del corazón de Stephen Drew. Avanzó impulsivo y la tomó entre sus brazos.

—Gloria, no piensas de verdad en que lo que me has dicho es cierto...

Con un furioso y ligero movimiento ella se libró del abrazo.

—¡No me pongas las manos encima, salvaje marciano! Si hay alguna cosa que no

me guste es que me atropellen —sus labios se habían puesto blancos de súbito—. No quiero que me vuelvas a molestar, ¿entiendes? Sugiero que te vuelvas a Marte donde quizás tus gracias sean mejor apreciadas.

Drew no pudo recordar después cómo llegó a la calle. Avanzó en un negro estado de trance por los cañones de gigantes pirámides, llevado por la acera rodante a la que subió de manera mecánica.

Era bien entrada la tarde cuando regresó finalmente a sus habitaciones, tras viajar por las aceras móviles durante horas. Jo Duff se le acercó presurosa, su figurita esbelta tensa de aprensión.

—Marciano, ¿dónde has estado todo este tiempo? Casi me vuelvo loca de preocupación.

—Decías la verdad, Jo —contestó Drew dejándose caer pesadamente sobre una silla—. Shane y Riskin, en compañía de Gilson, me han estado tomando el pelo. Shane ni siquiera quiso recibirme.

—Me lo esperaba —dijo secamente Jo—. ¿Y qué opina Gloria de eso?

—Me ordenó que no la volviese a molestar. Dice que está cansada de jugar con un marciano salvaje.

Jo Duff masculló una colérica exclamación.

—Esa cabeza hueca, vampiresa, bruja del diablo. Ya sabía yo que diría algo por el estilo.

Los ojos de Jo se dulcificaron.

—No te lo tomes tan a pecho, marciano. Tarde o temprano ella tenía que darte el pasaporte. ¿Recuerdas que te lo advertí hace días? Lo que tienes que hacer ahora es olvidarla y pelear duro por defender lo tuyo.

Jo paseó por la estancia, sin desanimarse por el silencio de Drew.

—Lo primero que debes hacer es conseguir la ayuda de Lucas Burdine —dijo ella—. Podrías entablar alguna especie de demanda contra *Transmutation* que retrasase el que se apoderen de la mina...

Se detuvo. Drew se había levantado y su rostro tenía un raro y duro aspecto de decisión poco familiar para ella.

—Marciano, ¿qué es lo que piensas?

Drew la miró sombrío.

—Jo, ¿recuerdas aquella primera vez en el despacho de Gilson... cuando atacé a Lucas Burdine porque le creí un enemigo? ¿Te acuerdas lo que me dijiste entonces?

—Oh, te dije que no podías ir por ahí empleando la acción directa contra tus enemigos...

—Cierto. Gilson y tú dijisteis que me olvidara de los métodos marcianos y que hiciese las cosas al estilo de la Tierra —su voz sonaba amarga—. Bien, ya probé el estilo terrestre. Y me han engañado desesperanzadoramente, porque trataba con terrestres expertos en la intriga. —Drew suspiró ruidosamente—. Voy a volver a lo que conozco, Jo. ¡E emplearé ahora los métodos marcianos!

Jo Duff le miró alarmada.

—Marciano, ¿qué planeas? No puedes utilizar la fuerza y la violencia contra esos hombres. Eso daría resultado en el salvaje Marte pero no aquí. Te meterás en un lío peor.

Drew le oprimió la mano gentilmente y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas, Stephen?

—Primero a Pequeño Marte. A mis amigos... a mis verdaderos amigos. Mostraré a Shane y a su pandilla lo que es capaz de hacer un marciano salvaje. ¡Les enseñaré cómo tratamos a los enemigos en el estilo de Marte!

VIII

Negras sombras se apiñaban densas en Pequeño Marte, porque la noche había llegado. Las finas y gimientes notas de una flauta festonearon el silencio de las oscuras piedras del pavimento mientras Stephen Drew marchaba presuroso hacia la posada. Junto al viejo Lin L'Lan, los fornidos hermanos Kor y Az Akarau se levantaron y miraron en silencio a Drew cuando se aproximó.

Drew no tuvo prisa en hablar como lo hubiera hecho un terrestre. Ahora se sentía completamente marciano. Con deliberación murmuró el saludo formal.

Os pido perdón a todos por lo de anoche.

—Está olvidado, Ark Avul —replicó Th'Rulu—. Sabemos que la gente de la Tierra jamás comprenderá nuestra manera de ser.

—Ni yo entiendo la suya —dijo Drew con amargura—. Creí que sí. Y ahora sé que desde mi llegada me han estado engañando. La mina junto al Gran Canal Suroeste ya no es nuestra.

—*¡Raq kebas!* —carraspeó el viejo Lin L'Lan—. Por las dos lunas, ¿quieres decir que tenemos que volver a Marte y decir a nuestro pueblo que desde ahora les gobernará gente extraña terrestre?

—No, L'Lan. Nunca volveré con tal noticia. La mina es nuestra. Me la han sacado con engaños, pero intento recuperarla, con vuestra ayuda.

Los ojos de L'Lan destellaron.

—¡Ahora vuelves a hablar como Ark Avul!

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Az Akarau, el pequeño joyero.

—El hombre Jared Shane tiene un papel que yo firmé engañado. Se lo quitaré... y también haré otra cosa.

El hombre Shane es poderoso, Ark Avul —dijo Th'Rulu gravemente—. Arrollarle y vencerle no será fácil.

—Lo sé —respondió Drew tranquilo—. L'Lan, quiero que me ayudes en un pequeño detalle que para ti no entrañará peligro. Y de ti, Koh Kor, deseo que me prestes una daga y un lazo de cazador.

Koh Kor y Dri Kor, los dos hermanos, se miraron uno a otro. Luego habló Dri Kor.

—Haremos más que eso, Ark Avul. Somos cazadores de oficio. ¡Te ayudaremos a cazar a tu enemigo terrestre!

Drew experimentó una profunda y cálida gratitud. Esto era la amistad marciana, la lealtad marciana. Rechazarla sería la mayor de las afrentas.

—Necesitarás un coche cohete, ¿verdad? —dijo ansioso Az Akarau—. Sé dónde conseguir uno y conozco cómo se le conduce.

—¿Cuál es tu plan para apoderarte del hombre Shane? —preguntó gravemente

Th'Rulu—. Vive en uno de los palacios soleados.

Drew miro a los Kor.

—Hermanos de clan, vosotros habéis practicado la cacería hipnótica de dragones que se cobijan en lo alto de los acantilados, ¿no es cierto?

Koh Kor sonrió asintiendo.

—Cazaremos a este terrestre de la misma manera —afirmó muy serio Drew—. He aquí mi plan. Escuchad todos con atención.

Una hora más tarde, un coche cohete se detenía en silencio en el patio de estacionamiento de la pirámide colosal que se alzaba en todo su esplendor de multitud de pisos para culminar con la mansión de Jared Shane. Manióbró sin obstáculos hacia las sombras de la parte posterior del atestado patio.

Stephen Drew atisbo con atención desde el asiento delantero junto a Az Akarau, el conductor, señaló a Lin L'Lan y a los Kor el pequeño vestíbulo particular, ocupado ahora por una pareja de empleados elegantemente vestidos.

—El ascensor cohete es el modo particular de subir hasta la casa de Shane —dijo Drew—, pero por desgracia esos empleados van equipados con pistolas de gas. Hemos de procurar que eso no sea una desgracia excesiva.

—A menos que mis manos hayan perdido su destreza, esos terrestres no tendrán oportunidad de emplear sus armas —sonrió Koh Kor.

—L'Lan, te quedarás en el coche con Az Akarau —continuó Drew—. Impediréis que nadie suba después de nosotros.

Él y los hermanos Kor salieron en silencio del coche cohete y rebordearon el patio sin hacer el menor ruido, manteniéndose en las sombras proyectadas por los vehículos torpedo cuanto les fue posible.

Drew tenía en su mano izquierda el lazo de caza marciano, de cable plateado, sujeto al corto mango metálico. En su cinturón estaba un cuchillo de caza. La firmeza de las armas familiares le daba una sensación de confianza. Koh Kor y Dri Kor iban similarmente armados.

Permanecieron algunos minutos agazapados en las sombras de un vehículo, los ojos alerta mientras los dos empleados salían del vestíbulo y separaban dos coches.

—*Ni-da rikao* —murmuró Drew tenso—. ¡Ataquémosle!

Sabía que en aquel lugar semipúblico no podía arriesgarse a dominar hipnóticamente a los empleados. Él y los Kor saltaron, sus lazos plateados girando como regueros de luz.

Los empleados se quedaron boquiabiertos en incrédulo horror ante el espectáculo de dos rojos marcianos y un joven terrestre de rostro tenso cargando derechos contra ellos, saliendo de la oscuridad. Luego los giratorios nudos corredizos les hicieron presa.

Tropezaron y cayeron. Los alambres de plata se enroscaron en sus brazos y pies y

Stephen Drew saltó con la rapidez de un gato de las arenas hacia el más próximo de los hombres. Un diestro toque de los dedos en el cuello del empleado lo redujo al silencio.

Drew giró en redondo y vio que Koh Kor ya había reducido a la impotencia al otro empleado con una similar presión en los nervios.

—Esta caza es demasiado fácil para ser divertida, Ark Avul —susurró Koh Kor.

—No les hagáis daño. Arrastradlos hasta las sombras —dijo Drew.

Una vez hecho eso, corrió con los dos marcianos hasta la cabina plateada del ascensor cohete. Sus controles eran simples, porque habían sido diseñados para servir sólo al palacio solar de la cumbre. Drew oprimió el botón de ascensión.

El vehículo salió disparado hacia arriba y se detuvo de manera automática. Drew abrió con suavidad una rendija de la puerta metálica y miró hacia fuera.

Sereno y adorable bajo la luna llena se veía el jardín florido de Jared Shane. La burbuja brillante de la mansión aparecía a través de los árboles como una perla grande. Desde ella, hacia la entrada del ascensor, venía un criado, avisado por una señal automática.

El lazo de Dri Kor giró y saltó y el criado fue rápidamente dominado y reducido al más absoluto silencio.

—Es como derribar pájaros bobos —murmuró Dri Kor mientras se incorporaba.

—Por lo menos hay otros dos criados —explicó Drew—. Tenemos que asegurarnos de ellos antes de... cuidado, ahí salen...

Todos los obstáculos humanos habían sido apartados cuando Drew y los dos Kor entraron silenciosamente en el gran comedor azul nacarado.

Había tres personas sentadas en la gran mesa de plata... Jared Shane, Vincent Riskin y Gloria. La chica, hermosa con un ceñido vestido de seda blanca, daba cara a la puerta por la que Drew acababa de entrar.

Sus ojos oscuros se desorbitaron al ver la faz áspera y ceñuda de Stephen Drew y a los dos imponentes marcianos que marchaban en su pos.

—¡Padre! ¡Vincent! —gritó, la voz trémula de sorpresa.

El rostro de Riskin se quedó pálido. Pero Jared Shane sin perder la distinción continuó con su color habitual pero transformándose poco a poco a un gris ceniza.

—¡Oh, Drew! —exclamó al cabo de un momento, sonriendo inseguro mientras se levantaba—. Me alegro de verle.

—¿Qué quiere decir... con eso de alegrarse de verle? —exclamó Riskin furioso—. ¿Qué diablos significa su entrada aquí con esos marcianos?

—Calma, Vincent, esa no es manera de hablar —dijo Shane. Su mano en secreto oprimía la placa de plata del extremo de la mesa.

—No es necesario que se moleste llamando a los criados, Shane —dijo Drew—. Están inconscientes y permanecerán así durante horas.

—¿Qué diablos es esto? —balbuceó Vincent Riskin—. Si cree que puede entrar por la fuerza aquí... —Se movía belicoso hacia Drew, los puños crispados. Drew apenas pareció moverse. Sin embargo, el lazo de su mano destelló como algo vivo. Rodeó el cuello de Riskin y lanzó al hombre al suelo, sofocado, medio estrangulado.

Con desdén, Drew aflojó el lazo en un diestro movimiento, libertando a Riskin. El vicepresidente se puso en pie vacilante.

—Hay algunas cosas que puede hacer un salvaje marciano mejor que cualquier terrestre, Riskin —dijo Drew, sin alzar la voz.

Los ojos de Gloria eran dos amplios y oscuros pozos de miedo, su voz un susurro.

—¿No querrás matarnos, Stephen?

—Me llamo Ark Avul —dijo pétreo Drew.

Su sombría mirada volvió a Jared Shane. El magnate, a pesar de su palidez, estaba poco a poco recobrando el control de sí mismo.

—Shane, no necesito desperdiciar palabras —dijo Drew—. Usted me engañó haciéndome firmar ese acuerdo. Planeó todo el asunto con Riskin y Walter Gilson hace tiempo. Era a mi padre a quienes en principio tenían intención de estafar. Por eso hizo que Gilson le enviara un mensaje diciendo que la concesión estaba en peligro de ser revocada. Usted quería que viniese a la Tierra para poderle engañar a su gusto.

»Pero mi padre murió... en parte por la preocupación causada por su embustero mensaje. Y cuando se enteró de que era yo quien iba a venir en su lugar, no le quedó duda de que sería más fácil tomar el pelo a un *marciano salvaje* que a un bribón como Riskin, aquí presente. Y fue fácil... ridículamente fácil. Usted me engañó desde el principio al fin. Pero se olvidó de una cosa. Se olvidó que un marciano puede volver y hacer las cosas a su manera y tratar así a sus enemigos.

Jared Shane apretó los labios.

—No admito nada, Drew. El contrato que firmó fue perfectamente legal. No puede romperlo.

—¿Dónde está ahora la copia suya del contrato?

Jared Shane no respondió, enfrentándose a ellos en un silencio obstinado. Drew y Dri Kor y Koh Kor le miraron a los ojos sin parpadear.

Entonces Drew lanzó la sugestión hipnótica, con toda la fuerza mental que había aprendido desde la infancia a utilizar en la caza hipnótica.

—Me lo dirá —pensó una y otra vez—. Me lo dirá.

Junto a él, los dos hermanos marcianos estaban lanzando similares órdenes pensadas.

Gradualmente el poderoso rostro de Shane comenzó a aparecer un poco turbado, sus agudos ojos algo ensombrecidos. Sus casi inexpugnables defensas se derrumbaban ante el asalto mental combinado.

—El... el contrato está en nuestra caja fuerte de las oficinas —murmuró con voz espesa.

—¿Dónde están los documentos que detallan su control sobre las compañías títere de tranio? —preguntó rápidamente Stephen Drew.

—También en la caja fuerte de la oficina —murmuró el hipnotizado financiero.

Drew se volvió hacia sus camaradas marcianos. Señaló a Gloria Shane y a Riskin con un ligero movimiento de cabeza.

—*Dase kwull imm* —dijo—. Que se queden aquí durante un rato.

Los hermanos Kor rodearon la mesa rápidamente. Gloria retrocedió con un grito de terror.

—No se le hará ningún daño —la dijo Drew—. Pero debe de permanecer inconsciente unas cuantas horas.

Ceñudo vio cómo un experto toque de los dedos de Dri Kor la hacía caer hasta el suelo en un montón informe. Koh Kor ya había dispuesto del medio estupefacto Riskin.

Jared Shane comenzaba a salir del trance hipnótico. Miró a su alrededor turbado.

—Vendrá con nosotros a las oficinas de *Transmutation* y abrirá la caja —dijo implacable Drew.

Shane se resistió. Dijo:

—¡No lo haré! ¡No podrá salirse con la suya en esto, Drew!

—¿Quieres que utilicemos con él los Mil Toques, Ark Avul? —preguntó ceñudo Koh Kor.

—No es necesario. Le obligaremos —replicó Drew—. ¡Vendrá con nosotros voluntariamente, Shane!

Una vez más se produjo el fantasmal asalto hipnótico de los tres adiestrados marcianos sobre el medio atontado terrestre. Y de nuevo la voluntad de Jared Shane se tambaleó.

—Iré con ustedes como su amigo —murmuró con voz gruesa.

Bajaron por el ascensor cohete. Mientras estaban descendiendo, Dri Kor y su hermano seguían mirando a Shane, continuando con la sugestión hipnótica.

El ascensor se detuvo. Drew abrió primero la puerta y miró fuera tenso. Una figura esbelta y familiar vino volando hacia él.

—Jo, ¿qué haces aquí? —preguntó con viveza.

Los labios de Jo Duff estaban blancos.

—¡Marciano, vine a hacerte desistir de este loco intento! ¡Puede costarte la vida! —Entonces advirtió el rostro mareado de Jared Shane—. ¿Dónde le llevas?

—Le cogimos como cazaríamos a un gato de las arenas en Marte —repuso Drew con frialdad—. Viene hasta sus oficinas con nosotros.

—No, marciano... no le puedes tratar con tanta dureza. Aunque lograses obtener la devolución de tu contrato, Shane te enviará a la Prisión Lunar por toda tu vida.

Lin L'Lan se apresuró a acercarse a Drew.

—Es peligroso permanecer más tiempo aquí, Ark Avul —advirtió el viejo sirviente.

—Nos vamos ahora —dijo Drew—. Vente, Jo.

En el coche cohete, los Kor se sentaron en la parte trasera con el atontado magnate. Drew murmuró unas cuantas instrucciones a Az Akarau mientras él, L'Lan y Jo se instalaban en el asiento delantero. El vehículo giró lisa y llanamente, alejándose.

Media hora más tarde el coche entraba en el aparcamiento de la fábrica subterránea.

—Este es el lugar más peligroso —dijo Stephen Drew en voz baja a sus camaradas—. Hay muchos empleados y técnicos aquí. Ahora, todos juntos.

Habló a Jared Shane firmemente.

—Somos sus amigos y nos lleva a su despacho. Somos sus amigos.

Jared Shane caminó un poco tambaleándose con ellos a través de los concurridos túneles, su rostro muy serio rígidamente. Los técnicos que se le cruzaron le miraron con respetuosa curiosidad fijándose también en sus extraños compañeros.

Un sorprendido oficinista les saludó con asombro mientras entraban en el laberinto de los despachos.

—¡Oh, señor Shane, no le esperábamos a estas horas!

—Son mis amigos —dijo Jared Shane mecánicamente—. Les llevo a mi despacho.

El empleado se hizo a un lado y miró extrañado al grupo. Cuando entraron en el despacho de Shane, el magnate se sentó automáticamente. Drew y los cuatro marcianos se le enfrentaron desde la otra parte del escritorio de berilio.

—Usted sacará el contrato que yo firmé y los documentos que le dan control de las compañías títere de tranio —explicó Drew.

Shane no se resistió, manipuló un conmutador del televisor y habló con torpeza.

—¡Carlson! ¡Vaya a la caja y tráigame todos nuestros contratos de tranio!

Momentos más tarde vino el empleado con los papeles, los depositó sobre el escritorio y, con una turbada mirada hacia atrás, se fue.

—Ahora llame a los servicios de telediario y pídales que tomen un anuncio importante que usted desea hacer —prosiguió incansable Drew.

Shane así lo hizo, mecánicamente.

Jo Duff miró a Drew con miedo en los ojos.

—Marciano, ¿qué diablos crees que estás haciendo?

Drew tomó el contrato que firmó con engaños y lo dejó caer en la papelera destructora de documentos tras el escritorio. Cuando tocó el botón del mecanismo, su ráfaga de fuerza atómica redujo el documento a polvo impalpable.

—Jo, quiero que hagas un documento transfiriendo la propiedad de todas estas compañías títere de tranio al Gobierno del Sistema —dijo.

Jo estaba acabando el documento cuando el empleado regresó, con aspecto más turbado que nunca.

Hay algunos periodistas de los telediarios aquí.

—Que pasen —dijo tranquilo Stephen Drew.

Los periodistas entraron presurosos, llevando sus pantallas visoras portátiles. Miraron a Shane y a los demás con ojos curiosos.

—El señor Shane me ha pedido que hable por él —empezó Drew con frialdad—. Desea que emitan una afirmación importante para todos en la Tierra. El señor Shane ha planeado una acción grandemente altruista. Cree que el control del suministro de tranio no debe recaer en individuos, puesto que del tranio depende la producción de alimento sintético vital para la Tierra. Considera que el suministro de tranio debería de ser administrado únicamente por el Gobierno del Sistema.

»Por ese motivo, ha estado comprando y controlando las diseminadas compañías de tranio de Marte. Está ahora a punto de transferir el título de propiedad de todas esas compañías al Gobierno del Sistema, con el fin de que todo el tranio que viene a la Tierra sea distribuido con estricta limpieza por el Gobierno a todas las corporaciones de alimentos sintéticos.

Un murmullo de voces excitadas se alzó entre los periodistas.

—¡Señor Shane, esto es magnífico! ¡Es el mayor regalo que jamás se hizo a la población terrestre!

Drew se inclinó sobre el escritorio.

—Señor Shane, llegó el momento de que firme ahora el título de transferencia. Su acto está siendo registrado por los periodistas de los telediarios.

La inexpresiva mirada de Jared Shane se cruzó con sus ojos. Las mentes de Stephen Drew y de sus cuatro compañeros marcianos le golpearon en un invisible asalto.

«¡Firmarás!», pensó Drew, sudando. «¡Firma!».

Ningún hipnotismo ordinario conocido por los terrestres podía haber obligado a Jared Shane a realizar un acto tan opuesto a sus deseos conscientes. Pero se encontraba impotente contra la extraña técnica desarrollada por un millar de generaciones de marcianos.

La mano de Shane se extendió rígida hasta coger la esbelta electropluma. Garrapateó su firma al pie del documento, en una indeleble tonalidad carmesí.

—Los títulos de esas compañías títere estaban a nombre del señor Shane y por tanto su firma basta para transferirlos —dijo tranquilo Drew al invisible público—. Yo transfiero el control del tranio embarcado desde mi propia mina también al Gobierno. Me queda sólo mi derecho en exclusiva de dirigir la mina. Por este acto el señor Shane da al Gobierno el control exclusivo del tranio.

Drew hizo un gesto con la cabeza para que los periodistas del telediario cortasen la transmisión.

Cuando se hubieron marchado los excitados reporteros, Stephen Drew giró aliviado e hizo un gesto a L'Lan y a los demás.

Ordenó:

—Soltadle ahora.

Jared Shane salió poco a poco del sueño hipnótico. Que su mente consciente se había dado cuenta siempre de lo que se le había obligado a hacer quedó confirmado por su primera explosión de rabia y frustración.

—¡Vosotros, diablos marcianos! —gritó sofocado—. El trato no se mantendrá. Diré al mundo entero cómo me obligaste a firmar cediendo mis derechos mediante vuestro diabólico hipnotismo marciano.

—Sí, puede hacer eso —le contestó Stephen Drew muy serio—. Incluso puede convencer a los tribunales de que es verdad.

—¡Apueste a que sí les convenceré! ¡Usted y sus malditos amigos irán a la Prisión Lunar de por vida!

—¿Pero cómo explicará precisamente por qué adquirió en secreto esas compañías de tranio, en primer lugar? —preguntó Drew ceñudo—. Creen ahora que lo hizo para poder ofrecerlas como regalo altruista al Gobierno. Si niega eso, ¿qué razón dará por haberlas comprado? ¿Será usted capaz de decirles la verdad... que intrigaba para conseguir un monopolio del tranio?

—¡No puede decir eso! —exclamó excitada Jo Duff—. Si lo hiciese, tendría que reconocer que planeaba apoderarse de la producción de alimentos sintéticos a través del monopolio del tranio. ¡La población terrestre haría pedazos a *Transmutation*!

La cara de Jared Shane se puso rígida de fiera rebeldía. Así estuvo un instante. Luego se hundió en su sillón, apabullado al comprender de súbito.

—Cielos, es verdad. No hay manera de que explique lo de esas compañías títere... ahora que todo el mundo conoce su existencia. No hay manera, excepto dejando que este falso trato siga adelante.

—Usted pierde el monopolio que preparó y el dinero gastado tratando de conseguirlo —le dijo Drew con ironía—. ¡Pero será famoso como Jared Shane, el hombre de la amplia visión, el gran altruista!

Se volvió a Jo y a sus silenciosos compañeros marcianos.

—No tenemos nada más que hacer aquí, vámonos.

Jared Shane le sorprendió. Se puso en pie con una áspera sonrisa distendiendo su potente rostro.

—Usted gana, Drew —dijo tranquilo—. Como duro peleador, me gusta usted, que es un peleador duro... a su propia loca manera. Desearía ahora que pudiéramos ser amigos.

—Ya tengo bastante de la Tierra para el resto de mi vida —contestó Drew sombrío—. Me vuelvo a casa.

El espaciopuerto de Nueva York estaba atestado dos días más tarde. El *Algol* partía para Marte a mediodía y eso sería sólo minutos más tarde. La carga del último instante estaba siendo colocada en el interior de las bodegas del imponente transatlántico espacial. Los oficiales gritaban órdenes, los silbatos sonaban, los

pasajeros cruzaban en grupo hacia la pasarela.

Stephen Drew estaba plantado a la luz del sol, alto con sus negros atuendos de cuero marciano. Él y L'Lan estaban musitando despedidas formales y serias a sus amigos marcianos.

—Creo que es bueno para ti volver, Ark Avul —dijo Th'Rulu sabiamente—. La Tierra es un mundo grande y reluciente, pero el corazón del amante del desierto ahora volver a su hogar.

—Sao —dijo el pequeño Az Akarau feliz—. Me gustaría ver salir las dos lunas antes de que me muera.

De pronto, a través de la ruidosa multitud, Drew vio una cabecita rubia familiar. Agitó la mano y oyó un saludo muy bien recordado.

—¡Hola, marciano!

Jo Duff estaba sin aliento cuando llegó hasta ellos. Y su rostro tenía una timidez innecesaria cuando se enfrentó a Stephen Drew.

—¿No vas a decirle adiós a una chica con un beso?

Los labios de ella temblaban y eran dulces cuando tocaron los de él y fue difícil para Drew terminar el beso.

—¡Oh, Jo, estás llorando!

—No —contestó ella—. Bueno, sólo un poco...

Un fiero impulso hizo que los brazos de Drew se cerrasen en torno a ella. Estaba anonadado por lo que sentía.

—¡Oh, Jo, no quiero perderte! —balbuceó.

Los ojos de ella brillaban. Enterró la cabeza en los hombros masculinos.

—Tú y yo, los dos marcianos —murmuró—. ¿Por qué crees que siempre me he preocupado por ti, gran pedazo de atún?

—¡Diez minutos para la partida! —anunció un altavoz por entre la multitud—. ¡Todos los pasajeros a bordo!

—Seguro o probablemente me cansaré un poco de Marte alguna vez y amenazaré con abandonarte —dijo Jo—. Pero hay una cosa cierta desde ahora. ¡Que me voy contigo!

La voz de Lin L'Lan sonó impaciente.

—*Y tri sal nir kwa latan, Ark Avul. ¡Qua brebu da mar!*

—¿Acaso el Muchacho Risueño se opone? —contestó Jo beligerante.

—Dice que hablas demasiado, pero a pesar de todo eres la mujer que me conviene —explicó Drew.

—¡Bien por el Muchacho Risueño! Ahora que me fijo creo que seremos amigos. Vamos, marciano, o perderemos el navío.

Drew comenzó a dirigirse con ella hacia la pasarela y entonces se detuvo de nuevo cuando una idea le asaltó.

—¡Pero, Jo, no puedes irte así, sin llevarte tus cosas!

—Eso es lo que te piensas —contestó ella—. Todo lo que poseo está en el navío.

¿No ibas a pensar en realidad que te dejaría que te marchases sin mí, mentecato?

FIN